

«Apasionante.»

DAILY MAIL

«Provocadoramente adictivo.»

HEAT

«Un éxito arrasador.»

BEST

Naranja de sangre

Sé que lo que hago está mal.
Pero no puedo parar.

HARRIET TYCE



Harriet Tyce

Naranja de sangre

Traducción de
Ana Momplet Chico



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para mi familia

Prólogo

Primero, enciendes un cigarrillo, el humo se retuerce sobre sí mismo subiendo hacia el techo. Con la primera calada, se engancha al fondo de tu garganta, luego se va filtrando en tus pulmones y se cuele en tu torrente sanguíneo con un cosquilleo. Dejas el cigarro de nuevo en el cenicero antes de volverte para preparar el escenario. Arrodillándote sobre el respaldo del sofá, atas la cuerda a la estantería, mientras el humo te trepa por la cara y hace que te escuezan los ojos.

A continuación, envuelves la cuerda con un pañuelo de seda para suavizar el tacto y tiras de ella una vez, y otra, para cerciorarte de que está fija. Ya lo has hecho antes. Lo has ensayado y probado. Lo has medido a la perfección. Hasta aquí, no más. Sin llegar a caer. Solo queremos morir un poco.

La pantalla está preparada, el vídeo elegido, listo para dar al play.

Y el corte final, la naranja que has dispuesto en un plato. Coges el cuchillo, uno afilado, con mango de madera y filo de acero veteado, y lo hundes en la fruta. En dos, en cuatro. En ocho. El color naranja de la corteza, el blanco del albedo, la carne ensangrentada en los bordes, una paleta de colores de atardecer.

Son todas las texturas que necesitas. La punzada del humo en el aire, las siluetas bailando en la pantalla ante tus ojos. El suave tacto acolchado de la seda sobre la cuerda áspera. El latido de la sangre en tus oídos según te vas acercando, el dulce estallido cítrico sobre la lengua para traerte de vuelta, de allí hasta aquí, antes de llegar al punto sin retorno.

Siempre funciona. Sabes que estás a salvo, solo.

Tras la puerta cerrada, solo tú y la gloriosa cumbre que estás a punto de alcanzar.

A solo unos latidos de distancia.

1

El cielo gris de octubre se cierne sobre mí y el maletín con ruedas pesa, pero aun así me siento agradecida mientras espero el autobús. El juicio ha terminado, despachado tras prosperar una petición de anulación basada en la falta de pruebas. Siempre es agradable meterle un tanto a la acusación, y mi cliente ha salido encantado. Y lo mejor de todo: es viernes. Fin de semana. El momento de estar en casa. Llevo tiempo planeándolo: esta noche será distinta. Una copa, dos a lo sumo, y me voy. Llega el autobús y emprendo el camino de vuelta cruzando el Támesis.

Al llegar al bufete, entro directamente en la sala de secretarios y espero a que adviertan mi presencia entre el ruido de los teléfonos y el zumbido de la fotocopidora. Por fin, Mark alza la vista.

—Buenas tardes, Alison. Ha llamado el procurador^[1]: están muy contentos de que se haya dado carpetazo a ese caso del robo.

—Gracias, Mark —digo—. Las pruebas de identificación eran una mierda. En fin, me alegro de que haya acabado.

—Buen resultado. No hay nada para el lunes, pero ha llegado esto para usted. —Señala un fino fajo de papeles sobre su escritorio, atado con cinta rosa. No resulta muy impresionante.

—Genial. Gracias. ¿De qué se trata?

—Un asesinato. Y lo lleva usted —responde Mark, y me entrega los documentos guiñándome un ojo—. Enhorabuena.

Se va de la sala antes de que pueda contestar. Me quedo de pie con los documentos en la mano, mientras secretarios y becarios pasan a mi lado con las prisas habituales de un viernes. Un asesinato. Voy a llevar mi primer caso de asesinato. La gran ilusión de mi carrera profesional.

—Alison. ¡Alison!

Hago un esfuerzo para centrarme en las voces.

—¿Te vienes a tomar algo? Nos vamos. —Sankar y Robert, ambos abogados treintañeros, llevan una colección de becarios tras su estela—. Hemos quedado con Patrick en el Dock.

Asimilo sus palabras.

—¿Patrick? ¿Qué Patrick? ¿Bryars?

—No, Saunders. Eddie acaba de terminar un caso con él y lo están celebrando. El del fraude, por fin ha acabado.

—Vale. Voy a guardar esto. Os veo allí. —Salgo de la sala, agarrando con fuerza el expediente del caso y con la cabeza agachada. Me arde el cuello y no quiero que nadie vea que estoy sonrojada.

Una vez a salvo en mi despacho, cierro la puerta y compruebo cómo tengo la cara. Me pinto los labios y atenúo el rubor con polvos. Las manos me tiemblan demasiado como para trazarme la raya de los ojos, pero me cepillo el pelo y vuelvo a echarme perfume; no es necesario llevar encima el hedor de las celdas.

Empujo los documentos hacia el fondo de la mesa y recoloco la foto enmarcada que se ha movido con los papeles. Una copa para celebrar que es viernes. Pero solo una.

Hoy va a salir según lo planeado.

Nuestro grupo llena la mitad del piso de abajo del bar, un garito cutre frecuentado por abogados criminalistas y sus secretarios. Al bajar las escaleras, Robert me hace un gesto con el vaso y me siento a su lado.

—¿Vino?

—Vino, claro. Pero solo una. Hoy quiero llegar pronto a casa.

Nadie dice nada. Patrick no me ha saludado. Está sentado al otro extremo de la mesa, enfrascado en una conversación con una de las becarias —la tal Alexia— con una copa de vino tinto en la mano. Distinguido, apuesto. Me obligo a apartar la mirada.

—Tienes buen aspecto, Alison. ¿Te has cortado el pelo? —Sankar está animado—. ¿No crees que tiene buen aspecto, Robert? ¿Y tú, Patrick? ¿Patrick? —Más énfasis. Patrick no le mira. Robert interrumpe su conversación con uno de los secretarios más novatos, asiente y alza su pinta en un brindis por mí.

—¡Bravo por el asesinato! Y lo llevas tú... Antes de que te des cuenta te

hacen consejera de la reina[2]. ¿No te lo dije el año pasado, cuando te luciste en el Tribunal de Apelación?

—No nos emocionemos —contesto—. Pero gracias. Se te ve de buen humor. —Mi voz suena alegre. Me da igual que Patrick se haya dado cuenta de mi presencia o no.

—Es viernes y me voy una semana a Suffolk. Deberías probar lo de tomarte vacaciones alguna vez.

Sonrío asintiendo. Claro que debería. Una semana en la costa, tal vez. Por un instante me imagino saltando entre las olas como las alegres fotografías que se ven en cierto tipo de casas de veraneo. Luego comería *fish and chips* en la playa, bien abrigada del fresco viento de octubre del mar del Norte, antes de encender un fuego en la estufa de leña de mi casita perfectamente amueblada. En ese momento me acuerdo del montón de expedientes que tengo sobre mi escritorio. No es el momento.

Robert me sirve un poco más de vino. Me lo bebo. La conversación fluye a mi alrededor, Robert grita a Sankar, a Patrick y de nuevo a mí, una montaña rusa de chistes malos y risas. Más vino. Otra copa. Se unen más abogados y pasan un paquete de cigarrillos por la mesa. Salimos a fumar, otro, «no, no, déjame que compre, que siempre te estoy gorroneando», la búsqueda de cambio e ir tambaleándome al piso de arriba para comprarlos en la barra, y «no hay Marlboro Lights, solo Camel, pero ahora mismo qué más da, sí, un poco más de vino», y otra copa y otra, y chupitos de algo pegajoso y oscuro, y el bar y la conversación y las bromas dando vueltas cada vez más rápido a mi alrededor.

—Creí que habías dicho que te irías pronto. —Ahora céntrate. Tienes a Patrick delante de ti. Cuando le miro desde ciertos ángulos me recuerda a un Clive Owen canoso. Intento encontrarlos, inclinando la cabeza hacia un lado, hacia el otro.

—Dios, menudo pedo llevas.

Voy a coger su mano pero se aparta bruscamente, mirando a nuestro alrededor. Vuelvo a sentarme, quitándome el pelo de la cara. Se ha ido todo el mundo. ¿Cómo no me he dado cuenta?

—¿Dónde están todos?

—En la discoteca. Ese sitio, Swish. ¿Te apetece?

—Creía que estabas hablando con Alexia.

—Entonces sí que me viste al entrar. No estaba seguro...

—Eres tú el que me estaba ignorando. Ni siquiera me has mirado para saludarme. —Intento ocultar la indignación, sin éxito.

—Vale, no te sulfures. Le estaba dando algunos consejos profesionales.

—Seguro... —Demasiado tarde, se me escapan los celos. ¿Por qué siempre me hace esto?

Vamos andando hacia la discoteca. Intento agarrarle del brazo un par de veces, pero se aparta y, antes de llegar a la puerta, me empuja a un rincón oscuro entre dos edificios de oficinas y me coge de la mandíbula.

—No me pongas la mano encima ahí dentro.

—Nunca te pongo la mano encima.

—Y una mierda, Alison. La última vez que acabamos aquí no parabas de meterme mano. Era tan evidente... Solo intento protegerte.

—Más bien, protegerte a ti mismo. No quieres que te vean conmigo. Soy demasiado vieja... —No termino la frase.

—Si vas a ponerte así deberías irte a casa. Estoy tratando de proteger tu reputación. Todos tus compañeros están ahí dentro.

—Quieres montártelo con Alexia, solo quieres quitarme de en medio. —Perdida toda dignidad, los ojos se me llenan de lágrimas.

—Basta de numeritos. —Su boca está cerca de mi oreja y las palabras suenan suaves—. Como me montes un numerito, no vuelvo a hablarte más. Ahora, deja de fastidiarme.

Me empuja y desaparece por la esquina. Me tambaleo sobre los tacones, apoyando una mano contra la pared para mantenerme de pie. En vez del tacto áspero de cemento y ladrillo, noto una sustancia pegajosa bajo la palma de la mano. Recobrado el equilibrio, me la huelo y siento náuseas. Mierda. Algún bromista ha restregado mierda por toda la pared del callejón. El hedor me despeja más que toda la bronca que me ha soltado entre dientes Patrick.

¿Debería interpretarlo como una señal y marcharme? Ni de coña. No pienso abandonar a Patrick a su suerte en esta discoteca, con todas esas jovencitas hambrientas muriéndose por deslumbrar a uno de los procuradores más importantes de la ciudad. Me quito lo peor de la mierda restregando la mano contra un tramo limpio de pared y camino con aplomo hasta Swish, sonriendo al portero al pasar. Si me lavo las manos durante un buen rato conseguiré eliminar el olor. Nadie se enterará.

¿Tequila? Sí, tequila. Otro chupito. Y un tercero. La música suena de forma machacona. Bailo con Robert y Sankar, ahora con los secretarios, y ahora les demuestro a los becarios cómo se hace, sonriendo, cogiéndonos de las manos y dando vueltas, y de nuevo bailo sola, moviendo los brazos sobre la cabeza, otra vez con veinte años y ninguna preocupación. Otro chupito, un gin-tonic, mi cabeza gira hacia atrás con el ritmo mientras el pelo me cae alrededor de la cara.

Patrick está aquí, en alguna parte, pero me da igual porque no le busco, y desde luego no sé que está bailando muy pegadito a Alexia, con una sonrisa en la cara que debería ser solamente para mí. Yo también sé jugar a eso. Voy a la barra, contoneándome. Tengo un aspecto estupendo. La melena oscura artísticamente apartada de la cara, en bastante buena forma para rondar los cuarenta. Nada que envidiar a ninguna de las veinteañeras de la sala. Ni siquiera a Alexia. Especialmente no a Alexia. Ya verá Patrick, vaya si lo lamentará, lamentará tanto haberla cagado...

Empieza a sonar un tema nuevo, con más ritmo, y dos hombres me apartan a empujones para ir a la pista de baile. Me tambaleo y caigo, incapaz de detener la inercia. El móvil se me cae del bolsillo y golpea el suelo con fuerza. Doy contra una mujer que tiene una copa de vino tinto en la mano y este se derrama por todas partes, sobre su vestido amarillo y mis zapatos. Me mira asqueada y se vuelve. Tengo las rodillas caladas en un charco de alcohol y trato de recomponerme un poco antes de ponerme en pie.

—Levántate.

Alzo la vista, y la vuelvo a bajar.

—Déjame en paz.

—No en este estado. Vamos.

Es Patrick. Quiero llorar.

—Para de reírte de mí.

—No me estoy riendo de ti. Solo quiero que te levantes y salgas de aquí. Ya es suficiente por hoy.

—¿Por qué quieres ayudarme?

—Alguien tiene que hacerlo. Tus compañeros han encontrado una mesa y están bebiendo *prosecco*. No se darán cuenta de que nos vamos.

—¿Te vienes conmigo?

—Si vamos ya, sí. —Extiende la mano y me levanta—. Ahora, sal de aquí. Te veo fuera.

—Mi móvil... —Miro el suelo a mi alrededor.

—¿Qué pasa con él?

—Se me ha caído. —Lo encuentro debajo de una mesa junto al borde de la pista de baile. Tiene la pantalla rota y está pegajoso de cerveza. Lo limpio con mi falda y salgo arrastrándome de la discoteca.

Patrick no me toca de camino al bufete. No decimos nada ni hablamos de ello. Abro la puerta, tras acertar con el código de la alarma al tercer intento. Me sigue hasta mi despacho, entonces me arranca la ropa sin detenerse a besarme y me empuja contra la mesa, boca abajo. Me vuelvo hacia él y le miro.

—No deberíamos hacer esto.

—Es lo que dices siempre.

—Hablo en serio.

—Eso también lo dices siempre. —Se ríe, me acerca hacia él y me besa.

Aparto la cara pero él levanta la mano y me la agarra para que le mire. Por un instante, mi boca permanece rígida sobre sus labios, pero su olor, su sabor, me pueden.

Más fuerte. Más rápido. Mi cabeza golpea contra las carpetas sobre la mesa mientras Patrick me embiste por detrás, se detiene un momento, se mueve.

—No he dicho... —empiezo a balbucear, pero él se ríe y chista para que me calle. Con una mano me tira del pelo y con la otra me empuja contra la mesa, y mis palabras se convierten en un gemido, un grito ahogado. Sigue una y otra vez contra la mesa, y entonces las carpetas se caen y al hacerlo golpean el marco de fotos, que se va al suelo también y el cristal se rompe, y ya es demasiado pero no puedo decirle que pare y no quiero que lo haga, pero sí quiero, y sigue y sigue, no pares, no pares, para, que duele, no pares, hasta que gime y ya ha acabado, se endereza, se limpia y se incorpora.

—Tenemos que dejar de hacer esto, Patrick. —Me aparto de la mesa, me subo las bragas y las medias y me aliso con cuidado la falda hasta las rodillas. Él se está abrochando los pantalones, metiéndose la camisa. Intento abotonarme la blusa—. Me has arrancado un botón —digo, con los dedos

temblando.

—Seguro que puedes coserlo.

—No puedo hacerlo ahora.

—Nadie se dará cuenta. No hay nadie aquí. Todo el mundo está durmiendo. Son casi las tres de la mañana.

Miro el suelo a mi alrededor hasta encontrar el botón. Meto los pies en los zapatos a presión, tropiezo contra la mesa. El despacho me da vueltas, tengo la cabeza nublada otra vez.

—Hablo en serio: esto se tiene que acabar. —Procuro no llorar.

—Como ya he mencionado, siempre dices eso. —Ni siquiera me mira mientras se pone la chaqueta.

—Se acabó. Ya no lo aguanto más. —Ahora ya sí que estoy llorando.

Se acerca y coge mi cara entre sus manos.

—Alison, estás borracha. Estás cansada. Sabes que no quieres que esto se acabe. Ni yo tampoco.

—Esta vez lo digo en serio. —Me aparto de él, tratando de parecer tajante.

—Ya veremos. —Se inclina hacia delante y me besa en la frente—. Me voy. Hablamos la semana que viene.

Se va antes de que pueda seguir discutiendo. Me desplomo sobre el sillón del rincón. Ojalá no me hubiera emborrachado tanto. Me limpio los mocos y las lágrimas de la cara con la manga de la chaqueta, hasta que mi cabeza se derrumba sobre mi hombro y pierdo la conciencia.

Mami! ¡Mami! ¡Mami!

Mis ojos están cerrados, estoy calentita en la cama, y qué gusto que venga Matilda a despertarme.

—¡Mami! Te has dormido en el sillón. ¿Por qué estás dormida en el sillón? Sillón. No cama. Sillón.

—Abre los ojos, mami. Dinos hola a papi y a mí.

Tampoco es un sueño. Abro un ojo, vuelvo a cerrarlo.

—Demasiada luz. Hay demasiada luz. Por favor, apagad la luz.

—No están encendidas, tonta. Es de día, mami.

Abro los ojos. Mi despacho, el lugar donde paso mi semana laboral, lleno de expedientes, documentación de jurisprudencia, restos de la noche anterior. Mi hija no debería estar aquí, delante de mí, con una mano apoyada sobre mi rodilla. Debería estar en su cama o sentada a la mesa de la cocina desayunando. Pero está aquí. Estiro la mano y cubro la suya antes de intentar recomponerme de algún modo.

Estoy hecha un ovillo a un lado del sillón, y, al incorporarme, noto que se me ha dormido el pie izquierdo. Muevo las piernas haciendo muecas de dolor a medida que la sangre va llegando de nuevo a mis extremidades. Pero eso no es lo que más duele. Las imágenes de anoche empiezan a estallar en mi cabeza. Veo la mesa por encima de la cabeza de Matilda, sombras de Patrick penetrándome a golpes cuando ella se inclina y me abraza. La rodeo con mis brazos e inhalo el olor de su cabeza. Logra calmar el martilleo de mi corazón, un poco. No hay nada de qué preocuparse. Me he quedado dormida en el despacho después de pasarme un poco bebiendo, nada más. Eso es todo lo que ocurrió. Además, he terminado con Patrick. Todo irá bien. Quizá.

Por fin reúno fuerza suficiente para mirar a Carl. Está apoyado en el marco de la puerta, con la desilusión impregnando cada una de sus facciones, y las

líneas que van de la nariz a la boca especialmente pronunciadas. Lleva vaqueros y una sudadera con capucha, como es habitual, pero las canas y la severidad de su rostro hacen que parezca décadas mayor que yo.

Me aclaro la garganta, con la boca seca, buscando palabras para hacer que todo esto se esfume.

—Volví de la discoteca a recoger el expediente de un caso nuevo, me senté un poquito y de repente...

Carl no sonrío.

—Eso pensé.

—Lo siento. De veras quería llegar a casa antes.

—Venga, ya sé cómo eres. Pero esta vez confiaba en que te comportaras como una adulta.

—Lo siento, no quería...

—Esperaba que estuvieras aquí, así que hemos venido a buscarte y llevarte a casa.

Matilda empieza a pasearse por el despacho. Antes de darme cuenta de lo que ocurre, se mete debajo de la mesa. Un grito repentino y sale corriendo, directa hacia mí.

—Mami, mira, mami... Mi mano, mi mano, duele, duele... —Los sollozos ahogan sus palabras. Carl me aparta de un empujón, coge su mano para secarla con un pañuelo de papel y me lo enseña. Está manchado de sangre.

—¿Por qué hay cristales rotos en el suelo? —Su voz suena tensa, incluso mientras tranquiliza a Matilda.

Levantándome despacio, me agacho debajo de la mesa y saco el marco que se cayó anoche. Matilda me sonrío en la foto bajo las esquirlas de vidrio.

—Mi foto estaba en el suelo. ¿Por qué estaba en el suelo? —Sus sollozos son aún más fuertes.

—Debí de darle un golpe sin querer. Lo siento mucho, cariño.

—Deberías tener más cuidado. —Carl está enfadado.

—No sabía que ibais a venir.

Carl menea la cabeza.

—Debería poder traer a Matilda a tu despacho. —Hace una pausa—. Y ni siquiera esa es la cuestión. No debería tener que traerla a tu despacho. Anoche deberías haber venido a casa. Como una buena madre.

No hay nada que pueda decir. Recojo el resto de los cristales y los envuelvo en un periódico viejo antes de tirarlos a la papelera. La foto de

Matilda está intacta y la saco del marco, apoyándola sobre una esquina del ordenador. Me meto la camisa por dentro de la falda. Carl me mira furioso, con el ceño fruncido, y entonces su rabia se convierte en una expresión de profunda tristeza. Siento un nudo en la garganta, una sensación punzante de culpa y remordimiento lo suficientemente poderosa para anular el gusto ácido de la resaca.

—Lo siento. No lo he hecho a propósito. —Se queda callado, con el cansancio grabado en la cara—. Pareces cansado. Lo siento mucho, Carl.

—Es que estoy agotado. De esperarte despierto hasta tan tarde. Debería haberlo imaginado y no haberme molestado en esperar que volvieras a casa.

—Deberías haberme llamado.

—Lo hice. No lo cogías.

Herida por su tono de voz, saco mi teléfono del bolso. Doce llamadas perdidas. Quince mensajes de texto. Los elimino. Demasiadas cosas, demasiado tarde.

—Lo siento, no volverá a pasar.

Respira hondo.

—No discutamos delante de Tilly. Ahora estás aquí. Y estamos todos juntos. —Se acerca, me pone una mano sobre el hombro y, por un segundo, pongo la mía sobre la suya. Entonces la aprieta y me zarandea—. Es hora de irnos a casa.

En ese momento ve mi teléfono. Lo coge y se queda mirando la raja.

—¿En serio, Alison? Te lo arreglaron hace unos meses. —Suspira—. Bueno, tendré que llevártelo a arreglar otra vez.

Sin discutir, le sigo sumisamente hasta salir del edificio.

El trayecto hasta Archway se hace rápido entre coches y autobuses que avanzan uno tras otro por las calles vacías. Apoyo la cabeza contra la ventanilla, contemplando las ruinas de la noche anterior. Envoltorios de hamburguesa, botellas y aquí y allá pequeños vehículos de limpieza urbana avanzando con dificultades, con sus cepillos girando mientras borran los rastros de la noche del viernes.

Gray's Inn Road. Verjas de hierro fundido impidiendo ver la enorme pradera al otro lado. Rosebery Avenue, Sadler's Wells: empiezan a venirme a la mente libros que leí hace mucho. *No Castanets at the Wells, Veronica at*

the Wells. ¿Cómo se llamaba el otro? Ah, sí. *Masquerade at the Wells*. Lo sé todo sobre eso: las máscaras, las duplicidades... Aprieto las manos hasta que mis nudillos se vuelven blanquecinos. Intento no pensar en cómo iría el resto de la noche para Patrick. ¿Me creyó cuando le dije que habíamos terminado? ¿Se fue a casa o volvió a salir, a buscar a mi sustituta? Carl aparta una mano del volante y la pone sobre la mía.

—Pareces tensa. No tardaremos en llegar a casa.

—Es que lo siento tanto, Carl... Y estoy cansada. Todos lo estamos, lo sé.

Aparto la cara un poco más de él, mirando siempre por la ventanilla, tratando de ahuyentar el sentimiento de culpa. Ya hemos pasado Angel, y vamos por Upper Street con sus restaurantes que comienzan bien y acaban mal con un pub de la cadena Wetherspoon, en Highbury Corner. Veo el rastro de cestas de flores colgadas que se va perdiendo por Holloway Road, pisos de estudiantes sobre restaurantes indios y la curiosa hilera de tiendas de ropa de látex para gustos que Patrick probablemente comparta.

—¿Fue bien el juicio? —dice Carl, rompiendo el silencio mientras empezamos a subir la cuesta hacia casa. Su tono de voz, más amigable que antes, me coge por sorpresa. Tal vez ya no esté enfadado.

—¿El juicio?

—Ese con el que has estado esta semana, el del robo.

—El juez admitió una petición de anulación del juicio... —Mis palabras suenan muy lejanas, como si llegaran a través de metros y metros de agua. Siento la cabeza pesada y flotando.

—Entonces, ¿tienes libre la semana que viene? Estaría bien que pasaras algo de tiempo con Tilly.

Ya no estoy bajo el agua. De repente me han sacado a la superficie, y estoy farfullando e intentando respirar. Carl sigue enfadado.

—¿Qué quieres decir?

—Últimamente has estado muy ocupada.

—Sabes lo importante que es esto para mí. Para nosotros. Por favor, no me metas caña.

—No te estoy metiendo caña, Alison. Simplemente he dicho que estaría bien. Nada más.

El tráfico se ralentiza en lo alto de Holloway, antes de girar hacia Archway. Hacia casa. Allí donde reside tu corazoncito. Me llevo la mano al bolsillo para cerciorarme de que el móvil sigue ahí, y tengo que contenerme

para no mirar si Patrick me ha escrito. Bajo del coche y me vuelvo hacia Matilda con una sonrisa decidida en la cara. Me coge de la mano y entramos en casa.

Me meto bajo la ducha para quitarme del cuerpo cualquier rastro de Patrick. Trato de no pensar en mi cabeza aplastada contra la mesa, su insistencia sobre mí, la fuerza con la que hacía que se me clavaran los duros bordes en todas mis partes blandas. Me como el sándwich de beicon que Carl me ha dejado enfriándose en la encimera de la cocina, concentrándome en los sonidos de Matilda jugando en el jardín, dando patadas a las hojas y corriendo por la hierba, alejándose y acercándose, una y otra vez, como el *fort, da* freudiano. Es un péndulo tintineando entre esta realidad y la otra, que sigue sin escribirme un mensaje, por mucho que me diga que deje de mirar el teléfono. Empiezo a abrir la carpeta del caso de asesinato y la cierro. La tentación de esconderme en el expediente del caso resulta casi irresistible, retirarme entre la declaración y el sumario, en lugar de afrontar la realidad de mi vida y el caos que creo constantemente, mis formas de perturbar a Carl y a Tilly. Sin embargo, sé que si me pongo a trabajar ahora solo empeoraría las cosas. Lo haré más tarde.

Vienen amigos a comer, cocina Carl. Hará lo mejorcito para estos amigos que conoce desde la universidad. La pierna de cordero chisporrotea en el horno desprendiendo en el ambiente un penetrante aroma a romero. La cocina brilla de limpio, como un marco que aguarda su foto. Carl ya ha puesto la mesa, con las servilletas tiesas dobladas sobre los platos entre cuchillos y tenedores. La pizarra del rincón está borrada: ya no es una letanía de clases de natación, compras y horarios de las reuniones del grupo de Carl. Ahora solo dice: «¡Me encanta el fin de semana!», con la cuidada letra de Matilda y un dibujo con dos figuras de palotes cogidas de la mano, una alta y otra bajita.

Los laterales de la cocina están despejados, las puertas de los armarios cerradas, un despliegue de superficies en blanco que contrastan conmigo. Intento colocar bien un ramo de azucenas blancas que Carl ha puesto en un jarrón, pero al hacerlo la mesa se llena de gruesas manchas de polen amarillo. Las limpio con la mano y me aparto rápidamente.

Voy al jardín con Matilda, admiro la tela de araña que cubre el arbusto de

grosellas negras y el conjunto de ramitas en el acebo que sin duda es un nido, «mami, tú lo ves. ¿Crees que es la casa de un petirrojo?». Quizá.

—Tendremos que comprar comida, mami. Para que la mamá petirrojo dé de comer a sus hijitos.

—Muy bien, cariño. Compraremos unos cacahuetes.

—Cacahuetes, no. Nos lo han contado en el colegio. A los pájaros les gustan las bolas de grasa con cosas pegadas.

—Eso suena un poco asqueroso. ¿Qué cosas?

—No sé, semillas, o gusanos...

—Se lo preguntaremos a papá, cariño. Puede que él lo sepa. O podemos buscarlo.

Carl nos llama. Han llegado los invitados y va a sacar el cordero del horno. Me quedo admirándolo y voy a la nevera a por las bebidas, mientras los dos nos metemos en los papeles que representamos cada vez que vienen Dave y Louisa. Comemos juntos los fines de semana desde antes de que nacieran las niñas, días en los que atardece mientras nos quedamos charlando de sobremesa bebiendo una copa tras otra, empachados de la cocina de Carl. Le doy un vaso de zumo a Flora, su hija, y descorcho el vino.

—Dave tiene que conducir, pero yo tomaré un poco. —Louisa extiende la mano para coger la copa que acabo de servir.

—¿Tú vas a beber, Alison? —Carl sirve patatas fritas en un cuenco, después de cubrir el cordero con papel de aluminio.

—Sí, por qué no. Es sábado.

—Nada, pensé que..., después de anoche... —No hace falta que termine la frase.

—¿Anoche qué?

—Que a lo mejor ya bebiste suficiente. Da igual, solo se me ha ocurrido. No te preocupes.

—No lo hago. —Me sirvo más de lo que pretendía, derramando *sauvignon blanc* a los lados de la copa. Louisa ladea la cabeza, intrigada.

—¿Qué pasó anoche?

La miro a la cara, esperando que el retintín en su tono solo sea fruto de mi imaginación.

—Nada, era viernes, ya sabes...

—¡Mami estaba tan cansada que se quedó dormida en el sillón de su despacho! Esta mañana hemos tenido que ir a buscarla. Papi ha dicho que

tenemos que cuidar de ella —salta Matilda. Me cubro la cara con las manos, frotándome los ojos.

—¿Que mami se durmió en su despacho? Debía de estar muy cansada. ¿Por qué Flora y tú no cogéis estas patatas? Sé que ella tiene hambre —dice Louisa, deslizado un cuenco de patatas hacia Matilda y acompañando a las niñas hasta la puerta.

Sí, cansada, eso es todo. Hasta el tuétano.

—Vaya, ¿por fin te han dado un asesinato? Qué buena noticia. Debes de haberle hecho un pedazo de favor a ese secretario del bufete para conseguirlo.

—Dave sonrío con suficiencia.

—Lo ha conseguido todo a base de trabajo duro, Dave. Estoy segura de que se lo merece. —Louisa le fulmina con la mirada, levantando su copa hacia mí.

—¿De qué se trata? ¿Hay mucha sangre y vísceras? Venga, cuéntenos los detalles jugosos...

—Dave, delante de las niñas, no... —señala Louisa.

—Para ser sincera, no he tenido tiempo de leerlo detalladamente. Mañana me pondré con ello, a ver de qué va. —Levanto mi copa hacia Louisa y me bebo el contenido.

—Pensé que mañana podíamos salir por ahí —comenta Carl, con gesto abatido—. Tilly, ¿no dijimos que iríamos de excursión?

—Sí, quiero ir a ese castillo, el que tiene un laberinto. Me prometiste que iríamos todos, papi. —Matilda saca el labio inferior viendo cómo se esfuma el plan.

—¿Por qué no me preguntas si tengo cosas que...? —Me trago las palabras. Siempre puedo trabajar cuando volvamos a casa, una vez se acueste la niña. Será divertido. Se pondrá a corretear por el laberinto y yo la seguiré, a la derecha, a la izquierda, a la derecha, hasta que nos perdamos y empecemos a pedir ayuda a gritos, partiéndonos de risa—. ¡Claro que iremos al castillo, cariño! —Cuanto más juguemos a la familia feliz, más lo seremos.

El trabajo de Dave. El trabajo de Lou. Los pacientes de la consulta de Carl: nada de nombres, solamente algún detalle difuso sobre sus nuevas reuniones

semanales de grupo para hombres adictos al sexo que despiertan las risas nerviosas de Dave y Louisa. Yo escucho a medias, ya trato con suficientes casos sexuales en el trabajo como para que me interese tanto. De mi asesinato no se habla más. Con la copa cogida por el tallo, me bebo un vino, luego otro, con la esperanza de ahogar las voces angustiadas que me susurran al oído acerca del juicio y cuánto tiempo me llevará prepararlo.

—¿Nos hacemos un karaoke? —digo.

—Vamos a comer un poco de queso. He traído oportó. —Carl, el anfitrión por excelencia. Lleva la casa mejor de lo que yo jamás podría soñar hacerlo.

—¿Brie? —ofrezco mientras corto un buen trozo.

—Alison, mira lo que has hecho. Has cortado la punta —exclama Carl.

Observo el brie y el trozo en mi cuchillo. Se me cierra la garganta y vuelvo a dejarlo sobre la tabla, juntando los trozos de queso. Oigo el suspiro de Carl, pero estoy demasiado cansada para pensar en ello.

—En serio, ¿hacemos un karaoke? Seguro que me anima. Yo voy a hacer de Adele.

—No nos podemos ir muy tarde. ¿Y no es un poco pronto para un karaoke? —dice Dave.

—Dios, siempre tan sensatos. Pues nada, jugaré sola.

—No te enfades, son casi las siete. Llevamos horas aquí —comenta Louisa.

¿Casi las siete? Sí que es tarde. Se me ha vuelto a ir el santo al cielo. No recuerdo ni la mitad de la conversación que hemos mantenido. Me levanto de la silla y apuro el contenido de la copa. Al inclinarla se derraman dos gotas rojas de las comisuras de mis labios y caen serpenteando sobre mi camiseta blanca. Dejo la copa de golpe y voy tambaleándome hacia la puerta.

—Pues yo voy a hacerme un karaoke. Sed aburridos si queréis. Es fin de semana, joder.

Estoy en plena forma. Las niñas me miran con los ojos como platos mientras acierto todas las notas altas de *Wuthering Heights*. Están fascinadas. A mí seguro que Heathcliff me dejaría entrar. Me regodeo con Adele, le hago un guiño al pequeño Corvette rojo de Prince, y finalmente voy a por mi cumbre musical, *There is a Light That Never Goes Out*. Alguien dijo que sueno fantasmagórica cuando la canto, y siempre ha sido mi mejor número. Para mí no hay *My Way* que valga, así es como yo acabo, deslumbrando al mismísimo Morrissey. Quizá. Mantengo la última nota todo lo que puedo y

vuelvo a derrumbarme en el sofá, exhausta. Estoy tan convencida de que Carl, David y Louisa me escuchan entusiasmados y admirados, que casi me sorprende no recibir una ronda de aplausos.

—... cómo lo aguantas. —La voz de Louisa resuena nítida al acabar mi canción. Y alguien le hace callar. ¿Están hablando de mí? No he estado tan mal... Me hundo en el cuero color crema del sofá y cierro los ojos. Se oye un portazo y me sobresalta, pero al segundo siguiente vuelvo a dejarme caer sobre los cojines, con los ojos bien cerrados.

Poco después me despierto asustada. No se oye nada en casa. Voy a la cocina, empiezo a retirar el resto de los platos y vasos sucios de la mesa y los dejo en el fregadero. Carl ha utilizado la cristalería buena, la que pesa y parece sólida pero que se rompe con solo mirarla. Llevo una tanda y luego vuelvo a por otra.

Me siento un poco confusa por el modo en que ha acabado la tarde; estaba segura de que todos querrían unirse. Algo en el fondo de mi mente me hace temer que la he liado; mi cabeza está nublada por la bebida, y mi juicio descentrado. Ya no es como antes. Al pasar por la puerta de la cocina con las copas en la mano veo el grabado de Temple Church colgado en el pasillo: Carl me lo regaló cuando me saqué la licencia y me encantó el detalle. Debería ser más delicada con él. Desde que le despidieron no ha recuperado la confianza, a pesar de que el curso de psicoterapeuta le vino muy bien, y la consulta a tiempo parcial funciona de maravilla. Pero nunca aspiró a ser un amo de casa.

—No las cojas así. Ya te lo he advertido —dice Carl. Casi se me cae una copa del susto. Tintinean unas contra otras.

—Solo intentaba ayudar.

—Déjalo. Vete a sentar. No soporto cuando rompes algo.

De nada sirve discutir. Me quedo observándole a través del flequillo. Le palpita la vena de la sien y está sonrojado. Ese rubor le da un aire más juvenil, de repente, y veo al chico que fue, con su cabello oscuro y lacio, los ojos entornados sonriendo. La visión retrocede al igual que lo han hecho sus entradas y vuelvo a encontrarme con la realidad, un cuarentón cabreado de pelo ralo y cano, y una expresión impaciente. Sin embargo, el recuerdo no se esfuma del todo y permanece el chico sobreimpresionado sobre el hombre,

desatando una pequeña ola de amor dentro de mí.

—Voy a leerle a Matilda.

—No quiero que la alteres.

—No voy a alterarla. Solo voy a leerle un cuento. —Intento que mi voz no suene quejumbrosa. La ola se ha retirado.

—Sabe que estás borracha. No le gusta.

—No estoy tan borracha. Estoy bien.

—¿Bien? ¿Después de cabrear tanto a mis amigos que se han ido pronto por la vergüenza? ¿Cuando esta mañana te he tenido que levantar del suelo de tu despacho?

—Estaba en el sillón. Y no es tan pronto.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Lo sé. Pero no estoy de acuerdo.

—No creo que sea justo. No se han marchado por mi culpa. Podrían haberse unido al karaoke.

—Dios, Alison... No sé ni por dónde empezar.

—Esto no es justo.

—No me grites. Me niego a hablar contigo mientras estés así.

—Sé que te he cabreado y lo siento. Pero antes siempre nos divertíamos juntos. No me había dado cuenta de que todo el mundo se había vuelto tan aburrido. Da igual. Voy a leerle a Tilly. —Salgo de la cocina antes de que Carl pueda decir nada más.

Está sentada en la cama, leyendo un libro de Clarice Bean. Ya tiene seis años, pero sigue siendo mi bebé. Me abraza y murmura:

—Buenas noches, mami, te quiero.

—Yo también te quiero —digo, y la arropo con el edredón de flores. Carl entra cuando estoy a punto de apagar la luz y por un instante estamos unidos, contemplando a la niña que creamos juntos. Me vuelvo hacia él extendiendo la mano y veo que está a punto de cogerla, pero al final se aparta, con la mano parcialmente extendida y los dedos doblados con fuerza sobre la palma.

—Te he preparado una taza de té. Está en el salón.

—Gracias. —Se va antes de que termine de decirlo, pero es un comienzo, un gesto mínimo. Tal vez esté volviendo lentamente a mí. Aunque es más de lo que merezco. Hace solo veinticuatro horas me había prometido tomar una sola copa y marcharme a casa. Por un instante siento una profunda desesperanza. Ni siquiera soy capaz de tomarme solo una y volver a casa con

mi familia como debería. Me quedo un rato mirando a la nada, mientras los remordimientos me corroen las entrañas, hasta que me obligo a salir de ese estado. Me tomo el té y me acuesto, sobrepasada por la emoción y el cansancio. Ha sido una semana dura. Caigo dormida, aliviada por el suave tintineo y el sonido de Carl lavando los platos. Al menos, me he ofrecido a ayudar.

3

Se han ido juntos al castillo sin despertarme. Eso es lo que dice la breve nota que me ha dejado Carl. «No he logrado despertarte. Tenemos que irnos. De todas formas, tú tienes trabajo. Ya he terminado de lavar los platos». Ningún beso al final. Me siento fastidiada: prometí que iría con ellos. Deberían haberme llevado. Cuando comprendo que ya se han ido trato de llamarlos, pero el teléfono de Carl está apagado. Me quedo tumbada en la cama, escuchando su voz en el mensaje del contestador. «No puedo contestar. No puedo contestar».

Más bien, no quiero contestar.

Por fin, lo coge.

—¿Por qué no me has despertado?

—Lo intenté. Te revolviste y me mandaste a la mierda. Pensé que sería mejor dejarte dormir.

No recuerdo nada de eso.

—No me he despertado hasta las once. Esto no me suele pasar.

—Estabas agotada de la noche anterior.

—Podrías haber insistido más para que me despertara. O haberme esperado.

—Lo intenté, Alison. Pero no querías levantarte. Hemos salido a las nueve. No tenía sentido salir más tarde.

—Ya. Bueno, lo siento mucho. No ha sido adrede. ¿Puedo hablar con Matilda?

—Ahora está jugando. No quiero interrumpirla y alterarla. Se ha puesto muy triste por que no vinieras, pero ahora está mejor. Déjalo estar.

—No lo entiendo. Nunca duermo hasta tan tarde. No quería. Por favor, al menos dile que lo siento.

—Es lo que hay —responde Carl. Una pausa, y entonces cambia de tema

de manera tan tajante que no puedo rebatir—. ¿Vas a trabajar un poco?

—Ahora mismo me voy a poner. Haré un estofado para la cena.

—Pues te dejo con ello. —Cuelga sin darme oportunidad de despedirme. Dejo el dedo suspendido sobre el botón de llamada un segundo, pero al final aprieto el icono de la casa y cancelo todo el proceso. Ya hablaremos luego, con una cena rica. Haré que Tilly entienda lo mucho que lo siento y que no quería perderme la excursión. Sacudo la cabeza para despejarme, me levanto de la cama, me pongo un pijama y bajo a trabajar.

Dos cafés más tarde leo el expediente del caso, parpadeando para abrirme paso en la niebla del dolor que se ha instalado detrás de mi ojo derecho. Regina versus Madeleine Smith. Tribunal Central de lo Penal. Transferido del Tribunal de Primera Instancia en Camberwell Green, los juzgados más cercanos a la escena del crimen, una rica zona residencial en el sur de Londres.

Suena un mensaje en mi teléfono. Lo cojo inmediatamente, esperando que sea Carl, dispuesto a hacer las paces.

«¿Alguna idea sobre el caso?».

Patrick. Me atraviesa una ola de placer y luego de rabia. ¿Cómo se atreve a escribirme en fin de semana, especialmente después de cortar con él? Entonces caigo en el contenido del mensaje.

«¿Qué caso?», contesto.

«Madeleine Smith. Tu primer asesinato, ¿no?».

No creía habérselo contado. Lentamente me doy cuenta de lo que sucede y vuelvo a mirar el expediente. Ahí está, en la última página, el procurador que instruye mi primer caso de asesinato es Saunders & Co. La compañía de Patrick. Por un momento, me quedo pensando en qué he hecho exactamente para conseguir el caso, hasta dónde he llegado, cuántas veces. Con cuánta fuerza, con qué velocidad. Pero esa no es la razón. Patrick no juega con el trabajo. Solo conmigo.

Otro mensaje.

«Hmmm, sí, de nada». Se pone insolente.

«El viernes te dije que se acabó». Me siento como si tuviera quince años otra vez.

«Lo sé, lo sé. Pero esto es trabajo. La semana q viene reunión. La cliente

quiere conocerte lo antes posible. Yo lo organizo con secretarios».

Fin de la conversación. Que no fin de la aventura. Nada sobre el viernes, nada de lo que preocuparme. Si se hubiera tirado a otra persona me lo habría contado. Aunque me daría igual. Vuelvo a mirar mi mensaje: «El viernes te dije que se acabó». Lo elimino. Borro toda la conversación. Tal vez debería negarme a trabajar con Patrick, por el bien de mi matrimonio, pero a esto es a lo que he aspirado toda mi carrera. Le aparto de mi mente y abro la carpeta, empiezo a leer. Solo estoy haciendo mi trabajo.

Más tarde, guardo el expediente del caso y empiezo a preparar la cena. Corto una cebolla lentamente. Los últimos rayos de sol iluminan el filo del cuchillo y me quedo mirándolo, cambiándolo de ángulo, dejando que el reflejo baile sobre las paredes y el techo. Es uno de los cuchillos de cocina grandes que nos regaló por la boda Sandra, mi amiga del colegio. Recuerdo que fui corriendo a darle una moneda.

—No quiero cortar el amor: nos conocemos desde hace demasiado tiempo —dije mientras ella se guardaba la moneda sonriendo.

Madeleine Smith no solo cortó el amor: lo rebanó, lo trinchó y lo apuñaló repetidas veces dejando quince heridas sobre su marido en el dormitorio de ambos en Clapham. Pudo morir por varias de ellas, aunque, según el escrito de la acusación, el patólogo llegó a la conclusión de que probablemente la culpable fuera la puñalada en el cuello que casi le seccionó la yugular. Las manchas de sangre se ven claramente sobre las sábanas blancas en las que se encontró el cadáver, como demuestran las fotos que hizo un agente en la escena del crimen.

Escojo otra cebolla y la corto fina.

Para cuando llegan Carl y Matilda, el estofado está cocinado en su punto, pero al verlo la niña dice que aunque tiene hambre no quiere comer carne.

—Comiste cordero ayer —señalo.

—Hoy he estado hablando con papi; le he preguntado cómo matan a los pollitos y no me ha gustado lo que ha dicho.

—Pero no te gustan muchas verduras —replico.

—Lo sé, pero no quiero que se mueran animales.

Miro a Carl en busca de apoyo pero él se encoge de hombros.

—Bueno, cariño, pues te haré una tortilla. Tal vez deberías pensarlo un poco más —digo, y asiente. Remuevo el estofado, y extendiendo la cuchara hacia Carl—. ¿Quieres un poco?

Coge la cuchara, la mira y la huele. Entonces frunce los labios y me la devuelve.

—No, la verdad es que no. No tengo demasiada hambre.

—Ojalá me lo hubieras dicho... ¿No te habrás hecho vegetariano tú también? —Intento no sonar cabreada.

—No, no es eso —responde—. Es que huele un poco...

—Un poco, ¿qué? —salto, reprimiendo la ira.

—Un poco... Venga, no pasa nada. Lo has intentado, eso es lo que cuenta. Y en cuanto a que Tilly se haga vegetariana, yo la apoyaré en cualquier elección. Será divertido, ¿verdad? Encontraremos un montón de cosas que te gusten. —Carl sonrío a Matilda. Luego va hacia los fuegos y remueve el estofado—. Merecía la pena intentarlo, Alison, pero quizá sea mejor que cocine yo... Conozco los platos favoritos de Matilda. Ya le hago yo la tortilla.

Ni siquiera contesto. Paso a su lado para quitar la cacerola del fuego y dejo la tapa a un lado para que el estofado se enfríe antes de congelarlo. Me lo llevaré para el almuerzo, me iré comiendo las sobras. Ese empalagoso olor a carne me va a perseguir durante semanas. Los palitos de zanahoria que tanto me ha costado cortar asoman a través de la salsa viscosa. Parece vómito. Siento náuseas. Mi ofrenda ni siquiera ha sido quemada: directamente ha sido rechazada.

Matilda se acerca y me arrodillo para abrazarla.

—Siento no haber ido con vosotros, cariño. —Le hablo bajito, son palabras dirigidas solo a ella. Extendiendo la mano y le acaricio la mejilla antes de estrecharla en mis brazos. Me devuelve el abrazo, con fuerza. La aparto un poco, cogiéndola por los hombros para que podamos mirarnos a los ojos—. Te prometo que iremos de excursión pronto. Tú y yo solas. Iremos donde tú quieras. Te lo prometo, ¿vale?

Asiente.

—Te lo prometo. —Vuelvo a abrazarla contra mí. Ella se deja, y noto su cabeza calentita sobre mi hombro. Se deshace un nudo en mi interior.

Carl me observa mientras baño a Matilda. Le cepillo el pelo y se lo seco, luego le leo un cuento y le canto hasta que se queda dormida. Al cerrar la puerta de la habitación, dice:

—Es muy importante cumplir las promesas que se les hace a los niños.

—No la voy a romper.

—Más te vale.

—Carl, no hace falta que me amenaces. Lo hago lo mejor que puedo. ¿Te importaría ser un poco más comprensivo?

—No me provoques, Alison. No estás en situación de recriminar.

Me abrasa la ira, pero se me pasa.

—Lo sé. Lo siento. Lo siento...

Carl levanta la mano y me acaricia la mejilla. Cojo su mano y la beso, luego pongo la otra en su nuca para acercarle hacia mí. Estamos a punto de besarnos. Y entonces se aparta.

—Lo siento, no puedo. —Entra en el salón y cierra la puerta. Espero un momento para ver si cambia de idea, y finalmente vuelvo al estudio y cierro la puerta detrás de mí. Intento trabajar, mitigando el escozor del rechazo con declaraciones y leyes, mientras el aire sigue impregnado del hedor a estofado.

Esa misma noche, estoy metiendo la bazofia ya fría en pequeños táperes de plástico, cuando Carl entra en la cocina y cierra la puerta.

—Llevo todo el día pensando si debería enseñarte esto —dice.

—¿Enseñarme qué? —Algo en su tono de voz hace que mi mano tiemble y derramo un poco de salsa por el lateral del táper que estaba llenando.

—Necesito que entiendas lo que pasa a veces, por qué nos enfadamos tanto.

—¿Qué es lo que necesitas que entienda? —Meto la cuchara otra vez en la cacerola y cierro la tapa del recipiente.

Carl no contesta. Está trasteando con su móvil. Meto los táperes en el congelador, encajándolos a la perfección, echando a un lado las bolsas a medio terminar de guisantes congelados. Mientras golpeo el hielo en los laterales del congelador, suenan los primeros compases de *Rolling in the Deep* y sonrío, a punto de echarme a cantar en mi cabeza. Pero cuando ya estoy cogiendo aire mentalmente, oigo que ya estoy cantando. Si es que a eso

se le puede llamar cantar. Cierro el congelador de un portazo y me vuelvo hacia Carl. Me enseña su móvil sin decir palabra, con una mirada compasiva.

Anoche estuve maravillosa, cantando sin preocuparme por nada. ¿Qué más daba si nadie quería unirse? ¡No sabían lo que se perdían! Yo era una estrella, subida a una ola de música que me alejaba de todas las discusiones triviales que acapararon el final de la tarde. Hoy veo lo que vieron ellos, a una mujer borrachísima, con el sujetador colgando fuera del vestido y el maquillaje corrido a mitad de la cara. La observo, horrorizada. Su voz me atraviesa: todas las notas que creí haber clavado, se le van a kilómetros. Canta sin seguir el ritmo y el baile es aún más desastroso. Lo peor, la mirada de las niñas cuando intenta que se unan y bailen con ella. No, eso no es lo peor: lo peor son las voces amortiguadas que se escuchan en la grabación. Se oyen incluso risas: Dave, Louisa... Dios, ¿es esa la risa de Carl?

—¿Por qué demonios no me paraste?

—Lo intenté, pero no querías.

—¿Así que decidiste grabarme un vídeo poniéndome en ridículo?

—No lo hice para ser cruel. Necesitaba que vieras lo que es tener que vivir contigo, a veces. No siempre, pero, cuando estás así, es muy difícil.

Vuelvo a mirar el teléfono. La mujer en pantalla —mi yo en pantalla— se prepara para una larga velada. Trepa por el sofá y se deja caer sobre él para cantar a Prince. Luego, como número final, la canción de The Smiths que tan bien creía haber cantado. No es lo que se dice una visión divina. Mis manos están heladas y tiemblan al sostener el móvil. Siento un hormigueo de rubor en la cara, vergüenza abrasándome la boca del estómago. Aunque cierro los ojos, aún oigo mi voz chirriando y patinando sobre la letra que creía haber cantado tan claramente anoche. Tratando de controlar el temblor de mis manos, pauso el vídeo y, justo cuando voy a borrarlo, Carl me lo quita.

—Solo estaba intentando divertirme —alego.

—No es divertido cuando molestas a los demás —dice Carl, bajando la mirada.

—No sabía que los molestara.

—Ese es el problema, Alison. Nunca te das cuenta.

Se marcha de la cocina y yo sigo metiendo estofado en táperes. Cuando termino, limpio las encimeras y pongo en marcha el lavaplatos. Apago la luz y me quedo un buen rato de pie, en medio de la oscuridad, escuchando el murmullo de todos los electrodomésticos, deseando que me calmen y

aneguen el sonido de mi propia voz. Todavía la oigo quebrándose como cristales rotos.

Por la mañana, Carl le hace el desayuno a Matilda y la prepara para el colegio. Dado que no tengo que ir al tribunal, había planeado llevarla yo, pero se le ve tan eficiente que prefiero no estorbar. Bajo a la cocina a servirme un café.

—Si me das tu teléfono lo llevo a arreglar. Hay una tienda al lado del centro de terapia —dice.

Intento parecer tranquila mientras reviso en mi mente todos los posibles riesgos. Siempre tengo cuidado. Y mucho. Borro todos los mensajes y correos electrónicos nada más leerlos. Ahora bien, tendré que avisar a Patrick cuanto antes. Me encojo de hombros.

—Si no te importa. Tampoco está tan mal.

—Mejor arreglar la raja antes de que sea peor. No querrás tener que comprarte uno nuevo...

Sé que tiene razón, pero su tonito remilgado me irrita. Me aguanto; al fin y al cabo, me está haciendo un favor.

—Asegúrate de haber hecho la copia de seguridad. Por si algo va mal —añade. Se sienta a esperar mientras yo hago una copia de seguridad por wifi, lo limpio y se lo doy.

—Gracias, es todo un detalle.

Lo coge y se marcha. Matilda me abraza rápidamente antes de irse trotando detrás de él.

En cuanto salen por la puerta, llamo al despacho de Patrick para contactar con él antes de que llame a mi móvil. Contesta su socia, Chloe Sami, que le pasa mi llamada. Sin dejarme decir nada, Patrick empieza a hablar.

—He organizado la reunión para mañana.

—He leído el expediente del caso. ¿Todavía no hay más documentos de la acusación? —Mi voz suena serena. Con Patrick siempre puedo hablar de

trabajo.

—No. Pero necesita conocerte, tiene que empezar a crear confianza con su equipo.

—Vale.

—Creo que eres perfecta para esto —continúa—. Harás que el jurado lo vea desde el punto de vista de ella: se identificarán completamente contigo. Desde una perspectiva legal, es complicado. Y eso se te da muy bien. —Patrick suena profesional. Es una valoración objetiva, no un cumplido, pero aun así me atraviesa un leve escalofrío de placer—. Bueno, la reunión es mañana a las dos —prosigue—. Nos vemos a las doce y media en la estación de Marylebone. Madeleine está viviendo en casa de su hermana, en Beaconsfield.

—Podrías haberme dicho que eras el procurador de este caso cuando nos vimos el viernes.

—Pensé que sería una sorpresa agradable. En fin, te tengo que dejar —contesta.

—Espera, Patrick. Solo quería avisarte de que no me llames al móvil hoy, ¿vale? Mensajes tampoco. No lo llevo conmigo.

—Si acabamos de hablar. ¿Por qué iba a querer contactar contigo? —Cuelga. Sus palabras me escuecen, pero no quiero volver a llamar. Me lo quito de la cabeza y empiezo a trabajar.

Pasa el resto del día; con él, los restos de la resaca, y, con ellos, el miedo. O gran parte de él. Sigo notando un punto sensible detrás de mi ojo derecho, un pequeño recordatorio del dolor que he causado, a mí, a Carl y a Tilly. Nunca más, pienso, esperando que las palabras no sean tan vacuas como suenan. Leo los documentos, destacando con un marcador fluorescente y tomando apuntes. Carl recoge a la niña del colegio mientras yo me quedo en pijama, sumergida en el caso. Al cabo del día me devuelve el teléfono como nuevo.

El martes por la mañana, salgo a la calle vestida con traje y botas, y Matilda bailando a mi lado. Al entrar en el colegio con ella, veo que un grupo de madres forma una piña contra mí, ágiles en su ropa de gimnasio. Sacudo la cabeza tratando de ahuyentar la paranoia. Sonrío a una, saludo de lejos al resto, digo hola a un par de padres al pasar. Finalmente, el grupo de madres

me sonrío y se ponen a hablar de nuevo, juntando las cabezas. «Sí, ella, por una vez. Increíble que haya hecho un esfuerzo, ¿verdad? Siempre viene su pobre marido». Vuelvo a sacudir la cabeza. Eso no es lo que se están diciendo. ¿Por qué lo iban a decir? Matilda tira de mi mano y bajamos las escaleras hacia su aula.

—Adiós, cariño. Que tengas un buen día. —Me inclino y la abrazo.

—¿Vendrás a recogerme?

—Hoy vendrá papi. Tengo una reunión.

—Vale. ¡Adiós!

Cuelga su abrigo en la percha y se aleja hacia un corro de amigos. Me quedo mirándola un momento. Sonríen a Matilda y hacen hueco para que quepa en el círculo. Le digo adiós con la mano y en cuanto me devuelve el gesto salgo rápidamente por el patio, con la cabeza agachada.

«Matilda es muy feliz, Alison, eso es lo que importa». Es lo que Carl dice siempre que me preocupan los otros padres. Y luego: «Conmigo siempre son encantadores». Seguro que sí (aunque esto nunca se lo digo); y añade: «Solo tienes que esforzarte más». Eso ha dicho esta mañana, mientras comprobaba la mochila de Matilda y firmaba su libro de lecturas. No he querido discutir. Probablemente tenga razón. «Hoy la recojo yo. Mi último paciente es a las dos», ha comentado para acabar. Al menos tengo una cosa menos de la que preocuparme.

Llego justo a tiempo para coger el autobús y encuentro un asiento arrinconado por cochecitos. Dejo junto a mi pierna el maletín de ruedas negro con el expediente del caso: fotografías y páginas de pruebas que resumen una brutalidad que en estos próximos meses voy a tener que intentar entender mejor que cualquier otra cosa: que mi mente, que mi matrimonio y que mis fracasos como madre. Me muero de ganas.

Cuando llego al bufete, saludo a los secretarios y saco las cosas de mi maletín, dejando el expediente del caso sobre mi mesa. Me siento y me quedo mirando a la nada por la ventana. Quince años de ejercicio avanzando hacia esto, mi primer asesinato. Empecé con lo típico: conductores borrachos, heroinómanos asaltatiendas, ladrones reincidentes en el infierno del Tribunal Juvenil de Balham, pedófilos patéticos volviéndose locos ante imágenes indecentes de niños. Avancé con un rastrillo por el mundo del crimen, desde

los desgraciados pasando por los desamparados hasta los desahuciados, para quienes a veces hasta yo creía que lo mejor era encerrarlos y tirar la llave. Tenían muchas cosas en común, abusos durante la infancia que llevaron al abuso de alcohol y drogas, privaciones y una desesperanza que en ocasiones exteriorizaban en rabiosas exigencias: «Quiero ese teléfono, no, dame ese puto teléfono o te rajo/te machaco/te tiro por este puente cuando venga el tren».

El último juicio que tuve por un robo con violencia, hace unos diez años, fue uno de mis favoritos. Lo llevamos entre varios abogados en Nottingham; todos los acusados se culpaban los unos a los otros de proferir las amenazas y concluyó con una condena de cinco años de cárcel para cada uno. Sin embargo, acabamos formando un buen equipo legal y cada noche íbamos al pub más cercano al Travelodge a acabar con las existencias.

En fin. Madeleine Smith. Hojeo la carpeta, revisando por encima las restricciones de una vista pendiente de resolución judicial, hasta encontrar los recortes de periódico con la noticia. El artículo principal incluye una foto de Madeleine siendo escoltada por dos policías y las manos esposadas por delante. Es una mujer rubia y delgada, con expresión cansada.

Madeleine Smith, 44, fue detenida por la policía después de que el cuerpo de su marido, Edwin, fuera hallado apuñalado en su cama. Él era socio mayoritario de una compañía estadounidense de gestión de activos, Athera Holdings. La policía acudió tras ser alertada por una empleada de la limpieza que entró en su residencia valorada en 3,5 millones de libras en Clapham, Londres. Según las fuentes, la sospechosa se encontraba sentada en el suelo junto al cadáver de su marido, y se sometió a la detención pacíficamente. Los vecinos han expresado su conmoción ante los hechos: «Era un encanto y siempre se ofrecía a ayudar con la fiesta anual que hacemos en la calle. No me lo puedo creer», dijo una fuente que pidió mantener su anonimato.

Paro de leer, me preparo un café en la máquina expreso que le compré a Carl por Navidad el año pasado. Nunca la ha usado, dice que las cápsulas son un desperdicio.

Estos son los hechos del caso según la acusación, de acuerdo con su breve resumen. El lunes, 17 de septiembre, Edwin Smith es hallado muerto sobre su

cama por su empleada de la limpieza, con su esposa Madeleine al lado sentada en el suelo. Lleva aproximadamente doce horas muerto, y la causa de la muerte es la pérdida de sangre causada por las quince puñaladas encontradas en su cuello y su torso. Aparentemente, el apuñalamiento se produjo mientras Smith dormía, ya que no hay signos de lesiones defensivas sobre su cuerpo, ni indicio alguno de que intentara contrarrestar o detener la agresión. Junto al cuerpo, sobre la cama, se encuentra un cuchillo de cocinero de treinta centímetros de longitud, cuyo filo encaja con las lesiones ya mencionadas. La abundante pérdida de sangre ha calado toda la cama y el suelo de madera, y gotea a través del mismo al salón situado en el piso de abajo. La ropa de Madeleine también está cubierta de sangre.

La policía y una ambulancia llegan inmediatamente, pero la víctima ya no puede ser atendida. Madeleine se somete a la detención con serenidad. No hace ningún comentario, ni en ese momento ni después. En un principio, queda bajo custodia en la cárcel de Downview, pero, tras aceptarse la solicitud de libertad bajo fianza, pasa a vivir en casa de su hermana en Beaconsfield con rigurosas restricciones.

Aparentemente, podemos contar con que incluyan declaraciones de la empleada de la limpieza, agentes de policía y personal de la ambulancia, así como de un patólogo y un vecino que afirma haber oído gritos y chillidos provenientes de casa de los Smith la noche en la que presuntamente murió Edwin Smith. No me cabe duda de que la fiscalía las conseguirá tarde o temprano. Intento recordar qué estaba haciendo yo ese domingo por la noche, hace tres semanas.

Acabábamos de volver de pasar un fin de semana relativamente agradable en la costa: por lo menos Matilda se divirtió en la playa, pero Carl y yo nos peleamos y dormimos sin tocarnos en una cama pensada más para un fin de semana guarro que para miradas aviesas por promesas incumplidas. Es más fácil no recordarlo, y fuerzo a mis pensamientos a volver al caso.

Patrick ha añadido una nota sobre los movimientos de Madeleine durante ese fin de semana. Dice que su hijo de catorce años, James, había vuelto del internado para pasar el fin de semana en casa, y que Edwin y ella le habían dejado en la estación de London Bridge para que cogiese el tren de vuelta y llegase a tiempo a la misa de tarde del domingo. Su nombre también figura en la lista de testigos de la acusación, aunque todavía no han incluido su declaración.

Madeleine ha hecho una breve declaración a sus procuradores acerca de su vida. Tiene cuarenta y pocos años, es oriunda de Surrey, viajó mucho durante su infancia al formar parte de una familia de diplomáticos. Estudió contabilidad aunque lleva años sin ejercer. Fue madre a los treinta. Edwin y ella llevaban casi veinte años juntos, eran felices, y no hace ningún comentario sobre la noche en cuestión. Ninguno.

Cuando llego a la estación, veo a Patrick antes de que él me vea a mí. Está apoyado contra la pared, mirando su móvil, y al verle algo se tensa en mi pecho, tropiezo y me engancha con las ruedas del maletín. Alza la vista y esboza una de esas sonrisas de verdad que le iluminan los ojos, y yo me río, tan aliviada de ver a alguien alegrarse de verme que por un segundo olvido que lo nuestro ha terminado. Al acercarme a él me acaricia la mejilla, y me dispongo a ponerle al día sobre mis ideas para el caso, pero entonces suena su teléfono y me da la espalda para contestar. Durante el trayecto en tren hacia mi primera reunión con Madeleine apenas hablamos, aunque de tanto en tanto levanta la vista entre correos electrónicos y me da una palmadita en la pierna. Yo me obligo a mantener la distancia, recordándome con firmeza que lo nuestro se ha acabado y que, aunque ahora se muestre encantador, el viernes no lo fue, ni tampoco otras muchas veces. Sé que no es bueno para mí.

Beaconsfield es una bonita ciudad dormitorio, salpicada de boutiques y gastropubs. Cogemos un taxi en la estación hacia la casa donde se aloja nuestra cliente y esperamos ante las puertas eléctricas de la propiedad. La casa es tan grande que hace que el jardín resulte minúsculo, y está rodeada de casas igualmente imponentes, todas ellas bastante nuevas y relucientes.

Una mujer asoma la cabeza por la puerta principal y se nos queda mirando un instante. Aparentemente tranquila con lo que ve, se vuelve a meter y empiezan a abrirse lentamente las puertas de la verja. Entramos y avanzamos haciendo crujir la gravilla del camino que conduce a la puerta. Se abre bruscamente. Patrick da un paso hacia delante y le da la mano a la mujer.

—Me alegro de volver a verla, Francine. Alison, esta es Francine, la hermana de Madeleine —dice. Se echa a un lado y la mujer y yo nos damos la mano, sus dedos huesudos apretando los míos. Hace un gesto para que entremos a conocer a Madeleine, que está sentada en un sofá del salón, con

las piernas cruzadas bajo su cuerpo. Se levanta para saludarnos.

Es una mujer alta y delgada, con una melena fuerte y suave pero con mechuras que ya revelan dos o tres centímetros de raíz. Le sobresalen los tendones del cuello y se le nota el pulso latiendo azulado en las sienes. Francine también es delgada, aunque más esbelta que Madeleine, y le brillan el pelo y la piel. Parece tensa, oscilando el peso de un pie a otro, mientras juega con los bordes de su rebeca. Al verlas, me siento más baja y fornida de lo habitual, como un caballo percherón comparada con su elegancia de purasangre. Ambas van vestidas de diferentes tonalidades de beis, con pantalones marrón topo y suaves prendas de punto color avena, claramente de cachemir. Madeleine lleva joyas discretas, diamantes en las orejas y en varios dedos, entre ellos un anillo de brillantes con incrustaciones que le baila un poco en el anular de la mano izquierda. Hago girar las bandas de oro blanco en mi dedo anular, escondiendo el pequeño diamante solitario de mi anillo de compromiso en el interior para que quede hundido en mi mano.

—No quiero ni pensar en esa cárcel. Fue una pesadilla. —Madeleine se pellizca la piel alrededor de las uñas.

—La sacamos en cuanto nos fue posible. —La voz de Patrick suena amable. Hay en Madeleine una cierta fragilidad que invita a hablarle suavemente y con un lenguaje cuidado. Nunca le había oído hablar de ese modo.

—¿Les apetece una taza de té? —dice Francine.

Asiento.

—Con leche y sin azúcar. Gracias. —Puede que esa ocupación la tranquilice y suavice la tensión que desprende, y así podamos empezar a sonsacarle información a Madeleine.

Cuando sale su hermana del salón, Madeleine desdobla un poco las piernas.

—Había tantos gritos... Intenté dormir, pero no sé cómo nadie consigue conciliar el sueño con ese ruido... Era un infierno. En comisaría sí pude dormir, pero allí no. Cinco noches así...

Hace una pausa y sonrío a Francine, que vuelve a entrar con las tazas de té sobre una bandeja cargada con leche, azúcar y tres tipos de galletas distintos.

—¿Puedo ofrecerles alguna otra cosa? —pregunta.

—No, esto es perfecto —contesto. Todos decimos gracias al unísono.

—Estoy bien, Francine. ¿Por qué no nos dejas solos para hablar? —
Madeleine sonrío a su hermana, que finalmente se retira, cerrando la puerta tras de sí.

—Empecemos. —Patrick aparta la bandeja del té y coloca las carpetas de su bolsa sobre la mesa baja. Yo saco el expediente del caso y mi cuaderno de notas—. Permítame que le presente debidamente a Alison Wood. Ella será quien la represente en este caso.

Asiento mirándola.

—Alison lleva más de quince años ejerciendo. Ha trabajado en muchos casos complicados, tanto en el Tribunal de la Corona como en el de Apelación. —Patrick me va señalando al hablar. No parece que me esté describiendo a mí—. Hará un trabajo fantástico decidiendo qué es lo más conveniente para su defensa. Vamos a cuidar de usted, se lo aseguro.

Madeleine se mira las manos.

—Pero no creo que haya nada que hacer. Lo hice, y ya está.

—Pare el carro... Esa conversación ya la tendremos más adelante; primero revisemos los preliminares. —Por fin suena como el Patrick que conozco, cortante, algo brusco en el tono. Y me alegro de que la haya parado: no hay nada peor que un cliente que habla del crimen demasiado rápido. Tienen que esperar a que nosotros formulemos las preguntas adecuadas—. Alison, ¿por qué no explicas a Madeleine lo que va a pasar ahora?

—De acuerdo. Bueno, Madeleine, esta es la situación ahora mismo: el caso ha sido transferido del Tribunal de Primera Instancia a Old Bailey, y la próxima comparecencia ante el tribunal será en la vista previa. En ese momento podrá declararse culpable o no culpable, lo que considere adecuado.

—Pero para eso faltan semanas, ¿no?

—Sí, será a mediados de noviembre. Dentro de cinco semanas. Por ahora, la fiscalía nos ha enviado muy pocas pruebas, pero no tardarán en notificarnos más. O eso espero. —Observo a Madeleine mientras hablo, pero no me está mirando a mí, sino a sus manos. Tiene las uñas mordidas y en carne viva, esa es la única fisura en su fachada, por lo demás perfectamente cuidada. Asiente una vez y prosigo—. Tenemos que repasar las pruebas antes de esa vista. Como he dicho, en ese momento tendrá que declararse culpable o no culpable; si es no culpable, se fijará una fecha para el juicio.

—¿Y si me declaro culpable?

—En ese caso, el asunto quedará visto para sentencia.

—Entonces, eso es lo que quiero hacer. —En ese momento alza la vista, me mira y no aparta los ojos de mí. No pestañea, parece resuelta. Demasiado. Me pregunto qué estará ocultando.

—Madeleine, le sugiero seriamente que espere hasta que hayamos revisado todas las pruebas antes de decidir qué hacer. A estas alturas, aferrarse a una postura no tiene por qué ser lo mejor. —Tiene la mandíbula tensa, pero al menos me está escuchando.

—Sé lo que hice.

—Pues yo no. Y también hay aspectos legales que considerar en este asunto. Así que, por favor, ¿podemos ir paso a paso? —Con el rabillo del ojo, veo a Patrick asintiendo.

Madeleine se levanta y va hacia la ventana, luego vuelve. Por un instante creo que se va a sentar a mi lado en el sofá sobretapizado de cuero, pero en el último momento da media vuelta y camina otra vez hacia la ventana.

—No deberían haberse molestado en pagarme la fianza. Debería estar encerrada.

Patrick hace una pausa antes de contestar.

—No tiene condenas anteriores. Nunca ha tenido problemas legales. El juzgado aceptó sin dudar que no representa ningún riesgo para nadie. Y nos viene mucho mejor para preparar su defensa.

Madeleine suspira, pero no discute. Vuelve al sofá y se sienta.

Me aclaro la garganta.

—Cualquier conversación que tenga con nosotros, sus letrados, es privilegiada. Eso significa que es totalmente confidencial y nadie puede obligarnos a revelar lo que usted diga. Ahora bien, si nos contase algo en las reuniones y luego quisiera decir otra cosa ante el tribunal durante el juicio, sí habría un problema. Nosotros no podemos mentir sobre lo que ha dicho. Eso nos generaría un conflicto profesional que podría hacer imposible que siguiéramos representándola. ¿Entiende lo que digo?

—Sí, lo entiendo —contesta Madeleine.

Cojo el bolígrafo y el cuaderno.

—Bueno, ¿puede contarme qué ocurrió ese fin de semana? Empecemos por el sábado.

—James vino a casa a pasar el fin de semana. Llegó a Londres en el tren,

el viernes por la noche. El sábado hice tostadas con queso para comer, y por la noche salimos a cenar a un restaurante especializado en carnes en Clapham Common. Luego James se fue a una fiesta que daba un amigo del colegio en Balham, y Edwin y yo cogimos un taxi a casa.

Se detiene para coger aire. Apunto la última parte y asiento para que prosiga.

—Vimos una película y luego nos fuimos a la cama.

—¿Qué película? —pregunté.

—¿Qué más da? —Se encoge de hombros—. *Uno de los nuestros*. A Edwin le encanta ese tipo de películas.

Entonces sacude la cabeza al darse cuenta de lo que ha dicho.

—Le encantaba. —Se lleva las manos a la cabeza por un momento, inspira profundamente y espira.

—Cuando terminó, nos acostamos. James volvió sobre las once, creo. Aunque no le oí entrar, estaba agotada.

Estoy a punto de hacer un comentario sobre el hecho de que un chaval de su edad tenga permiso para deambular solo por Londres a esas horas, pero me contengo. Que yo sepa, es perfectamente normal.

—¿Va su hijo a muchas fiestas por la noche?

—Cuando las hay. No sabría decirle. A veces va, a veces no. Me cuesta llevar la cuenta.

Pienso en Matilda. No pienso dejarle ir a una fiesta así, sola. Ni por asomo. Madeleine continúa.

—El domingo nos levantamos tarde. Hice pollo asado. Luego llevamos a James a la estación de London Bridge. Al volver a casa, Edwin dijo que quería hablar conmigo. Y me comunicó que me dejaba.

Mi mano se desvía bruscamente sobre la página. Eso no me lo esperaba. Abro la boca para formular una pregunta, pero ella no deja de hablar.

—Me bebí casi una botella entera de ginebra y perdí el conocimiento. Lo recobré cuando la señora de la limpieza empezó a chillar. Cuando levanté la vista vi a Edwin, muerto, y el cuchillo a mis pies. —Su voz suena tan tenue que apenas puedo oírla. —Yo no quería hacerlo. No recuerdo haberlo hecho. Lo siento...

Está pálida pero, a medida que se acerca al final, sus mejillas se sonrojan levemente.

—Hábleme un poco de James —digo. Suave, suave: imagino que será un

modo más fácil de ablandarla antes de tratar de su relación con Edwin.

El rubor desaparece de su rostro, y se relaja.

—¿Qué quiere saber?

—¿Cómo es? ¿Le gusta el colegio, por ejemplo? ¿Cuánto tiempo lleva en el internado?

—Este es su segundo año. Se fue justo antes de cumplir los trece. Él dice que le encanta.

—¿Le resulta difícil que esté lejos?

—Al principio, sí lo fue. Pero te acostumbras. Sería una pérdida de tiempo tener que ir y volver del colegio todos los días. Verá, James estaba llegando a casa muy tarde. Hace mucho deporte... No fue porque yo no quisiera tenerle cerca. Pero Edwin pensó... —La frase queda suspendida.

—¿Qué pensó Edwin? —Hablo suavemente, tratando de no asustarla.

—Creía que sería muy bueno para él, que así aprendería a valerse por sí solo. Y también creía que yo tal vez hacía demasiado por él y que necesitaba aprender a cuidar de sí mismo.

—¿Y usted estaba de acuerdo?

Al oír la pregunta, Madeleine echa los hombros hacia atrás, irguiendo la barbilla.

—Claro que lo estaba. Tenía razón. Él sabe de chicos... Sabía.

—De acuerdo. Entonces, según usted a James le encanta el internado. ¿Qué es lo que más le gusta?

—El deporte, sin duda. Y allí hay mucha rutina. A James le gusta la rutina. Era feliz cuando todos estábamos bajo control, cuando yo estaba tranquila y la cena estaba preparada a tiempo, ese tipo de cosas.

Lo apunto.

—¿Había momentos en los que no estaba tranquila?

—Nadie está tranquilo siempre. Y a veces las cosas me sobrepasan un poco... —Sus manos se entrelazan con fuerza—. Esa era otra razón por la que Edwin pensó que sería mejor mandar a James interno. Yo tendría más tiempo para hacerlo todo y así podríamos disfrutar de verdad cuando estuviéramos juntos.

Tomo nota de su respuesta.

—Y a usted, ¿qué le parecía eso?

—Ya le he dicho, probablemente tenía razón. Yo siempre estoy tan ocupada que cuesta mantener la calma. —Le tiembla la voz.

—¿Ocupada en qué? ¿A qué se dedica? —Mantengo un tono de voz neutral.

—Entre el gimnasio, las clases de pilates y la recaudación de fondos para la galería... No quiero dejarme. A Edwin no le... —De nuevo, su voz se va apagando.

Tiro de la cinturilla de mi falda, incómoda al notar que se me está clavando en el costado. Yo no tengo tiempo para hacer pilates, está claro que ese es el problema de mi matrimonio.

Reviso mis notas otra vez. Es el momento de atacar.

—Madeleine, ¿qué puede decirme acerca de su relación con Edwin antes del fin de semana de su muerte?

—¿Sobre nuestra relación?

—¿Qué tal se llevaban? ¿Pasaban mucho tiempo juntos? ¿Viajaba mucho su marido? Ese tipo de cosas.

—Claro que viajaba. Iba a Nueva York cada semana.

—¿Cada semana? Parece bastante a menudo —digo.

—Pues no conocerá a mucha gente en el mundo de las finanzas de Londres. Es muy habitual en ese tipo de trabajos. —Se ha erguido por completo, su voz suena gélida.

Me protejo del frío cerrándome el cuello de la chaqueta de mi traje de Hobbs. Puede que no sea de alta costura, pero al menos lo pagué de mi propio bolsillo. Es el primer destello de acero que veo en Madeleine, y de repente me viene una imagen de ella de pie, empuñando el cuchillo, sobre el cuerpo sin vida de su marido. Pero entonces suspira y se le hunden los hombros, y la imagen se esfuma.

—¿Qué hacía mientras él estaba fuera? —pregunto.

—Lo mismo. Ya se lo he dicho. He estado organizando una cena para la galería: ha sido mucho trabajo —contesta Madeleine.

—¿Qué galería?

—La Fitzherbert, en Chelsea. Ahora no reciben tanta ayuda del gobierno, así que dependen de donantes privados. Es una labor muy importante. —Se ha sonrojado de nuevo.

—¿No le interesan las organizaciones benéficas que se ocupan de la gente? —digo, incapaz de contenerme.

Patrick me interrumpe.

—No veo que sea relevante.

Le sonrío, luego a Madeleine.

—Solo quería hacerme una idea completa, eso es todo. Madeleine, antes de ese fin de semana, ¿diría que Edwin y usted tenían una buena relación?

—Eso pensaba. Por eso me sorprendió tanto cuando dijo que quería el divorcio. —Madeleine vuelve a mirarse las manos, retorciéndolas una y otra vez sobre su regazo.

—¿Por qué cree que lo hizo?

—Es que no lo sé. —Se cubre la cara con las manos, encorvando la cabeza entre los hombros. Empieza a llorar.

Quiero preguntarle si Edwin tenía una aventura pero no para de llorar, y los sollozos son cada vez más fuertes y viscerales, como sonidos rasgados que salen de sus entrañas.

—Y ahora está muerto y nunca sabré si lo decía en serio o si podríamos haberlo arreglado. Es todo por mi culpa, todo por mi culpa, todo...

Incluso Patrick parece incómodo, cambiando de posición en la silla. Por un momento, creo que va a rodearla con su brazo pero al final empieza a ordenar los documentos de la carpeta y a recolocar *post-its* manteniendo la cabeza firmemente agachada. La hermana de Madeleine entra corriendo, sin llamar.

—Deberían irse. Es demasiado para ella —señala Francine.

—Aún tenemos algunas preguntas... —Lo digo más como un comentario que como una petición, porque sé que nos va a pedir que nos marchemos.

—Me da igual. Pueden preguntárselo en otro momento. Ya ha tenido suficiente por ahora.

Meto el cuaderno en mi bolso y me pongo de pie. Patrick hace lo propio.

Tose.

—Tendremos que volver pronto: la semana que viene. Es importante para la defensa de Madeleine que nos hagamos una idea precisa de lo sucedido. Y de lo que ocurrió antes.

—De acuerdo. Muy bien. Pero no hoy. Ya basta por ahora. Tardaré horas en tranquilizarla y simplemente no tengo tiempo... —Francine pone una mano sobre el hombro de Madeleine y la sacude suavemente—. Madeleine, chsss. Los niños no tardarán en volver.

Patrick y yo nos vamos. Llamamos a un taxi desde la entrada de la casa, vamos hasta la estación en silencio y llegamos por los pelos a coger el tren de Londres.

Voy a por una copa. ¿Quieres una? ¿Ginebra?

Asiento y Patrick se va en busca del vagón cafetería. Estoy agotada, tengo los sollozos de Madeleine resonando aún en mi cabeza. Apenas hemos pasado una hora y media con ella, pero me da la sensación de que ha sido más. Tilly estará saliendo del cole, corriendo a saludar a Carl, que charlará con el resto de los padres. Puede que vayan a una cafetería a tomar chocolate caliente. O tal vez una de sus amigas le proponga ir a jugar juntas y Carl la lleve y se siente a tomar el té con la madre mientras las niñas juegan a arreglarse. Por un momento casi puedo oler el pelo de Matilda, notar su tacto sedoso sobre mi cara, y su cabeza calentita contra la mía. De pronto desaparece y mi corazón se sacude de miedo, pero entonces llega Patrick con las bebidas y doy un trago largo, exorcizando mi temor con ginebra. Ha sido una tarde difícil, eso es todo. Patrick se inclina hacia delante, mete su mano con decisión entre mis piernas y me susurra al oído:

—Hay un baño ahí mismo. No hay nadie más en el vagón.

Sé que debería oponerme, recordarle que ya he puesto fin a lo nuestro. No lo hago. Me quedo mirándole un instante, mientras el calor de su mano insiste dentro de mí. Vierto el resto de la copa en mi boca, trago rápidamente y le sigo, cogiendo mi bolso en el último momento.

Cierra la puerta y se vuelve hacia mí. Contengo la respiración esperando a que me bese, que acerque mi cara a la suya y tal vez me acaricie la mejilla con ternura, como hizo antes al encontrarnos. Tengo los nervios a flor de piel, tensados por la emoción de Madeleine. Este será el modo de tranquilizarme. Nos quedamos cara a cara un segundo, con la mirada clavada en el otro, y entonces sí, *entonces* me besa, mete su mano por la cintura ceñida de mi falda, por las bragas, y el día empieza a relajarse...

Suspiro y me empuja suavemente para que me arrodille mientras se baja la

cremallera. Nada como un *quid pro quo*. Tratando de evitar un charco de pis, me acerco hacia él apoyándome en las rodillas y se la cojo, asiendo con la otra mano el lavabo sobre el que está apoyado. Me agarra por la cabeza para acercarme más hacia él, y cierro los ojos.

Una vez ha acabado, trago y me aclaro la boca con agua, salpicando un poco el espejo. Estoy cansada, veo que tengo el rímel corrido en las comisuras de los ojos y hace rato que desapareció cualquier rastro de carmín. La sensación de placer se esfuma dejándome con la misma insatisfacción de antes. Al salir del aseo, me encuentro esa insatisfacción reflejada en el rostro de una mujer que estaba esperando con un bebé en brazos a la puerta, y que chasquea la lengua con desaprobación cuando pasamos a su lado hacia nuestros asientos. Con las prisas, me he dejado el bolso; la mujer me llama y me lo acerca extendiendo el brazo para minimizar todo lo posible el contacto entre nosotras.

Mientras lo recupero, agachando la cabeza para evitar su mirada, Patrick vuelve a sentarse y empieza a consultar su BlackBerry, ensanchando la distancia entre nosotros con cada botón que aprieta. Miro por la ventana, tratando de ignorar el hedor a orina rancia que emana de algo cerca de mí. Creía haber evitado el pis del suelo. Finalmente cojo mi bolso y huelo una esquina. Lo toco con un dedo y lo aparto de mí. Está mojado. Me he protegido las rodillas, pero no el bolso de Mulberry que me compré con los honorarios de mi primer juicio importante. Patrick ve lo que estoy haciendo con una mueca de asco y vuelve con sus e-mails.

Cuando estoy pasando las últimas cosas del bolso manchado al maletín suena mi teléfono. Al ver que es el número del colegio de Matilda se me cae el alma a los pies. Enderezo los hombros antes de contestar, tratando de apartarme mentalmente de Patrick para volver a las responsabilidades de casa. Sin apenas atender a mi saludo, la maestra me dice que llego tarde a buscar a Matilda.

—Hoy la recogía Carl. Habíamos quedado en eso. —Intento mantener la calma, emulando el tono formal de la maestra al otro lado de la línea.

—Según él, no. Él creía que venía usted a buscar a Matilda.

—Me dijo que su último paciente era a las dos. —Siento el pánico cada vez más cerca.

—Para serle sincera, señora Bailey, no importa quién dijo qué a quién. Son las cuatro y cinco y nadie ha venido a recoger a Matilda. Podemos dejarla en

el club de tarde hasta las cinco menos cuarto, pero necesitamos saber cómo van a hacer para recogerla.

Miro por la ventanilla del tren. Al menos, ya casi estamos en Marylebone, pero aún tengo que llegar de la estación hasta Highgate.

—¿No puede localizar a mi marido?

—Tiene el teléfono apagado.

—Llegaré lo antes que pueda. Estoy en un tren.

—Nos vemos a las cinco menos cuarto. —Nada de preguntas, la conversación acaba con una afirmación tajante.

El corazón se me empieza a acelerar y siento el pánico tensándome la garganta. Pobre Tilly, la hemos dejado tirada, esperándonos. Estaba segura de que... Pero da igual, tengo que llegar a tiempo. Saco un espejo del bolso para verme la cara y comprobar que no llevo ningún rastro de Patrick pegado.

Por fin, levanta la vista de su pantalla.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba segura de que iban a recoger a Matilda. Pero no ha sido así. Y voy a llegar tarde.

—Bueno, seguro que se les pasa. —Vuelve a bajar la mirada, sin mostrar ningún interés en el tema. Estoy a punto de contestarle, pero al final me muerdo la lengua. ¿Para qué? De repente vuelve a alzar la vista—. ¿Significa eso que no podemos hablar del caso cuando volvamos?

—Pues no, me temo que no. Tengo que ir a buscarla.

—¿No hay nadie más? —Suenan impacientes.

—No, no lo hay. No consiguen localizar a su padre, así que me toca a mí.

—¿Has intentado llamarle? —Por primera vez desde que nos hemos sentado parece metido en la conversación.

Niego con la cabeza y marco el teléfono de Carl. Salta directamente el buzón de voz.

—Está apagado. En el colegio me han dicho lo mismo. Es inútil: nunca contesta cuando está con pacientes. —Sigo salvando lo que puedo del bolso manchado de pis.

—Tenemos que discutir el caso. Es más importante que hacer de canguro. Debería ir él. Insiste. Llámale otra vez.

Vuelvo a marcar el número de Carl. La llamada va directa al buzón.

—Ya te lo he dicho. Y no es hacer de canguro, Patrick. Es cuidar de mi hija. Tengo que ir a recogerla. —Termino de vaciar el bolso, lo enrolló y lo

meto con fuerza en el compartimento superior. Si alguien lo quiere, que se lo quede. El tren se acerca a la estación; me pongo el abrigo y voy hacia la puerta del vagón para bajarme en Paddington—. Te llamo más tarde.

No dice nada. Frunciendo el ceño, estira la mano para tocar la mía. La aparto, demasiado preocupada por Matilda como para alegrarme de que me toque.

—Vamos a tener que penalizarlos económicamente. Será una multa de veinte libras. —La señora Adams, estoy casi segura de que así se llama la maestra, lo anota en un cuaderno y luego lo cierra de golpe, tamborileando con las uñas pintadas de rojo sobre la tapa dura. Me muerdo el labio, consciente de que si no hubiera estado haciendo méritos por seguir en la agenda personal de Patrick mi nombre tal vez tampoco estaría en este cuaderno.

—Lo siento. He tenido una reunión importante fuera de la ciudad y estaba segura de que mi marido llegaría a tiempo —digo disculpándome.

—Ayer nos comentó que vendría usted a recogerla. Matilda estaba muy ilusionada con la idea de que viniera a buscarla al colegio. —No dice «por una vez», aunque tampoco hace falta. Intento ignorarlo.

—Debí de confundirme. Lo siento. En fin. Ya estoy aquí. Estas cosas pasan. Venga, Matilda, vamos a casa. —Voy a cogerle la mochila.

—Tendrá que abonar las veinte libras ahora, por favor. —La maestra se pone entre Matilda y yo, como una sólida barrera de ropa de punto parduzca plantándose con firmeza delante de mi hija. Deseo con desesperación que una súplica más personal funcione.

—Señora Adams, siento mucho el retraso, pero no llevo veinte libras encima. Me he gastado todo lo que me quedaba en un taxi desde la estación. Usted dijo que tenía que venir ya y he llegado a tiempo. Mañana por la mañana se lo traemos. De veras, se lo agradezco mucho, señora...

—Es señorita. No señora —me interrumpe con sequedad.

—Pues señorita Adams. Perdone. Mañana. Vámonos, Matilda. —Me muevo hacia un lado y estiro la mano hacia ella. La barrera vuelve a desplazarse con una agilidad sorprendente teniendo en cuenta su envergadura.

—Anderson. Me llamo Anderson. Soy responsable de las actividades extraescolares y de imponer puntualidad. Si paga mañana, la multa será de

treinta libras. —Tiene el mentón levantado, y está sonrojada. Me da la impresión de que este es el momento que más ha disfrutado en todo su día.

Miro mi reloj. Llevamos diez minutos hablando, ¿me los van a cobrar también?

—Mañana a primera hora traeré las veinte libras. En efectivo. En un sobre. A su nombre, señorita Anderson. Y discúlpeme por las molestias que haya podido causarle. Pero ahora me voy a llevar a mi hija a casa.

Me muevo rápidamente y saco a Matilda del hueco entre la señorita Anderson y la pared. La niña pasa deprisa con la cabeza agachada, en el preciso instante en que la maestra se desplaza para intentar pararla. Me quedo mirándola un instante, ella me devuelve la mirada, y entonces tiro de Matilda y salgo del edificio con ella y el maletín de ruedas detrás de mí. La señorita Anderson sigue murmurando algo sobre mañana, pero ya he tenido suficiente. Abandono el colegio tan rápido como puedo, atravieso la verja de entrada antes de que la tipa extienda su campo de fuerza y me vuelva a capturar bajo su mirada asesina, y no paro hasta que hemos doblado la esquina de la calle.

Aprieto a Matilda contra mí y la abrazo.

—Lo siento, cariño. Pensé que nunca saldríamos de allí.

—Estaba muy enfadada —dice la niña sobre mi hombro, medio entusiasmada, medio aterrada.

—Lo sé, lo siento muchísimo. Vamos a comprar chucherías. Necesitamos algo que nos cure del susto. —Matilda se ríe y entramos en la primera tienda que encontramos a comprarle dos paquetes de Millions y un chupachups.

Mientras bajamos lentamente hacia Archway, el panorama urbano de Londres empieza a desdibujarse en mis ojos, hasta que apenas distingo el edificio del Shard atravesando una niebla que me niego a reconocer que son lágrimas. Al menos, Matilda está feliz con sus golosinas. Me seco los ojos con la manga. Estoy tan harta de maniobrar con el maletín que tengo que contenerme para no tirarlo a la papelería más cercana e incrustarlo bien entre envoltorios de hamburguesa y bolsas de caca de perro para no verlo más: es una maldita condena, la cruz de todo abogado que tiene que recorrerse los juzgados de lo penal del sureste de Londres. Vuelvo a pasarme la manga por la cara y las lágrimas cesan, por fin.

—No va a ocurrir nunca más —digo, arrodillándome a su lado.

Matilda se queda pensándolo un momento y sonrío.

—Pero no lo has hecho a propósito. No pasa nada.

Le devuelvo la sonrisa y me abraza. Me levanto y seguimos hacia casa sin hablar, con el chirrido de las ruedas del maletín y Matilda masticando como única banda sonora del camino.

—Ya ni siquiera soy capaz de cabrearme contigo. Esto tiene que parar. Tienes que ser más organizada. —Carl no levanta la voz. Tampoco le hace falta.

—Debí de confundirme. Creí que habías dicho...

—Sabes que los martes siempre tengo pacientes más tarde. —Menea la cabeza, y dirige de nuevo la atención a la salsa de tomate que tiene al fuego.

—Me habré equivocado. —No hay nada más que pueda decir.

—Sí, así es. Y luego vas y la atiborras a caramelos. Ahora ya no cenará nada.

Espero a ver si tiene algo más que añadir, pero lo único que hace es echar agua del hervidor en un cazo y añadir dos puñados de pasta. Mientras empieza a rallar parmesano, salgo sigilosamente de la cocina. El silencio me pesa más que cualquier reproche. Tengo que hacerlo mejor.

Una semana después, ya estamos bien entrados en octubre y estoy inmersa en un juicio en el Tribunal de la Corona de Basildon defendiendo a un futbolista medio conocido de los cargos de mantener relaciones sexuales ilícitas con una menor. Lo cierto es que el proceso no ha sido un éxito, su actitud en el estrado ha dejado bastante que desear y ni siquiera yo, su abogada, soy capaz de lamentar que vaya a la cárcel. Una vez comunicada la condena de cinco años bajo a verle a los calabozos.

Mientras espero ante la puerta de la sala de custodia, compruebo mi teléfono móvil. Spam, spam, varios avances en tribunales, Patrick. *Patrick*. Abro el correo de prisa, con el corazón latiéndome a golpes. Solo le he visto una vez en la última semana, a última hora de la tarde del jueves, en su piso. Me escribió preguntando si estaba libre e invitándome a ir a su casa. Llegué cuando estaba oscureciendo y vimos anochecer al otro lado de las persianas de su dormitorio, tumbados tranquilamente mientras Bob Dylan me decía que no me lo pensara dos veces, que todo estaba bien^[3]. Y lo estuvo, así cerquita, juntos.

«Próxima reunión con Madeleine Smith el miércoles, y después nos reunimos para comentarla. Soluciona tu logística infantil».

Me quedo mirando el teléfono con el ceño fruncido. Es como si aquella tarde no hubiera existido y volviéramos al fuego cruzado habitual. Pero yo noté cómo me olía el pelo mientras nuestros corazones se iban ralentizando hasta ir al unísono. Nos corrimos a la vez, besándonos. Dijo que había sido una tarde única. Perfecta. Yo ni siquiera quería respirar por miedo a fastidiarlo. Pero mientras me vestía para marcharme, él se puso a mirar el móvil y apenas levantó la cabeza para despedirse, a pesar de que intenté besarle.

—Disculpe. ¡Disculpe! ¿A quién busca? —Un grito ahogado en el teléfono

de entrada a la sala de custodia me devuelve al presente.

—A Peter Royle.

—Vale.

El encuentro es tan desagradable como imaginaba. Royle espera con un cigarrillo encendido entre los labios, furioso por la condena a cinco años. Algunos deportistas se mantienen en forma en la cárcel, pero no creo que vaya a ser su caso, es demasiado niño y mimado para eso. Adulado dentro de los terrenos de juego por ser el ariete estrella del Basildon United y fuera de ellos por las escasas ocasiones en las que se dignaba a presentarse a trabajar en un taller de coches, parece demasiado obtuso como para entender que el mero hecho de que una niña de quince años diga que le apetece no significa que sea legal hacer nada con ella, y mucho menos enrollarse varias veces y tentar la suerte para llegar a un polvo, hasta que, en un intento especialmente persistente para tratar de que le hiciese una mamada, la niña se lo contó a su madre, que le denunció a la policía. Le explico que, visto lo visto, hay poco fundamento para un recurso de apelación contra la sentencia, pero que lo revisaré todo en profundidad y le pondré al corriente en breve. Ni siquiera hace ademán de darme la mano cuando se la ofrezco, y al subir al vagón de vuelta a Londres lo único que siento es alivio.

El tren avanza cambiando de vías por el este de la ciudad, y los polígonos industriales van dando paso a hileras de casas idénticas y jardines que bajan hasta la vía. Los terraplenes a ambos lados de los raíles están cubiertos de desechos, latas vacías, ropa tirada, viejas bolsas de plástico que parecen bragas de bruja en los árboles atrofiados. Me pregunto si alguien saltará alguna vez esas vallas para follar en el césped mientras pasa el tren, huyendo de su vida diaria para regalarse un breve momento de éxtasis al ritmo del tren de las 22:08 de Basildon a la estación de Fenchurch Street. Esa está en el tablero del Monopoly, la recuerdo. Al menos, yo he salido del calabozo. Peter Royle no ha tenido tanta suerte. Busco en mi interior algo de compasión por él, pero no, no hay nada. Está exactamente donde debe estar y espero que su condena aporte algo de consuelo a la víctima y a su familia.

Me vendrá bien volver a ponerme con el caso de Madeleine. Cierro los ojos y me reclino sobre el tapizado rasposo del asiento. Por mi cabeza bailan pensamientos de Patrick, con la cara de Carl acechando detrás, y sus

imágenes se arremolinan mientras caigo en un sueño intermitente, hasta que despierto sobresaltada al llegar a Fenchurch Street.

Patrick y yo nos encontramos en Marylebone dos días más tarde para coger el tren juntos. Él no está muy hablador y, tras un par de intentos de entablar una conversación, le dejo en paz.

—Tenemos que averiguar más sobre su relación con su marido —dice, mientras esperamos a que abran las puertas de la pesada verja de hierro.

—Los periodistas han desistido —nos informa Francine al dejarnos pasar por la puerta principal—. Pensé que nunca lo harían, pero, como no sale de casa, tampoco podían sacar nada. —Señala a Madeleine, que espera en una postura incómoda en la puerta entre el recibidor y la cocina—. Les dejo con ello. Pero no me la alteren como la última vez. No está fuerte.

En eso estoy de acuerdo. Francine es como la vivaz obra original y Madeleine una pálida copia desgastada. Si sigue adelgazando va a desaparecer, del mismo modo que deben de haber eliminado la sangre de su marido de la alfombra de su dormitorio.

Nos sentamos en la cocina de Francine, que se mantiene mucho más ordenada de lo que nunca lo ha estado la mía, con los tarros y los trapos coordinados en un verde apagado. Madeleine lleva el cabello más cuidado que la última vez que nos vimos, con las raíces ahora disfrazadas con mechones de color miel y caramelo. Me aparto el pelo de la cara, recogéndolo detrás de las orejas. Patrick se sienta en un extremo de la mesa, con los cuadernos azules abiertos delante de los dos.

—La vista previa se celebra dentro de dos semanas —digo—. Normalmente, el acusado se declara culpable o no culpable, pero en este caso...

—Quiero declararme culpable. —Me interrumpe con el rostro retorcido, como si estuviera obligando a las palabras a salir pero con tal suavidad que me cuesta oírlas—. Solo quiero que esto se acabe.

—La entiendo, Madeleine, pero primero tenemos que asegurarnos de que hemos agotado todas las opciones. —Mi voz suena estridente comparada con sus susurros.

—Hay dos opciones: culpable y no culpable, y yo voy a declararme

culpable. Lo hice. Yo le apuñalé y eso es todo. —El volumen de su voz aumenta y golpea la mesa con el puño.

—En esta fase cabe una tercera posibilidad, y es no declararse ni una cosa ni la otra. Hay muchos aspectos que tener en cuenta y creo que deberíamos estudiarlos detenidamente. Además, por ahora solo tenemos un resumen del caso de la acusación. Podría perder parte de la reducción...

—¿Qué quiere decir eso? —Madeleine me mira atentamente.

—Si uno se declara culpable a la primera oportunidad, la pena de cárcel es más breve, pero en este caso recomendaría tener paciencia hasta que dispongamos de más información —contesto.

—De todos modos, me van a condenar a cadena perpetua. No importa.

—Sí que importa: hay distintos tipos de prisión permanente. Y, aunque se declare culpable, necesitaremos toda la información que podamos reunir para solicitar clemencia por circunstancias atenuantes. En mi opinión, no debería declararse ni culpable ni inocente en la VP.

—¿La qué? —pregunta.

—La vista preliminar de la que hablaba, antes de que se celebre el juicio. Es dentro de dos semanas. Yo le recomendaría que no se declare culpable ni inocente, y así tendremos tiempo de conseguir más documentos de la fiscalía, declaraciones de testigos, pruebas científicas. También podremos estudiar más en profundidad con usted el contexto de lo ocurrido.

Madeleine asiente.

—Supongo que tiene sentido. Pero sigo pensando que al final tendré que declararme culpable.

—Veamos cómo nos va. Y bien, la última vez empezamos a hablar de su relación con Edwin. —Intento sonar tranquila, no asustarla—. Es importante que comprendamos la dinámica que había entre ustedes dos antes de aconsejarle qué hacer.

—¿Qué más da ya? Está muerto y yo le maté. —Habla con los dedos sobre la boca. Francine abre la puerta de la cocina y entra para ponerse al lado de su hermana. Me mira como para preguntarme si se puede quedar y yo asiento. Es posible que su presencia calme a Madeleine.

—Es importante que nos hagamos una idea clara —continúo—. Mi labor es defenderla, asegurarme de que recibe el mejor asesoramiento posible. Pero solo puedo hacerlo si me lo cuenta todo.

Madeleine suelta una respiración profunda y temblorosa y se yergue en el

asiento. Francine se sienta a su lado, enfrente de mí, y pone una mano sobre la de Madeleine.

—¿Quiere que Francine se quede mientras hablamos?

Madeleine niega con la cabeza, se detiene un instante, y luego asiente.

—Nos dijo que lo último que recuerda de la conversación con su marido fue que le dijo que quería dejarla, ¿no es así?

Asiente otra vez.

—Y, por lo que nos contó, me dio la impresión de que la cogió totalmente por sorpresa...

—Sí. Sabía que teníamos altibajos, pero nunca creí que nos fuéramos a separar. Nunca pensé que me dejaría marchar. —Ya no llora, pero sigue hablando muy bajito.

—Tal vez deberíamos empezar un poco antes, remontarnos al principio de su relación. ¿Dónde le conoció?

Madeleine sonrío, mirando a lo lejos por encima de mi hombro, a un lugar inalcanzable para mí.

—Era tan bello. Yo también, aunque cueste creerlo. Nos llamaban la pareja de oro. Todo el mundo quería ser amigo nuestro, para ver si se les contagiaba algo de magia. En fin, eso es lo que decían. ¿Te acuerdas, Francine? ¿Aquellos primeros años?

Francine asiente.

—Claro que sí. Eráis muy felices. —Su tono expresa todo menos felicidad pero, al mirarla, su cara se muestra inexpresiva, sin rastro alguno de la amargura que inunda su voz.

—Sí, muy felices. Nos conocimos en la universidad. En realidad, yo era un curso mayor, pero dio igual. Me hizo muy feliz conocer a una persona como él. Ocurrió de repente, el primer día que entró en el bar. Simplemente conectamos. Yo vivía en un piso compartido al lado del campus; a los pocos días él se mudó a la casa y desde entonces nos hicimos inseparables.

—Suenas muy romántico. —No paro de tomar notas en mi cuaderno. ¿Nos habrá descrito alguien a Carl y a mí como una pareja de oro alguna vez? No lo creo. Pero hubo una vez en que fuimos felices. Cuando teníamos veinte años, antes de que todo se volviera tan complicado, cuando nos pasábamos fines de semana en la cama y nadie ponía mala cara ante un vino barato, simplemente estábamos felices de que hubiera algo para emborracharnos. Nos encontrábamos en bares cerca de Waterloo después del trabajo, uno

cubano fue nuestro favorito durante un tiempo, hasta que fuimos a La Habana y descubrimos lo auténtico. Aquellas vacaciones decidimos follar todas las noches hasta que una de ellas nos quedamos dormidos en la playa y los mosquitos me devoraron de tal forma que me dolía con solo tocarme y tuvimos que desistir. Aun así, nos reímos mucho. Ahora ni siquiera somos capaces de sonreírnos.

—No paraba de hacer cosas por mí. Me hacía regalos, me decía constantemente que me quería. Nos fuimos a vivir a un pequeño apartamento, los dos solos. No necesitábamos más. Fue una época maravillosa. —Madeleine sigue sonriendo.

—Aunque cambiaste de carrera, ¿recuerdas? —interrumpe Francine. La expresión de Madeleine se oscurece, retorciendo la boca en un gesto que resulta difícil de interpretar.

—Sí, bueno, nunca debería haber empezado Derecho. Era demasiado para mí. No quería pasar todo mi tiempo en la biblioteca.

—¿Y a qué se cambió? —Entiendo lo que dice. Recuerdo a los abogados en la universidad, aquellas extrañas criaturas que salían como topos cada mañana, entornando los ojos tras pasarse toda la noche volcados sobre tomos de informes de casos. Yo hice un curso de adaptación a Derecho después de acabar la licenciatura en Historia: decía que eso me daba más profundidad, aunque en el fondo temía que los demás comprendieran la ley mucho mejor que yo.

—Me pasé a un curso de contabilidad. También era mucho trabajo, pero estaba menos en la biblioteca. Y a Edwin le pareció que sería más útil. Un conocimiento que era interesante tener.

—¿Y Derecho no? —No puedo ocultar la sorpresa.

—Bueno, él no creía que yo tuviese lo que hacía falta para ser una buena letrada. Decía que era demasiado tranquila. Y no me gustan los enfrentamientos. Nunca me han gustado.

—¿Le gustaba la contabilidad?

—No estaba mal. Tenía que trabajar, pero era mejor. Pasaba más tiempo en casa. Cuando Edwin no estaba trabajando, pasábamos todo el tiempo juntos.

—¿A qué se dedicaba?

—Economía. Siempre quiso trabajar en las finanzas. La mayoría de nosotros no teníamos muy claro nuestro futuro, pero Edwin lo tenía clarísimo. Ese era uno de sus grandes atractivos. —Madeleine vuelve a

sonreír. Miro a Francine, pero su cara sigue completamente inexpresiva.

—¿Qué tal se llevaba usted con él, Francine? —Mi pregunta la coge desprevenida y hace una pausa antes de contestar.

—Bien. Nos llevábamos bien. En aquella época, mi marido y yo vivíamos en Singapur, así que no los veíamos mucho. Evidentemente, Maddie nos escribía, y luego vino el correo electrónico. Nos enviaba fotos. Muchas fotos. Así es como le conocimos. Y como supimos lo bien que les iba. —Vuelvo a tomar nota.

—¿Aún guarda esas fotos?

—Sí. —Francine parece sorprendida por la pregunta.

—¿Cree que podría echarles un vistazo? —digo.

—¿Qué tienen que ver con esto? —pregunta Madeleine, con voz impaciente. Me vuelvo hacia ella.

—Puede que me ayuden a hacerme una idea de cómo eran los dos, más jóvenes. ¿Cuándo se casaron?

—Hace diecinueve años. Habríamos hecho veinte este año. —De repente, parece consternada, después de que la realidad haya roto la burbuja de recuerdo en la que se había encerrado momentáneamente. Baja la cabeza. Sigo tomando apuntes para darle un momento antes de proseguir.

—Se casaron algunos años antes de tener a su hijo, ¿verdad?

—Sí. Yo quería tener hijos inmediatamente y lo intentamos, pero durante un par de años no lo logramos. Al final, Edwin se subió al carro y tuve a James. Me hizo tan feliz...

—¿Qué quiere decir con que Edwin se subió al carro?

—Él no creía que fuera muy sensato. Tenía que pensar en su carrera y quería que yo siguiera trabajando algún tiempo. Pero tampoco quería que discutiéramos. Sabía que yo no accedería a tomar la píldora, porque estaba obcecada, así que se ocupó de ello personalmente. —Su tono es casi cantarín. Francine parece incómoda; cambia de postura sobre la silla, con los labios apretados.

—¿Cómo se ocupó de ello, Madeleine? ¿Qué hizo?

—Consiguió la píldora a través de un médico amigo suyo. Cada mañana me traía una taza de té y la mezclaba. Siempre he sido golosa y me gusta un poco de azúcar con el té, así que nunca noté que supiera distinto. En fin, era por nuestro bien, eso seguro. Habría sido horrible tener un hijo antes y fastidiarlo todo.

La miro boquiabierta.

—Eso es administrar una sustancia nociva. Es ilegal. Un acto delictivo...

Me interrumpe.

—No, no fue así. En absoluto. La gente siempre hace que todo suene fatal, pero él simplemente estaba cuidando de mí. De nosotros. Yo estaba equivocada, así que Edwin decidió por mí.

Anoto un par de cosas más, pero estoy tan consternada que no puedo concentrarme. Sé lo que es no quedarte embarazada cuando quieres, la montaña rusa de esperanza al intentarlo cada mes y el dolor cuando te baja la regla. Matilda vino con bastante facilidad, pero no hubo suerte con un segundo. Ya lo tengo bastante olvidado, pero de vez en cuando los sentimientos vuelven a la superficie. De solo pensar que aquella horrible acción de su marido le provocó esos sentimientos a Madeleine... Mi mano se tensa en torno al bolígrafo. Patrick se aclara la garganta, sobresaltándome. Casi había olvidado que estaba ahí.

—Creo que tendríamos que revisar los posibles argumentos legales de defensa ante un asesinato, ¿no te parece, Alison? —Su voz suena controlada, pero por la tensión alrededor de su boca es evidente que está tan horrorizado como yo por la confesión de Madeleine.

—Solo necesito un momento, voy a... —Madeleine deja la frase inacabada y se levanta para salir de la cocina. Francine hace como si fuera a acompañarla, pero se vuelve a sentar. Menea la cabeza.

—Sabía que las cosas podían ir mal. Pero esto no lo imaginaba. O sea, que incluso entonces... —murmura, casi para sí.

—¿Incluso entonces, qué? —Trato de ocultar la urgencia en mi voz, intuyendo la posibilidad que plantea Francine.

—Creía que eran muy felices. Al principio, estaba muy celosa. Pero ahora... Voy a buscarles esas fotos. —Su voz se va apagando, parece como si estuviera a punto de llorar. Cuando voy a preguntarle algo más oigo que suena mi móvil y meto la mano en el bolso de forma automática. Es un mensaje de un número desconocido.

«Sé lo q estás haciendo, maldita puta».

Pestaño y lo abro, buscando detalles sobre el remitente. Nada. No lo entiendo. Levanto la vista de la pantalla para mirar a Patrick, y de nuevo al móvil. Entonces entra Madeleine y vuelvo a centrarme. Apago el teléfono con las manos temblando y el corazón latiéndome a golpes, y lo entierro en el

fondo de mi bolso.

Las palabras de Madeleine aún resuenan en mi mente, mientras las crueles letras del mensaje siguen bailando ante mis ojos. Patrick me hace un gesto de impaciencia para que empiece a hablar de nuevo una vez que Madeleine se ha sentado a la mesa, pero las frases me salen sin sentido, y al final él toma la batuta.

—Madeleine, solo quiero explicarle los puntos fundamentales del delito del que se le acusa. Básicamente, un asesinato se comete cuando una persona en su sano juicio mata a otro ser humano. Eso significa que, si no sufre ninguna enfermedad mental, no actuaba en defensa propia ni perdió el control por un arrebato, es usted culpable —hace una pausa— de asesinato.

Asiente. Empiezo a recobrar la compostura. La terminología legal me alivia, devolviéndome a un mundo cuyas reglas entiendo. Patrick se aclara la garganta y continúa.

—Sin embargo, si queremos ser más precisos es un poco más complicado que eso. Existen una serie de eximentes completas, pero no creo que se apliquen en este caso ni que haya pruebas para respaldarlas. A falta de lesiones defensivas o señales de un enfrentamiento físico, no creo que podamos aducir que fuese en defensa propia. —Madeleine hace un ruido como si fuera a rebatir pero Patrick levanta la mano y prosigue—. Eso nos deja ante la pregunta de si está usted en su sano juicio, es decir, si no sufre ninguna enfermedad mental. —Francine intenta interrumpir pero Patrick sigue hablando—. O nos deja con lo que llamamos eximentes incompletas, que reducirían nuestras posibilidades a homicidio involuntario, concretamente imputabilidad disminuida o atenuante de arrebato u obcecación. Creo que podemos dar por hecho que esto no fue un suicidio acordado que salió mal. —Madeleine abre la boca pero no profiere sonido alguno—. ¿Estamos de acuerdo, Alison?

—Sí, de acuerdo.

Ya vuelvo a sentir la peluca de abogado sobre mi cabeza.

—Y creo que lo que tenemos que hacer, Madeleine, es programar una reunión con un psiquiatra, porque sería de gran ayuda hacernos una idea de cómo se encuentra mentalmente y, si es posible, cómo estaba en el momento del delito. Aunque solamente sea para descartar esa línea de investigación.

—Yo no quiero estar loca. Sinceramente, no creo que lo esté. —Sus palabras salen con suavidad pero caen sobre el aire de la cocina como piedras

en el agua.

—Por ahora no estamos sugiriendo eso. Pero tenemos que explorar todas las posibilidades —digo.

—¿Y qué hay del arrebato? ¿Qué significaría en este caso? —pregunta Francine.

—Puede significar varias cosas. Pero no quiero entrar en ello antes de que Madeleine nos haya contado en detalle toda la historia de su relación con Edwin y nos dé un relato minuto a minuto de lo que ocurrió aquel fin de semana. Ahora bien, como he dicho antes, lo primero que debemos hacer es conseguir una evaluación psiquiátrica independiente.

—Estuve viendo a un terapeuta. Pero solo fui dos veces y Edwin se enteró. —Todavía me cuesta oír la voz de Madeleine.

—¿Qué pasó cuando se enteró Edwin? —pregunto.

—Dijo que para qué me molestaba, que era una pérdida de dinero. Que no necesitaba hablar con nadie y, si lo necesitaba, siempre podía hablar con él.

—¿Y a usted qué le pareció eso? —digo.

—No me importó. El terapeuta tampoco me gustaba demasiado, y me costaba bastante todo el tema.

—¿Por qué decidió ir a terapia?

—Quería hablar de mi hábito con la bebida, ver si había alguna manera de controlarlo. —Madeleine deja de hablar y suspira mirando por la ventana que hay a mi espalda.

—¿Cuándo fue esto? —Trazo una flecha desde el pie de mis notas hasta lo alto de la página y preparo el bolígrafo. No imaginaba que fuera bebedora, me parecía demasiado estirada para ello.

—Hará unos cinco años. —Vuelve a centrarse en mí, apartando la mirada del muro lateral de la casa de al lado, que parece tenerla cautivada.

—¿Por qué no le gustaba el terapeuta? —Patrick me interrumpe cuando estoy a punto de formular mi siguiente pregunta.

—Me dijo que si alguna vez llegaba borracha a una sesión no podríamos hablar. Y me enfadé: esa no era la cuestión. No se trataba de que yo bebiera constantemente, ni nada por el estilo. No era eso. Bebía demasiado en ocasiones. Por eso me dio la sensación de que no me estaba escuchando. Y tenía algo un poco raro.

Anoto su respuesta, asintiendo para mis adentros.

—¿Qué tenía de raro? —digo.

—Pues... me daba la impresión de que se sentaba demasiado cerca de mí. Me estrechaba la mano demasiado tiempo cuando nos saludábamos. Tampoco era nada concreto, pero no me sentía cómoda.

Vuelvo a asentir.

—Ha dicho que «Edwin se enteró» de que estaba yendo a un terapeuta. ¿A qué se refiere?

—Vio un recibo en mi bolso. Yo creía que lo había tirado pero se me debió de olvidar. —Retuerce los labios.

—¿Qué pasó cuando lo encontró? —Mantengo la voz templada.

—Quería saber de qué era y de dónde había sacado las cincuenta libras. Yo no quería que pensase que era nada malo, así que se lo conté. Le dije que lo estaba haciendo por él, porque le disgustaba mucho que bebiera. Al final lo entendió.

—¿Y qué le contó del dinero? —pregunto.

—Le dije que lo había ahorrado de mi asignación. Al principio se enfadó, pero cuando vio que lo había hecho por él se le pasó.

La píldora, registrar su bolso, tener una asignación, comprobar sus recibos... Trato de encontrar algún sentido a todo lo que nos está contando y no pensar en mi propia vida doméstica.

—Nos ha hablado un poco de la bebida, de que no era un problema constante, sino un tema de moderación. Pero ¿durante cuánto tiempo fue un problema? —pregunto.

—Desde que estudiaba, supongo, de manera intermitente. Y más recientemente, algunas de las cenas me resultaban muy estresantes —contesta Madeleine.

—¿Cenas?

—Las cenas de trabajo. Edwin siempre quería que invitáramos a gente a cenar. O que yo fuera la invitada perfecta. A mí me resultaba difícil y eso no le gustaba. Una vez me puse muy mal... —No termina la frase. Alzo la vista y la veo pálida, tapándose los ojos con una mano.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. Esto es difícil, nada más. Me duele mucho la cabeza.

—Tenemos mucho material que revisar: dejémoslo por ahora. Mientras tanto, ¿estaría dispuesta a hablar con un psiquiatra? Nos sería muy útil saber su opinión. —Voy escribiendo signos de interrogación junto a mis notas mientras hablo, y paso a otra página.

—No creo que cambie nada, pero si quieren que lo haga, lo haré.

Su voz suena más clara que en toda la entrevista y escribo con letra grande en lo alto de la página: «CLIENTA ACCEDE A INFORME PSIQUIÁTRICO». El ambiente se relaja. Patrick se endereza delante de la mesa mientras apila sus papeles y los mete en el maletín. Francine se levanta, murmura algo apenas comprensible sobre fotografías y sale de la cocina. Guardo el cuaderno y el bolígrafo en mi bolso. Al hacerlo, rozo el teléfono con la mano y me vuelve a la mente el mensaje de texto. Pero aún no he acabado con Madeleine.

—Pediremos cita lo antes posible —digo, repasando una lista de especialistas en mi cabeza.

—Gracias. —Se levanta y extiende la mano sobre la mesa hacia mí. Esta vez la estrecha con más fuerza. Parece como si hubiera revivido y me digo que tengo que pensar en por qué, qué ha ocurrido durante la entrevista para que acabe más contenta que en la anterior. ¿Es porque las preguntas no se han adentrado en el día del incidente? Todo se andará.

Francine vuelve a entrar con un sobre grande y marrón, lleno a rebosar. Me lo entrega.

—Aquí tiene las fotos que conservo de Edwin y Madeleine.

Lo cojo, asintiendo en señal de agradecimiento.

—¿Les importa si me lo llevo? Prometo que tendré mucho cuidado con él.

—Francine y Madeleine asienten. Guardo el sobre en mi bolso y cierro la cremallera. Esta vez tendré más cuidado para que no se manche de orina.

Francine llama a un taxi y cuando llega nos acompaña hasta el vehículo.

—Es usted muy amable de cuidar a Madeleine de este modo—comenta Patrick.

—No es fácil... —Al decirlo, la verja eléctrica empieza a cerrarse y Francine vuelve a entrar en la casa. Patrick y yo nos subimos al taxi en dirección a la estación.

El tren llega tarde. Recorro el andén de arriba abajo, preguntándome si un *muffin* y un café con leche me harán sentir mejor o peor. Patrick va directo al quiosco a pedir un café solo y se echa un chorrito de una petaca que lleva en el maletín. No me ofrece, y algo en su expresión me disuade de preguntarle qué hace ni decirle si puedo unirme, ni siquiera cuando se enciende un cigarrillo contraviniendo directamente las señales de «Prohibido fumar» que hay en la pared. Mi cabeza da vueltas; en parte deseo que me toque y me lleve a algún rincón para empujarme de cara a una pared y meterse dentro de mí. Pero entonces pienso en el mensaje del móvil. Lo saco del bolso y vuelvo a leerlo.

«Sé lo q estás haciendo, maldita puta».

No puede referirse a esto. Nadie lo sabe. Hemos tenido mucho cuidado. Deben de habérmelo mandado por error.

—¿Qué te ha parecido? —Patrick aparece a mi lado, sobresaltándome.

—¿Qué? —Meto bruscamente el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, reacia a hablar del mensaje. Si no lo menciono, puede que desaparezca.

—La reunión, por supuesto. ¿De qué iba a estar hablando si no?

Me encojo de hombros. Su voz suena clara pero ahora noto que tiene los ojos inyectados en sangre, con los bordes rojos.

—Pareces cansado. ¿Demasiado trasnochar? —digo.

—¿Cómo? Te estaba preguntando qué te ha parecido la reunión. —Aparta la mirada hacia el andén.

—Creo que hay algo ahí, en la relación. Todo gira en torno a eso.

—Mató a su marido a puñaladas. Menos mal que cuento con tu gran perspicacia legal —replica con tono mordaz. No voy a permitir que me cabree. Me encojo de hombros. Saca su paquete de tabaco y esta vez le cojo uno y luego el mechero de su mano. Enciendo el cigarrillo y le doy una

calada larga antes de seguir hablando del caso.

—Claro que le mató. No hay otra explicación de lo ocurrido. Pero hay muchas cosas que no nos está contando. Lo de la píldora, el hecho de que se la diera sin saberlo ella. Ese comportamiento no es normal.

—A mí me parece una idea fabulosa. Para ahorrarse problemas.

—¿En serio? ¿Qué problema te ha causado a ti la fertilidad de una mujer?
—Me sorprende su vehemencia.

—Nada que sea asunto tuyo. Hay muchas cosas que no sabes de mí. Y tampoco es que te hayas molestado en preguntar. ¡Y empieza a comprarte tus propios cigarrillos, joder!

Ignorando esto último, le replico.

—Tú dijiste que nada de preguntas. Desde el mismo momento en que empezó todo esto. —Estoy indignada y me da igual que se note. Recuerdo aquella conversación perfectamente. Estábamos en la puerta de un pub en Kingsway, una noche de otoño hará un año, ambos pedo. Sus amoríos eran legendarios, un matrimonio fracasado en algún momento de su vida y varios corazones rotos, pero eso no fue suficiente para detenerme. Cuando me miraba, me daba un vuelco el corazón, sabía que era capaz de verme de verdad y que me deseaba. Le mordí la oreja y en respuesta me cogió del cuello, me empujó contra una pared y dijo bufando: «Nada de morder, nada de preguntas. Follamos, eso es todo». No voy a romper las reglas ahora.

Patrick tira lo que queda de café a la vía y se vuelve hacia mí.

—Por supuesto. Nada de preguntas. ¿Cómo iba a olvidarlo? —dice. Luego respira hondo, como si tratara de calmarse—. Sí, estoy de acuerdo. Por lo que ella nos ha dicho hasta ahora, hay un tema de control en esa relación.

Asiento.

—A ver, es posible que haya más, algo peor en el comportamiento del marido que no nos está contando todavía... Si no tiene problemas psiquiátricos, esa es la única eximente viable: un arrebató en el contexto de violencia doméstica... Pero, basándonos en los hechos, no tiene buena pinta.
—Mi voz se pierde al pensar en las heridas de arma blanca sobre el cuerpo de Edwin y las manchas de sangre en la ropa de Madeleine.

El tren se detiene en el andén antes de que Patrick pueda contestar. Subimos en silencio y nos sentamos uno frente al otro. Yo ya estoy preparada para que empiece el juego, rozándome los labios con la punta de la lengua, expectante al recordar cómo me atragantaba mientras empujaba su erección

en mi boca el otro día. Abre la garganta, es un consejo que he ido deduciendo con los años entre las revistas y el porno. Relájate y ya. Fácil decirlo cuando se trata de beber cerveza, pero ¿abrir la garganta mientras intento respirar por la nariz a pesar del vello púbico, al tiempo que mantengo el equilibrio sobre el suelo de un tren encharcado de pis? Eso no es tan fácil. Entonces, ¿por qué tengo tantas ganas de repetir el numerito? ¿Por qué voy sentada en el borde de mi asiento esperando que se incline a tocarme? Joder, el compartimento está vacío: podríamos hacerlo aquí mismo, ahora. ¿Quién lo iba a ver? De repente oigo las palabras del mensaje de texto rechinando en mi cabeza —«Sé lo q estás haciendo»—, pero las sofoco. Nadie lo sabe, nadie nos ha visto. Estoy segura.

Pongo mi mano sobre su rodilla y la deslizo por el muslo. La aparta con tanta fuerza que parece una bofetada. Me echo hacia atrás como si me hubiese quemado.

—¿Qué haces?

—Pensé...

—Pues te equivocas. Tú céntrate en el caso. Eso es lo que importa.

—¿No íbamos a hablar de ello cuando llegáramos a la ciudad? No me apetece hablar en el tren.

—No voy a tener tiempo: esta noche tengo una cena. Buscaré un rato a principios de la semana que viene.

—¿Con quién vas a cenar? —Mi voz suena despreocupada, pero no le engaño.

—No es asunto tuyo —dice.

Apoyo la cabeza contra el cristal, mirando las casas al pasar. Según va frenando el tren, veo a una pareja besándose en un jardín. Me pregunto si podrán verme, si se preguntan quién soy y por qué esa mujer con la cabeza apoyada sobre la ventanilla se está enjugando las lágrimas. Una vez llegados a Marylebone, espero a que Patrick se baje del tren y entonces aparto la cara del cristal y recojo mis cosas.

La línea Bakerloo va rápida. Llego a Embankment antes de darme cuenta, subo arrastrando el maletín de ruedas por Essex Street, paso por delante de Cairn's Wine Bar y los Reales Tribunales de Justicia, y paro en la sala de secretarios. Mark me entrega el expediente del caso para el día siguiente, un

montón de documentos mal atados con cinta rosa, con hojas sueltas y fotografías a punto de caerse por ambos lados.

—¿Por qué está así? —No me gusta nada.

—Es una contestación de fuera del bufete. Del 27 de King's Bench Way. Siempre mandan las cosas hechas un desastre.

—Genial. Qué bien. —Miro la hoja de atrás. El Tribunal de la Corona en Wood Green. Al menos está en la zona. Más o menos.

—Es una vista ya fijada, de cinco o seis días —dice Mark.

—Vale. —Deshago el lazo rosa y miro de qué se le acusa. Siete cargos por tentativa de lesiones físicas graves y uno por conducción temeraria. Asiento —. De acuerdo. —Tardaré gran parte de la noche en prepararlo—. Gracias. —Salgo de la sala, con los documentos apretados contra el pecho.

Suelto el maletín y el abrigo junto a mi escritorio y coloco el expediente delante de mí. Antes de ponerme con este caso o con las fotos que me ha dado Francine, llamo a Carl. Sé que está en natación con Matilda.

—¿Diga? No se oye bien. —Su voz suena tenue.

—Hola, soy yo. ¿Cómo le va? —grito.

—Bien. Le va bien. —De repente se aclara la línea y las últimas palabras suenan muy altas.

—Seguro que sí. Oye, me han dado un juicio a última hora. Me va a llevar un rato prepararlo. No tardaré en llegar a casa, pero esta noche voy a tener que trabajar.

Un silencio prolongado.

—Ya. Le he prometido a Matilda que iríamos a cenar pizza luego por haberlo hecho tan bien.

Miro mi reloj. Las cinco. Me quedan varias horas. ¿Cuánto se tarda en comer una pizza?

—¿Os veo allí? Ya trabajaré más tarde.

Otro largo silencio.

—Estarás con la cabeza en otro sitio, te conozco. No te preocupes. Quédate en el despacho y haz tu trabajo. Estaremos bien. —Suena muy práctico.

—Pero tendré que cenar algo. En serio, puedo irme a casa ahora, reunirme con vosotros allí, acostar a Matilda y trabajar después. —No quiero parecer suplicante pero hay algo tembloroso en mi voz.

—De verdad, no pasa nada. Vuelve cuando termines. Recuerda, esta noche tengo la reunión de grupo en casa así que tampoco puedes llegar demasiado pronto.

Justo cuando voy a contestar, cuelga. Miro el teléfono, sin saber qué hacer. Puede que vayan con una de las compañeras de natación de Matilda. Yo nunca he ido, así que no sé cómo son los padres. Ahora mismo, Carl podría estar mirando a los ojos a otra madre, con la melena rubia empapada después de hacerse unos largos mientras su hija hace las pruebas para entrar en el equipo con Matilda, esbelta y musculosa de nadar a mariposa, un estilo que yo no podría dominar ni en un millón de años. Ahora le estará diciendo entre risas que no se preocupe, que su mujer no se molestaría en venir a la piscina, está demasiado ocupada trabajando o lo que sea, llevémonos a las niñas, tal vez podamos tomarnos una copa de vino para celebrarlo...

Sacudo la cabeza para aclararme la mente, consternada por la viveza de la escena que acabo de inventar. Carl no tiene ojos para nadie más: está con Matilda y no querría alterarla. De todos modos, tampoco perderá mucho el tiempo. Querrá ordenar el salón, coger sillas de la cocina para que puedan sentarse todos los hombres de su grupo y dejar un par de cajas de pañuelos de papel a mano por si alguien se pone emotivo. Al menos, es lo que imagino: Carl nunca quiere hablarme de lo que ocurre en las reuniones. Dice que es estrictamente confidencial. El grupo debe tener plena confianza en él. Y yo siempre asiento, soy demasiado consciente de mis propias mentiras como para presionarle.

Abro el expediente del caso de mañana y estoy un rato revisándolo. No es tan terrible como temía. Conducción temeraria y homicidio en grado de tentativa: el acusado perdió los nervios con un grupo de adolescentes que se pusieron a gritarle en el aparcamiento de un supermercado, se metió en su coche y se subió a la acera a por ellos. No embistió a nadie y en cualquier caso se le caló el coche. Hay casi una veintena de testigos de lo ocurrido, lo cual explica que el juicio vaya a durar una semana. En realidad, la cosa está bastante clara.

Sin embargo, a pesar de que yo estoy en la acusación, al leer su declaración ante la policía siento lástima por el acusado. Tiene una discapacidad física y de aprendizaje, y conduce un vehículo adaptado. Leyendo entre líneas, da la sensación de que esos chavales le hacían la vida

imposible constantemente y entiendo que perdiera los nervios. Pero mi obligación no es precisamente decir eso. Tomo algunas notas para mi alegato de apertura esperando que el hombre cuente con un buen abogado. Cuando compruebo quiénes son los procuradores de la defensa, suspiro. Conozco bien el bufete. Buscan procedimientos tortuosos y está lleno de picapleitos: nunca me han dado un expediente completo cuando he actuado en su nombre; a lo sumo, un nombre escrito en un *post-it*. Hacen el mínimo trabajo de preparación necesario para salir adelante, e instruyen a los abogados más baratos que pueden encontrar. Leo un poco más y trazo una línea imaginaria debajo del juicio: con algo de suerte, se resolverá. Nos ofrecerán una declaración de culpabilidad para rebajar la sentencia, yo regatearé buscando un delito más grave, y lo cerraremos al cabo del día.

Termino la preparación. Coloco los documentos del expediente en un solo montón y lo ato con la cinta rosa, bien ordenadito. Mucho mejor que cuando me lo entregaron. Ya son las siete. Envío un mensaje a Carl preguntando si estaba buena la pizza, luego me quedo un momento mirando la pantalla del móvil y escribo a Patrick: «Estás bien?».

Esta tarde le he notado raro. Nunca le había visto beber de una petaca. Ni rechazar un acercamiento sexual. Es posible que se haya dado cuenta de lo infructuoso que es todo esto y haya decidido romper conmigo. Puede que esa cena sea una oferta mejor, una versión de mí más joven y más en forma, sin marido ni hija. Y tal vez sea bueno acabar con la aventura: basta de sentimientos de culpa, basta de desprecio hacia mí misma. Basta de distracciones de mi familia. Tal vez vuelva a tener tiempo para mis amigos también.

Suena un mensaje y lo abro inmediatamente. Carl. «La pizza buena. Matilda en ducha. Todo bien». Contesto con un emoticono del pulgar levantado. Para qué sacarle punta a lo lacónico. Apago el móvil y saco las fotografías de Madeleine y Edwin de mi bolso.

Hay unas cuarenta fotos. Intento colocarlas en un orden cronológico aproximado, fijándome en la edad que aparentan y las entradas de Edwin para orientarme. Recuerdo que Madeleine nos dijo que Edwin y ella se conocieron en la universidad y estas fotos destacan entre las demás: ella está joven y bonita, con un peto de rayas, mientras él sonríe detrás de ella con un jersey más convencional. Sigue una progresión típica de vacaciones: de mochileros por Europa, delante del Coliseo y la Fontana di Trevi, la pirámide del Louvre

y los lagartos de Gaudí. Luego más lejos, con campos de arroz y un volcán de fondo: ¿tal vez Indonesia? Y después Petra.

Carl y yo también fuimos a Petra, y nos reímos de un camello que no podía levantarse por el peso de un turista obeso. Cuando lo recuerdo ahora me estremezco pensando en sus piernas temblando mientras el dueño le gritaba que se levantara, una y otra vez. Ya estará muerto, supongo, igual que la fuerza que nos impulsó a Carl y a mí a unir nuestras manos para subir el largo camino hacia el monasterio en lo alto de la montaña. Y tan muerto como el hombre de mirada amable y sonrisa tímida que me mira en las fotografías colocadas sobre mi mesa.

¿Es posible que fuéramos a Jordania en el mismo momento? No hay forma de saberlo. Miro el dorso de las fotos buscando alguna pista del año en que se hicieron. Nada. Salvo en una donde veo escrito en tinta azul: «Y ella dijo sí». Le doy la vuelta. Madeleine ya no va vestida de universitaria, sino radiante con un traje azul entallado. Está sentada en una mesa de restaurante, sonriendo, y por una vez Edwin aparece a su lado en lugar de detrás de ella, apretándola contra sí con el brazo. Debió de tomarla un camarero. Se ven flautas de champán sobre la mesa: puede que Edwin escondiera el anillo en una de las copas y esperase a que ella lo encontrara, o quizá llevara el estuche en el bolsillo y comprobara que seguía ahí de vez en cuando, tratando de que ella no viera ni preguntara lo que hacía.

¿Esperaba Madeleine que se declarase? ¿Le hizo ilusión? Está sonriente en la foto. El brazo de Edwin la estrecha con fuerza, con su codo alrededor del cuello de ella: ¿estaba cómoda? ¿Detecto tal vez una pizca de tensión en sus ojos? ¿Una mínima contención a pesar de la alegría del momento? La letra en el dorso es segura, firme. «Y ella dijo sí». ¿No debería haber un signo de exclamación, una puntuación acorde con la ocasión?

La noche que Carl me pidió matrimonio, no llevábamos cámara. Tampoco había champán. Estábamos debatiendo si podíamos permitirnos mudarnos a una casa más agradable que el piso de Bow donde vivíamos en aquella época, y cuando yo le dije que deberíamos pensar en comprar algo, él contestó: «En ese caso, deberíamos casarnos». Yo asentí, y entonces él dijo: «De hecho, creo que deberíamos hacerlo de todos modos». No hablamos más del asunto hasta que un par de semanas después me dijo que había reservado la oficina del registro quince días después. Y no vi inconveniente. Vinieron su madre y mi mejor amiga Evie y seguro que estuvimos radiantes en algún momento,

aunque no tenga ninguna foto de ese instante enmarcada sobre mi mesa. Visto por el lado positivo, yo no estoy en libertad bajo fianza por el asesinato de Carl, así que las cosas podrían estar peor.

En muchas de las fotos, Edwin y Madeleine parecen perfectamente normales, como cualquier otra pareja. Como Carl y yo. No hay nada que indique que quince años después ella acabaría matándole a puñaladas.

Aquí hay una foto de la boda, con Madeleine luciendo un bonito ramo de calas. Y aquí está embarazada, apoyada de perfil sobre una puerta forrada de glicinias. Aquí, con el bebé en brazos, y Edwin de pie junto a ella, de nuevo abrazándola con fuerza. En todas las fotos, Madeleine aparece sonriendo, feliz. Estoy perdiendo el tiempo. No hay nada en estas imágenes que me dé ninguna pista de por qué le mató. Lo que presentan al mundo es perfecto, impenetrable. Sería igual de inútil mirar fotos de Carl y mías buscando el momento en que empezamos a distanciarnos. Suspiro y enciendo el móvil.

Suena inmediatamente. Mensaje de Patrick.

«Tomando algo en Cairn's. Ven si quieres».

Contesto. «Creía que tenías cena».

Responde. «La he tenido».

Miro la hora: la cena ha sido corta. Entonces no era una cita. Se me relajan los hombros. He estado casi una hora mirando las fotografías y todavía no he encontrado nada, así que quizá sea mejor dejar de trabajar ya. Vuelvo a introducirlas en el sobre y lo guardo en el cajón de mi mesa. Meto los documentos para el juicio del día siguiente en mi maletín y apago la luz. Ya no queda nadie en la oficina, ni se oye un solo ruido en todo el edificio. No es tan tarde, ni siquiera han dado las nueve, pero podría ser medianoche. Las sombras de las ramas de los árboles del exterior de la sala de secretarios juegan sobre la pared mientras activo la alarma y cierro con llave.

Entro en el bar buscando a Patrick. Esperaba encontrarle solo, pero para mi sorpresa está en una mesa larga rodeado de la gente de siempre del bufete, y eso que es miércoles. Me deslizo en un asiento entre Sankar y Robert.

—¿Queda algo de vino?

Ninguno de los dos responde. Hay mucho ruido, la música de los altavoces es atronadora y, mientras me acomodo en el rincón, observo a Patrick. Este es su territorio, está en su salsa. Es la llama más brillante en el centro del fuego. Está contando algo que hace reír a la gente a su alrededor y atrae a quienes no lo están, que se esfuerzan por oír lo que dice. Alexia está en la periferia, sonriendo. No es la copa que esperaba tomar tranquilamente a solas con él, pero tendré que conformarme. Me pidió que viniera, y esa idea me evoca un pequeño destello de su calor. Doy un golpecito en el brazo a Robert y se vuelve con un gesto de sorpresa al verme allí.

—¿Queda algo de vino?

—Necesitas una copa.

Lo decimos a la vez y me echo a reír. Robert se inclina sobre la mesa y sirve vino tinto en una copa que hay a su lado. Por un segundo me pregunto si estará limpia, pero luego decido que me da igual y me la bebo. Me vuelve a servir.

—¿Un día largo? —dice.

—Sí. Acabo de terminar. ¿Y tú?

—Llevo aquí desde las cuatro. Mi mujer me va a matar. Solo venía a tomarme un par... —Le patina la lengua.

—Y quién no... —Me bebo la mitad de la copa que acaba de rellenar, y dejo el resto sobre la mesa. Siento cómo la calma extiende sus tentáculos por mi mente y la luz tenue del bar va cobrando un tono dorado. Está bien, aquí sí puedo estar. Carl no quiere que vuelva a casa, está ocupado asesorando a sus

chicos. Matilda estará bien, con la panza llena de pizza y ya casi dormida. Yo he hecho mi trabajo y me merezco una copa. Bebo otro trago y vuelvo a mirar a Patrick. Está sentado junto a Mark, el secretario, y, ahora que me fijo, a su lado hay una mujer guapa a la que no conozco. Parece encontrarle especialmente divertido, y la tranquilidad que sentía empieza a esfumarse y noto heladas las yemas de los dedos.

—¿Quién es? —digo dando un golpecito a Robert.

—¿Quién?

—Esa. La que está sentada al lado de Patrick. —Intento parecer despreocupada.

—No sé, una. Vino con él.

—¿A qué hora han llegado?

—Ni idea, un poco después que yo. —Robert se vuelve y me mira fijamente—. ¿Celosa?

—No seas ridículo. —Termino mi copa de vino y cojo la botella, pero está vacía—. Voy a pedir otra.

Paso por el estrecho espacio que deja el grupo y voy hacia la barra. El local está atestado, todo el mundo vive la noche del miércoles como si fuera viernes. Evito mirar a Patrick al pasar a su lado pero con el rabillo del ojo veo que la mujer tiene la mano sobre su brazo. Levanto la barbilla y sigo adelante.

Tardan diez minutos en servirme, de la cantidad de gente que hay. Pido dos botellas de rioja para no tener que esperar otra vez. Cuando vuelvo, Robert se ha puesto en mi sitio pero se mueve para hacerme un hueco. Les sirvo a él y a Sankar, y enseño la botella a la gente sentada al otro lado de la mesa, pero todos están con blanco. No intento cruzar la mirada con Patrick.

Sigo bebiendo y Sankar me empieza a hablar del caso que ha tenido hoy.

—A ver, uno imaginaría que la tía se habría dado cuenta de que le estaba metiendo una zanahoria por el culo todas las noches: ese Rohypnol es muy fuerte.

Bebo un poco más. El tiempo pasa, las diez, las diez y media, y el hambre y el cansancio desaparecen a medida que el vino toma las riendas. Miro mi teléfono. Nada. Robert y yo salimos a fumar de su tabaco.

Al volver a entrar, me aseguro de que nadie me ve y escribo un mensaje a Patrick. «¿Te apetece un polvo?». Ni siquiera pestañea. Debe de tener el móvil apagado. ¿Por qué iba a ignorarme después de decirme que viniera al pub? Sigue enfrascado en una conversación con la mujer a su lado. Sankar

tampoco sabe quién es y no quiero preguntárselo a nadie más, así que me hundo más y más en mi copa. Cuando nos acabamos las dos botellas, Robert se acerca a la barra a duras penas para pedir otra. Ya queda menos gente. Lo que antes era un grupo de casi veinte personas ahora se ha reducido a unas diez. Sonrío y charlo con las chicas al otro lado de la mesa, las que beben vino blanco. Alexia y otra becaria cuyo nombre nunca recuerdo. Están hablando con otra mujer que trabaja en el bufete llamada Pauline, que siempre se dirige a mí con un tono de desaprobación. No tanto esta noche: está sonrojada por el vino y nos ponemos a charlar sobre mi caso de asesinato.

—Es tan raro ver fotos de otras personas. Siempre creemos que somos únicos, pero todos hacemos las mismas cosas, vamos a los mismos sitios, comemos lo mismo... —Estoy divagando, y a media frase olvido qué es lo que quería decir.

—Sé exactamente a qué te refieres. Es como Facebook. Todo es intercambiable —comenta Pauline asintiendo.

—El caso es que en un momento dado te estás haciendo una foto con él delante del Partenón, cogidos de la mano, y al minuto siguiente le estás matando a puñaladas con un cuchillo de cocina. En realidad, podría pasarnos a cualquiera de nosotros, si lo piensas.

—Tienes razón. —Pauline no para de asentir, y yo también, impactada por la profundidad de nuestras reflexiones.

—¿Qué opinas de él? —pregunta, cambiando de tema tan de repente que al principio no entiendo a quién se refiere. La miro sin comprender. Está señalando a Patrick.

—¿Qué pasa con él? —digo.

—A ver, es un buen procurador —responde, acercando la cabeza con complicidad—. Pero he oído rumores...

—¿Rumores? —Intento mantener un tono neutral.

—Bueno, algo sobre alguien con quien no debería habérselo montado. Pero no sé... —No acaba la frase.

Me estoy despejando por momentos, tengo los sentidos completamente en alerta. No sé a dónde quiere ir a parar: ¿se estará refiriendo a mí? ¿Es ella quien me envió el mensaje?

—Yo no he oído nada de eso —aseguro— y propagar esa clase de rumores puede hacer mucho daño.

Retrocede, con gesto arrepentido.

—Oye, que no quiero causar problemas. Solo decía que..., pero seguro que no es nada.

Asiento.

—Voy a por una copa —dice—. ¿Te traigo algo?

—Estoy bien, gracias. No creo que tarde en irme —le contesto, y veo cómo se aleja hacia la barra.

De repente, me sobresalto al oír un grito y el ruido de cristal rompiéndose. En vez de bebérmelo, me he derramado todo el vino que quedaba en mi copa sobre la blusa. Alzo la vista buscando el origen de la conmoción. No tardo en descubrirlo. Patrick luce todavía más vino encima que yo y tiene la cara empapada en él. La mujer a la que no conocía está levantada delante de él, con el pie de una copa en la mano y trozos de cristal aún adheridos al tallo. Hay cristales rotos sobre la mesa y en el suelo. Está gritando, aunque no entiendo lo que dice. Me incorporo de un salto, pero, antes de llegar al otro lado de la mesa, Pauline vuelve corriendo y se pone delante de ella con las manos extendidas. Por un instante, pienso que la mujer va a clavarle un cristal, sin embargo se queda completamente inmóvil y luego suelta la copa. Entonces Pauline le pone las manos sobre los hombros pero la mujer se resiste a su gesto, la aparta, recoge un bolso negro del suelo y sale del bar con paso airado.

Patrick se está limpiando el vino de la cara con una servilleta blanca. Tiene la camisa empapada: la copa debía de estar llena.

—¿De qué iba todo esto? —digo alzando la voz, pero no reacciona. Vuelvo a intentarlo, más alto—. ¿Qué coño ha pasado?

Mi grito coincide con un parón de la música y se hace el silencio. La poca gente que queda en el bar nos mira, ya sea por la escenita anterior o por mis berridos. Patrick se frota la camisa, dobla la servilleta y la deja sobre la mesa antes de alzar la mirada hacia mí. Dice algo, pero la música ha vuelto a empezar y no le oigo.

—¿Qué?

—Que no le gustaba mi camisa. —Sonríe.

—Joder. —Estoy demasiado cabreada para seguir. Vuelvo a mi asiento y recojo mi bolso. No tengo fuerzas para lidiar con lo que está pasando, sea lo que sea. Pauline, aún de pie, me mira con una expresión perpleja. Tampoco puedo ocuparme de eso ahora mismo. Sin despedirme de nadie, salgo del pub

con paso airado yo también y me voy por la puerta de abajo para no tener que pasar al lado de Patrick. Ya he tenido bastante. El único motivo que puedo intuir en su invitación era humillarme presumiendo de otra mujer delante de mí, y ya no me apetece jugar.

Al doblar la esquina hacia el Strand veo un taxi con la luz encendida y levanto el brazo, agradecida de huir. Estoy borracha, pero tampoco demasiado, y puedo leer claramente los nombres de las calles mientras subimos hacia Archway. Saco el teléfono del bolso y escribo a Robert para disculparme por haberme ido así, diciéndole que tengo un juicio que empieza mañana. Le dará igual. Probablemente ni se haya dado cuenta. En cuanto a Patrick, ya me ocuparé de eso por la mañana. Me lo explicará, o no. Cierro los ojos y me apoyo contra la ventana. No entiendo qué está pasando.

Al llegar a casa me sorprende ver que la sesión de grupo aún no ha acabado: normalmente terminan a las nueve como tarde. Cuando entro por la puerta me da la impresión de que están viendo algo en la tele, pero tras el ruido que hago con la puerta al cerrar se detiene el sonido. Carl sale corriendo del salón.

—No te esperaba hasta más tarde. Hemos tenido un avance importante con una cosa.

—Mañana empiezo temprano. —Mantengo la cabeza agachada para que no note que estoy borracha.

—Pues vete a la cama. No tardaremos en acabar.

Vuelve al salón, cerrando la puerta rápidamente para que no vea quién hay dentro. Me dan ganas de gritar: ¿de quién es esta casa? ¿Quién paga la puta hipoteca? Pero no lo hago. Se me pasa el calentón y subo las escaleras pisando fuerte. Me desvisto casi a oscuras en el dormitorio, con un reflejo de luz anaranjada que entra por las cortinas, que nunca llegan a ocultar la luminosidad de la calle. Tengo la piel del pecho pegajosa del vino que se me ha caído, así que me doy una ducha, pero solo me limpio el cuerpo evitando mojarme el pelo. Cojo un camisón y me lavo los dientes, moviendo el cepillo cuidadosamente por cada cuarto de la boca durante los treinta segundos necesarios.

Una vez segura de no oler a vino y tabaco, me pongo el camisón y entro en el cuarto de Matilda. Está profundamente dormida, abrazada a Elefante Rosa.

La beso en la frente y la tapo un poco más con el edredón, cubriéndole el brazo, antes de sentarme en el suelo a su lado para verla dormir. Suspira y se da la vuelta, con la carita hacia mí. Se me hace un nudo en la garganta. Es a ella a quien estoy traicionando. Carl me importa, sí. Pero Tilly todavía más. Ella no es quien me ha rechazado, quien me ha apartado tantas veces. Merece más de mí, merece una madre sin el corazón dividido. La quiero más de lo que puedo expresar, pero no lo suficiente como para alejarme de Patrick. O, al menos, hasta ahora no. Acaricio su mejilla, suspirándole una promesa silenciosa de que voy a esforzarme más, de que voy a convertirme en la persona que ella se merece. Y casi creo que es verdad.

Entonces vuelvo a nuestro dormitorio, me meto en la cama y pongo el móvil a cargar en mi mesilla de noche. Lo cojo para programar la alarma: estoy tan cansada que hará falta un terremoto para despertarme mañana.

Dos mensajes. Uno de Patrick: «En tu despacho. ¿Dónde coño estás?».

Paso el dedo lentamente sobre las palabras y lo borro, llevada por mi nueva resolución.

Luego abro el otro mensaje, el de un remitente desconocido.

«T estoy observando, maldita puta. Sé lo q estás haciendo».

Las letras bailan delante de mí. ¿Sabe alguien lo que hay entre Patrick y yo? Solo puede referirse a eso. Pero no sé quién puede ser. Intento tragarme el miedo, borro el mensaje. Ya no está. No ha pasado nada. Es otro error, el remitente me lo ha mandado sin querer, por una cifra equivocada en el número. Pongo el despertador a las seis y media y me coloco de lado, con los ojos cerrados. Sin embargo, no estoy lo suficientemente cansada. La cabeza me va a mil por hora. Por mucho que quiera hacer como si no me estuvieran llegando esos mensajes, no puedo huir de la realidad. Ya van dos y tengo que admitir la verdad, reconocer el peligro. Alguien me vigila. Sabe lo que estoy haciendo y no le gusta. Me hago un ovillo, acercando las rodillas al pecho con los pies metidos bajo el edredón. Tengo frío, el miedo va calando mis huesos.

Más tarde, oigo las voces de los hombres que salen de casa, un coro de buenas noches y la puerta que se cierra con suavidad. Al rato, oigo a Carl

subiendo al dormitorio con paso sigiloso y moviéndose con tiento. Permanezco quieta, mantengo la respiración profunda y regular. No tarda en empezar a roncar.

Me cuesta mucho dormirme y, cuando lo hago, sueño que me clavo varias veces el tallo de una copa de vino rota en los muslos hasta que llego a la entrepierna y me follo con él. Despierto temblando en la oscuridad. Me inclino buscando el calor de Carl, rodeándolo con un brazo. Está dormido y no se aparta como suele hacer cuando estamos despiertos; ya no hay conflicto entre nosotros, aunque sea por ahora. Es la persona que conozco de veras, el padre de mi hija. Hemos viajado por el mundo juntos, hemos construido un hogar. Es hora de hacer que vuelva a funcionar, por Matilda, por nosotros. Me duermo con la cabeza apoyada en su hombro.

Cuando la alarma me despierta a las seis y media encuentro el lado de Carl vacío y su almohada fría. Voy a proponerle que pasemos el fin de semana fuera. Podemos pedirle a su madre que se quede con Matilda y nos vamos a un buen hotelito a pasar la noche. Comeremos cosas ricas y beberemos buen vino y tal vez, solo tal vez, nos besaremos y nos cogeremos de la mano. Tal vez, y solo tal vez, haremos el amor como solíamos hacerlo antes. De repente, la cara de Patrick aparece en mi mente, pero la ahuyento. Ya no quiero eso, ese sentimiento de culpa. No tiene nada que haga que merezca la pena, está cargado de vergüenza. Ni siquiera es un tipo de fiar, siempre tengo esa incertidumbre de si estará pensando en mí o en otra, pero...

Los mensajes han sido un toque de atención. Sé que no hemos sido muy sutiles ni discretos: cualquiera del bufete puede habernos visto besándonos en los callejones detrás de Fleet Street o hablando demasiado juntitos en el bar. El remitente podría ser cualquiera y no pienso seguir viéndome arrastrada en este drama. Aún puedo oír la copa rompiéndose y el grito de anoche: ni siquiera quiero saber por qué se cabreó tanto esa mujer con Patrick, ni qué ha hecho.

—¿Café? —Carl ha vuelto al dormitorio con una taza en la mano y la deja sobre mi mesilla.

—Gracias, qué detalle. —Lo digo en serio. Hará un par de años al menos que no me trae el café a la cama. Antes siempre lo hacía y el aroma que inundaba la casa era una manera muy reconfortante de empezar el día. Lo

tomaré como una buena señal—. He estado pensando que podríamos irnos a pasar la noche fuera. Podemos pedirle a tu madre que se quede con Matilda.

Carl parece sorprendido.

—¿Y esto a qué viene?

—Estaría bien pasar algo de tiempo juntos. Solos.

—No me gusta la idea de dejar a Matilda... —Parece reacio.

—Sé que antes no te apetecía, pero Tilly era más pequeña. Ahora ya, y con tu madre... No le pasará nada por una noche —argumento.

—No sé. Puede que sea demasiado para mamá.

—Seguro que estará encantada. Tampoco tiene que hacer gran cosa. Matilda ya es una niña grande. Ni siquiera necesitan salir de casa si eso te hace sentir mejor. Me aseguraré de que dispongan de comida y todo eso. —Estiro la mano buscándole. La mira un segundo y la coge. Sin apretar, de un modo impersonal. Pero es un comienzo. Tengo que conseguir que cambie de idea sobre dejar a Matilda con otras personas: nunca he querido presionarle, pero ya va siendo hora.

—Hablaré con ella —dice—. Podemos verlo. Supongo que no pasa nada por una noche.

—Claro, no me cabe duda. Y les vendrá bien para intimar más. Tu madre siempre me comenta que le gustaría ver a Tilly más a menudo. —Carl arquea una ceja, pero yo sigo—. Me lo dijo una vez, hace años. Mira, nosotros también tenemos que acercarnos más. Matilda necesita que seamos felices. ¿No crees?

—Podemos intentarlo —contesta.

—Estoy segura de que eso es lo que aconsejarías a un paciente. Pasar tiempo juntos, hablar.

Asiente y me aprieta un poco más la mano. Me pregunto si debería acercarme a él y besarle, pero en ese momento entra Matilda y se sube a la cama de un salto.

—¡No me habéis despertado! —Tiene el pelo levantado por la parte de atrás y aún está calentita de la cama. La acerco a mí para abrazarla. Se deja por un momento y luego va a abrazar a Carl. Él se sienta en un lado de la cama con la niña en brazos y entonces veo claramente la familia que deberíamos ser. Y así será. Voy a asegurarme de ello. Me doy una ducha y me visto para ir al trabajo con más alegría de la que he sentido en meses. Al bajar a la cocina, Carl ha preparado huevos revueltos, no solo para Matilda

sino también para mí, y nos sentamos juntos a la mesa a desayunar. Salgo por la puerta de casa tirando de mi maletín de ruedas con garbo, preparada para lo que me echen en el Tribunal de la Corona de Wood Green.

Pasa otra semana más. El juicio en Wood Green está siendo efectivo, los adolescentes suben uno tras otro al estrado insistiendo en lo amenazados que se sintieron por la conducción temeraria del acusado. Cuando este testifica, apenas se le oye, y su abogado tampoco es mucho mejor. Tal y como temía, le representa un letrado que parece recién salido de la facultad. Por mi parte, trato de rebajar el tono todo lo posible y al final el juez dictamina una suspensión de la pena. Aunque parece una decisión salomónica, no se lo digo al juez cuando solicito que abonen los costes del proceso al término del juicio.

Patrick me escribe un par de mensajes relacionados exclusivamente con el caso de Madeleine: la fecha de la vista previa cada vez está más cerca y la fiscalía sigue notificándonos material con cuentagotas. No hace ninguna referencia a lo que pasó en Cairn's, y yo tampoco: no voy a darle esa satisfacción. No me interesan sus jueguitos de poder. Y tampoco mencionamos nuestra relación. Quiero decir, nuestra antigua relación.

Paso la noche del viernes en casa con mi familia, Carl y Matilda. Solo tengo que preparar un poco un juicio por abusos deshonestos a una menor fijado para comienzos de la semana que viene, y me levanto a trabajar pronto para no aguarles el fin de semana. Nos vamos a Hampstead Heath y miramos cómo Matilda trepa por los robles cerca de las verjas en Kenwood. Carl no comenta si ha hablado con su madre sobre la posibilidad de quedarse con Matilda una noche pero tampoco quiero presionarle: sé que se hará a la idea a su ritmo. Puede ver que voy en serio, que lo estoy intentando.

Procuró no discutir con él, ni siquiera cuando le dice a Matilda que se baje de las ramas más bajitas. Solo intenta protegerla. Todavía no es lo bastante mayor. Recogemos hojas naranjas y marrones del suelo y las guardo en el bolsillo de mi abrigo.

—Hago yo la comida —propongo mientras volvemos a casa.

—¿Estás segura? —pregunta Carl—. Será más fácil que la haga yo.

—Quiero hacerlo —contesto—. Tilly, ¿qué te apetece comer?

—Humus y pan de pita. Y zanahorias. ¿Hay jamón? —dice.

—Seguro que se puede apañar —le respondo—. Bien fácil y sencillo.

Carl suspira.

—No queda jamón. Si hicieras la compra alguna vez...

Estoy resuelta a no discutir.

—Pues entonces, pan de pita y humus, ¿vale, Tilly?

—¡Vale!

Después de comer, pregunta si puede tomar una naranja. Le doy una y le paso un cuchillo de mesa.

—Hazle un cortecito —digo— y pélala desde ahí. Así será más fácil.

Empieza a cortar la naranja, pero al no tenerla bien sujeta se le escurre el cuchillo y grita. Acudo a toda prisa, pero no antes que Carl, que ha venido corriendo desde el salón.

—¿Cómo se te ocurre darle un cuchillo? —La tiene cogida por el brazo, mostrándome el dedo. Me acerco a verlo mejor. Tiene un rasguño y una gotita de sangre en un extremo.

—¡Pica! —dice llorando.

—Será por el jugo —contesto—. Ven, vamos a ponerlo debajo del grifo. Qué valiente estás siendo...

Carl parece reacio a soltarla pero al final Tilly se acerca a mí, la abrazo, lavamos la mano y se la envuelvo con un poco de papel de cocina.

—¿Quieres que te corte el resto?

—Sí, por favor.

Nos sentamos otra vez a la mesa y termino de pelar la naranja. Hay un poco de sangre en un trozo de cáscara y me quedo mirándolo, preguntándome si ha sido un error dejarle cortar la fruta sola. Al fin y al cabo, solo era un cuchillo de mesa. Se ha cortado con la parte de la sierra.

—En serio, Alison, tienes que pensar mejor las cosas —dice Carl.

Cojo la cáscara y la tiro.

La cosa va un poco mejor el domingo. Preparo un asado sin problemas. Matilda deja el plato limpio pero Carl apenas lo prueba y lo tira a la basura haciendo mucho ruido.

—Solo te hace falta un poco más de práctica —dice, me da una palmadita

en el hombro y coge una barrita de proteína del armario. Me gustaría defenderme, decirle que al menos lo estoy intentando, pero me lo trago. Es evidente que tengo que hacer más para convencerle de que he cambiado, y sé que lo haré, con el tiempo. Asiento.

Esa tarde, saco las hojas de mi abrigo y las coloco en forma de abanico en el corcho de la cocina, como recordatorio de la excursión al Heath. La cosa puede mejorar, estoy segura.

Ya no recibo ningún mensaje anónimo más.

El lunes por la mañana, cuando voy de camino al juzgado, me escribe Patrick:

«Te echo d menos».

No contesto y él tampoco vuelve a escribirme, pero, muy a mi pesar, siento como si se me aflojara un poco un nudo de tensión en el estómago, una preocupación que no quería admitir desde el principio. Y el mensaje sigue en mi mente, acechando tras el recuerdo del fin de semana con Carl y Matilda.

El juicio se precipita en dos días: la testigo principal de la acusación se viene abajo ante un contrainterrogatorio de lo más suave. Sus recuerdos de fechas, horas y lugares son completamente confusos, se pierden en las décadas trascurridas desde que afirma que se produjeron los abusos. Ni siquiera hace falta llegar a la deliberación del jurado. Consciente de mi éxito en el juicio anterior, solicito que la causa sea sobreseída nada más terminar el turno de la acusación y, una vez más, lo consigo. Mi cliente, un profesor de piano sexagenario agotado ante el cual la acusación ha fracasado estrepitosamente pero cuya vida casi ha destruido con sus alegaciones, se muestra agradecido. Sin embargo, apenas he tenido que hacer nada para que se desestimara la causa: el Servicio de la Fiscalía de la Corona debería avergonzarse de llevar un caso tan endeble a los tribunales.

Al salir de los juzgados oigo el llanto de la demandante pero sigo caminando con la cabeza agachada. Yo tengo que hacer mi trabajo, defender a mis clientes lo mejor que pueda. Si lo que ella alega es verdad, es terrible, pero las pruebas tienen que ser sólidas para convencer a un jurado más allá de la duda razonable... Nunca debería haber llegado a este punto. Me despido de

mi cliente frente a la entrada del edificio. Nos damos la mano. Su mujer está a su lado, menuda y nerviosa. No deja de mirar hacia atrás angustiada y les recomiendo que se vayan rápidamente, antes de que salga la demandante.

Los secretarios han dejado un mensaje en mi teléfono diciendo que han llegado unos documentos relacionados con el caso de Madeleine Smith, así que voy directa al bufete, ansiosa por ver qué nos habrá mandado la acusación antes de la vista previa. Aún no sé qué va a hacer Madeleine: no quiero que se declare culpable, al menos todavía no. Me parece que hay muchos aspectos de su relación con Edwin que necesitan de más explicación. Mientras lo pienso suena mi teléfono. Es del despacho de Patrick. Levanto la barbilla, armándome de valor para hablar con él. Pero no tenía por qué haberme molestado: es su socia, Chloe.

—Hola, Alison. ¿Te han llegado bien los documentos? Tenemos que organizar otra reunión con Madeleine. ¿Podrías verla mañana?

—Sí, claro. Mi juicio ya ha acabado —contesto.

—Genial. Y Patrick estaba pensando en pasarse dentro de un rato por el bufete para hablar rápidamente contigo antes de la reunión —dice.

—Aún no he leído los documentos —replico, intentando escabullirme.

—Creo que tenía muchas ganas. Podéis revisarlos juntos —insiste, con una voz que no invita al desacuerdo. Chloe y yo nos llevamos bien, pero siempre hago lo que me indica: Patrick tiene más experiencia, pero ella es el pilar de las operaciones, con un conocimiento enciclopédico de todos los casos de su bufete.

—De acuerdo, no hay problema. Aquí estaré.

—Genial, se lo diré a Patrick —responde, y luego cuelga.

Le mando un mensaje a Carl. «Reunión sobre el asesinato. Estaré en casa a las 8:30. Bss». Un beso extra para invocar a la buena suerte. Tampoco esperaba que llegase a casa temprano por el juicio, así que no creo que pase nada. Me alegro de no haberle dicho que había acabado pronto. Y entonces me detengo a mí misma: ¿por qué estoy pensando en mentirle?

Ha llegado el informe del patólogo, detallando las heridas que acabaron con la vida de Edwin Smith. Lo leo. Hay quince en total, de distinta profundidad. El informe incluye fotografías. Me quedo mirando el corte en el cuello: es como una sonrisa debajo de la boca. Las sábanas debajo de él están

empapadas en sangre. La copia del resumen de la acusación afirma que la ropa que llevaba Madeleine Smith estaba visiblemente cubierta de sangre y reviso los nuevos documentos para ver si incluyen alguna prueba científica relacionada con ello. Por ahora no hay nada. Vuelvo con el informe del patólogo. No había heridas defensivas. Todas las lesiones estaban en el cuello y el torso. El cuerpo fue hallado tumbado boca arriba y así es como lo fotografiaron, con una foto tomada desde arriba, y luego todos los primeros planos de las heridas. También han incluido un diagrama, un dibujo bastante rudimentario del cuerpo de un hombre con pequeñas líneas señalando el lugar de las lesiones.

Vuelvo a hojear los documentos y encuentro una fotografía del cuchillo que presuntamente se utilizó en la agresión. Es de la marca Global. Observo la foto detenidamente, tratando de encontrar alguna señal de desgaste en la hoja bajo la sangre seca. Con los años de uso y el lavaplatos, el mío se ha quedado romo. Evidentemente, cuanto más afilada estuviera la hoja, menos fuerza se necesitaría para clavarlo y sacarlo del cuerpo de Edwin.

Devuelvo la imagen del cuchillo al montón de documentos y paso al análisis toxicológico del informe. La tasa de alcohol en sangre era cuatro veces superior al límite legal permitido para conducir. Por ahora, no disponemos de más exámenes toxicológicos, sé que suelen tardar más. De hecho, me sorprende que hayan logrado darnos todo esto. En cualquier caso, la tasa de alcohol bastaría para explicar la ausencia de heridas defensivas. Es probable que Edwin estuviera inconsciente.

Aparte del informe del patólogo y la fotografía del arma, no nos han notificado ninguna prueba sustancial. Hay un resumen de la toma de declaración policial que dice que Madeleine no hizo ningún comentario, pero no incluye una transcripción completa de las preguntas que se le hicieron. Todavía no. Compruebo las fechas. Para finales de noviembre deberían notificarnos todo, si no antes de la vista previa.

—Tampoco necesitamos que nos manden mucho más. Puede que el juez diga que nos han enviado lo suficiente para que Madeleine se declare culpable o no culpable la semana que viene —le digo a Patrick cuando llega y se acomoda en la sala de reuniones. Intento no mirarle demasiado atentamente, aunque noto cada movimiento de sus manos, de sus brazos.

—Sí, pero ella no nos ha dado un argumento de defensa. Todavía no. — Patrick tiene delante de sí las fotos de los cortes, grandes y pequeños.

—Considerando que nos ha contado que Edwin le dio la píldora sin que lo supiera, y todo lo de su asignación, estamos de acuerdo en que cabe la posibilidad de que hubiera una relación de maltrato, ¿no?

—Claro, pero eso no basta para rebajarlo de asesinato. Necesitamos más para un atenuante de arrebató u obcecación.

—Va a depender de que se abra a nosotros o no. Por ahora no tenemos nada. Ninguna prueba de una causa poderosa, nada. Solo una botella de ginebra y la pérdida de conocimiento. Aunque debes reconocer que su versión de lo ocurrido carece de sentido —digo.

—Tienes razón. Está muy cerrada. Tal vez deberías hablar con ella a solas. Quizá se relaje si no hay nadie más. De mujer a mujer.

Cambio de postura, incómoda por la propuesta.

—Pero ¿crees que es apropiado?

—No veo por qué no. Se te da bien hacer hablar a la gente —contesta, y entonces sí le miro. Está contemplando las fotos, no a mí. Aparto la vista rápidamente.

—Bueno, si crees que debería, lo haré. Tenemos que intentar sacarle algo más antes de la vista. Sería mejor que se declarase culpable o no culpable de los cargos, antes que optar por no declararse ni una cosa ni otra. —Trato de no reaccionar a su último comentario, pero noto que la calidez de su voz se está reflejando en el rubor que me sube por las mejillas.

—Vale, lo organizo. También he hablado con nuestro psiquiatra. Tendrá el informe preliminar listo para mañana. Si ponemos la reunión por la tarde, ¿tendrías tiempo para leerlo antes? Mañana estás libre, ¿no? —dice.

—Sí, eso estaría bien. Y tienes razón: puede que esté menos histérica si voy yo sola.

—Le diré a Chloe que lo organice.

Patrick asiente y coge su móvil para escribir un mensaje. Empiezo a hablar pero me interrumpe.

—Alison, me gustaría que vinieras a casa y hacerte la cena. ¿Crees que hay alguna posibilidad?

—No creo que sea muy buena idea. —Aunque eso no es lo que estoy pensando. Verle de nuevo solo me ha recordado lo mucho que deseo besarle. Intento aplacar el impulso, pero por un instante oigo con toda claridad a Carl

haciendo rechinar el tenedor sobre el plato mientras tiraba la comida que preparé ayer.

Patrick lo intenta otra vez.

—Me encantaría. Sé que han sido un par de semanas difíciles. No hemos hablado y, en fin, te he echado de menos. Por favor, deja que te haga la cena.

—Extiende su mano hacia mí, con la palma hacia arriba—. Por favor.

Trato de aferrarme a la idea de Carl y Matilda esperándome en casa. Intento con más fuerza todavía aferrarme a la imagen de las palabras en la pantalla de mi móvil, esa persona anónima que sabe lo nuestro y lo odia. Me odia. Pero todo ello se esfuma, como polvo arrastrado por el viento.

—Sí, por favor. Me encantaría.

Cogemos un taxi en Fleet Street. Patrick sale de la oficina antes que yo y nos encontramos bajo el arco a la salida de Temple. De todos modos, no había nadie que pudiera vernos. Una vez dentro del coche, me coge de la mano, sus dedos entrelazados con los míos. Me reclino sobre él. Se vuelve y me besa en lo alto de la cabeza.

—¿Van a algún sitio bonito? —pregunta el taxista. Cree que somos pareja.

—Solo a cenar a casa —responde Patrick—. Noche tranquila y casera.

Yo no digo nada. El taxi ha atajado por St. Clement Danes y va por el Strand, pasando ante los Reales Tribunales de Justicia y Chancery Lane. Fetter Lane sería un lugar oportuno para decirle a Patrick que se baje, que me voy a casa. Pero no lo hago. También podría decirle que se baje en Ludgate Circus, y luego indicarle al taxista que gire a la izquierda en Farringdon Street y vaya hacia Islington. Tampoco lo hago. Giramos a la derecha y cruzamos el río hacia el sur, a su ático cerca del Puente de la Torre. Ya he estado, aunque solo una vez, aquella tarde hace unas semanas cuando vimos cómo la luz se iba apagando a través de las persianas. Patrick paga al taxista y me abre la puerta. Cojo mi bolso y le sigo, entramos en el portal y subimos en el ascensor en silencio. Le paso los dedos por los labios y él sonrío.

—Ya estamos —dice cuando el ascensor llega al último piso.

Abre la puerta de su casa y dejo el abrigo y el bolso. Me sirve una copa de vino tinto y me acerco a los ventanales que dan sobre el río. Las luces de mil ventanas brillan en el crepúsculo de la tarde. Apenas son las siete y media, pero ya casi es de noche. Me bebo media copa de un trago.

—¿Qué estás preparando? —Vuelvo hacia la cocina, que está integrada en el salón. Patrick se ha quitado la chaqueta y está cortando algo sobre una tabla de madera. Me fijo en el cuchillo: no es un Global. Tiene mango de madera. Probablemente sea japonés. La cocina es elegante y lustrosa, con las cacerolas ordenadas por tamaños en un estante a su espalda.

—*Kebabs* de cordero y *harissa*. Y un poco de cuscús —dice.

—Qué rico. —Estoy impresionada—. No tenía ni idea de que supieras cocinar.

—Ahora ya lo sabes. —Vuelve a ponerse a cortar, moviendo ágilmente el cuchillo sobre la cebolla.

—Me da la impresión de que estabas planeando esto. ¿O te han dejado plantado en el último momento? —Me arrepiento en cuanto lo digo y me lavo la boca con el resto del vino.

—Alison, no. No hagas eso. Bueno, ¿has mandado un mensaje para decir que llegarás tarde a casa? —Coge otra cebolla y la corta por la mitad, golpeando el cuchillo con fuerza sobre la tabla.

Levanto la mano. *Touché*.

—Me cuesta creer que no estés casado —comento.

—¿Quieres decir a mi edad? Aún no he cumplido los cincuenta, todavía hay tiempo.

—No me refería a...

Se ríe.

—No te preocupes, sé lo que quieres decir. Lo estuve. Cuando tenía veintipocos años. Nos dejamos llevar. Luego se marchó con otro. Pero fue para bien.

Su voz suena desenfadada, pero le observo fijamente buscando algún rastro de dolor bajo la superficie.

—¿Tú crees? —replico.

—Seguro. Lo prefiero así. El matrimonio tampoco me resulta tan atractivo. Sin embargo, esto... —Me sonrío.

Hay tabaco y un cenicero a un lado. Los señalo para ver si puedo coger uno.

—¿Compras alguna vez? —pregunta, pero asiente dándome permiso.

—Eso significa que no fumo mucho —digo—. En casa no puedo fumar.

—Ya imagino. —Enciende el extractor como si le hubiese recordado mitigar el olor. Es un pequeño momento de placer, sentarme en una cocina

calentita con vino y un cigarro. No recuerdo la última vez que fumé dentro de casa.

Cuando termino el cigarrillo dejo la copa vacía en la isla junto a los fuegos, voy al sofá de cuero blanco y saco el móvil de mi bolso. Solo son las 8:15, aún no llego tarde. Pero sé que lo haré...

«La reunión se va a alargar más de lo previsto, lo siento. Intentaré no molestarte cuando llegue. Bss».

Vuelvo a meter el teléfono en el bolso. Nada de esto está pasando, no es real. Y, si no es real, yo tampoco lo soy, y nada de lo que haga es real. El vino se adueña de mi cerebro en un cálido flotar, suelto el resto de las amarras, me vuelvo hacia Patrick y me sirvo otra copa.

El cordero está tierno, el vino suave y las manos de Patrick delicadas al tocarme, tanto que respondo al mínimo roce, y los dos nos movemos como uno solo. Suspira sobre mi pelo y me acerca contra él.

—¿Por qué no puede ser así siempre? —digo.

—Ya sabes por qué. ¿No puedes disfrutarlo y dejar de preocuparte?

—Supongo. —Cierro los ojos.

Esta vez pone a Schubert, sonatas para piano, y el sonido va calmándose hacia el sueño. Un fuerte pitido rompe la calma. Patrick me suelta y coge su móvil mientras yo alcanzo el mío. Empieza a pulsar la pantalla y, cuando activo la mía, veo que tengo un mensaje de Carl.

«Mamá dice que no hay problema, se queda con Matilda en noviembre. Reservó un hotel. Te veo luego. Bss».

La realidad me golpea como un cubo de agua fría. Me aparto un poco más de Patrick y me incorporo.

—Voy a tener que irme. Son más de las once —digo.

—Vale. Por cierto, era Chloe. La reunión con Madeleine ya está programada para mañana por la tarde. ¿Te sigue viniendo bien?

—Sí, bien. —Me levanto y voy a la ducha para lavarme rápidamente. Me visto mientras Patrick me mira desde la cama, tumbado. Antes de marcharme, me siento a su lado, poniendo una mano sobre su pecho. Me inclino a besarle.

—Qué buena noche...

—Sí que lo ha sido. ¿Ves? Esto puede ser bueno. Si dejas que así sea. —Se incorpora y me abraza. Me abandono a su abrazo y a continuación me

levanto.

—Te llamo después de la reunión.

—Buena suerte. —Me dice adiós con la mano y centra su atención otra vez en el móvil.

Ha empezado a llover cuando salgo de su edificio, pero no tardo en parar un taxi y me quedo en silencio mirando por la ventanilla. Patrick, Carl, Patrick, Carl, sus nombres resuenan alternativamente con los limpiaparabrisas. La cosa está peor que nunca pero no puedo evitar esta sonrisa de oreja a oreja ni la cálida sensación en mi interior, que por una vez ha deshecho el tenso nudo que noto bajo las costillas. Voy a dejar que esto sea bueno. Al menos, esta noche.

Cuando el taxi sube hacia Archway, vuelvo a mirar el móvil. Patrick me ha escrito.

«Buenas noches, cariño. Duerme bien. Ha sido una noche deliciosa».

Paso los dedos por la pantalla, sonriendo. Es el mensaje más bonito que me ha mandado nunca y me abrazo a esa idea. La luz de la pantalla se atenúa, y de pronto se vuelve a encender. Otro mensaje. Sin remitente.

«No te vuelvas a acercar a él».

Borro ambos mensajes con las manos temblando. Esto no para: voy a tener que contárselo a Patrick. Apago el teléfono, esa mirada hostil a mi mundo.

Al llegar, la casa está a oscuras y subo las escaleras de puntillas. Carl está dormido. Cuando me meto en la cama se mueve y siento su espalda cálida contra mí. Me quedo un rato despierta, preguntándome si habrá alguien en la cama con Patrick, o si estará en la calle, vigilando.

Pero ¿le vigila a él o a mí?

Me despierto cuando Carl me trae un café. Ya van dos veces en una semana, todo un récord, al menos en este último par de años. Estoy grogui, como si me acabaran de arrancar de las profundidades de un sueño que no logré conciliar hasta las cuatro o cinco de la madrugada. Se sienta en la cama a mi lado.

—¿Qué tal tu reunión? ¿Va bien el caso de asesinato? —dice.

—Todo bien. Siento haber llegado tan tarde —contesto, tratando de no parecer sorprendida por su interés.

—No te preocupes. Matilda estaba bien y yo trabajé un poco. Busqué más información para una reunión sobre adicciones al sexo e internet este fin de semana: puede ser interesante.

—Claro, sí. De eso van tus sesiones de grupo, ¿no? —Doy otro sorbo al café. Él no es el único que tiene interés.

—Entre otras cosas. En fin, ¿te dije que ya he hablado con mi madre? Cualquier fin de semana de noviembre le va bien. Solo será una noche, pero podemos ir a algún lugar bonito.

—¿Qué has pensado? —pregunto.

—¿Quizá Brighton? ¿Algún sitio en la costa? Echaré un vistazo.

—Genial.

Matilda entra corriendo y otra vez estamos los tres juntos en la cama, un tríptico familiar. La abrazo, Carl se une y, por un momento, está todo ahí, hasta que me entra la tos y se rompe el hechizo. Entonces Carl baja al piso de abajo, Matilda va a su cuarto a vestirse y yo me doy una ducha para quitarme los restos de Patrick. Me enjabono el pelo y me quedo un buen rato aclarándolo bajo el agua caliente, hasta que Carl empieza a aporrear la puerta y me seco rápidamente para que pueda entrar en el cuarto de baño.

Una vez vestida, bajo a preparar otro café. Matilda está sentada en la mesa

de la cocina desayunando un cuenco de cereales. La beso en lo alto de la cabeza y voy al salón. Está ordenado, con los libros en su sitio habitual sobre las estanterías y las revistas que Carl insiste en tener bien apiladitas debajo de la televisión. Sin embargo, me da la sensación de que algo no está bien, hay algo que chirría. Me quedo en el umbral de la puerta, mirando a mi alrededor. Y entonces caigo.

—¿Ha estado fumando alguien aquí? —digo, levantando la voz.

—¿Qué? —Carl sigue en el piso de arriba.

Voy al pie de las escaleras.

—¿Fumó alguien aquí anoche? Porque huele.

—No, no huele. —Baja, envuelto en una toalla.

—Sí que huele. Mira, aquí. En el salón. —Me quedo allí en medio, aspirando el olor. Huele de veras, estoy segura de ello. Es un olor a rancio que me recuerda al piso en el que vivía durante la universidad, donde todos fumaban como chimeneas. El mismo olor a rancio que noté en el piso de Patrick, para ser sincera, a pesar de sus esfuerzos por ventilarlo. Por un instante, pienso en el lujo de poder encenderme un cigarrillo en su piso: llevo casi diez años sin fumarme uno solo en casa. Aunque tampoco echo de menos el tufo. Carl entra en el salón y se pone a oler.

—Que no huele. Te lo estás imaginando.

—Estoy segura. —Ahora ya empiezo a dudarlo.

Carl se me acerca y huele mi chaqueta.

—Eres tú. Tu traje apesta. Es por todo el tiempo que pasas en los calabozos. Y en el pub.

Me acerco la solapa a la nariz e inhalo. Solo me huele a perfume y un poco a fritanga. Pero si él dice que huele... La llevaba puesta anoche cuando fumé. Salgo del salón y vuelvo a la cocina, deteniéndome en la puerta para inspirar.

—También huele un poco aquí —señalo.

—Ya te lo he dicho, es tu traje. Siempre hueles a humo. —Carl se pone detrás de mí y tira de la chaqueta para recalcarlo.

—Mami, no fumes, por favor, es asqueroso y te morirás, nos lo han dicho en el cole. —Matilda se enfurruña y parece estar a punto de llorar. Voy hacia ella y trato de abrazarla pero se aparta de mí—. Hueles a humo, mami, no lo quiero oler.

—Déjala, Alison. —Carl me aparta a un lado y coge a la niña. La abraza y se vuelve para mirarme por encima de su hombro. Está decepcionado—.

Tendrías que pensar más las cosas.

—Y las pienso... —empiezo a contestar.

Me interrumpe.

—Solo me preocupa que Matilda se convierta en una fumadora pasiva.

—A mí no. No creo que mi ropa huela. Es la casa... —No termino la frase.

—Está claro que no es la casa. Aquí no puede fumar nadie. Lleva ese traje a la tintorería y diles a tus clientes que no fumen delante de ti, y punto. Piensa en Matilda.

Me encojo de hombros asintiendo. Puede que tenga razón. Tal vez sea yo. Juraría que es la casa, pero tampoco estoy del todo segura de no oler. El humo de todos los cigarros que me he fumado y que han fumado mis clientes debe de seguirme en un miasma al que me he acostumbrado tanto que ya ni lo noto. Me voy al piso de arriba a prepararme.

Cuando Carl y Matilda suben a que la niña se lave los dientes ya estoy lista para salir. Me asomo al cuarto de baño y digo adiós. Matilda está demasiado ocupada con el cepillo para darse cuenta, pero luego me ve soplándole un besito y me lo devuelve.

Salgo de casa deprisa, mirando a mi alrededor para ver si hay alguien vigilando. Hace un sol radiante y la sensación inquietante que tenía anoche ha desaparecido. Miro por encima del hombro una o dos veces pero la calle se ve tan normal que mis temores se diluyen aún más. Ya en el autobús, afronto lo inevitable y enciendo el móvil. Suena un pitido y empiezan a llegar mensajes. Abro el primero, es de Chloe:

«Madeleine en Londres hoy. Reunión en la oficina a las 12. Vale? C».

Cuando estoy a punto de contestar veo que tengo dos mensajes más. Ambos de un remitente anónimo.

«Sé q sigues haciéndolo, maldita puta».

El segundo es una lista de emoticonos. Un hombre y una mujer cogidos de la mano, una cara cabreada, una mujer amarilla con los brazos cruzados delante del cuerpo y una calavera.

Mis manos siguen temblando por el primer mensaje amenazante, que insinúa que alguien sabe lo que Patrick y yo hacemos y cuándo lo hacemos, pero al ver los emoticonos no puedo evitar reírme. Es como en Scooby Doo, cuando le quitan la máscara al monstruo siniestro. Debo de estar tratando con

un adolescente. Ningún acosador que se precie usaría emoticonos. Siento un cierto alivio y me pongo a mirar el correo electrónico. No hay nada inadecuado, y sí la confirmación de uno de los secretarios de que ha llegado al bufete el informe psiquiátrico de Madeleine. Es hora de pensar en el caso.

Sin embargo, los mensajes me siguen inquietando. Había una calavera. El mero hecho de que sea risible no significa que se trate de una broma. Escribo a Patrick.

«He estado recibiendo mensajes anónimos: creo que alguien sabe lo nuestro».

Me quedo esperando a que conteste con el teléfono en la mano, hasta que el autobús llega a Fleet Street.

Entro en el bufete y aún no ha contestado. Después de saludar a los secretarios, me llevo los nuevos documentos del caso de Madeleine a mi despacho. Vuelvo a comprobar el móvil: nada. Me siento y empiezo a leer. Cuando voy por la mitad del informe psiquiátrico se oye un pitido y veo que es un mensaje de Patrick.

«¿Qué clase de mensajes anónimos?».

Se los reenvío, con un mensaje adicional mío:

«¿Qué opinas?».

Contesta de inmediato.

«Vale, es un poco raro pero trata de no obsesionarte».

Contesto.

«Da la impresión de que sabe lo que está pasando. Y creo que es una mujer. Ha usado un emoticono de mujer».

Responde.

«Intenta no preocuparte. Lo hablamos luego. Entro en el juzgado».

Puede que mi reacción sea desproporcionada. Alguien intenta jugar con mi mente, pero podría ser cualquiera; es posible que no tenga nada que ver con Patrick. Tiene razón, estoy un poco paranoica. Llevo años trabajando con clientes que podrían estar acosándome. Podría ser cualquier cosa. Dejo el teléfono y abro las carpetas que tengo delante, tratando de concentrarme en el trabajo.

Leo los documentos pero las palabras no me calan. No logro concentrarme y mi mente salta de una explicación a otra. Seguro que tiene algo que ver con él. Tal vez esté tirándose a otra y los dos se estén riendo de mí; él le cuenta todo y ella dice: «¡Ay! Sería gracioso que la muy estúpida volviera a casa con

su marido así», luego me manda esos mensajes y Patrick lo sabe... No, no puede ser. Él no me haría algo así, fingir que le importo y ser tan majo conmigo mientras se ríe de mí. Recorro el despacho de arriba abajo tratando de calmarme, pero sé que la idea ya se me ha metido en la cabeza y no se irá. Patrick está en el juzgado pero tengo que preguntárselo, hablar con él.

Vuelvo a coger el móvil e intento llamarle, pero salta directamente el buzón de voz.

—Patrick, tengo que preguntarte algo: ¿te estás acostando con alguien más? Es que no sé qué otra cosa pensar. —Cuelgo. A los pocos segundos me arrepiento, pero es demasiado tarde, ya está hecho. No puedo recuperarlo ni borrarlo. Mi nerviosismo aumenta.

Cuando estoy a punto de volver a marcar su número, Mark me interrumpe llamando a la puerta y asomando la cabeza. Me recompongo y adopto una expresión de normalidad.

—¿Sí?

—Alison, mensaje de Chloe, de Saunders & Co. Para confirmar si sabe que hoy no van a Beaconsfield. La clienta acudirá a sus oficinas —dice, sin dar señales de haber percibido mi arrebato.

—Me mandó un mensaje antes. Se me olvidó contestarle —respondo, fingiendo tranquilidad—. A las doce, ¿verdad?

—Eso ha dicho. —Se marcha y cierra la puerta tras de sí. Me obligo a concentrarme en el caso de Madeleine, mirando los documentos que tengo delante.

La imputabilidad disminuida queda descartada como atenuante, eso resulta claro en el informe psiquiátrico, aunque el especialista describe a Madeleine como una persona extremadamente reservada. Muy comedida. Aparentemente, su infancia fue normal, sin sucesos traumáticos destacables, y su adolescencia y maternidad temprana también. Tuvo un breve episodio de depresión y ansiedad inmediatamente después de nacer su hijo, que se arregló con un breve ciclo de medicación ansiolítica. Compruebo el nombre del medicamento: resulta que es lo mismo que tomé yo durante un tiempo cuando tenía veintitantos años. Recuerdo que dejé de tomarlo por propia decisión y de forma drástica, porque no me fiaba del médico que me lo estaba recetando. A medida que se iba eliminando de mi organismo, atravesé

momentos en los que tenía la sensación de que mi cerebro estaba chisporroteando, con los nervios expuestos al aire sobre una pantalla oscura. Sin embargo, también recuerdo el alivio que sentí al principio, cuando las pastillas empezaron a hacerme efecto. El psiquiatra preguntó a Madeleine si creía que alguna medicación podría ayudarla ahora mismo y ella respondió que no.

A pesar de lo que nos contó en la segunda reunión, no parece que admita tener ningún problema con el alcohol, y eso que el psiquiatra comenta que Madeleine dijo que aquella noche bebió tanto que no recordaba lo ocurrido ni haber apuñalado a Edwin: me pregunto si mantendrá su versión de los hechos cuando le haga más preguntas al respecto.

También ha llegado la declaración de una testigo, una tal Ilma Cooper, empleada de la limpieza y primera testigo en llegar a la escena del crimen. Aporta un poco de chicha a lo que ya ponía en el resumen de la acusación. Al llegar, le sorprendió la actitud de la perra de la familia, una labradoodle de color crema. Según dice en su declaración, normalmente es tranquila pero esa mañana la oyó ladrando al abrir la puerta. Al entrar, notó un mal olor y vio que la perra se había hecho caca en el suelo del recibidor, lo cual era poco habitual. Estaba muy alterada y no quería quedarse quieta para que la acariciara; no paraba de subir y bajar las escaleras, tremendamente nerviosa. Cooper se quitó el abrigo y fue directa al rellano del primer piso, angustiada por el comportamiento de la perra. La puerta del dormitorio principal estaba abierta, y al entrar se encontró la escena del crimen, el cuerpo de Edwin sobre la cama y a Madeleine en el suelo al lado.

Cooper hace hincapié en el fuerte olor a alcohol en torno a Madeleine y en que había una botella de ginebra Hendrick's medio vacía en el suelo junto a ella. A mi cliente no le van las baratijas. En casa bebemos Gordon's, pero me apunto mentalmente que tengo que comprar Hendrick's y probarla con pepino, seguro que es una vía más elegante hacia la inconsciencia. La empleada dice que, al principio, Madeleine no respondía; estaba sentada junto a la cama con las rodillas agarradas contra el pecho. Tras varios intentos de que hablara, la sacudió suavemente por el hombro y logró que centrara su mirada en ella. Cooper le dijo que tenían que llamar a una ambulancia y a la policía, y Madeleine asintió sin pronunciar una sola palabra. Llamó al 999 desde su móvil estando todavía en el dormitorio y, cuando llegó la policía, les abrió la puerta mientras Madeleine seguía arriba en la misma postura. Vio

cómo la policía se la llevaba y afirma que estaba absoluta e inquietantemente tranquila.

Me pregunto cómo reaccionaría yo si acabase de matar a Carl... ¿Entraría en shock? ¿Negaría lo ocurrido? ¿Estaba Madeleine realmente borracha antes? ¿O le mató y luego se puso a beber? Sé que ella no trata de defenderse basándose en el hecho de que estaba borracha y, en cualquier caso, tampoco está claro si cabría esa posibilidad, pero es una situación interesante. Tienen una pelea, él se queda inconsciente, ella le apuñala mientras duerme... Cuesta encontrar una conexión entre esta Madeleine y la que conocí en Beaconsfield. Nerviosa, sí, emocional, desde luego; pero también el paradigma de la compostura, acicalada y elegante. No del tipo de mujer que pierde el control.

Vuelvo a mirar la declaración de Cooper, concretamente el último párrafo, donde describe el aspecto de Madeleine después de bajar con los agentes de policía.

Siempre lleva tonos beis, crema, ese tipo de colores. Así que cuando se levantó y bajó al piso de abajo, se veía mucho. Toda esa sangre. En los extremos de las mangas, como cuando te mojas al lavar los platos, y también en la parte de delante del jersey. Había mucha sangre. Y lo mismo con la perra. A esa perra siempre se le ve la mugre, no tiene un color sufrido. Lavarla es una de mis tareas, cada semana. Cuando entré, no se lo noté porque no paraba de ladrar y de correr de un lado a otro, pero luego lo vi. Tenía el morro manchado de un rojo amarronado, y le subía por la cara. Tuve que lavarla inmediatamente, y me mareé. Creí que iba a vomitar. La tuve que enjabonar tres veces para quitársela toda.

La perra, la sangre, el olor a caca en el recibidor. Me imagino a la perra sentada en la bañera y Cooper frotándola una y otra vez, con el pelo pegado a la piel y el agua corriendo teñida de óxido hasta por fin salir clara. Entrecruzo las manos y siento la sangre bombeando por mis venas, con un ritmo lento y regular. Sacudo la cabeza para despejarme. Demasiada realidad. Me obligo a apartar el horror de mi mente para volver a un análisis frío del caso. No estoy allí para oler el hedor de la muerte; estoy aquí para reducir el desastre a las partes que lo componen, clasificarlo dentro de una subsección de una ley y encontrar una defensa dentro del sistema jurídico vigente.

Suena el teléfono. Son los secretarios, recordándome que tengo que salir

ya. Recojo los documentos y los deajo en un mont3n sobre la estanter3a junto a mi mesa, rogando que la imagen de la perra ensangrentada no se venga conmigo.

Intento llamar a Patrick de camino a su oficina, pero vuelve a saltar directamente el buzón de voz. Dejo otro mensaje: «Lo siento, sé que no ayuda dejarte un mensaje de voz así, pero esto me tiene acojonada y necesito hablar contigo». Al menos, no me ha llegado ningún mensaje más. Chancery Lane está abarrotada de gente que sale a almorzar, con sus bolsas de comida para llevar de Pret and Eat, caminando pegados a sus teléfonos móviles. Encajo perfectamente en su rollo: traje oscuro, zapatos de tacón negros y un propósito para el día.

Al llegar, encuentro a Chloe en recepción, saludándome con la mano. Señala el despacho de Patrick.

—La he llevado allí —dice. Habla en voz baja y tengo que acercarme para oírla—. Creo que está bastante nerviosa. —Hace una pausa—. Supongo que cualquiera lo estaría. —Chloe no es una persona a la que parezcan afectarle los nervios.

—Gracias —contesto—. Voy a entrar.

Madeleine está impecable, con la melena suelta y perfectamente ondulada, un poco por debajo de los hombros. Esta vez lleva una chaqueta que no es de punto, aunque sí de color crema, con un tejido beis entreverado. Tweed o algo así. Los puños le llegan hasta el comienzo de las manos y trato de no quedarme mirando ni imaginarlas cubiertas de sangre.

Está sentada en una de las sillas para los clientes delante del escritorio de Patrick. Paso junto a ella y me siento al otro lado. La iluminación es tenue, con las persianas medio cerradas, como es habitual. Nunca he visto este lugar plenamente iluminado, independientemente de la hora del día. Me siento y saco los documentos, encendiendo la lámpara de la mesa. La luz es amarilla y poco eficaz.

—¿Cree que podríamos comer algo? —dice—. De repente me ha entrado

mucha hambre. No quiero retrasarles, pero ¿podríamos hablar mientras comemos?

No es lo que esperaba. Mi primer instinto es decir que no, pero al mirarla detenidamente veo que está muy incómoda, sentada en el borde de la silla, con las piernas cruzadas en tensión y rascándose las manos. Recuerdo que el objetivo de este ejercicio es hablar con ella a solas, hacer que se relaje un poco más conmigo y me dé la información que necesito para defenderla adecuadamente.

—No veo inconveniente, si encontramos algún lugar suficientemente tranquilo —respondo—. Hay una vinoteca aquí cerca que no creo que esté demasiado llena.

Salimos del despacho de Patrick. Me asomo al de Chloe.

—Vamos a salir a comer algo.

Al ver que arquea una ceja, me acerco a su mesa y, bajando la voz, añado:

—Tienes razón, está muy nerviosa. Puede que se tranquilice con algo de comer y un ambiente menos formal.

Chloe asiente.

—Es posible. —Vuelve con los documentos que estaba leyendo—. En fin, me alegro de verte.

Vamos a Jasper's, una vinoteca situada en un sótano no muy lejos, en High Holborn. Tal y como esperaba, no está demasiado llena. Pregunto si nos pueden dar una mesa en el rincón y nos sientan allí, Madeleine en el banco corrido y yo de espaldas a la sala.

—¿Quieren un poco de agua para la mesa? ¿Con o sin gas? —dice el camarero.

—¿Con gas? —dice Madeleine, mirándome para ver si estoy de acuerdo. Asiento.

—¿Y tomarán vino?

Abro la boca para decir que no, que está bien con agua, pero Madeleine vuelve a adelantarse.

—A mí me apetece una copa. ¿Qué le parece? —Me mira. No debería, estoy trabajando, pero, por otro lado, el objetivo del ejercicio es hacer que se sienta más relajada.

—Una cortita —digo.

Se vuelve al camarero.

—Dos copas cortitas de *sauvignon blanc*, por favor.

Aparto el tenedor y el cuchillo que tengo delante y los sustituyo por uno de mis cuadernos azules. Destapo el bolígrafo y escribo: «Reunión Madeleine Smith, miércoles 31 de octubre», subrayando las palabras. Cuando abro la boca para formular la primera pregunta, aparece el camarero con el vino y lo deja torpemente haciendo que se derrame un poco por el lateral de mi copa y caiga sobre el papel, corriendo la tinta. Le doy unos golpecitos con la servilleta para secarlo, molesta por que se haya fastidiado la hoja.

—Salud. —Madeleine levanta su copa hacia mí. Hago una mueca y, tras un segundo, alzo la mía y brindo. Todo esto me resulta un poco inadecuado.

—Salud.

Da un trago largo y suspira, sonriendo. Mira a su alrededor.

—Gracias por acceder a salir en vez de quedarnos en la oficina. Es mucho más agradable. Casi como ser normal otra vez. No he salido desde que ocurrió todo...

Me impresiona pensar que ese «desde que ocurrió todo» se refiera a la escena sangrienta sobre la que acabo de leer. Miro atentamente a Madeleine, buscando algún indicio de emoción, pero está leyendo detenidamente la carta. Cualquiera que nos mire pensaría que somos un par de amigas que han quedado para comer, no una presunta asesina y su abogada.

—Debe de ser muy difícil —le digo con un tono lo más neutral posible, intentando no pensar en lo extraño de la situación.

—Sí que lo es, mucho. —Da otro sorbo a su vino—. A ver, ¿qué vamos a comer?

Miro la carta. Me da igual lo que comamos, quiero empezar ya con la conversación.

—Tenemos bastante que discutir —apunto, intentando darle pie.

Parece tan fascinada con la carta que ni siquiera levanta la vista. Vuelvo a mirar los platos. Bistec. Tomaré un bistec. Mi mente se trastabilla por un momento, preguntándome quién paga esta comida, pero entonces doy otro trago al vino y me doy cuenta de que no me importa.

—¿Qué va a tomar? —pregunta Madeleine.

—Bistec, creo. Es fácil —contesto.

—Yo también. Buena idea. Deberíamos pedir un poco de vino tinto. —
Vuelve a estudiar la carta.

Paso a una nueva hoja en mi cuaderno, una sin manchas de vino, y vuelvo a escribir el título en la línea superior.

—Madeleine, sabe que hemos venido a hablar sobre el caso y cómo se va a declarar en la vista de la semana que viene.

Asiente sin apartar los ojos de la carta y hace un gesto al camarero.

—Una botella de Châteauneuf-du-Pape —le dice, señalando la lista de tintos en su carta.

El camarero lo anota con un gesto de admiración. Vuelvo a preguntarme quién paga esta comida y reprimo el pensamiento con un buen trago de *sauvignon*. Me produce un estallido de valor: esta es mi reunión y no puedo permitir que Madeleine la dirija. Las riendas las llevo yo.

—Madeleine, debo hacerle unas cuantas preguntas. Tenemos que comprender la relación entre su marido y usted —señalo.

La expresión de alegría se esfuma de su rostro y se lleva las manos a la boca, sonrojándose.

—Lo siento, pero tenemos que hacerlo, de verdad. Según nos ha dicho, lo último que recuerda de aquel domingo por la noche es que él le dijo que quería dejarla. ¿Es eso correcto?

Está a punto de contestar cuando de pronto aparece el camarero con el tinto que ha pedido. Hace todo el despliegue de mostrar, explicar, servir, y Madeleine, recuperando la calma, coge la copa nueva, la acuna, prueba el vino y asiente para expresar su aprobación. Entonces el camarero me sirve y termina de llenar la de ella. Cuando voy a decir que no beberé más, aparece otro camarero con un cuaderno para tomar nota de la comida.

—Las dos tomaremos bistec, por favor —dice Madeleine—. Poco hecho. Y una ensalada verde. ¿Te parece bien, Alison?

Sonrío y asiento. Menuda reunión: por mucho que lo intente, Madeleine no suelta las riendas. Hace un gesto hacia el vino tinto como preguntándome qué me parece y yo, derrotada, lo pruebo. Está delicioso, mucho mejor que el *sauvignon* que acabamos de beber. Más suave, menos ácido en la garganta. Los taninos son reconfortantes y, aunque me irrita que no estemos hablando del caso, la veo tan delgada y nerviosa que me cuesta no sentir lástima por ella. La chaqueta que lleva es de diseño claramente, pero le queda grande y le cuelga sobre los hombros. Cuando nos saludamos hace un rato llevaba un pañuelo al cuello, pero se le ha aflojado dejando ver lo tenso que está este. Mi cara parece el doble de grande que la suya, es como una luna que rebosa en el

espejo que tiene detrás.

—Ojalá no debiéramos hablar de ello, Alison —dice—. Ojalá pudiéramos disfrutar de la comida sin más.

—Lo sé, pero si quiere que la asesore adecuadamente sobre cómo proceder con el caso necesito que me dé información. Se enfrenta a cadena perpetua por asesinato, Madeleine —digo, inclinándome sobre la mesa hacia ella—. Tal vez podamos hacer algo para reducir la condena a un delito menor. Pero me tiene que contar qué pasó.

Se cubre la cara con las manos por un instante, entonces las separa y levanta la barbilla. Justo cuando está a punto de decir algo llega el camarero con los bistecs. Los coloca sobre la mesa, se va y vuelve con la ensalada y dos cuchillos afilados. Corto mi bistec y observo cómo se va haciendo un charco de sangre en el plato. No es que venga poco hecho: está casi crudo, la carne roja oscura brilla bajo las luces, y la grasa estalla en amarillos bajo la superficie marrón churruscada. Doy un bocado y mastico, trago. Madeleine ni siquiera ha mirado su plato. Se ha acabado la copa de vino y ahora la está rellenando. Voy a decir algo, cualquier cosa, para darle pie a que hable otra vez, pero es ella quien arranca.

—No sé cuándo empezó a torcerse todo. Bueno, sé lo que piensa, el asunto de la píldora. Vi su cara mientras lo contaba.

—Lo siento, no quería... —contesto.

—Claro que no. Pero, como dije entonces, tendrían que haber estado allí para entenderlo. A Edwin siempre se le dio muy bien saber qué era lo que había que hacer. Al menos, al principio... —explica. No me está mirando a los ojos, sino por encima de mi hombro. Yo sigo cortando, masticando, tragando. Intento no hacer nada que altere su tranquilidad.

—Es cierto que se pasaba. Tomaba todas las decisiones por los dos. Por mí. Y a mí no me importaba. Era un alivio tener a alguien que se ocupara. Le quería mucho, solo quería que fuese feliz. Y no siempre se me daba bien hacerle feliz. La cagaba mucho. —Hace una pausa, vuelve a beber.

—¿En qué sentido?

—No cocinaba bien, tampoco cuidaba de sus clientes adecuadamente. No me arreglaba todo lo que debía. Supongo que era demasiado joven para comprender lo que hacía falta, que aquello era un trabajo para mí, no solo para él. Yo era una prolongación suya y tenía que hacerlo mejor, de lo contrario le defraudaba.

—¿Qué pasaba cuando le defraudaba? —pregunto.

—Que se enfadaba muchísimo... Pero, insisto, la culpa era mía. Le provocaba demasiado, preparando la comida equivocada, vistiendo ropa inapropiada... No me sorprende que se enfadara tanto. Yo también me habría enfadado de haber estado en su lugar —dice.

—Madeleine, cuando se enfadaba... ¿Qué hacía? —Mantengo la voz serena, suave.

Levanta la mano izquierda, enseñándome la palma. La miro unos segundos y entonces me doy cuenta de lo que me está mostrando. Tiene el dedo meñique doblado como una garra.

—No lo puedo estirar más. Desde... —Su voz se apaga.

—¿Desde cuándo? —digo, suavemente.

—Desde que se me quemó una carne. Organizamos una cena para uno de sus principales clientes y su esposa. Me advirtió de que eran muy peculiares, que estaban acostumbrados a comer en los mejores sitios... Yo le propuse que contratáramos un catering, pero Edwin quería que tuvieran una auténtica experiencia hogareña inglesa...

—¿Y?

—La cagué. Bebí demasiado. —Mira su copa y se ríe. Da un trago largo—. La carne se quemó, y yo me mareé un poco. Pedimos comida a domicilio y yo pensé que todo se había solucionado, que hasta le habían visto la gracia. Pero cuando se marcharon... Aquella noche había bebido tanto que tampoco me dolió mucho. Eso sí, al día siguiente...

—¿Qué le hizo, Madeleine? —pregunto.

Hace una pausa y respira hondo.

—Cogió mi mano y me dobló el dedo hacia atrás hasta que se partió.

Tengo las manos agarradas, el bistec olvidado.

—¿Fue al hospital? —Me cuesta mantener la voz templada.

—No, no me dejó. Creo que se rompió por más de un sitio, por eso está tan torcido ahora. Intenté volver a enderezarlo pero no lo conseguí. ¿Entiende ahora por qué no me gusta hablar de ello? —dice.

—Sí, lo entiendo. Mire, he leído el informe del psiquiatra, pero no menciona nada de esto. Describe su relación como algo normal y típico.

—No me hizo este tipo de preguntas. Y yo tampoco quise sacar el tema sin más —contesta.

—Entiendo lo difícil que es esto para usted, pero vamos a necesitar saberlo

todo, Madeleine. Todo... Tendrá que volver a hablar con el psiquiatra, darle los detalles completos.

—Con él no. No me gustó —responde Madeleine.

—Vale. Pues buscaremos otro. Pero tiene que hablar con ellos, le gusten o no. Es demasiado importante. Podría significar que pasáramos de asesinato a homicidio. Y eso supondría una gran diferencia en el resultado final.

De pronto algo cambia en el ambiente, la resistencia que notaba antes se va desvaneciendo hasta desaparecer. Madeleine suspira como si hubiera estado esperando que esto sucediera, como si le hubiese quitado un peso de encima. Yo también siento alivio, una sensación de confirmación de que, por poco ortodoxo que pareciera venir a este restaurante y tomarme una copa con ella, ha funcionado. He dado con la clave que va a resolver el caso.

—¿Tenemos tiempo? —pregunta.

—Lo tenemos. No se preocupe por eso. Claro que lo tenemos. Vamos a comer; luego me cuenta todo. Yo tomo nota y vemos en qué punto nos encontramos.

—De acuerdo. Tampoco es que pretendiera confundirlos hasta ahora, pero no les he contado toda la verdad. Intentaré no ser tan difícil. —Se ríe, otra vez sin humor, y empieza a comer, cortando la carne con precisión.

Nos acabamos la botella de vino pero no pedimos otra, sino que nos pasamos al café para el resto de la tarde. Concluida la reunión, tengo varias páginas del cuaderno llenas de apuntes, y sé perfectamente cuál es el siguiente paso. Cuando llega la cuenta, pago sin dudarlo: hemos conseguido el avance que necesitaba. Acompaño a Madeleine a la estación de metro de Holborn y me voy caminando por Kingsway, con la mente dándole vueltas a todo lo que me ha contado.

Hacia las cinco de la tarde, Patrick me devuelve la llamada.

—¿De qué iba ese mensaje?

—Perdona, te dejé otro disculpándome —contesto.

—Lo sé, pero no entiendo de qué va todo esto.

—Simplemente estoy intentando averiguar a qué vienen esos mensajes. Podrían referirse a nosotros.

—Podría ser cualquier cosa, un antiguo cliente, alguien relacionado con tu marido. No puedes dar por hecho que tenga que ver conmigo.

—Pero puede que sí. Siempre me llegan después de estar contigo —digo.

—Tal vez solo sea una coincidencia. Intenta tranquilizarte.

—¿Qué crees que debería hacer?

—Es que no hay mucho que puedas hacer. Espera a ver si pasa algo más. No te han amenazado directamente. Si lo hacen, ponlo en manos de la policía.

Tiene razón. Cuando estoy a punto de decirlo, empieza a hablar de nuevo.

—Y en serio, no es asunto tuyo si me estoy tirando a otra persona: eres tú la que está casada, no yo. Tampoco creo que tenga que recordártelo.

—Cierto. Sí, sí, claro. —No puedo discutirsele—. Lo siento. Fue una estupidez. Es que estoy un poco asustada.

—Vale. ¿Ha sido productiva la reunión con Madeleine? Chloe dice que habéis ido a Jasper's. Espero que no bebierais.

Está de broma. Espero. ¿Vamos a discutir por esto? Siento un palpito sordo detrás del ojo derecho, un recordatorio del vino que nos hemos bebido.

—Estaba perfectamente sobria, gracias —contesto, intentando poner un tono digno—. Aunque hayamos decidido celebrarla en una vinoteca ha sido una reunión propiamente dicha y me ha dado mucha información.

—Esperemos que no estuvieras demasiado borracha como para olvidarte de la mitad —dice Patrick.

Es como si estuviese hablando con Carl. Respiro hondo. Otra vez.

—Voy a pasarte los apuntes a ordenador. Ya verás. —Cuelgo.

Una vez que he terminado de copiar mis notas y mi conclusión, se las envío por correo. Incluyo un plan de actuación, una lista de los testigos que debe buscar y las pruebas que vamos a necesitar. Mantengo el tono profesional, formal, tratándole como a cualquier otro procurador. Es un buen trabajo, resume la declaración de Madeleine y el análisis legal necesario para apoyar mis argumentos. Una vez enviado, cierro la sesión y apago mi ordenador. Es hora de irme a casa.

Ya ha anochecido cuando atravieso Fountain Court con mi maletín de ruedas. Las farolas están encendidas y hay una pizca de neblina en el aire. Tiene ese toque dickensiano que hace que los turistas queden fascinados con Temple. Paso junto a un grupo de ellos acompañado de una guía que les está explicando la historia de los edificios. Desearía pararme y unirme a ellos, hacer como si no supiera nada de la realidad que se oculta tras esos muros. Quisiera que fuesen tan románticos como aparentan, creer que su interior

encaja con la fachada, que albergan chimeneas y lámparas de araña con una iluminación tenue, no archivadores y pladur mal puesto. Probablemente también nos miren a los abogados con romanticismo, con nuestra toga larga y nuestra peluca de pelo de caballo, luchando por causas de justicia y honradez. A veces yo misma también pienso así, a pesar de la realidad, de la monotonía de recorrer el sureste de la ciudad de un tribunal de primera instancia a otro, de la gloria momentánea de una victoria en el Tribunal de Apelación, que se esfuma rápidamente por la frustración de ser la última en la cola un viernes en Wood Green. Aun así, no hay nada como la emoción de saber que el jurado está de tu lado, convencido por los argumentos que les presentas.

Atravieso Devereux Court y paso por delante del Freeman's Arms, con todos esos ineptos de nariz roja contando batallitas sobre cómo consiguieron la libertad para fulanito gracias a su brillante ejercicio del derecho. Los veo a través de las ventanas, rodeados de becarios que no paran de asentir. Yo también era así, hace tiempo, siempre dispuesta a tragarme cualquier tontería para destacar, para llamar la atención y tal vez conseguir algo de trabajo para congraciarme con los procuradores, o para que los secretarios me hicieran llegar más expedientes. De lunes a viernes bebiendo, asintiendo, sonriendo y riéndome en todos los momentos y lugares adecuados.

Robert, mi compañero del bufete, está fumando un cigarrillo en la puerta del Cairn's. Me paro a su lado y le doy una calada, pero entonces recuerdo la discusión que hemos tenido en casa esta mañana, las súplicas sentidas de Matilda para que no fume. Maldita sea. Me despido y voy hacia la tienda que hay frente a los Reales Tribunales de Justicia. Sigue abierta y compro caramelos de menta y agua, me enjuago la boca y me los como a puñados. No quiero más discusiones esta noche.

—¡Alison! ¡Alison! —Alguien me llama. Sigo andando. El volumen de los gritos aumenta y de repente le tengo delante de mí—. Te he visto pasar: estaba en el Cairn's. Necesito hablar contigo.

—Debo irme a casa, Patrick.

—¿Te encuentras bien? —Está muy cerca de mí.

—Muy bien.

—Lo siento: no quería insinuar que no hagas bien tu trabajo.

—Bebimos vino —digo—. Pero no nos emborrachamos.

—Claro que no. Al fin y al cabo, fui yo quien sugirió que intentáramos que Madeleine se abriera un poco. Oye, ¿quieres que te acompañe a la policía

para lo de los mensajes? Entiendo que estés asustada.

Puedo imaginar la reacción de la policía. Ya ni siquiera investigan los allanamientos. ¿Qué demonios iban a hacer con cinco emoticonos enviados por un número anónimo? No tengo nada lo suficientemente concreto.

—No creo que valga la pena. Por ahora. Pero no me gusta —contesto.

—Por supuesto. Pero mira, en serio, no puedes cabrearte por el hecho de que vea a otras personas. Es injusto. No podemos funcionar así —dice, con gesto sincero.

—No era mi intención. Pero cuesta.

—Lo sé. Pero cuando tú estás con tu familia, a mí también me cuesta. Tampoco puedes decirme que no debería estar con otra gente. Sé justa.

Suspiro. No puedo discutirlo.

—Pero, por favor, no delante de mis narices. Como aquella noche en el Cairn's.

—Vale, tienes razón. Delante de tus narices, no —dice—. Descuida.

—¿Y qué pasa si recibo otro mensaje?

—Bórralo y olvídate de ello, si no quieres ir a la policía. Mientras sigan así no creo que haya nada de qué preocuparse. —Su voz es reconfortante y me gustaría abandonarme a ella. Pero algo me retiene, como una sombra sobre mi hombro.

—Pero ¿qué pasa si...?

—Déjate de «qué pasa si» y de especulaciones. Ya tenemos bastantes preocupaciones como para añadir más —replica—. Bueno, ¿tomamos una copa o qué? Si te apetece cenar, tengo algo de comida en casa.

Estira su mano hacia la mía y estoy a punto de cogerla cuando mi teléfono pita.

«He reservado hotel en Brighton. ¡Playa en invierno! La última vez nos gustó, así que he pensado que podría estar bien. Te veo en un rato: hay pollo en el horno. Bss. Hola de Matilda».

Carl. Con una foto, un *selfie* de los dos sonriéndome, con las cabezas juntas frente a la cámara. Apago la pantalla rápidamente, no quiero que Patrick los vea.

—Tengo que irme a casa —digo—. Se lo prometí. Me van a preparar la cena.

Su expresión se ensombrece.

—Qué bonito. Tiempo en familia. Venga, no te retengo más.

—Patrick, me tengo que ir. ¿Qué vas a hacer tú? —No quería preguntar, pero las palabras se me escapan.

—Voy a entrar a tomarme una copa.

—Puedo tomarme una, si quieres —me ofrezco.

—No soy una causa benéfica. Vete a casa. —Da media vuelta y se aleja por Essex Street.

Estoy a punto de llamarle, pero me contengo. Doy la espalda a Essex Street y cruzo el paso de cebrá delante de los Reales Tribunales de Justicia. Me siento a esperar el autobús, y parte de mí se pregunta si aparecerá otra vez en medio de la oscuridad, pero el número cuatro llega casi inmediatamente, y me subo.

Escribo a Carl.

«En el autobús. Bss».

Ningún mensaje de Patrick. Ni de nadie más. Es hora de ir a casa.

Carl y Matilda vienen a besarme en cuanto abro la puerta. El olor a pollo asado perfuma el aire. Carl me prepara un gin-tonic mientras Matilda me cuenta su día y que su mejor amiga ha sido mala con ella, pero: «Le he dicho que no me parecía bien y ha parado, mami». Se sube a mis rodillas y le leo un cuento sobre un niño que se convirtió en gato por un día. Carl se sienta a nuestro lado y escucha, con media sonrisa. Me acaricia el brazo y se inclina a besarme otra vez en la mejilla.

—Qué bien que estés en casa, Alison.

—Tampoco he estado tanto tiempo fuera —digo, riendo.

—Lo sé. Pero qué bien que estés aquí. ¿Verdad, Tilly? ¡Nos gusta cuando mami está en casa! —Coge a Matilda de mis rodillas y la pone sobre las suyas. Contengo el impulso de agarrarla con fuerza. Al final, me inclino hacia él y volvemos a formar el tríptico de esta mañana.

Cenamos juntos en la mesa de la cocina; la carne está tierna. Nos quedamos hablando con Matilda mientras se baña, la metemos en la cama, le cantamos nanas y la cogemos de la mano hasta que cierra los ojos. Volvemos al piso de abajo y Carl sirve dos copas de vino de la botella que abrió en la cocina para cenar. Nos sentamos en el sofá del salón.

—¿Así que has pensado en Brighton? —digo.

—Sí. Está cerca, y hay muchas cosas que hacer. Además, en invierno

tendrás toda la playa para ti. —Abre el portátil que tiene a su lado en el sofá y pasa varias ventanas hasta que encuentra la que busca. Me lo acerca—. Este es el hotel que había pensado.

Tiene buena pinta: habitación con vistas al mar, sábanas blancas y albornoces. Muevo el cursor hacia el menú para ver dónde está exactamente, pero al hacerlo Carl me quita el ordenador y cierra la pantalla.

—¿Por qué haces eso?

—Puede que esté planeando otra sorpresa —responde, y se inclina para besarme, cogiendo mi cara entre sus manos. Su lengua se mete en mi boca. Por un instante inexplicable, me entran ganas de morderla, escupirla y apartarle de mí. Es como si fuera un desconocido. Pero entonces me inunda su olor, la sensación de Carl, y el impulso se esfuma dando paso a otro muy distinto.

—¿Y Matilda? —digo finalmente.

No contesta, se estira sobre mí para cerrar la puerta. Vuelve a besarme cogiéndome la cara y sus manos empiezan a deslizarse hacia abajo.

Matilda no se despierta. Y esa noche todos dormimos de maravilla.

Durante la semana siguiente, la comunicación con Patrick es sucinta y va al grano. Está buscando a los testigos, tomándoles declaración y calibrando el valor de su testimonio. Madeleine tiene una cita para ver a otra psiquiatra dentro de una semana, solo un par de días antes de la vista previa. La conozco profesionalmente. Es buena. Rápida. El informe llegará a tiempo. Además, ya casi tengo suficiente para la argumentación de la defensa. A menos que se vengán abajo mis planes, cuando se presente ante el juez en el Old Bailey, Madeleine se declarará no culpable de asesinato y empezaremos a argumentar nuestro caso para que se declare culpable de homicidio con atenuante de arrebató u obcecación. Si la acusación acepta, el juez tendría absoluta discreción para dictar sentencia. Dicho de otro modo, no le caería cadena perpetua. Tampoco es una maravilla, pero sí lo mejor que puedo hacer.

Y con eso bajo control, puedo concentrarme en mis otros pleitos, hacer los malabares de costumbre entre desplazamientos, instrucciones de última hora, documentos extraviados y sistemas informáticos averiados en los juzgados. En un caso de robo, el cliente se declara culpable en última instancia y le caen cuatro años: no es mal resultado, la verdad. Al día siguiente tengo la vista previa de un juicio por violación que se presenta muy difícil y en el que estoy en la acusación, uno de esos procesos horribles en los que hay versiones encontradas, con grabaciones del circuito de seguridad que los siguieron hasta la puerta del hotel. Lástima que no los grabaran a través de la cerradura. Ya es bastante difícil conseguir una condena por violación, como para que además haya imágenes de la mujer morreándose con el acusado en varios portales por Borough Market y en Premier Inn, cerca del Puente de la Torre: sé que al jurado no le va a gustar que las aguas se enturbien tanto.

Odio este tipo de casos. Por la declaración de la víctima, está claro que lo que empezó como un poco de diversión embriagada acabó siendo algo

verdaderamente aterrador, y el trauma es evidente incluso a pesar de la formalidad del atestado. El acusado se pasó toda la vista con una sonrisa de suficiencia que me hizo desear darle un puñetazo, y una actitud como si tuviera derecho a algo que me hace estar segura de que sabía lo que quería y fue a por ello, sin importarle que «no» signifique «no». Espero que el informe médico de las lesiones ayude a convencer al jurado de que lo ocurrido no fue consensuado. Por muy duras que hayan sido las relaciones sexuales que he mantenido, nunca he acabado con puntos de sutura. A juzgar por la argumentación de la defensa, el acusado afirmará que ambos estaban tan borrachos que no se dieron cuenta de que ella se había hecho daño. Yo tengo la intención de alegar que, si el jurado no acepta que la víctima dijo claramente que no y creen que ahora se arrepiente y está mintiendo para encubrirlo, entonces debería aceptar que si estaba demasiado borracha para notar un desgarramiento anal severo, también lo estaba para consentir la relación sexual. De un modo u otro, quiero mandar al muy cabrón a la cárcel.

El fin de semana se me pasa volando. Carl está fuera por una conferencia, no la de adicciones sexuales de la que me habló, sino otra centrada específicamente en la adicción a la pornografía por internet. Se abrió una plaza en el último momento. Hago fotos a Matilda jugando en los columpios y tomando chocolate caliente en un quiosco del parque, y se las mando, una dosis de inocencia para vacunarle contra los horrores que estará escuchando. Su madre llama y charlamos sobre lo que tendrá que hacer con Matilda cuando se quede con ella el fin de semana que viene.

—Me aseguraré de que la nevera esté llena. Te dejaré las comidas planeadas, para que no tengas que pensarlo —digo.

—No hace falta, seguro que puedo cocinar para las dos. ¿Quieres que la lleve a alguna actividad? ¿Tiene algo los fines de semana? Me cuesta mantenerme al día con toda vuestra organización —contesta.

—Por un fin de semana, puede saltárselas. Tampoco hay que complicarse la vida. —A Carl no le va a gustar, pero tampoco me parece bien obligar a su madre a llevar a Matilda a natación.

—Gracias, creo que será más fácil.

—Claro. A mí también me da pereza llevarla a la piscina —contesto riéndome.

—Sí. Ya me lo comentó Carl. —Lo dice sin reírse, así que me apresuro a colgar. Será mejor que Carl hable con ella y se asegure de que le parecen bien

todos los planes.

El lunes se hace martes sin darme cuenta y la semana vuela con un juicio de cinco días por un robo con varios autores en el Tribunal de la Corona en Harrow. Patrick me manda más novedades. Soy cautelosamente optimista con nuestras perspectivas en el caso de Madeleine: estamos recabando más información de la que esperaba.

Llegado el viernes, el jurado emite el veredicto con tal rapidez que, entre comunicar la condena (seis años, dura pero justa) y mi posterior conversación con el cliente, a las tres ya estoy fuera. Robert y Sankar me han mandado un mensaje proponiéndome tomar una copa, pero declino encantada. Me voy a casa. Quiero pasar el viernes con Matilda.

Entre la pizza y una película sobre un panda con habilidades fantásticas para las artes marciales se queda feliz y, la verdad, yo también. He superado una semana entera sin hablar con Patrick de otra cosa que no sea el trabajo. Cuando me ducho ya no tengo que esmerarme en quitarme los restos de otro hombre y tampoco me distraigo de la familia pensando en él. He recuperado mi integridad. Y esa no es la única recompensa. Mi teléfono lleva toda la semana tranquilo, sin amenazas ni acusaciones anónimas. Diga lo que diga Patrick, sé que es alguien relacionado con él. Y ha conseguido su objetivo, aunque sea de forma indirecta. Me he mantenido alejada, sin problemas. Esta semana.

Una vez acostada Matilda, hago la maleta para Brighton. Carl ha salido a una sesión de urgencia con un paciente que le ha llamado bastante mal, y están reunidos en la sala que tiene alquilada en la clínica de terapias alternativas en Tufnell Park. Pobre, sigue teniendo sus certificados profesionales colgados en la pared de casa: el día que pueda ponerlos en el trabajo, sabiendo que no comparte el espacio con otros terapeutas, entonces sabrá que lo ha conseguido. Yo le entiendo. Para mí fue todo un logro tener mi propio despacho en el bufete, y también que pusieran mi nombre en el panel de la entrada como empleada permanente; aún recuerdo la emoción que sentí al verlo por primera vez.

Miro los vestidos colgados en mi armario y saco uno cruzado que siempre me ha gustado. A Carl nunca le ha fascinado, al parecer por el largo, pero yo creo que me queda bien. Lo doblo y lo meto en la maleta que he puesto sobre la cama. En ese momento vuelvo a pensar en la emoción que sentí cuando me hicieron fija. Yo tengo eso, Carl no. Tiene que lidiar con el despido y con ser

un padre que se queda en casa mientras yo he avanzado en mi carrera. Puede que su cartera de pacientes esté creciendo, y veo que las sesiones de grupo son un gran logro como práctica terapéutica, pero todavía tiene que compartir espacio con un aromaterapeuta y un curador de reiki. Sus logros profesionales solo están expuestos en la pared de nuestra cocina.

Saco el vestido cruzado de la maleta y lo cuelgo otra vez en el armario. Entonces cojo el vestido que me regaló hace un par de Navidades, cuando nos estuvimos gritando durante horas después de cenar.

—¿Cuándo quieres que me ponga algo así? —dije yo—. No me conoces para nada. —Entre el color rojo y lo corto que era, me pareció un insulto a mi cuerpo de madre, magnificando cada uno de mis defectos con su despiadado bermellón.

—Te quedará bien. Tienes que probar algo nuevo —replicó, asombrado de mi rabia.

—No me digas lo que tengo que hacer —contesté yo gritando. Luego me pasé el resto de la noche llorando.

Toco el tejido y me acerco el vestido al cuerpo. Las etiquetas siguen puestas, está igual que cuando lo desarrollé. No está tan mal como recordaba. Es el tipo de vestido que a Patrick podría gustarle verme puesto. Pero esto no debería girar en torno a Patrick. Estoy pensando en Carl. Este es el tipo de detalle que me encantaría que tuviera conmigo, para demostrar su agradecimiento por algo que he hecho o que le he regalado. Me desvisto y me pongo el vestido, haciendo muecas por lo ajustado que es. Desde luego, no es tan feo como creía, está bien cortado para resaltar las partes adecuadas y disfrazar las no tan adecuadas con un brillo de seda roja. Hago un bailecito ante el espejo: está bien. Me lo quito, lo meto en la maleta, y me pongo el pijama.

Ya casi son las diez y escribo a Carl para ver si volverá pronto.

«No tardo. Lo siento. Situación un poco urgente. No me esperes despierta. Bss», contesta.

Respondo. «Vale. Buenas noches. Bss». Mientras haya terminado para mañana, es lo único que me importa. Me pongo a leer un rato, un *thriller* sobre un matrimonio tóxico en el que todo se está desmoronando, y sonrío. No somos nosotros, ya no. Nosotros vamos a pasar el fin de semana fuera. Me quedo dormida sonriendo y el libro se acaba cayendo al suelo.

—Preferiría ir en coche —dice Carl al día siguiente en la cama.

—¿Por qué? El tren es mucho más rápido. —Si vamos por carretera nos encontraremos atasco y no me apetece.

—Lo prefiero. Así tengo más tiempo de calidad contigo. —Se acerca y me besa.

—No me parece que estar en un atasco sea tiempo de calidad precisamente. Es un rollo.

—Quizá no haya tráfico. Podemos coger atajos —replica.

—Bueno. —No quiero discutir, este fin de semana es para hacer un esfuerzo.

—Todo irá bien. Tampoco estoy demasiado cansado para conducir —añade.

—¿A qué hora llegaste al final?

—Pasada la una. Estaba muy mal. Ya sabes, una de esas situaciones que rozan el suicidio. No podía dejarle solo. —Carl parece preocupado.

La verdad es que no sé lo que es, y me alegro. Pero suena horrible y se lo digo.

—Es horrible, Alison. Sí que lo es. No creo que me llegue a acostumbrar nunca —responde.

—Espero que no tengas que hacerlo. Al menos has podido ayudarlo.

—Si es que le he ayudado. Nunca se sabe. Estoy muy preocupado por él.

—Has hecho todo lo que has podido y estoy segura de que lo has hecho de maravilla. Recuerda, tú también necesitas descansar —señalo, cada vez más mosqueada ante la posibilidad de que se nos fastidie el fin de semana.

Suspira.

—Tiene mi número. Y cuando acabamos la sesión estaba un poco mejor.

—Bien. Seguro que estará bien.

En vez de contestar, rueda sobre la cama y me abraza. Nos quedamos así un momento, hasta que recuerdo la inminente llegada de su madre. Nos levantamos y nos duchamos, damos de desayunar a Matilda. No discuto más sobre coger el coche. Cuando llega su madre le doy un beso y voy al salón para dejar la sesión informativa en manos de Carl. No es que nos llevemos mal, pero creo que es mejor que ese tipo de cosas las diga él. Me siento en el sofá a esperar hasta que entran. Matilda aparece corriendo detrás de ellos y salta a las rodillas de su abuela.

—Cuidado, querida. No seas bruta. —Sonríe, pero la sonrisa no se refleja en sus ojos.

—Perdona, abuela. —Matilda se baja y corre hacia Carl, que la levanta, la hace girar y la sienta a su lado.

—Bueno, Matilda, vas a ser muy buena con la abuela. Te vas a comer todo lo que te prepare y te vas a ir a la cama cuando ella lo indique, ¿verdad? —dice.

La niña asiente mordiéndose el labio. Y entonces se le escapa.

—¿Cuánto tiempo os vais?

—Ya te lo hemos dicho, solo una noche —contesta Carl con tono tranquilizador.

—¿Podré hablar con vosotros? —pregunta la niña.

—Si quieres, claro. Puedes llamarnos cuando quieras. Solo tienes que pedírselo a la abuela.

Nos vamos poco después. Mejor no prolongarlo. La madre de Carl se está poniendo cada vez más tensa, ordenando los cojines del sofá y tirando de las cortinas para que queden perfectamente alineadas. Cuando salimos del salón, la veo recolocando los adornos sobre la repisa de la chimenea por orden de tamaño, de mayor a menor. Matilda nos acompaña hasta la puerta para abrazarnos. Intento no fijarme en la duración del abrazo pero, o son imaginaciones mías, o se aferra mucho más a Carl que a mí. Esto es bueno para ella, eso es lo que me digo. Debería pasar más tiempo con otros miembros de la familia. Y la madre de Carl nunca me ha caído mal. Algunas cosas que él me ha contado de ella son un poco... preocupantes, pero si él no ve inconveniente en que se quede con Matilda, yo tampoco.

—Estarán bien, ¿verdad? —pregunto mientras pongo el intermitente y me incorporo al tráfico.

—Esperemos. No me digas que te lo estás pensando... —responde Carl.

—Para nada. Pero...

—No, no hagamos esto. Las dos estarán bien. Yo he salido bien, así que tampoco puede ser tan mala madre —observa, esta vez con más suavidad.

No contesto. Hay bastante tráfico de camino a North Circular y necesito concentrarme. Una vez pasado lo peor, me vuelvo a preguntarle sobre la conferencia del fin de semana pasado, pero veo que ha colocado una bufanda contra la ventanilla a modo de almohada y que ya está dormido. En parte me alegro, mejor que recupere sueño, pero a medida que avanza el viaje me voy

irritando cada vez más. Prefiero no molestarle, con la esperanza de que se despierte solito y me reemplace al volante, pero no se mueve en las tres horas que tardamos con el atasco.

—Deberías haberme despertado —dice al bajarse del coche.

—Pensé que te vendría bien descansar —contesto sonriendo y esperando una recompensa por mi gesto de generosidad. Sin embargo, Carl va directamente hacia el hotel sin siquiera darme las gracias. Le sigo con mi bolsa—. Quiero beber algo.

En cuanto entramos en la habitación voy directa al minibar.

—¡Dios, solo hay agua! Esto es una puta broma. —Vuelvo a fijarme por si acaso no he mirado bien, pero no. Agua con gas. Agua sin gas. Y una lata de Fanta—. Mátame ahora mismo.

—Tranquila. Tampoco necesitas beber. Solo son las dos. Demasiado temprano. —Su voz es suave y reconfortante, como si estuviera hablando a Matilda cuando está enfurruñada. Tengo que contener las ganas de darle un puñetazo.

—Puede que no lo necesite, pero me apetece. Ha sido un viaje horrible. Para ti no, claro, porque has venido todo el camino dormido —digo, alzando la voz.

—Pedí al hotel que sacaran el alcohol de la habitación. No necesitamos beber para pasarlo bien.

—¿Lo dices en serio? ¡Serás mojigato, capullo!

—Te voy a preparar un baño calentito y una taza de té: ya verás cómo te encuentras mucho mejor. —Se levanta y va al cuarto de baño. Oigo correr el agua de los grifos y el aire se inunda de un aroma floral. Vuelve a la habitación y enciende el hervidor. Yo no tengo palabras. Por un momento.

—¿Les has pedido que saquen el alcohol de la habitación? ¿En serio? —Intento mantener la calma.

—Sí. Venga, Alison, ya sabes lo que pasa. Y no quiero fastidiarlo todo. No quiero que bebas alcohol fuerte a mediodía. Podemos pasar la tarde tranquilamente y luego beber algo en la cena.

Se acerca hacia mí tendiéndome la mano. Tras unos segundos, la cojo, con la mano tensa, y dejo que me levante y me abrace. En cualquier otro momento le mataría por lo que ha hecho, pero no voy a permitir que esto nos agüe el fin de semana. Aunque algo dentro de mí se resiste un poco ante él.

Después del baño y la taza de té, me echo una siesta. Sé que las Lanés y el Pabellón Real esperan ahí fuera, pero estoy agotada del viaje y de la semana. Carl también se duerme, sigue cansado a pesar del siestón que se ha metido en el coche. Me tumbo en la cama junto a él, apoyo la cabeza sobre su pecho y me quedo dormida. Cuando despierto ya es de noche y tengo la cabeza embotada. Él ya está despierto, y me ofrece un vaso de agua, que me bebo con una sed sorprendente. Sonríe.

—Ya casi es hora de cenar. Deberíamos vestirnos.

Aparto las sábanas y me levanto. Me he perdido las vistas del mar, aunque también es bonito ver las luces del muelle. Puede que haga sol por la mañana. Bajaremos a pasear a la playa de guijarros, haciendo crujir las piedras con el canto de las gaviotas sobrevolándonos. He leído que hay gente que nada junto al muelle, son un club de chalados de la capacidad de aguante que se meten todos los días, aunque llueva o truene. Si nos despertamos pronto puede que los veamos. Intento imaginar cómo será nadar en aguas tan profundas, sin saber lo que tienes debajo, con el frío y las olas tirando de ti hacia abajo.

Me doy una ducha y me visto mientras Carl pasa al baño a ducharse. Cuanto más me miro con el vestido que me regaló, más me gusta. No es muy de mi estilo, y en parte es por eso. Me resulta casi transgresor verme como él me ve, no como la madre de su hija, sino como alguien que no teme mostrar un poco de tetas y culo, envueltos en seda roja. También he traído ropa interior para lucir debajo, sujetador negro con relleno y braguitas negras, como siempre, aunque mucho más pequeñas de lo habitual, y hasta ligas y medias. Todo el aparejo de pesca. Si quiere cliché, lo va a tener, envuelto en ese vestido como de regalo navideño. No parezco yo, pero estoy guapa.

Al salir del cuarto de baño no se fija en mí inmediatamente. Estoy delante del espejo de la pared, pintándome los ojos con *kohl* negro. Compruebo que tengo los rabillos iguales y veo que me está observando en el reflejo.

—¿Te vas a poner eso? —Prácticamente oigo el espejo partiéndose por la mitad.

—Creía que te gustaba. Me lo regalaste tú —digo, volviéndome.

—No creía que te gustara —responde. Tiene una toalla envuelta alrededor de la cadera y se la quita para secarse el pelo.

—He cambiado de idea. ¿No te gusta? —Noto algo sólido en el pecho, una obstrucción que no me deja respirar.

—Está bien. Aunque probablemente tengas razón: no se me da bien elegir ropa para ti. ¿Te has traído algo más? —Se sienta sobre la cama y empieza a ponerse los calcetines.

No quiero llorar. Si hasta me he hecho el rabillo de la raya de ojos como Amy Winehouse, por Dios. Pero estoy a punto de estallar.

—¿En serio me queda tan mal?

—No, está bien. Solo que quizá estarías más cómoda con otra cosa. Pero si no has traído nada más..., no pasa nada. —Una vez puestos los calcetines, va a por su bolsa, saca unos calzoncillos y se los pone. Luego unos vaqueros y una camisa azul. Siempre que le digo que se ponga una de otro color me hace un guiño y dice que así resalta el azul de sus ojos.

Se acerca y se pone a mi lado. Nuestros reflejos contemplan la escena: un hombre acicalado y deslumbrante y yo hecha unos zorros. Me estiro el vestido, tratando de que no me quede tan ceñido. Carl me rodea con un brazo y me estrecha.

—Alison, puede que vayas un poco golfilla, pero eres mi golfa. —Se inclina hacia mí y me besa en la mejilla—. Venga, vamos a quemar la ciudad. Te apetecía beber algo, ¿no?

Sale de la habitación dejándome boquiabierta con sus palabras hirientes. Ahora bien, de mí depende cómo vaya la velada. Puedo ponerme extrasensible y decirle que está siendo un cabrón, o sacar un poco de sentido del humor y dejar de ser tan patética. Tal vez no le guste ahora, pero fue él quien eligió el maldito vestido y, de hecho, yo creo que me queda bastante bien, diga lo que diga. Cojo mi abrigo y salgo al pasillo. Carl cierra la puerta con llave y bajamos las escaleras juntos.

Subimos la cuesta, doblamos la esquina y nos adentramos en las Lanes. Ha reservado en un restaurante de tapas («Muy buena crítica en el *Guardian*, Alison»). Cuando por fin lo encontramos, el sitio está bien, las sillas son bastante cómodas y las mesas se encuentran bastante separadas. Soy la única en el local que lleva vestido, pero me digo que lo voy a lucir con estilo, mientras a escondidas me froto los dientes con el dedo para cerciorarme de que no se me ha corrido el pintalabios. Viene el camarero y pido un gin-tonic. Me pregunta si tengo alguna preferencia de ginebra y en honor a Madeleine le pido una Hendrick's. Carl tarda un rato con la carta de cócteles, pregunta al

camarero si tiene alguna recomendación y este se las explica despertando sus murmullos, «uhs» y «ahs» ante los méritos relativos del Dark and Stormy y el Old Fashioned. Cuando ya me estoy empezando a sentir oscura, tempestuosa y anticuada, como los nombres de los cócteles, se planta con un Dirty Martini. Un Martini Sucio: tal vez sea un anticipo de lo que nos deparará la velada. Por ahora está siendo un imbécil, pero puede que una copa nos relaje a los dos.

—¿Sabes lo que quieres comer? —pregunta.

Miro la carta y todo tiene buena pinta.

—Me da igual. Pide lo que te apetezca.

Asiente y, cuando vuelve el camarero, empieza a recitar una lista de platos. Sin prestarle atención, me centro en disfrutar de la sensación de la ginebra golpeando mi garganta y relajando mis hombros. Una vez pedida la comida, digo al camarero que me traiga otro gin-tonic y abro la carta de vinos para elegir una botella.

—¿Blanco o tinto? —pregunto.

—Blanco. Creo. ¿Lo tienen por copa? —dice Carl.

—Voy a pedir una botella. Vale, pedimos blanco. —Miro la carta y veo un *sauvignon* pero me resisto a la tentación. Más abajo hay un rioja blanco, hago un gesto al camarero otra vez y se lo señalo. Nos lo sirve al tiempo que llegan los primeros platos. Carl ha pedido mucho: croquetas de jamón, patatas bravas, tortilla y algo con tentáculos de pulpo, luego más croquetas y un trozo de queso de cabra sublime con miel por encima. Ninguno de los dos se ha detenido a hablar, nos limitamos a engullir la comida. Tampoco me he parado apenas a beber, pero, en cuanto nos lo acabamos todo, me reclino y doy un trago largo.

—Mucho mejor. Estaba hambrienta.

—No hemos dejado nada. Temía haber pedido demasiado —dice.

—Ha sido perfecto. —Me acabo la copa, la relleno y empujo la botella para que se sirva él—. ¿Qué plan tenemos luego?

Carl mira su reloj.

—Es bastante tarde. Podríamos tomarnos una copa en el hotel.

Le pongo mala cara.

—Creía que saldríamos a bailar.

—Sabes que odio bailar. —Su tono es categórico.

—Ya. —Me acabo la copa y me levanto para ir al baño. Por ahora

mantengo bien el equilibrio y tengo la cabeza despejada. Es una de las ventajas de comer tanto, que te mantiene sobria—. Vuelvo en un minuto.

Nos quedamos un poco más en el restaurante, terminando la botella y tomando un cóctel de postre. Bueno, yo lo llamo así, porque en realidad me bebo otro gin-tonic. Carl vuelve a debatir su elección con el camarero y pide un *armagnac*. Al probarlo, el sabor hace que me estremezca: es demasiado fuerte para mí.

Cuando salimos del restaurante son casi las once y media. La calle está oscura, el aire es frío y limpio. Brighton se prepara para el invierno, si es que no ha llegado aún. Hay estrellas en el cielo que no se ven en Londres, aquí no las oculta esa neblina naranja a la que ya me he acostumbrado. Mientras caminamos se me engancha uno de los tacones en una losa del pavimento y me agarro al brazo de Carl para mantener el equilibrio. Al principio se resiste pero luego se relaja. En lo alto de la colina de camino al hotel, nos paramos un momento y me besa.

—Siento haber sido un capullo antes. Esta noche estabas preciosa —dice, apartándose para romper el beso.

Tengo la cabeza abotargada: la noche empieza a emborrionarse y solo me viene algún detalle aislado. Las croquetas, esas las recuerdo especialmente. Estaban muy buenas. Y Carl dice que ha sido un capullo. Ah, ¿sí? Pues no sé por qué. Si él lo dice, será verdad, pero no me he dado cuenta. Me gusta la sensación de que me sostenga y también cuando me besa. Rodeo su cuello con ambos brazos y le acerco hacia mí; nos besamos más tiempo y noto el calor aumentando entre nosotros. No sé si es por estar en otro lugar o si se me ha pegado la onda de fin de semana guarro en Brighton, pero tengo muchas ganas. Parece más una noche con Patrick.

—Vamos al hotel —digo, tirándole de la mano. Me sigue. Vuelvo a tropezarme y siento sus brazos cogiéndome con fuerza para que no me caiga. Nos besamos al pie de la calle y otra vez al entrar en el hotel.

—Una más —propone él, y nos volvemos a besar en el bar.

Y, entonces, fundido en negro.

Está sentado en el sillón, mirándome. Yo estoy atravesada sobre la cama, medio vestida. Ya es de día, y una luz clara baña la habitación. La barba incipiente contrasta con su piel y tiene sombras bajo los ojos. Noto algo

pegajoso debajo, lo toco con una mano y me lo acerco a la cara. Tengo los dedos rojos. Ruedo un poco hacia un lado y lo miro. Hay una gran mancha roja donde estaba dormida. Todavía llevo la ropa interior puesta, bragas, ligas y sujetador. De repente, me atenaza el miedo y vuelvo a mirar a Carl.

—¿Qué ha pasado?

—Ya sabes lo que ha pasado.

—No tengo ni idea. Recuerdo que llegamos al bar y luego nada más — digo. Ese miedo desaparece y entonces surge otro, completamente desconocido.

—Por esto no quería que bebiéramos —murmura con voz cansada. Entonces noto que lleva la misma ropa de anoche.

—¿Has dormido en el sillón?

—Alison, no he dormido. He estado dándole vueltas a la cabeza, intentando ver en qué me he equivocado, qué he hecho para que seas tan infeliz que necesites emborracharte tanto siempre. —Parece como si se fuera a levantar y tal vez acercarse a mí, pero cambia de postura en el sillón y se vuelve a acomodar.

—No creía haber bebido tanto —contesto, calculando mentalmente. Un par de gin-tonics, media botella de vino, tal vez un par de gin-tonics más, a lo sumo. No tanto como para perder el conocimiento—. Lo siento, de veras que estaba intentando no emborracharme.

—Pues deberías haberte esforzado más. No soporto cuando estás en ese estado. Es que ni siquiera eres capaz de cuidar de ti misma. —Me señala—. Solo pude ponerte sobre la cama y quitarte el vestido para que estuvieras más cómoda. Estabas tan ida que ni siquiera te diste cuenta de que te había bajado la regla. Mírate.

En ello estoy. Lo veo. Y sé que es un poco lamentable. Sin embargo, este es el hombre a quien mandé a comprar todo lo básico después de nacer Matilda: crema para pezones y para las hemorroides y compresas de maternidad superguais del tamaño de un transatlántico. Me cagué delante de él al dar a luz. ¿Desde cuándo le doy tanto asco?

—¿Cómo hemos llegado a este punto? —le digo, incorporándome y doblando las rodillas sobre el pecho. La cabeza me da vueltas y tengo que tragar un poco de vómito.

—Bebiendo demasiado. Así —responde, con voz despectiva.

—No me refiero a hoy. Quiero decir, en general... —Las ganas de vomitar

van en aumento.

—Tú... —empieza a contestar pero entonces ya no oigo nada, solo un pitido en los oídos y luces bailando ante mis ojos mientras el ácido me sube por la garganta e inunda mi boca. Salto de la cama y corro, pero el vestido que estaba en el suelo se engancha con mis pies y se me escapa el vómito, se me escapa, y de repente está por toda la habitación y salpicado por todo mi cuerpo y alrededor de mí, una mezcla de vino y cachitos de las tapas de anoche. Carl se levanta y pasa esquivándolo con el gesto retorcido.

—Es que no puedo ni... —La frase se queda en el aire. Niega con la cabeza, me mira, aparta la vista y me vuelve a mirar—. Alison, no voy a lidiar con esto. Arréglalo tú: los actos tienen consecuencias, y esto no va a desaparecer así, sin más. Me voy. Voy a reservarte otra noche para que puedas limpiarlo todo, pero yo me voy a casa. No vuelvas hasta que estés preparada para estar cerca de Matilda.

Discutiría, le rogaría que se quedase, pero me encuentro demasiado mal, el ácido me está corroyendo el esófago. Me quedo sentada en el suelo, en el mismo sitio, empapada de vómito, demasiado humillada como para disculparme siquiera. Carl cierra la puerta al salir, y cuando lo hace me engullen las náuseas. Esta vez sí llego a tiempo al baño y me quedo vomitando un buen rato hasta que solo me sale un fino hilo amarillo de bilis. Entonces logro levantarme para volver a la cama y me quedo adormecida hasta que el olor se hace demasiado abrumador y empieza a caer el sol.

T ras volver de Brighton, he intentado apartar de mi cabeza la vergüenza de pensar en el personal del hotel descubriendo el estado de la habitación y mi huida apresurada. Al menos, fue Carl quien reservó y no conocen mi nombre, solo el suyo. Esta semana, he tratado de sentarme con él noche tras noche para hablar sobre dónde se torció todo, pero noche tras noche se pone la cortesía por escudo, sorteando cualquier comentario que hago. Se le da muy bien evitarme, trabajando hasta tarde o yéndose a la cama pronto. Estoy a punto de rendirme. Y, a medida que pasan los días, empiezo a alejar de mi mente cualquier pensamiento sobre ello. El jueves es la vista previa y no paran de llegar las declaraciones que pedí, plagadas de detalles y posibilidades para la defensa. Puede que Carl no me hable, pero al menos los testigos potenciales sí.

Me sorprende que no ocurriera antes. Era mucho lo que tenía que soportar Madeleine. Yo veía sus heridas, a veces moratones en la cara y en los brazos. En el verano de 2015, me quedé en shock cuando vi que tenía tres quemaduras de cigarrillo en la mano. Nunca me contó cómo se las había hecho, pero no parecía un accidente.

Esa es su amiga Maud, otra madre del colegio de James y florista. Aunque no una florista cualquiera, esta tiene tienda en Mayfair y un buen negocio complementario de clases nocturnas. Me he planteado apuntarme a alguna.

Y una vez vi cómo le hablaba. Tenía un tono de voz horrible, muy enfadado. Su hijo James enfermaba a menudo y a Edwin eso le ponía muy nervioso. Creo que pensaba que Madeleine le protegía demasiado. Recuerdo que aquel día estaba gritando a Madeleine por haberse llevado

a James a casa demasiado pronto: «No puedo creer que lo hayas hecho. No pienso tolerarlo más». Su voz me asustó.

Por ahora, tenemos mucho material para apoyar la versión que Madeleine nos dio de su matrimonio. Tal y como le dije, lo que me explicó en teoría encaja perfectamente con una defensa basada en el arrebato, para rebajar los cargos de asesinato a homicidio. Necesitábamos dejar claro que había un patrón de violencia contra ella, y que el comportamiento de Edwin aquella noche fue la gota que colmó el vaso, que lo que le hizo y dijo bastaría para desquiciarla. Y, por lo que ella me ha contado, así fue.

El siguiente testimonio es de su médico.

Madeleine Smith ha sido paciente de mi consulta de atención primaria en Wigmore Street desde 2006. A lo largo de estos años, la he tratado regularmente por diversas lesiones, la mayoría de ellas menores, si bien algunas requirieron atención hospitalaria. He refrescado mi memoria a partir de mis apuntes, que adjunto a mi declaración como prueba número 1. Sin embargo, hay dos ocasiones que me parecen destacables, y para las que no he necesitado recordatorio alguno. La primera fue en el verano de 2007. El hijo de Madeleine, James, tenía cinco años, y también era paciente mío. Había tenido importantes vómitos y diarrea, y estaba tan deshidratado que tuvimos que hospitalizarle y tratarle con suero intravenoso para rehidratarle. A la mañana siguiente, Madeleine vino a verme por una quemadura grave en su muslo derecho. Según me dijo, la noche anterior estaba tan disgustada como consecuencia de la hospitalización de James que se había derramado sin querer agua caliente del hervidor sobre la pierna. Había algo en su actitud que me pareció extraño, pero lo achaqué a su comprensible preocupación por el niño en ese momento. La segunda fue más recientemente, en 2015. Llegó a la consulta muy disgustada. Cuando dejó de llorar, me mostró su mano izquierda, en cuyo dorso había sufrido tres quemaduras como si le hubieran apagado un cigarrillo. Al preguntarle cómo se las había hecho se negó a contestar, volvió a echarse a llorar y me dijo que su marido iba a mandar a James a un internado y que estaba muy disgustada por la decisión. Le traté las heridas e intenté convencerla de que me contase más sobre ellas. Al explorarla me inquietó todavía más comprobar que tenía el

dedo meñique de la mano izquierda torcido, como si se hubiera roto y los huesos no se hubieran soldado adecuadamente. Le pedí que me explicara cómo se había hecho las quemaduras y qué le había pasado en el dedo meñique. Se marchó sin contestar a ninguna de mis preguntas, y desde entonces no la he vuelto a ver. El informe médico adjunto incluye información detallada sobre estos incidentes.

Leo los apuntes médicos adjuntos, una letanía de quemaduras, cortes y hematomas. La cronología sugiere entre dos y tres incidentes al año, con picos en 2007 y 2015, tal y como indican los comentarios del médico. Los que él detalla probablemente sean los episodios más graves, aunque en otra ocasión tuvo que darle puntos de sutura por un corte en el brazo izquierdo (en los apuntes comenta que dijo: «Soy muy torpe»). Todas sus notas están salpicadas de ese tipo de comentarios. No da la impresión de que el médico intentara sonsacarle más, pero en cierto momento sí parece que se planteó hacerlo: «Pensé que si la presionaba demasiado dejaría de acudir a mí. Al menos, así había un informe detallado de todas sus lesiones para que estuvieran documentadas por si alguna vez decidía poner una denuncia». Esos eran los comentarios finales de su declaración.

Todo esto ayuda a su defensa. Y mucho, por no decir que es casi decisivo. Sin embargo, para mí el testimonio clave es el de Peter Harrison, un tutor de francés que daba clases a James en la casa familiar durante las vacaciones de verano. Su declaración describe a grandes rasgos el ambiente que percibía en la casa. «Cuando Edwin se iba de viaje por trabajo, todo parecía estar más tranquilo, pero, si estaba allí, notaba muy nerviosos tanto a Madeleine como a James». Harrison hace referencia a una ocasión concreta, ocurrida hará unos seis meses, cuando estaba sentado en la mesa de la cocina con James, dándole clase.

James se empezó a quitar el jersey y al hacerlo se levantó la camiseta. Le vi el pecho. Me quedé conmocionado. Tenía las costillas cubiertas de moratones más y menos oscuros. Al ver que le miraba dijo: «Rugby». No le pregunté nada, pero ojalá lo hubiera hecho. El caso es que en los colegios no se suele jugar al rugby en el trimestre de verano. Si acaso, habría sido en críquet.

Levanto la vista del papel un momento. Pese a que lo que Madeleine me había contado ya me había preparado, no puedo evitar estremecerme al leerlo.

El resumen del nuevo informe psiquiátrico ha llegado también y es tan útil como esperábamos. En un par de semanas el informe detallado estará listo y tengo muchas ganas de verlo. Por ahora, todo apoya a la defensa de Madeleine. Tengo un buen presentimiento.

Salgo con la toga puesta al encuentro de Madeleine y Patrick a la puerta del juzgado número 7 de Old Bailey. También ha venido su hermana Francine, aunque ella se queda a pocos metros de nosotros. La peluca de pelo de caballo me pica un poco y la toga me cuelga sobre los hombros. Normalmente no soy consciente de ello, pero, en cuanto veo a Patrick, cada centímetro de mi cuerpo cobra especial sensibilidad, y siento un rubor recorriéndome la piel y un hormigueo en las manos. Trato de compensarlo adoptando un tono de voz formal para explicar a Madeleine el proceso de la vista de hoy.

—Me temo que va a tener que subir al estrado. Le preguntarán su nombre y su dirección, y después de eso el secretario judicial le leerá los cargos y le preguntará si quiere declararse culpable o no culpable —digo.

—¿Y de verdad cree que debería declararme no culpable? —contesta Madeleine, inclinándose hacia mí.

—Basándonos en el testimonio que me ha dado, sí. Sería muy negligente por mi parte aconsejarle que hiciera otra cosa. Como ya le dije, una vez tengamos el resto de pruebas, abordaremos la posibilidad de que se declare culpable de homicidio. Yo lo mencionaré ahora, pero por hoy no pasará de ahí. —Me vuelvo hacia Patrick, nos miramos por primera vez desde que llegué a la entrada del juzgado, e intento ignorar el vuelco que me da el estómago cuando nuestros ojos se encuentran.

—Alison tiene razón. Lo hemos revisado todo en profundidad. Tenemos testimonios de las personas de las que nos habló y todas respaldan parte de su versión —dice.

—¿Solo parte? —replica Madeleine—. ¿Nada más?

—No había nadie más en su casa la noche en cuestión. Solo tenemos su versión de los hechos. Pero el resto de pruebas sirven para corroborar lo que dice —contesto.

Madeleine se echa a reír y yo sonrío involuntariamente, sin saber por qué lo hace. Mi sonrisa desaparece rápido, pero sigue riendo. Empiezo a notar un tono de histeria. Patrick la agarra por el brazo y la zarandea suavemente.

—Madeleine, cálmese. Tiene que tranquilizarse —murmura.

Ella suelta una respiración profunda y temblorosa.

—Lo siento. Es que estaba pensando que Edwin sí estaba allí, claro. Pero no puede decirnos nada. Ya no... —Y se pone a llorar.

Me acerco a ella para tranquilizarla, pero entonces veo a mi adversario avanzando por el pasillo hacia la sala. Es Jeremy Flynn, el tipo de abogado que cualquier acusado querría para su defensa. Alto, con aires confiados de colegio privado y un traje de tres piezas que debe de ser hecho a medida, de lo bien que le queda. Parece salido de un casting. Tampoco es tan listo, pero interpreta su papel tan bien que siempre convence al jurado. Desde que vi en el expediente del caso que él era el abogado de la fiscalía, había albergado esperanzas de que al final estuviera demasiado ocupado para encargarse. No ha habido suerte, pero tal vez encuentre algún caso más interesante al que dedicarse antes de que empiece el juicio.

—Alison, qué hay. ¿Podemos hablar un momento, por favor? —resuena su voz.

—Claro. —Sonrío y me vuelvo hacia Patrick y Madeleine—. No tardaré. Son solo prolegómenos.

Vamos por el pasillo hacia una esquina.

—¿En serio debo creer que va a declararse no culpable? —dice, rezumando condescendencia en cada palabra—. Porque no quiero ser cortante pero la última vez que revisé la ley con respecto a un asesinato, me dio la impresión de que apuñalar a alguien varias veces es ligeramente ilegal. Y disculpa el juego de palabras.

Genial, una lección de derecho de un bobo con una patata en la boca. Yo sigo sonriendo.

—O sea, venga, Allie. ¿Qué te propones? Piensa en el derroche de tiempo y dinero para el juzgado. A lo mejor te has hecho una idea equivocada de que se trata de ayudar a otra mujer, pero en serio: no le estás haciendo ningún favor. Hazme caso, Allie, es un consejo. —Baja la voz y ladea la cabeza. Creo que intenta parecer sincero.

—Recibirás la argumentación de la defensa a su debido tiempo. Y, a pesar de la actitud que estás demostrando, te adelanto que estamos valorando la

posibilidad de que se declare culpable de homicidio voluntario con atenuante de arrebató u obcecación. Mientras tanto, espero que te pongas con ello y me mandes el resto de los documentos. No tengo nada del material sin usar — digo, con una sonrisa aún impostada.

Suspira.

—Bueno, Dios ama a los que se esfuerzan. Aunque te puedo decir ya que estáis perdiendo el tiempo. ¡Ay, Allie, qué forma de malgastar tu talento! ¿Cuándo dejarán de darte casos tan flojos? Supongo que no están seguros de que puedas comprometerte con tu trabajo, dadas las circunstancias...

—¿Qué quieres...? —Yo misma me paro los pies. Maldita sea, casi me hace saltar. No voy a rebajarme a su nivel. Sin decir una sola palabra más, asiento y vuelvo con Patrick y Madeleine. Lo que Flynn no sabe es que en mi imaginación le acabo de soltar tal patada en la cabeza que le salen trozos de cerebro y hueso de la peluca.

—¿Ha dicho algo de interés? —pregunta Patrick.

—No —contesto.

—Menudo gilipollas —comenta Patrick, y nos miramos, una vez más en perfecta sintonía.

Entramos en el juzgado sobre la hora prevista, y en menos de veinte minutos todo ha acabado. Probablemente este sea el delito más grave que se me ha asignado nunca, pero ahora que está en tribunales parece un pleito como cualquier otro. Han leído los cargos y hemos presentado la declaración de no culpable. Se han revisado y ratificado los términos de la libertad condicional de Madeleine y se ha fijado un calendario para los varios intercambios de documentación necesarios entre la fiscalía y la defensa. En las próximas dos semanas, tendré que preparar la argumentación de la defensa y dar a la acusación más detalles sobre cuál será nuestra estrategia. También tendré que enviarles el informe psiquiátrico. Por su parte, ellos tienen que mandarnos sus declaraciones y todo el material no utilizado, que a nosotros sí podría sernos de utilidad. Tampoco espero ningún milagro. Como le he dicho a Madeleine, todo depende de si el jurado cree lo que cuenta sobre su matrimonio con Edwin y su versión de lo ocurrido aquella noche.

Cuando estamos saliendo de la sala, me tira de la toga.

—¿Van a creerme? —dice.

—¿Quiénes? —contesto.

—El jurado. ¿Me creerán?

—No puedo prometérselo. Pero vamos a hacer todo lo posible —respondo, dándole unas palmaditas en el brazo. No parece reconfortarla demasiado, pero se va con Francine sin volverse a mirar atrás.

—¿Bastará con hacer todo lo que podamos? —pregunta Patrick, poniéndose cerca de mí.

—No lo sé. Todo depende de lo que diga el hijo. ¿Sabemos cuándo vamos a recibir su declaración?

—Todavía estamos esperando a que la fiscalía confirme si le van a llamar a declarar como testigo. A primera vista, no debería tener mucho que decir que les pueda ser útil, así que no sé si le llamarán. Pero, hasta que lo sepamos, no podemos hacer nada —contesta y yo asiento. Nadie obligaría a un adolescente a declarar en el juicio contra su madre por matar a su padre, pero puede que él sea el testigo que marque la diferencia...

—Habrá que esperar a ver qué pasa. Lástima que sea ese capullo de Flynn: no nos va a ayudar nada. Aunque puedo preguntárselo. Si cree que en realidad quiero averiguar otra cosa, quizá lo consiga. En fin, será mejor que me cambie —digo, yendo hacia la sala de togas.

—¿Te apetece tomar un café? —pregunta Patrick, con un tono desenfadado. Está mirando a todas partes menos a mí.

Me detengo, pienso.

—Sí —contesto y sigo hacia la sala de togas.

Cuando termino, me está esperando fuera y vamos juntos a una cafetería cerca de Ludgate Circus.

Hemos hablado sobre Madeleine, sobre el caso de violación y sobre otro importante de narcotráfico con el que Patrick empieza en breve. El silencio nos acecha y ambos intentamos evitar por todos los medios que se acerque más. Si dejamos de hablar, interrumpimos el ruido y dejamos que nuestras miradas se encuentren durante más de una milésima de segundo, quién sabe lo que ocurrirá. Tal vez me incline hacia él y le acaricie la mejilla, o tal vez me coja de la mano y la bese; quizá nos levantemos a la vez, salgamos de la cafetería y vayamos directos a su piso a follar, sin pararnos a preguntar por qué intentamos dejar de hacerlo. Tengo la sensación de que me falta aire en el

fondo de la garganta y trato de ignorarla bebiendo traguitos de agua cada medio minuto. Cuando está explicándome una anécdota larga sobre un juicio por armas que se celebra la semana que viene en Nottingham, suena un mensaje en mi teléfono. En ese momento para y nos miramos, y la discusión que tuvimos hace dos semanas está a punto de caernos encima.

—¿No lo vas a mirar? —pregunta.

Dudo. Si es algo desagradable, no lo quiero saber. La cosa casi iba bien. Pero, por otro lado, tal vez sea algo importante. Quizá tenga que ver con Matilda. Saco el teléfono y lo miro. Es de Carl.

«Mi madre ha dicho que nos vayamos unos días a su casa. Dadas las circunstancias, creo que es lo mejor. Me llevo a Matilda. Volveremos la semana que viene».

Parpadeo y contesto. «¿Y el colegio? Solo es jueves».

No recibo respuesta pero los puntos suspensivos moviéndose en la pantalla me indican que está escribiendo algo. Por fin llega.

«No la matará saltarse un día de clase. Le vendrá bien ver a su abuela».

La ira me atenaza. Empiezo a escribir una respuesta. Paro. De nada sirve. Cuando Carl toma una decisión así, sé que es definitiva. Finalmente, escribo una respuesta distinta.

«Tienes razón. Espero que lo paséis genial. Y que arreglemos las cosas a la vuelta. Os quiero a los dos».

Contesta. «Sé que crees que es así. Te veo el domingo por la noche».

Su respuesta me deja sin respiración, es como una patada inesperada en la boca del estómago. Por un segundo me quedo con la mirada perdida en la pantalla y luego apago el teléfono. No hay nada más que decir.

Mientras todo esto pasaba, Patrick ha recibido una llamada. Me he perdido el principio pero una vez apagado el teléfono empiezo a oír lo que dice y el ruido al otro lado de la línea que llena los espacios.

—No, para nada... Un malentendido... Pues siento que ella lo vea así... — Su expresión es tensa y tiene la mirada clavada en algo sobre la pared, aunque, cuando miro por encima de mi hombro, veo que no hay nada—. Seguro, es un malentendido... Sí, ya sabes que nada de eso... No, no, no es así... De acuerdo, hablaré con ella para aclarar esto.

Cuelga sin despedirse, con la mandíbula tensa.

—¿Va todo bien? —digo.

Me mira como si estuviera muy lejos y entonces su cara se relaja.

—Sí, todo bien. Una de mis clientas está cabreada. Le dije que tendría que declararse culpable y no le ha gustado nada. Ya sabes cómo son. En fin, ¿y tú? ¿Todo bien? ¿No será otro de esos mensajes que te estaban llegando?

—No, era mi marido. Hace tiempo que no recibo ninguno de esos mensajes. De hecho, desde la última vez que hablamos sobre ello.

—Me alegro. Siento no haber... ayudado más. —Elige las palabras con cuidado.

—No pasa nada. Simplemente me asusté —digo.

—Claro. Oye, Alison, ¿crees que podríamos intentarlo otra vez? ¿Sea lo que sea esto?

Por un instante, me quedo indecisa. Entonces imagino a Carl y Matilda, sus rostros juntos, y, de manera muy consciente y minuciosa, los voy haciendo más y más pequeños, metiéndolos en una cajita que coloco en un rincón al fondo de mi mente. Extiendo la mano hacia Patrick y él la coge.

—¿Trabajas esta tarde? —digo.

—Ya no —contesta, y me acerca hacia él.

No te vayas —dice Patrick, agarrándome del brazo.

—Tengo que irme. No me quiero arriesgar.

—¿Arriesgarte? Pero si has dicho que se han ido. —Se incorpora en la cama y me coge también del otro brazo. Me aparto.

—Creo que será mejor que me vaya. Podemos vernos mañana.

—Puede que esté ocupado —dice con tono enfurruñado.

—Tú verás. —Me levanto de la cama donde estábamos sentados y le beso. No quiero marcharme, pero son casi las once de la noche. Llevamos desde las dos de la tarde metidos en su cama, solo nos hemos levantado para hacer pis y, en el caso de Patrick, para traer vino y jamón ibérico de la cocina cada dos horas. Me acerco al espejo y juego con mi pelo, quitándome restos de rímel que se me han metido en las arrugas bajo los ojos.

—Estaba de broma. Claro que no estaré ocupado. ¿Por qué no me invitas a cenar a tu casa? —dice.

Me vuelvo rápidamente, alarmada por la sugerencia. Jamás ha demostrado interés por mi vida, manteniéndome bien guardadita en un compartimento, como yo estoy haciendo con mi familia hoy. Ni siquiera habla de mis estrías, prueba evidente de mi maternidad.

—¿Cenar en casa? ¿En mi casa? —No hago más que repetir.

—Sí. Yo ya te he preparado la cena. Ahora te toca a ti. Y, si la casa está vacía, ¿por qué no?

Se me ocurren tantas razones que no sé ni por dónde empezar. Una cosa es la coexistencia, su rumbo y el de Carl corriendo en paralelo. Y otra es la yuxtaposición. Patrick comiendo en nuestros platos, bebiendo de nuestras copas... Vería las fotos de Matilda, el retrato de boda de cuando Carl y yo todavía soportábamos tocarnos. De solo pensarlo se me pone la piel de gallina, se me eriza el vello del brazo. Me vuelvo otra vez hacia el espejo y

toqueteo un poco más mi cara para ganar tiempo.

—No sé si es buena idea —contesto finalmente, consciente de la debilidad de mi respuesta.

—Es una idea fantástica. Tú me has visto en mi casa: yo también quiero verte en la tuya. Quiero conocerte mejor, Alison. Todo lo que eres. Joder, ni siquiera sé si sabes cocinar. Llevamos más de un año acostándonos y ni siquiera me has hecho un huevo cocido —dice, levantándose de la cama para abrazarme.

—No sé si lo de cocer huevos tiene mucho que ver con nosotros —replico.

—¿Y si yo quiero?

Su cabeza está junto a la mía, su barbilla sobre mi hombro. Me sonrío a través del espejo y la tentación me puede. Es tal el contraste entre el calor de su mirada y el desprecio que percibo en Carl que no soy capaz de resistirme. Me encantaría cocinar para alguien que no rechaza mi comida.

—A condición de que sea verdad que se han ido. ¿Puedo confirmártelo mañana? —pregunto.

Me vuelve hacia él y me abraza.

—Claro que sí. Dime dónde y a qué hora. Como de todo.

—Tampoco te emociones, que no se me da demasiado bien.

—Deja que sea yo quien opine. —Me besa y le devuelvo el beso, hasta que es evidente que vamos a acabar otra vez en la cama, y me aparto.

—Me voy a casa. Te llamo mañana por la mañana.

—Qué ganas. —Me besa una vez más, pero esta vez me deja ir.

Cuando llego a casa, la encuentro vacía. Es la primera vez que me quedo sola desde que nació Matilda. Suelto el abrigo en la barandilla de abajo y dejo el maletín de ruedas delante de la puerta. Subo a cambiarme, entro en el cuarto de Matilda y me siento sobre su pequeña cama. Se ha dejado a Elefante Rosa, el peluche que le compré a la semana de nacer. Desde entonces no ha querido separarse de él. Hasta hoy, aparentemente. Al fijarme, noto que ha perdido mucha pelusa y el relleno está algo desigual. Me lo acerco a la cara y casi me produce náuseas el olor a rancio, como a leche pasada. Siento la tentación de meterlo en la lavadora aprovechando que Matilda no está para oponerse, pero no lo hago: ya está todo bastante frágil como para arrebatarse la esencia a su peluche a sus espaldas. Vuelvo a dejar a Elefante Rosa sobre la almohada.

Cierro las cortinas de toda la casa y apago las luces, cerciorándome de que la puerta de atrás está cerrada con llave. Es algo de lo que suele encargarse Carl. Me siento desestabilizada, rondando por la casa con la sensación de haber perdido los frenos. Sin embargo, la idea de enseñarle mi hogar a Patrick es muy emocionante. Quiero que le guste, que me conozca mejor a través de los títulos de los libros sobre mis estanterías. Recoloco algunos, poniendo la serie de Crepúsculo detrás de una fila y acercando al frente algunos de Díaz y Pelecanos, y *A Dark-Adapted Eye*, de Barbara Vine. Me quedo un rato contemplando nuestro retrato: está bien, no quedamos mal, aunque tengo la barbilla más bonita desde otros ángulos.

Luego me llama la atención otra foto de Carl, Matilda y yo sonriéndonos, y la cojo de la estantería para mirarla. Parecemos unos padres tan felices, tan orgullosos y tan jóvenes comparado con ahora... Hago una barrida de la casa para quitar todas las fotos de Matilda y las meto apiladas en un armario del salón. Quiero que Patrick vea cómo soy, pero no todo lo que soy. Aún no. Puede que llegue el momento, pero todavía no ha sucedido. Esto ya es un paso bastante importante, y quién sabe adónde nos llevará, si es que nos lleva a alguna parte.

Pasadas las doce me meto en la cama, extendida en medio del colchón. Duermo profundamente sin tener que evitar a Carl y no despierto hasta que suena el despertador a las siete.

Lo primero que hago es mandar un mensaje a Carl.

«Os echo de menos. ¿Cómo estáis? Bs».

Tarda un poco en contestar, pero al final lo hace.

«Estamos bien. Hoy vamos a la playa y mañana a un castillo».

Su sequedad es impactante pero, visto por el lado bueno, está claro que no tiene ninguna intención de volver a casa para darme una sorpresa. Respondo: «Divertíos», y le aparto de mi mente. A Matilda no. Cuando pienso en el modo en que la he aislado y escondido en su propia casa se me hace un nudo en la garganta que acaba anidando en mi pecho. Se merece algo mejor. No tengo ningún derecho a hacer eso en su hogar, a fingir que no existe. Cojo el teléfono y llamo a Carl, llevada por una necesidad desesperada de hablar con ella. No lo coge. Lo intento una y otra vez, pero no contesta.

«Estamos saliendo. Ya te lo he dicho. ¿Qué quieres?», me escribe Carl.

«Hablar con Matilda».

Contesta. «No tenemos tiempo. Y creo que solo la alterarías. Deja de ser tan egoísta».

Quiero llamar otra vez e insistir en que la ponga al teléfono, pero es verdad, no quiero que se altere. Sé que estará feliz con su padre y su abuela. Mejor no hacer un drama por que no esté aquí: seguro que vuelven el domingo y entonces podré abrazarla y hablar de todo lo que ha estado haciendo. Me froto la cara con fuerza e intento apartar el sentido de culpa de mi mente. Tengo que ir al juzgado y planificar una cena.

Lo pienso en el autobús a Holborn de camino a Old Bailey. Cordero. Eso es lo que me hizo Patrick. Así que no puede ser cordero. Estoy buscando como loca en Google, tratando de encontrar algo dentro de mis capacidades que pueda impresionarle. Que le seduzca incluso. Una vez en el juzgado, el alguacil tiene que llamarme tres veces hasta que me doy cuenta de que debo entrar en la sala y luego no ofrezco una de mis mejores actuaciones en la solicitud de libertad bajo fianza que me toca cubrir por un compañero. Sin embargo, al final me la conceden y hasta me acuerdo de llamar a su señoría «*Milady*». Me gusta estar otra vez en Old Bailey. La cosa avanza rápidamente, paso por el bufete a dejar los documentos y recoger los de mi juicio de la semana que viene. Y tengo el resto del día para planear la cena y prepararme.

Cojo la línea de Piccadilly hasta la estación de Holloway Road y entro en Waitrose. Carl suele hacer la compra de comida, moviéndose por los pasillos como un profesional, minimizando la distancia entre condimentos y cereales con una lista cuidadosamente elaborada. Yo tardo tres veces más de lo que tardaría él. Primero voy al mostrador de carnicería y, cuando me pongo a mirar los distintos cortes, la sangre me recuerda a la comida con Madeleine. La verdad es que estaba buena, así que la utilizo como inspiración. Cojo dos bistecs empaquetados y vuelvo hacia las verduras para comprar espárragos y fresas. Que le den al producto de temporada: esto estará rico. Vuelvo al pasillo de los congelados para coger patatas fritas y no recuerdo si tenemos mayonesa en casa, así que cojo más. Finalmente vuelvo a los congelados para coger un par de tarros de *mousse* de chocolate. No creo que Patrick también quiera que le prepare un pudin.

—No deberías haberte arreglado tanto —dice Patrick en cuanto abro la puerta.

—No lo he hecho.

—No me digas... —Lo dice riendo, y entonces se inclina para besarme. Después del fin de semana pasado no me apetece arreglarme para nadie. Es contraproducente. El mejor sexo que tuve en la universidad fue cuando no me acicalaba, llevaba los pantalones más feos y viejos, y las piernas sin depilar. Debería haberlo recordado antes de embutir mis curvas en el vestido que Carl miraba con tanto desprecio. Así pues, hoy llevo pantalones de chándal y una vieja camiseta, sin sujetador, mi hombro desnudo medio descubierto. Eso sí, tengo que admitir que he dedicado algo de tiempo a mi cara para conseguir un *look* sano y radiante sin maquillaje, que ha requerido gran parte de mis productos de cosmética.

Patrick me empuja hacia dentro y cierra la puerta con fuerza. Tira del cuello de mi camiseta hasta que se rompen las costuras. Deja caer los trozos al suelo. Luego me vuelve contra la pared y me baja los pantalones. Mientras con una mano aprieta mi espalda, con la otra se desabrocha la cremallera. Se escupe en la mano, se frota y me penetra, ignorando mi grito ahogado de dolor al principio. La cosa acaba en pocos instantes. Se sale y me vuelve otra vez de frente para besarme.

—Llevaba todo el día pensando en esto —dice por fin.

Me ha dejado sin respiración, no sé qué pensar de lo que acaba de pasar. Sin embargo, no digo nada, consciente de que tengo las bragas en los tobillos. Me las subo, también los pantalones. Recojo los restos de la camiseta, aunque ya no tiene arreglo.

—Creía que venías a cenar —murmuro.

—Sí. Y al postre. Y a los aperitivos.

—Voy a por otra camiseta —digo, zafándome de él. De repente, piso algo punzante y lo recojo: es una pieza de Lego que me dejé al hacer limpieza. La miro y Tilly me viene a la cabeza. Cada vez me resulta más incómodo hacer el papel de amante en casa de mi hija. Patrick está intentando tomar posesión, insistentemente.

—No lo hagas, me gustas así. —Vuelve a bajarme los pantalones del chándal, sin llegar a quitarme las bragas.

—¿El cocinero desnudo[4]? Pelín topicazo, ¿no te parece? —Le aparto pero no me subo los pantalones.

—No hay nada de malo en un poco de tónico. Venga, vamos a beber algo.
—Me da una bolsa de plástico que traía consigo y no había visto, llena de botellas.

Le conduzco hasta la cocina con la bolsa en la mano consciente de que estoy a medio vestir pero tratando de ignorarlo. Desde que nació Matilda, ya nunca voy desnuda; su presencia y los estragos de la edad se han unido para que no me apetezca caminar sin la capa protectora de un pijama mugriento y un enorme suéter de lana que le robé a Carl una Navidad. Al ver las luces de la cocina encendidas, de repente pienso que los vecinos podrían estar contemplando el espectáculo. En fin, esto es Londres y apenas hablas con nadie, pero ¿qué pasaría si uno de ellos, al cruzarse con Carl una mañana, le mencionara el numerito que les estoy brindando? ¿Le importaría siquiera? Cojo un delantal del horno y me lo pongo.

—Gallina —dice Patrick.

—No, voy a hacer bistec. No quiero quemarme —contesto con dignidad y voy a la puerta de la cocina para deshacer el nudo de las cortinas. No solemos hacerlo. Al abrirse sale polvo y polillas muertas de las dobleces, pero al menos ya estoy a cubierto.

Mientras cierro las cortinas oigo a Patrick rebuscando en los cajones. Al volverme veo que tiene un sacacorchos en la mano y ha abierto una botella de vino. Cojo copas de la alacena y se las doy para que las llene.

—Salud —dice, y brindamos—. ¿Qué vamos a cenar? ¿Aparte de bistecs?

—Verdura y patatas al horno. Ya te he dicho que no soy muy cocinillas.

—Seguro que está riquísimo. —Tiene modales, eso hay que admitirlo. Cuando le apetece.

Mientras enciendo el horno y extendiendo las patatas en una bandeja, él va al salón. Vuelve con el retrato de boda en la mano.

—Así que ¿este es tu marido?

—Evidentemente. —Hay algo de tensión en el aire que no había antes. Nos miramos durante un instante y entonces vuelve a llevarse la foto al salón. Oigo el golpe seco al dejarla sobre la estantería.

—Sabías que estaba casada desde el principio —digo.

—Sí, lo sabía. Lo sé.

—Te cabreaste por el hecho de que no me gustara que vieses a otras personas. —No quiero discutir ahora mismo, pero hacía falta decirlo.

Suspira.

—Vale, no entremos en eso otra vez. Siento haber fastidiado el ambiente. No vamos a pensar en eso ahora. Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿vale?

Para ti es más fácil decirlo, pienso, pero no se lo discuto. Meto las patatas en el horno y recorto los tallos de los espárragos.

Vino. Bistec. Más vino. Patatas demasiado hechas que se dejan a un lado. Más vino. Nos tumbamos juntos en el sofá, dándonos *mousse* de chocolate a cucharaditas. Me empuja suavemente al suelo y esta vez se toma su tiempo, abriéndose camino por mi cuerpo. Intento relajarme, pero estoy demasiado pendiente del desastre que puede dejar en la alfombra con la *mousse* que ha empezado a untar sobre mí, y pensando en cómo se lo explicaría a Carl.

—Eh, relájate... Creí que esto te gustaría —dice levantando la cabeza. Tiene la cara manchada de chocolate y me entran ganas de reír. Las reprimo y la risa se me escapa por la nariz. Patrick sonrío—. Exacto —añade con voz de satisfacción, y entonces vuelve a lo suyo.

Cierro los ojos, deseando entregarme al momento. Sin embargo, el tejido de la alfombra se me está clavando en la espalda y la *mousse* me pica sobre el estómago. Abro los ojos y miro el salón, los pilotos de la televisión y del reproductor de DVD resplandeciendo rojos en la esquina. No quiero apartarle y sé que soy yo la que tiene que centrarse, pero no puedo obligarme a desear esto. Le toco la cabeza.

—No me apetece mucho —digo—. Lo siento, no consigo relajarme.

Acerca su cara a la mía, sonriendo.

—Yo haré que te relajes. Solo tienes que dejarme. —Lo intenta de nuevo, pero vuelvo a apartarle la cabeza. Entonces estira las manos y coge las mías. Una vez que las tiene bien agarradas, me aprieta los brazos contra el suelo. Lo hace con demasiada fuerza, me está haciendo daño en las manos y los hombros. Me retuerzo hacia un lado tratando de liberarme pero él deja caer su cuerpo sobre mis piernas y no puedo moverme. Aprieta con la cabeza, con los dientes, con la lengua; me duele e intento mover las piernas y las manos pero no puedo y él no quiere parar.

Vuelve a levantar la cabeza.

—Voy a hacer que lo disfrutes —susurra.

—¡Para! —exclamo, y trato de liberarme otra vez, pero es imposible, cada

vez me lame con más fuerza, hasta que de repente me suelta la mano derecha e inserta sus dedos con fuerza dentro de mí. Eso duele aún más—. ¡Basta! — grito, y olvidando el sofá, la alfombra y el chocolate, consigo incorporarme un poco y ruedo a un lado, golpeándome con las patas de la mesa baja. Me pongo de pie con dificultad, notando el dolor del golpe en el muslo y el hombro. Él también se levanta y por un momento pienso que me va a agarrar de nuevo, pero entonces alza las manos en señal de rendición y se echa hacia atrás.

—Perdona, Alison. Perdona. Creí que te gustaría —dice.

—Pues te has equivocado. —Hay una manta en el respaldo de uno de los sillones y me envuelvo con ella. Enciendo la luz para hacer balance de los daños en el salón. Hay una mancha marrón alargada en la alfombra. Me dejo caer sobre el sofá—. Lo siento. No quería ponerme tan tensa. Tal vez sea por estar aquí, en la casa...

—No tienes por qué disculparte. Debería haber parado cuando me lo has pedido. Me he dejado llevar —responde. Se sienta a mi lado y me ofrece su mano. Tras un segundo, la cojo, aunque sin fuerza—. Pero es que nunca me habías parado antes.

—Porque nunca he querido que parases. Algo no iba bien hoy —digo.

—Lo siento —insiste, y nos quedamos un rato cogidos de la mano.

El silencio se rompe con el pitido de un mensaje que llega a mi móvil en la cocina.

—Será mejor que vaya a ver quién es. Puede que sea... —Ni siquiera termino la frase y me levanto para ir a buscar el teléfono. Es un mensaje. De un número desconocido. Justo lo que necesitaba para culminar la noche.

«Putas asquerosas».

Genial. Le enseño el móvil a Patrick, que lo coge y lee las palabras.

—Joder. No irás a tomarte esto en serio, ¿verdad? —comenta.

—¿Qué quieres decir con eso? No me lo tomo de ninguna manera. Estoy harta —contesto.

Mira otra vez el mensaje y lo borra, luego apaga el teléfono y lo deja sobre la mesa baja.

—Por favor, ¿podemos no pensar en eso esta noche? Sea quien sea, no importa. Es absurdo. Solo ruido.

Me siento en el sillón enfrente de él, tapándome las piernas con la manta. Empiezo a notar frío.

—No es absurdo. Quiere decir algo. No puedo ignorarlo sin más.

—Sí puedes. Si quieres —replica él—. Sea quien sea, está buscando una reacción en ti. No le des esa satisfacción.

—Pareces un padre hablando a su hijo sobre los abusos del patio.

—¿Y qué? No quiero que se joda la noche.

—¿Y si ya se ha jodido? —Miro la alfombra manchada.

—Repito, solo si dejas que se joda. Ya te he dicho que lo siento. Me he dejado llevar.

—No es muy buena excusa.

—Es la mejor que tengo —dice, y se pone en pie. Se arrodilla en el suelo a mi lado y me rodea con ambos brazos hasta que por fin me relajo. Durante unos instantes, la cosa pende de un hilo, pero no soporto discutir. Lo cierto es que al final dejó lo que estaba haciendo y es posible que yo estuviera demasiado tensa.

—Empecemos la velada de nuevo. Voy a por más vino.

Va a la cocina. Enciendo el teléfono otra vez. Carl me ha escrito mientras estaba apagado para enviarme una foto de Matilda y su madre haciendo una tarta. La niña parece feliz, con las manos cubiertas de harina y los morros manchados de chocolate. De repente, me traga una ola de nostalgia y, al retirarse la ferocidad de ese sentimiento, me siento abandonada, despojada de todo lo bueno y puro. Estoy medio desnuda en mi salón, el mismo donde Tilly juega y ve la televisión, esperando a que un hombre que no entiende un no por respuesta vuelva para atosigarme otra vez. Si fuera una amiga mía, ahora mismo me gritaría a mí misma que deje de ser tan egoísta y estúpida. Mi hija es la única con quien debería estar poniéndolo todo perdido de chocolate. Se me hace un nudo en el pecho, se me tensa la mandíbula y empiezan a caerme lágrimas de los ojos.

Patrick vuelve a entrar en el salón con dos copas de vino. Se sienta a mi lado en el sofá. Me levanto y voy al sillón.

—Joder, Alison. Ya te he dicho que lo siento. —Se bebe la copa de vino de un solo trago.

—No es por eso —contesto.

—No me lo digas, otra vez te sientes culpable.

—Mira, Patrick, es complicado. —Mientras empiezo a explicárselo, vuelve a salir del salón y regresa con el resto de la botella de vino. Se rellena la copa, derramando vino sobre la alfombra para complementar el resto de manchas.

Me bebo el vino. El silencio se ensancha entre nosotros. Siento como si estuviera observando la escena de lejos, subida en una esquina en lo alto del salón, contemplando a dos personas convirtiéndose en desconocidos. Patrick respira hondo.

—¿Quieres un cigarro? Tengo —dice.

—No, gracias.

Se hace una larga pausa.

—Creo que será mejor que me vaya.

Me ciño aún más la manta.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Quieres que me quede?

—Patrick...

—Te suele gustar violento —insiste, con tono enfadado.

—Creo que es por estar en esta casa —explico—. Lo siento. No quería fastidiar la noche.

Estira la mano para tocar mi rodilla. Intento no apartarla.

—Evidentemente, ha sido demasiado para ti. Me voy a ir. —Se levanta—. Lo siento, Alison. Ha sido un error venir. Esta es tu casa, la casa de tu hija: este no es mi lugar.

Le sigo con la mirada mientras recoge su ropa por todo el piso de abajo. Una vez lo tiene todo, se viste. Me quedo en medio del salón observándole, con la manta bien ceñida. Estoy intentando no llorar, pero el nudo que tengo en la garganta no para de crecer y me empieza a temblar la boca. Quiero que se vaya, pero también que se quede, y si digo una sola palabra esta presa va a reventar y entonces lloraré de verdad.

Ya está vestido, calzado y abrigado. Coge su bolsa, se inclina y me besa en la frente.

—Te llamaré.

Y, con eso, desaparece. Siento una bofetada de aire frío cuando abre la puerta de entrada y la cierra. Me quedo donde estaba. Cuando noto que el nudo de mi garganta se ha deshecho un poco, me sirvo más vino. Apago las luces del piso de abajo y me preparo un baño. Tengo las manos pegajosas y los pies fríos. Me quedo un buen rato en la bañera, hundiendo la cabeza bajo el agua. Mis orejas están llenas de agua y no oigo nada más que las tuberías repicando al apagarse por hoy la calefacción central. Cuando me incorporo, el agua ya está tibia y tengo los dedos arrugados y ligeramente azules. Oigo mi móvil sonar una y otra vez en el piso de abajo, pero me meto en la cama y me

hago un ovillo, con la cabeza mojada sobre la almohada.

No esperaba dormirme fácilmente, pero el sueño viene como una ola tras otra y me va sumergiendo. Mi teléfono sigue sonando y su melodía se entreteje en mi cerebro como una nana. No sé cuántas veces más suena durante la noche; yo ya estoy fuera de combate, mientras Patrick y Carl rondan mis sueños al ritmo de su llamada.

Carl y Matilda vuelven a casa el domingo. La niña se pega a mí como una lapa, y me enseña los dibujos que ha hecho durante el fin de semana. Carl parece indiferente, solo responde a preguntas directas e, incluso entonces, es bastante seco. La casa está impoluta, me he asegurado de sacar brillo hasta a la última superficie en estos dos días sola, y las fotos de Tilly vuelven a estar en su sitio. Les he preparado pollo y macarrones con queso, y la niña los devora. No hace falta recordarle su breve coqueteo con el vegetarianismo, me alegra que se le pasara tan rápido. Carl también come, pero engullendo sin mirar la comida. Y tampoco creo que la saboree, pero al menos no le encuentra ninguna pega.

Después de la cena, subo a bañar a Matilda y le leo un cuento. Nada más terminar de cenar, Carl se deja caer en el sofá del salón y enciende su portátil. Le pregunto si quiere ayudarme con la niña, pero me gruñe algo incomprensible sin siquiera volver la cabeza. Lo tomo como un no. Matilda se me abraza mientras le cepillo el pelo y se lo seco, y antes de las ocho y media ya está dormida. A mí también me dan ganas de meterme en la cama, presintiendo las horas de tenso silencio que nos esperan a Carl y a mí. Me detengo en lo alto de la escalera, armándome de valor.

—O sea, que habéis pasado un buen fin de semana —digo, sentándome enfrente de él en el salón. La mancha marrón sobre la alfombra casi no se ve: el sábado me pasé un buen rato limpiándola, echando capa tras capa de Vanish para eliminar cualquier rastro de lo ocurrido el viernes por la noche. Trato de no mirar la leve sombra que ha quedado, pero en realidad tampoco importa, dada la atención que me está prestando Carl—. ¿Bien, el fin de semana? —insisto, al ver que no responde a mi primer comentario.

—¿Qué? Ah, sí. Está bien salir unos días —contesta, sin apartar la vista del ordenador. Me gustaría arrancárselo de las manos.

—Muy bonitas las fotos que me mandaste. —Estoy decidida a no rendirme.

—Sí..., sí —murmura. Haga lo que haga en esa pantalla, debe de ser fascinante.

—Carl, ¿me puedes mirar?

—Solo intento trabajar un... —comienza a decir, pero le interrumpo quitándole el portátil. Trata de recuperarlo pero yo cierro la tapa y lo dejo en la estantería detrás de mí.

—Devuélveme el ordenador —sisea. Parece furioso. Pero al menos me está mirando.

—No. Tenemos que hablar.

—No tenemos que hablar. Quiero que me devuelvas mi ordenador — repite. Se levanta y va hacia el estante para recuperarlo, pero me adelanto a él. Lo cojo y lo protejo con ambos brazos. Tendrá que quitármelo a la fuerza.

—No me obligues a hacerte daño —susurra. Aparentemente va en serio, porque me agarra ambos brazos e intenta separarlos haciendo palanca.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Me echo hacia atrás, apartándole con el codo.

—¡Devuélveme el ordenador! —grita directamente en mi cara.

—¡Vale, toma tu puto ordenador! —Me retuerzo hacia un lado y lo dejo en el suelo, empujándolo con fuerza para alejarlo. Se desliza sobre la alfombra y acaba golpeando contra la pared. Carl sale disparado a por él y lo coge preocupado, se vuelve a sentar en el sofá y lo enciende.

Al remangarme el jersey veo unas marcas rojizas sobre mis brazos.

—Me has dejado moretones —digo. Él ni siquiera levanta la vista—. Carl, me has hecho daño en los brazos, joder. ¡Mírame, coño! —Estoy tan consternada ante la fuerza física de su respuesta que me da igual cuánto le pueda molestar.

Finalmente, me mira.

—No deberías habérmelo quitado.

—Tenemos que hablar. Te niegas a hablar conmigo. Nunca me habías hecho daño y te estás comportando como si te diera igual. —Aunque no era mi intención, rompo a llorar y mis palabras empiezan a salir como un aullido incoherente.

—Es que no sé qué hay que decir —contesta.

—¿Nos vamos a separar? ¿Quieres el divorcio? —Ahora ya estoy

sollozando.

—Alison, yo... —Parece como si fuera a decir algo profundo, pero no lo hace. Se ha quedado mirando la puerta. Espero a que hable acallando mis sollozos, y entonces veo por qué ha parado. La puerta se está moviendo muy lentamente y al otro lado se oye un tenue sonido de alguien llorando. Carl va hacia la puerta y, cuando la abre, veo a Matilda ahí de pie, abrazada a Elefante Rosa, con la cara totalmente arrugada. La coge en brazos y la niña se derrumba sobre su hombro.

—¿Os vais a divorciar? —dice cuando por fin está lo bastante calmada como para hablar.

—No —contestamos al unísono.

—Os he oído discutir. He bajado y he oído a mami decir divorcio. Odio cuando os peleáis. Por favor, parad. —Empieza a llorar otra vez.

Siento como si alguien me incrustara la mano en el estómago, me agarrara de las entrañas y me las retorciera muy, muy lentamente. Tengo un dolor en el pecho, un nudo que extiende sus tentáculos fríos. Carl también parece afectado y su gesto de indiferencia se ha convertido en preocupación por Matilda. Se sienta colocándola sobre su rodilla y la abraza.

—Carl, tenemos que hablar. Mira lo que esto le está haciendo a Matilda. A todos nosotros. —Sé que estoy suplicando, pero no me importa. Algo tiene que romper este *impasse*.

Se reclina en el sillón, con Matilda apoyada contra él. Hay algo en su expresión que no soy capaz de leer: quizá sea derrota. O tal vez agotamiento.

—Vale, hablaremos. Luego —dice. Mueve a Matilda sobre su rodilla para que le mire a la cara—. Tilly, cielo. Siento que nos hayas oído discutir, pero ahora mismo mami y papi no se llevan muy bien. Eso no significa que nos vayamos a divorciar, pero sí estamos peleándonos. ¿Recuerdas cuando discutes con tu amiga Sophie en el cole?

Continúa hablándole pero no logro seguir sus palabras. Me resbalan hasta que casi ha terminado.

—... pero arreglaremos nuestros problemas porque somos tu mamá y tu papá y te queremos mucho —dice, incluyéndome de nuevo.

Asiento y me acerco para arrodillarme junto a ellos. Rodeo a Matilda con mi brazo, tratando de no tocar a Carl pero sin lograrlo. Al menos no se aparta y eso me parece un comienzo.

—Es verdad, cariño. Te queremos mucho —comento.

Una vez que se ha calmado del todo, la subimos a la cama y nos quedamos con ella hasta que está dormida y respira profundamente. Carl vuelve abajo primero y yo le sigo despacio, esperando que tal vez quiera hablar ahora.

—Por eso es tan importante, Carl. Por Matilda. No solo por nosotros. Tenemos que solucionar esto por ella. ¿No estás de acuerdo? —digo.

Su mirada es hostil. O tal vez solo cautelosa. Está intentando calibrar mi sinceridad. Y lo puedo entender.

—Siento lo que ocurrió la semana pasada. Cuando nos fuimos. No pretendía emborracharme tanto: no sé qué pasó.

—Nunca lo sabes... —Aunque habla bajo, las palabras me llegan bien claras.

—Dame un respiro, por favor. Lo estoy intentando. Lo siento mucho. Voy a esforzarme todo lo que pueda.

—Te va a hacer falta más que eso. Ya lo has dicho muchas veces. —Reclina la cabeza en el sofá y cierra los ojos. Parece derrotado.

—Dame otra oportunidad. Tenemos que intentar arreglarlo por Matilda —respondo.

Suspira, abre los ojos y me mira directamente por primera vez desde que volvieron de casa de su madre. Mejor dicho, por primera vez desde que me dejó en Brighton. Nos quedamos mirando durante unos segundos hasta que él aparta la mirada.

—Estoy cansado, Alison. Cansado de tanto drama. Quiero calma y tranquilidad. Quiero poder trabajar y cuidar de nuestra hija, no tener todo este... espectáculo constantemente —dice.

—Yo también lo quiero. Es todo cuanto he querido siempre —contesto.

—Sé que eso es lo que piensas. —Su voz suena casi amable—. Pero ahora mismo no me creo que sea verdad. No sabes lo que quieres. Y nos está matando.

No, no quiere decir lo que eso podría querer decir, porque sé que es imposible que sepa lo de Patrick, pero el corazón me da un vuelco y de repente siento la lengua seca e hinchada. Y entonces me golpea un subidón de adrenalina.

—Pero es que no soy solo yo. Hace un par de años que pasas completamente de mí. Sobre todo desde el verano del año pasado. Fuiste tú quien dejó de querer follar. Me lo has dejado claro muchas veces.

—¿Ves, Alison? A esto es a lo que me refiero. ¿Por qué lo llamas follar?

Entre nosotros debería ser hacer el amor. No voy a «follarme» a mi mujer — dice, ladeando la cabeza como preocupado de que pueda ser tan obtusa y tan torpe al hablar. Tan grosera.

—Follar o hacer el amor, llámalo como quieras: eres tú quien perdió todo el interés hace dos años. Lo sabes perfectamente. Dijiste que estabas estresado y ahí se acabó todo. No me puedes culpar de eso.

—El matrimonio es más que sexo. Es un edificio entero. Somos socios en este viaje, Alison, y viajamos juntos para construir la mejor vida posible para nuestra hija. —Sonríe. Me da la impresión de que va a darme una palmadita en la cabeza.

—Deja. De. Llamarme. Alison. ¡Joder! —Ya he tenido bastante.

—No grites. Vas a despertar a Matilda.

Reprimo el grito soltando un puñetazo al brazo del sillón. Duele. Me agarro la mano y, cuando nuestras miradas se vuelven a encontrar, por un instante creo que vamos a echarnos a reír de lo absurdo de nuestra actitud, disipando así toda la agresividad. A ver, somos nosotros: Carl y yo. Llevamos casi toda nuestra vida adulta juntos. Lo hemos vivido todo. Sin embargo, ese instante pasa y su expresión vuelve a endurecerse.

—Vamos a intentar sacar esto adelante, Alison. Por Matilda. Pero tendrás que ser bastante más madura con todo ello. En lo bueno y en lo malo, ¿recuerdas?

Malo. Peor. Pésimo. Aún noto una burbuja de risa en la garganta, pero no sería apropiado soltarla en este momento. Carl no está para risas. No reconozco la expresión que ha esculpido en sus rasgos, pero entonces caigo en la cuenta: ahora es el Carl terapeuta, con el ceño fruncido de pura sinceridad. Detengo ese pensamiento y lo reprimo. Puede que él iniciara algunos aspectos de la podredumbre de nuestra relación, pero yo he dejado que siga creciendo. Y soy yo quien se está follando (sí, definitivamente, follando) a otra persona. Me recuerdo que todo esto es por Matilda. Voy a ser una persona mejor por ella, una madre mejor, una esposa mejor.

—Lo recuerdo. En lo bueno y en lo malo. Conseguiremos que funcione, lo prometo —digo.

Esta vez no discute. Tras unos segundos, extiende su mano hacia mí y yo la cojo. Sus dedos están fríos y, aunque sé que tengo las manos ardiendo y sudorosas, no la aparta. Tampoco me la aprieta, pero con esto es suficiente.

Apenas logro dormir por la sensación de que Carl me evita al otro lado de la cama. Hay un puente tambaleante tendido sobre el hueco que nos separa, pero no aguantará mucho. El lunes por la mañana, me levanto a las seis y voy temprano al bufete: soy incapaz de enfrentarme a otra pelea. Dejo una nota sobre la mesa diciendo que me he ido a trabajar, con las palabras «Te quiero» garabateadas al final. Que decidan ellos para quién es. El autobús está vacío, las calles desiertas, y no tardamos nada en llegar a Fleet Street. Debería salir así de temprano más a menudo. Temple también está deshabitado y solo un puñado de luces aisladas delatan a los abogados más abnegados en su puesto de trabajo.

Al pasar por delante de los edificios a oscuras pienso en mi época de prácticas: aquel tutor que tuve, adicto al trabajo, siempre clavado delante de su mesa a las siete de la mañana como tarde, y el último en abandonar los despachos por la noche. También tuve otro tutor al que encontraban a menudo durmiendo la mona bajo su mesa, y que siempre era el primero en animarnos a beber y salir hasta tarde. Hace quince años, era demasiado ingenua como para darme cuenta de la similitud entre ellos, y solo percibía las enormes diferencias de sus caracteres. Sin embargo, ahora entiendo que ambos trataban de huir de su hogar, igual que hago yo ahora. Uno me emborrachaba con procuradores, el otro apenas podía ocultar su decepción conmigo y con mi hábito de beber, y me hablaba con un rechazo apenas velado mientras enviaba los documentos que yo preparaba para él prácticamente con mis mismas palabras, y sin pagar. Con ellos desarrollé mi habilidad para sobrellevar las resacas y redactar documentos legales, y es posible que también asimilara por ósmosis este talento para joderme la vida. Tal vez sea algo que va con la peluca y la toga, esa infinita capacidad de aguantar sandeces que funciona con los acusados pero que se atasca en cuanto se aplica a alguien ajeno al mundo de la justicia penal.

Al llegar a la puerta del bufete, aparto todos esos pensamientos de mi mente. Por mucho que intente achacarlo a fuerzas externas, mi matrimonio sigue estando jodido. Carl ni siquiera es capaz de mirarme a la cara y empiezo a cansarme de su autoproclamada perfección. Puede que él sea mejor que yo con Matilda, pero es que ha tenido más práctica. Hace de Papá Canguro mientras yo estoy aquí fuera, ganando dinero para pagar toda la maldita historia. Noto que me estoy enfadando por momentos y mis

pensamientos empiezan a descontrolarse. Abro de un empujón la puerta de la oficina y voy a mi despacho: ahí está Matilda sonriéndome desde su foto sobre la mesa. En este momento siento una punzada de culpa que me arranca del bucle de pensamientos rabiosos: todavía no he comprado un marco nuevo, ¡la mierda de madre golpea de nuevo! Me dejo caer en la silla y hundo la cabeza entre las manos.

Tras un par de segundos oigo a alguien toser en la puerta del despacho. Levanto la vista y veo que es Mark, el secretario.

—Ha llegado pronto —comento.

—Ya. Hay mucho que hacer esta semana. Tenemos que organizar un nuevo sistema de archivos en la sala de secretarios, así que me pareció buena idea venir un poco antes hoy. ¿Y usted? —dice.

—No podía dormir, así que he venido a hacer papeleo. Siempre hay algo.

—Cierto. Aquí tiene un poco más. —Me entrega unos documentos—. Llegó el viernes.

—Yo no estaba —contesto, aunque no hace falta que lo diga. Lo sabe perfectamente. Paro de hablar y me pongo a mirar el documento. Es una declaración de James, el hijo de Madeleine, enviada por la acusación. Con fecha del jueves pasado.

—¿Cuándo nos la notificaron? —pregunto.

Mark se encoge de hombros.

—No lo sé. Llegó con el último mensajero, sobre las seis de la tarde del viernes. Es lo único que le puedo decir. Perdona, pero tengo que seguir...

—Sí, claro. Muchas gracias.

Antes de leerla, llamo a Patrick para preguntar cuándo entró la declaración y qué opina de que James testifique. Ni siquiera han dado las ocho y dudo que lo coja, pero al tercer tono contesta.

—¿Va todo bien?

—Sí, bien. Oye, quería preguntarte sobre...

—¿... lo que pasó el viernes? Lo siento, me porté como un cretino. Es posible que me acojonara estar en tu casa —dice.

La disculpa me coge desprevenida. No esperaba una declaración plena y sincera de cretinismo.

—No era de eso de lo que quería hablar. Pero gracias. Y siento que te acojonara —contesto.

—Fue una velada maravillosa. Me encantó la cena. Pero fui un gilipollas y

lo siento. ¿Estoy perdonado?

—Eh..., sí, claro. Por supuesto que lo estás. —Sé que se pasó de la raya, pero al final paró. Y yo tampoco estaba tan relajada como de costumbre con él. Como bien dijo, normalmente me gusta el sexo un poco violento—. Mira, no pasa nada. En realidad, quería hablar contigo sobre la declaración de James. ¿De veras pretenden llamar a su hijo a testificar contra ella?

—No creo que quieran. Estuve charlando un poco con la abogada de los servicios de protección a la infancia que está con el caso. Pero sí es relevante sobre el estado de la relación.

—Supongo que sí. ¿Madeleine ha podido hablar con él? —digo, y entonces me callo. Hojeo los documentos hasta dar con los términos de la condicional para refrescar mi memoria. Claro que no ha podido hablar con él: ningún contacto con testigos de la acusación. Sea quien sea.

—En fin, lee la declaración. No creo que nos haga ningún daño —continúa—. Sigo pensando que deberíamos poder rebajarlo a homicidio con la declaración que le sacaste a Madeleine.

—Lo haré. ¿Por qué no mencionaste esto el viernes por la noche?

—Lo siento, se me fue de la cabeza por completo. Tenía otras cosas en las que pensar, ¿recuerdas?

Sí que me acuerdo. Parte de la noche fue hasta divertida.

—Cierto.

Se hace una pausa. Cuando estoy a punto de decir algo, cualquier cosa para llenar el silencio, Patrick se me adelanta.

—Alison, sé que me repito, pero lo siento mucho. Me entusiasmé demasiado. Debería haberte respetado cuando dijiste que no.

Empiezo a contestar pero él sigue insistiendo.

—La próxima vez no volverá a pasar.

—¿La próxima vez? —salto.

—Sí, la próxima vez. Quiero verte más, Alison. Mucho más. Esto ha sido un toque de atención para mí. Llevo todo el fin de semana pensando en ello. He estado todos estos años yendo de flor en flor, evitando el compromiso. Puede que haya llegado el momento de dejar de huir. No puedo parar de pensar en ti.

—¿De verdad?

—Sí. En serio. Lo nuestro podría ser algo especial. Mira, ¿podemos hablar de esto más tarde? Tengo que irme al juzgado —dice, y entonces cuelga.

Me quedo mirando el teléfono en la mano, como si fuera a decirme algo más de los pensamientos que Patrick me acaba de revelar. «¿Algo especial?». Las mejillas me arden y por un momento siento un rubor cálido en el pecho, pero entonces me inunda la realidad. Sí que podría, si no fuese por el pequeño inconveniente de que ya tengo un marido y una hija. Patrick está cambiando las reglas del juego, ofreciéndome un futuro que nunca se suponía que iba a estar sobre la mesa. Si es que he de creer lo que está diciendo, si es que sus palabras no provienen del sentimiento de culpa por haberse pasado de la raya. En este momento, vuelvo a ver la foto de Matilda y se me encoge el corazón. No importa lo que sienta Patrick: Carl y yo tenemos que arreglar las cosas. De alguna manera.

Vuelvo a centrarme en la declaración de James.

Me llamo James Arthur Smith y tengo catorce años. Estoy en noveno curso y voy a un internado llamado Queens School, en Kent. Entré hace poco más de un año. Antes iba a un colegio cerca de mi casa, en Clapham. Hasta que me fui al internado, vivía en casa con mi madre y mi padre, aunque mi padre viajaba mucho por trabajo.

Ahora paso todas las vacaciones en casa, y, además de la semana de vacaciones a mitad de trimestre, podemos también elegir otro fin de semana para ir a casa durante el trimestre. Volví al colegio el 5 de septiembre y, aunque acababa de empezar el curso, decidí irme a casa a pasar el fin de semana el 15 de septiembre porque un amigo de primaria daba una fiesta. Llegué el viernes por la noche. Mamá cocinó y cenamos en casa. Papá estaba fuera trabajando y no llegó hasta más tarde. Yo ya me había ido a la cama, pero oí que discutían mucho. Papá estaba gritando y mamá lloraba. Al final me quedé dormido. No bajé al piso de abajo para ver lo que pasaba porque a papá no le gusta que lo haga.

El sábado me desperté bastante tarde. Desayuné solo porque mamá y papá habían salido. Había un montón de cristales rotos en un lado de la cocina. Parecía como si los hubieran barrido y los hubieran dejado amontonados. Creo que era una botella. No la había oído romperse la noche anterior, así que no sé qué pudo pasar. Miré por la casa para ver si había sangre, pero no la había. Envolví los cristales en papel de periódico y los metí en el cubo de la basura porque pensé que preferirían no verlos cuando volvieran a casa. Recogí las cosas del desayuno y subí arriba a

vestirme y a hacer mis deberes.

Mamá y papá volvieron sobre las once. No sé dónde habían ido y tampoco se lo pregunté. Es mejor no hacer preguntas cuando han discutido. Bajé al piso de abajo y estuve hablando con ellos. Mamá estaba un poco nerviosa y parecía haber estado llorando, y papá no dijo gran cosa. Pero luego comimos juntos y estuvo bien. Mamá hizo tostadas con queso porque sabe que es mi plato favorito.

El sábado por la noche salimos a cenar a un restaurante especializado en carnes. No se hablaban entre ellos, solo conmigo. Yo no sabía si papá estaba enfadado así que intenté no equivocarme con lo que decía. Yo bebí Coca-Cola y ellos se tomaron dos botellas de vino. Creo que papá se bebió un whisky también. Casi siempre lo hace. Después de cenar fui a la fiesta. Cogí el metro allí porque estaba justo en Balham pero luego volví a casa en un Uber. Mamá me ha instalado la aplicación en el móvil. La fiesta estuvo bien. Había algo de alcohol pero no lo probé: no me gusta cómo me sienta y me da la impresión de que hace que la gente se enfade. Llegué a casa justo antes de las once, que es mi hora de llegada. Mamá y papá seguían despiertos. Creo que papá había bebido más, porque se tambaleaba cuando estaba de pie y tenía la cara muy colorada. Los ojos también los tenía rojos y llorosos. Estaba de muy mal humor, aunque no sé por qué. En cuanto entré por la puerta vino corriendo hacia mí gritando que llegaba tarde pero yo sabía que era antes de mi hora. Me empujó contra la puerta, que se cerró de golpe, y empezó a darme puñetazos en la cabeza y por el cuerpo. Mamá estaba detrás de él, gritando y tirándole del brazo. Yo me hice un ovillo y me fui al suelo, no porque me tirase él, sino para protegerme. Tenía los brazos doblados sobre la cabeza.

Me dio dos patadas en las piernas y entonces paró. Creo que porque estaba cansado, no porque quisiera dejar de hacerme daño. Tenía la cara muy, muy roja, incluso más que antes. Respiraba con un silbido, abriendo y cerrando la boca. Finalmente me dijo: «Fuera de mi vista. No quiero volver a verte». Corrí arriba y me encerré en mi cuarto poniendo una silla debajo del pomo de la puerta. Me envolví en el edredón y me quedé sentado en el suelo tratando de oír si le hacía daño a mamá, pero no oí nada y al final me quedé dormido.

Pensé en llamar a la policía, pero a la larga siempre empeora las cosas. Que yo sepa han venido a casa dos veces después de una pelea de mamá y

papá, pero nunca han detenido a papá, y luego él siempre encontraba la manera de hacer todavía más daño a mamá. No recuerdo exactamente cuándo fue. Una creo que fue hace tres años, y la otra, la Navidad pasada, porque a papá no le gustó que mamá hubiera pensado más en mis regalos que en el suyo.

A la mañana siguiente, mamá me despertó muy temprano llamando a mi puerta. Yo estaba dormido en el suelo. Al abrir la puerta, vi que llevaba la misma ropa que la noche anterior. Estaba arrugada, como si hubiera dormido con ella puesta, y olía un poco raro. No dijo nada. Se llevó un dedo a los labios para que no hablase, entró en mi habitación y empezó a hacerme la maleta. Al final la hice yo porque ella no sabía lo que quería llevarme. Se sentó sobre mi cama. Me vestí y luego bajamos al piso de abajo. Al pasar junto a su dormitorio oí a papá roncando. Mamá abrió la puerta de entrada y nos quedamos allí, me dio cincuenta libras y me susurró: «Estoy bien. Vuelve al colegio. Te llamaré esta noche». Le di un beso y esa fue la última vez que la vi. No me llamó aunque me había dicho que lo haría, y cuando intenté yo llamarla solo me saltaba su contestador. El lunes, el director del internado me contó lo que había pasado.

Yo quería a papá, pero no me gustaba cuando se enfadaba y cuando nos gritaba a mamá y a mí. Sé que no era el tipo de hijo que él quería porque me ponía enfermo muy a menudo y él quería alguien a quien le encantaran el fútbol, el rugby y el críquet en verano. A mí me gustan esos deportes, pero tampoco demasiado, y nunca he estado en el primer equipo, ni siquiera en el segundo. Solía decir que era patético y que era peor que tener una niña en casa. Ese sábado no fue la primera vez que me pegaba, pero desde luego sí la peor.

Me gustó marcharme a un internado porque ya no quería escuchar sus peleas. Me preocupaba mucho mamá y no estar allí para cuidarla, pero ella decía que estaría más triste si me quedaba en casa y veía todo lo que pasaba.

No he visto a mamá desde que murió papá. Creo que no se lo han permitido, y en el colegio he estado bien. Todo el mundo está siendo muy amable.

Ojalá se hubieran separado hace años. Parecía que se odiaban y no sé por qué seguían juntos. Si se hubieran divorciado, quizá las cosas habrían ido mejor. Nunca quise que se divorcieran pero, si lo hubiesen hecho,

papá quizá seguiría vivo y mamá no estaría en la cárcel.

Dejo la declaración, con las últimas frases resonando en mi cabeza. Vuelvo a mirar a Matilda. Carl y yo no hemos llegado al punto de matarnos, ni mucho menos, pero tampoco se puede negar que el aire entre nosotros está envenenado. Reprimir el miedo, caer en picado en un abismo de separación y discusiones sobre custodias y dinero: intento enumerar los pasos prácticos que podría tomar. Puede que sea el momento de ser valiente, de romper el *impasse*. Nuestra casa tiene que valer algo, viendo cómo han subido los precios. Podríamos venderla y dividir el dinero. Podría comprar un apartamento más a las afueras, o vivir de alquiler en algún sitio. Si es solamente para Matilda y para mí, tampoco tiene que ser gran cosa, ni demasiado grande. Y las cosas no pueden seguir así entre Carl y yo. La idea de un futuro con Patrick se cuele otra vez en mi mente, pero la rechazo; antes que nada, tengo que afrontar la situación con Carl.

Dejando esos pensamientos a un lado, vuelvo a leer la declaración de James, fijándome en todos los detalles importantes. Una reunión más con Madeleine, y tendré la defensa lista. A primera hora de la tarde llamo a Patrick para repasar con él mi enfoque de la declaración y hablamos un rato, su voz cálida, como si se alegrara de oírme. A continuación, recojo el expediente y me voy a casa. El caso avanza despacio, pero ahora tal vez estoy llegando a alguna parte.

Al día siguiente, llego a casa de Francine a las dos. Por primera vez parece contenta de verme y casi se acerca a saludarme con un beso, pero entonces recuerda que la nuestra es una relación profesional, no de amistad. Madeleine por su parte no se reprime, y salta del sofá del salón para venir a abrazarme. Sugiero que vayamos a la cocina para que pueda extender las declaraciones más fácilmente.

—¿Les ha llegado una copia de la declaración de James?

—Sí. —Una vez desaparecida la exaltación inicial, la voz de Madeleine suena apagada.

—Aunque es una declaración de la fiscalía, en mi opinión respalda el contexto que expone en su versión de los hechos, Madeleine. Creo que nos ayudará. Si no le llaman a declarar, que creo que es lo que ocurrirá, podemos hacerlo nosotros. —Intento sonar positiva.

—Me respalda porque estoy diciendo la verdad sobre lo que pasó — contesta. Por un momento, parece como si me estuviera atacando por necesitar su confirmación, pero su cara no expresa enfado.

—Claro, claro, solo lo decía desde el punto de vista del procedimiento...

—Lo sé, Alison, no se preocupe. Es que es horrible leer lo que James sentía con todas esas discusiones. —Clava la mirada en la mesa durante un instante, luego se obliga a sonreír—. Pero sí, es una ayuda. Lo entiendo.

—Bueno, ahora tenemos un informe psiquiátrico más favorable, testimonios de su médico y su amiga, y la declaración de James. También hay informes médicos que respaldan nuestra versión. Todo empieza a encajar — digo, procurando mantener el tono alentador.

—Pero nadie vio lo que pasó aquella noche. Nadie estaba allí el domingo. Ellos tendrán que decidir si me creen, ¿no? —replica.

—Sí. Aunque, como ya le he explicado, el resto de las pruebas corroboran

la historia que hay tras lo ocurrido esa noche. Pone sus actos en contexto — respondo.

—Sí, lo entiendo. ¿Podría leer otra vez mi declaración?

—Claro. —La saco del montón y se la doy. Se inclina sobre ella y la lee, mientras yo reviso una copia que tengo en la carpeta. Me sé de memoria el relato que elaboré a partir de las palabras deshechas que murmuraba cuando comimos en Jasper's. Lo he estudiado tanto que se me ha grabado en la memoria: los primeros momentos de la relación, cómo empezó la violencia, lenta e insidiosamente. Las lesiones, leves y graves. Las humillaciones, el quitarle autoridad, escupirla y arañarla, tirarle del pelo y tocarle los puntos más sensibles de vergüenza y degradación. Las veces que se tuvo que ocultar un ojo morado a base de maquillaje y decir que se había golpeado con la puerta del coche. Las excusas a sus amigas, a su médico, a otros padres de la clase de James. Cómo intentó proteger al niño de la situación a lo largo de los años, mantenerle alejado de la ira de Edwin mientras ella se llevaba la peor parte.

Ya no podía proteger más a James. Había crecido demasiado. Era más alto que yo, casi tanto como Edwin. Edwin no aguantaba que hubiese otro hombre en la casa. En una ocasión, a principios de mayo de este año, James se encaró con él por algo, no recuerdo qué. Salió de casa y Edwin se volvió contra mí, pegándome y diciendo que estaba volviendo a James en su contra, que estaba descontrolado y necesitaba que le dieran una lección. Creí haber conseguido calmar su arranque de ira, asegurándole que James le respetaba, pero, cuando volvió a casa esa noche, Edwin le tiró al suelo a puñetazos y le dio un par de patadas. Yo le aparté, pero sabía que solo era cuestión de tiempo que volviera a ocurrir. En verano, mandé a James a campamentos deportivos durante prácticamente todas las vacaciones, y cuando volvió al colegio en otoño creí que las cosas irían mejor, al menos por un tiempo. Pero él insistió en venir a casa aquel fin de semana para la fiesta. Yo intenté disuadirle, lo intenté, pero no quiso escucharme.

Edwin dijo que estaría fuera por trabajo y entonces no me preocupé tanto, pero al final le cancelaron el viaje en el último momento. El jueves le dije que James venía a pasar el fin de semana y se enfadó muchísimo, diciendo que la casa no era una puta guardería. Sus palabras exactas

fueron: «¿Por qué coño le has dejado? ¡Esta casa no es una puta guardería! No le pago el internado para que no esté nunca allí». Intenté tranquilizarle pero no quería escucharme. «¡Pues mañana saldré por ahí, joder!». Eso dijo.

James llegó a casa el viernes, sobre la siete. Al final Edwin salió, y para mí fue un alivio. Hice un pastel de pescado para James, cenamos juntos y vimos un poco la televisión. James se fue a la cama sobre las diez y media y yo me quedé viendo una película. Edwin llegó a casa sobre las doce. Estaba borracho y cuando olió el pastel de pescado se puso como una hidra, acusándome de haber apestado la casa a propósito. Fue furioso hacia la cocina. Le seguí, sin saber qué iba a hacer, y, cuando estábamos los dos allí, cogió el plato del pastel y me lo tiró. Yo me agaché y dio a la pared. No se rompió, pero lo que quedaba de pastel se desparramó por el suelo. Edwin me agarró, me hizo tirarme al suelo, me arrastró hacia el pastel y me aplastó la cara sobre él. Empezó a metérseme por la nariz y por la boca, no podía respirar entre los trozos de huevo, salsa y abadejo ahumado. El olor era asqueroso y me entraron ganas de vomitar. Intenté soltarme pero cada vez me empujaba con más fuerza y me costaba más y más respirar. Me dolían mucho el cuello y los hombros. Y, cuando ya creía que me iba a asfixiar, me soltó. Intenté incorporarme, pero entonces empezó a gritarme que me comiera lo que quedaba, diciendo: «¡Limpia esa porquería que has dejado, maldita puta!». Así que me incliné y empecé a comer. Cuando Edwin se pone así, es mejor no discutir. Simplemente hay que hacer lo que dice.

Madeleine se detiene en esa parte, a juzgar por la página que tiene en la mano. A mí también me dejó helada cuando me lo contó en la vinoteca. Para mí, ella es la personificación de la compostura. Cada vez que la veo está impecable. Patrick también me lo comentó, que, incluso cuando la fue a ver a la cárcel, estaba arreglada. Me resulta casi imposible imaginarla de rodillas, comiendo restos de pastel de pescado del suelo. Suspira y continúa leyendo para sí. Yo hago otro tanto.

Comí todo lo que pude, pero aún quedaba un poco en el suelo. Edwin me dio una patada en la espalda. «Te has dejado un poco. Más vale que lo lamas». Empecé a lamer el suelo. Sentía náuseas y una vergüenza

espantosa de estar en aquella posición. También me aterraba que James bajara y viera lo que estaba pasando. Edwin se apartó de mí y entonces oí un enorme estruendo de cristal rompiéndose junto a mi cabeza. Un trocito saltó y me dio en la mejilla. Me escocía. Se formó un charco de vino en el suelo. «He pensado que te apetecería un poco de vino con la cena», dijo, riéndose. No me atrevía a levantar la cabeza ni a dejar de lamer el suelo, pero tenía miedo de que me aplastara contra los cristales. Su risa era cada vez más histérica, luego parecía que estaba llorando, pero temía mirar para comprobarlo. Entonces me dio otra patada en la espalda, salió de la cocina y empezó a subir las escaleras. Le oí subir al piso de arriba. Dio un portazo y todo se quedó en silencio. Esperé una media hora en el suelo de la cocina para asegurarme de que ya no iba a bajar. Luego limpié todo y apilé los cristales a un lado. Fregué el vino y los restos de pastel de pescado. Desde la planta baja vi a través de la barandilla de la escalera que la puerta de nuestro dormitorio estaba cerrada, así que creí mejor dormir en el sofá.

A la mañana siguiente Edwin me despertó temprano, sobre las siete. Era una persona distinta. «¿No te dejaba dormir con mis ronquidos? ¿Por eso te has bajado?», dijo. Me propuso que saliéramos a desayunar. Yo dije que sí y me lavé y vestí rápidamente antes de que cambiara de idea. No me gustaba dejar a James allí sin decir nada pero me pareció mejor no recordar a Edwin que estaba en casa. Subimos al Wolseley en un taxi. A Edwin le gusta ese lugar. Él tomó un desayuno inglés completo y a mí me pidió unos huevos revueltos con salmón ahumado. No tenía mucha hambre, pero hice lo que pude para comérmelo, a pesar de que el olor del pescado me daba un poco de náuseas. Edwin estaba amable y encantador, no dejaba de bromear y poco a poco empecé a relajarme.

Después de desayunar cogimos un taxi y llegamos a casa sobre las once. James debió de levantarse antes, porque los cristales ya no estaban en la cocina. Me entristeció mucho pensar que mi hijo hubiera tenido que limpiar los restos de nuestras peleas. Me sentía culpable porque mi labor era protegerle, no al revés, limpiando el desorden para que Edwin no volviera a enfadarse. Pero Edwin estaba más tranquilo. James bajó y estuvimos charlando sobre sus deportes y cómo le iba en las clases. Hice tostadas con queso y la verdad es que todo iba bastante bien. Empezaba a sentirme menos nerviosa.

Por la tarde, los tres nos pusimos a hacer nuestras cosas. James tenía deberes y yo un poco de lectura para la próxima exposición en la galería. Edwin se pasó toda la tarde en su despacho y procuré no molestarle. Reservé en un restaurante que sé que le gusta para cenar juntos los tres. Comimos bistec y bebimos algo de vino. Edwin también se tomó un whisky después de la cena. Es posible que hubiera bebido algo antes, no lo sé. Tomó mucho más vino que yo.

Después de cenar, James se fue a la fiesta en Balham y Edwin y yo nos marchamos a casa. Bebió un poco más de whisky y empezó a quejarse de que James hubiera salido, diciendo que había venido a vernos a nosotros. Cometí el error de decirle que creía que no quería a James en casa, y me dio un par de bofetadas por llevarle la contraria. Empezó a caminar de un lado a otro esperando a que James volviera. En cuanto entró por la puerta a las once, se le tiró encima y empezó a pegarle, le derribó al suelo dándole patadas en la cabeza y el cuerpo. Yo me puse a gritar, logré quitarle de encima y James subió corriendo a su cuarto. Edwin aulló: «¡Le voy a matar! ¡Esto no lo voy a aguantar!», entró en el salón furioso y siguió bebiendo whisky mientras que yo me quedé sentada en las escaleras sin hacer ruido. Al final se le pasó el ataque de rabia y se quedó dormido en el sofá.

—¿De verdad voy a poder librarme del cargo de asesinato? —dice Madeleine, interrumpiendo la lectura.

—No lo sé. Depende de muchas cosas. Lo mejor sería que la acusación aceptase su declaración: vamos a escribirles adjuntando el informe de nuestra psiquiatra y ellos pedirán que la evalúe el suyo. Pero, aunque no acepten la declaración de no culpabilidad, tampoco pueden evitar que la presentemos ante el jurado. Y eso nos puede salir bien o mal —explico—. Pero creo que vale la pena intentarlo, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado.

Se levanta y camina hacia el otro lado de la cocina.

—Es que es verdad. No veía otra alternativa. Era lo único que podía hacer. —Se cubre la cara con las manos y se deja caer deslizándose contra la pared, hasta quedar en cuclillas sobre el suelo. De repente, imagino a otra Madeleine yuxtapuesta con esta, agachada y lamiendo la comida del suelo. Veo una bota asestándole una patada. Madeleine empieza a sollozar, suavemente. Sigo leyendo.

Aquella noche no dormí. No paraba de pensar en todo ello. Sabía que tenía que hacer algo, pero no sabía qué. En cuanto se hizo de día, desperté a James y le saqué de casa para que volviera al colegio. Sabía que así ya no podría lastimarle más. Luego me duché y me vestí. Edwin despertó avanzada la mañana y no me dirigió la palabra en todo el día. Se encerró en su despacho y no sé qué estuvo haciendo. No me atreví a salir porque no sabía qué quería que hiciera. Le esperé en la cocina, preparando algo de sopa por si tenía hambre. Hacia las seis bajó y se puso a beber otra vez. Yo también me tomé una copa para calmar los nervios. Cada vez que se me acercaba temblaba de miedo. Me preguntó dónde estaba James y le dije que había vuelto al colegio. Se disgustó porque no se había despedido de él. Me dio un par de puñetazos en el estómago, pero luego paró. «Le has vuelto en mi contra. He perdido a mi hijo para siempre», dijo. «Me voy a asegurar de que tú también le pierdas».

Al oír esas palabras algo se rompió dentro de mí. «No se te ocurra volver a amenazar a mi hijo», le respondí. Él no paraba de reírse. «¿O qué, Madeleine? ¿O qué?». Entonces me golpeó en un lado de la cara, me caí y me dio dos patadas en el estómago. «No puedes hacer nada para pararme», dijo. «Puedo mataros a los dos cuando quiera». Yo no contesté. Edwin bebió un poco más y subió a nuestro dormitorio. Oía sus pasos arriba, hasta que de repente se quedó en silencio. Ya no se oía nada. Me había hecho daño muchas veces... y la cosa cada vez iba a peor. No iba a parar. Además, ya había hecho mucho daño a James y había amenazado con matarle. Sinceramente creo que habría intentado matarnos a los dos: me aterraba lo que pudiera hacer. Le tenía tanto miedo, que no vi otra alternativa. Fui a comprobar que estaba dormido, cogí el cuchillo de trinchar y le apuñalé una y otra y otra vez. No sé de dónde saqué la fuerza. Quería asegurarme de que estaba muerto para que nunca más pudiera hacernos daño. Algo se apoderó de mí y seguí asestándole puñaladas, unas más fuertes que otras. Había tanta sangre que me goteaba por las manos y la cara, pero no podía parar.

—Madeleine, ¿se encuentra bien? —pregunto. Sigue sentada en el suelo, aunque ha dejado de llorar.

—Sí. Supongo que sí —contesta.

—No puedo garantizar que el jurado acepte lo que dice. Pero, en mi opinión, su testimonio viene a ser un atenuante de arrebató u obcecación. Eso lo reduciría de asesinato a homicidio. Tenemos que demostrar que temía que Edwin se pusiera muy violento, y con toda la razón, no solo contra usted sino también contra James. Y, en segundo lugar, Edwin estaba amenazando con matarlos a los dos. Creo sinceramente que hay suficientes pruebas que exponer al jurado: mató a Edwin en un arrebató, temiendo que volviese a ponerse violento. Tenemos el informe psiquiátrico, el bueno, en el que cuenta la verdad: dice que usted muestra signos de un desorden de estrés postraumático y depresión. Contamos con todas las pruebas de la violencia que Edwin ejerció sobre usted. Y ahora tenemos la declaración de James. Hay que intentarlo. ¿No cree? —Cuando termino el discurso estoy de pie, con la voz cargada de pasión. No soporto ver cómo se rinde.

—No sé, Alison. Sinceramente, no lo sé. Significa mucho para mí que crea tanto en mi caso, pero no estoy segura. Si no le importa, me lo voy a pensar; lo hablaré con Patrick también. Podría declararme culpable si él no está de acuerdo. —Se levanta, viene hacia mí y me abraza. Le devuelvo el abrazo, al borde de las lágrimas. No puedo imaginar lo que ha sufrido. Ha demostrado más fuerza de la que yo jamás podría tener. Permanecemos abrazadas un poco más y nos separamos. Ella va hacia el fregadero y empieza a enjuagar unas tazas mientras yo recojo los documentos. Miro mi teléfono.

Diez llamadas perdidas. Cinco mensajes. ¿Qué coño pasa? ¡Ay, Dios! Matilda. Tiene que ser Matilda.

No es Matilda.

Primer mensaje, Patrick. «Llámame».

Segundo, Patrick. «Llámame, por favor».

Tercero, Patrick. «Es todo un malentendido. Llámame».

Cuarto, Patrick. «Por favor, llámame. Te lo ruego».

Quinto, Mark, el secretario. «Alison, por favor, llame urgentemente al bufete».

Salgo un momento y llamo a la oficina.

—No se lo cuente a nadie —dice Mark—. Ni se lo mencione a la cliente, pero Patrick está siendo interrogado por la policía.

Me quedo en silencio, incapaz de formular una respuesta.

—Chloe asegura que no hay cargos contra él, pero está siendo interrogado bajo amonestación policial.

—¿Le han dicho por qué a Chloe? —Al hacer la pregunta, pienso en el mensaje de Patrick, su uso de la palabra «malentendido», y noto cómo empieza a formarse una bola de plomo en mi estómago.

—Estaba muy circunspecta. Pero creo que alguien ha presentado una denuncia contra él.

—¿Qué tipo de denuncia?

—Creo que ha sido una mujer. Es todo lo que sé.

Mark me dice que no tengo ningún caso para mañana y acordamos que me tomaré el día libre. Cuelga.

—¿Va todo bien? —pregunta Madeleine cuando vuelvo a entrar.

—No. Quiero decir, sí, claro. Malas noticias sobre un compañero, nada más. —Me sorprende lo clara que suena mi voz y lo ordenadas que me salen las palabras. Mi cabeza da vueltas—. Lo siento, Madeleine, pero voy a tener que irme.

—Por supuesto —responde—. Espero que todo vaya bien.

—Seguro que sí —contesto, con la esperanza de que así sea. El pánico crece dentro de mí y me despido de Madeleine sin siquiera ver su cara ni oír su voz. Camino de forma automática por las calles de Beaconsfield, incapaz de lidiar con las complejidades de llamar a un taxi. Me siento en el andén de la estación a ver pasar los trenes. Mucho más tarde, empieza a llover y me subo al primer tren que para, sin mirar adónde va. No me importa. Es de noche, y los mensajes que me ha mandado y los que podría enviarle en respuesta suenan a la vez en mi cabeza. «Llámame que te jodan no lo hice lo hiciste yo no llámame que te jodan no lo hiciste lo hiciste yo no no lo hice no lo hice no ¿lo hice? Que te jodan». Escribo, borro, escribo, borro, pero no le mando nada. Sé que debería hablar con él pero no sé qué decir. Intento llamarle una vez pero me salta el contestador y el teléfono se queda sin batería antes de que se me ocurra qué mensaje dejar.

Al llegar a casa paso por delante de Carl y de Matilda, y subo directamente al cuarto de baño, donde me quedo bajo el chorro de la ducha hasta que el agua empieza a salir fría. Creo que Carl me está diciendo algo, pero sus palabras se escurren con el agua y desaparecen por el desagüe, y luego me meto en la cama deseando que, sea cual sea el horror que traiga la noche, nunca llegue mañana.

Sin embargo, lo hace. El miércoles llega.

Matilda salta sobre mí en la cama.

La ignoro.

Carl me zarandea por el hombro.

Le ignoro.

Mi teléfono no pita, ni suena.

Si lo hiciera, lo ignoraría.

Estoy hecha una bola bajo el edredón, con la cabeza hundida con fuerza sobre la almohada. Mañana ya está aquí y no ha cambiado nada. Nada ha desaparecido. Por mi mente pasan fragmentos de la conversación que tuve con Mark, el secretario. «No hay cargos. Solo un interrogatorio». Eso no significa que sea verdad.

Mi pensamiento se remonta unos días atrás, hasta el viernes por la noche, en casa. «Para», dije. «¡Basta!».

Pero entonces sí paró. Al final. No es un violador. Es Patrick.

¿Y si no hubiera parado?

¿Y si esta vez no lo ha hecho?

No puede ser verdad. Patrick no.

No quiero creerlo.

No sé qué creer.

—Alison, tienes que cogerlo. Es del bufete —dice Carl, metiendo el teléfono fijo bajo mi capa protectora. Quiero gritarle que se vaya, pero no puedo, ahora ya no. Deshago el ovillo y acerco el auricular a mi oreja.

—¿Sí? —Noto la lengua gruesa.

—Buenos días, Alison. Siento molestarla. Sé que quedamos en que se

tomaría el día libre pero quería ponerla al corriente de las novedades —dice Mark.

—¿Novedades?

—Sí. Acabamos de hablar con Chloe, de Saunders & Co. Ha confirmado que Patrick ha quedado en libertad bajo fianza esta mañana a las siete. Tendrá que volver dentro de una semana. Están sopesando la posibilidad de presentar cargos por violación. Evidentemente, quedará apartado del ejercicio mientras dure todo esto, y ella asumirá sus casos. Ha pedido que la llame a lo largo del día de hoy para hablar del asesinato.

—Ya. Vale —respondo, incorporándome y buscando un bolígrafo. De pronto, vuelvo al modo normal, pero apenas me dura un instante antes de derrumbarme otra vez sobre la cama—. Violación. ¿Está seguro?

—Me temo que sí.

—¿Y sabe quién es? —Paro, vuelvo a pensar—. Perdone, no debería preguntarlo, claro.

—No, Alison. No sabemos nada más. Es toda la información que tenemos. Chloe ha dicho que estará localizable en su móvil. Y también en el número de la oficina. Yo que usted la llamaría pronto. Está un poco alterada.

Mark cuelga. Miro el auricular en mi mano, intentando comprender cómo han podido llegar esas palabras a mi oído a través del éter.

—¿Violación? —dice Carl.

Me sobresalta. No sabía que estuviera en la habitación.

—Es solo un caso —contesto—. Algo que tengo la semana que viene.

—Ya. —No se va del dormitorio y me mira atentamente—. No tienes buena cara. Estás un poco verde. ¿Tienes resaca otra vez?

—No, no es resaca. Anoche estuve trabajando. No sé, he vomitado un par de veces. Me voy a tomar el día libre. —Me cuesta un esfuerzo tremendo mantener un tono de voz normal, con estos temblores del tamaño del volcán Krakatoa amenazando con desatar un tsunami de lágrimas que no puedo soportar que Carl vea.

—¿Estás mala? Ay, Dios, espero que no hayas cogido los norovirus esos. Mantendré a Matilda fuera de aquí. —Se bate en retirada rápidamente—. ¿Necesitas alguna cosa?

—No —contesto. Pero querría decir que sí. Querría retroceder en el tiempo y que nada de esto estuviera pasando. Es una pesadilla que me atrapa como arenas movedizas.

Me meto otra vez debajo del edredón y cierro los ojos.

Paso el resto del día en cama. Cuando vuelve a casa, Carl tiene el detalle de prepararme sopa con pan tostado y me la sube a la habitación. Cuando termino se lleva la bandeja y me vuelvo a tumbar con los ojos cerrados. Al rato vuelve, se sienta junto a mí con su ordenador. Agradezco que no hable y me deje espacio. Ahora bien, en toda la tarde no puedo apartar de mi mente a Patrick, su cara pálida con los ojos inyectados en sangre. Intento llamarle otra vez y las manos me tiemblan tanto que me cuesta marcar su número, pero tiene el teléfono desconectado.

A las ocho me manda un mensaje, por fin. El pitido me sobresalta pero Carl está demasiado metido en lo que está haciendo en su ordenador y no lo nota.

«Alison, está mintiendo. No es verdad».

Borro el mensaje. Contesto.

«No sé qué pensar».

Responde inmediatamente. «Por favor, confía en mí. Me conoces. Yo no haría algo así. Al menos dame una oportunidad para explicártelo».

También lo borro y me quedo pensando qué hacer.

«Oír lo que tengas que decir, pero no puedo prometerte nada. Hablamos mañana».

Otra pausa y luego: «Gracias».

Apago el teléfono y me envuelvo otra vez en el edredón, sin dejar ni una sola parte de mí expuesta al mundo exterior.

Matilda entra a verme, ahora que Carl se ha cerciorado de que, tenga lo que tenga, al menos no estoy vomitando. Subo el edredón para que se tumbe a mi lado y me deja abrazarla un rato largo. Noto su aliento calentito sobre mi cuello y su pelo me huele a limpio. El dolor que tenía en el pecho se suaviza un poco y se alivia esta tensión acerada agarrada a mis costillas. Veo a Carl mirándome por encima de la cabeza de Matilda; sonrío con sinceridad y plenamente, por primera vez desde hace meses. Se sienta a nuestro lado y por un momento pone su mano sobre mi brazo. Noto que se alivia aún más la tensión en mis costillas y suspiro.

—Tengo que salir un rato, Alison. ¿Estás bien?

—Sí. Creo que se me está pasando, sea lo que sea.

—Bien, acostaré a Matilda primero. Vas a portarte bien por mami, ¿verdad que sí?

Matilda asiente, claramente cansada, y Carl la coge en brazos.

—Voy a ver a ese paciente, el suicida. Sigue mal —dice—. Pero no llegaré tarde.

No es que me dé igual, pero estoy demasiado cansada como para entablar una conversación. Mientras Matilda esté bien...

—No hay problema. Estaremos bien.

Se la lleva a su dormitorio y, mientras le canta una nana, me envuelvo de nuevo con el edredón.

A la mañana siguiente, salgo hacia el bufete después de desayunar. Carl, Matilda y yo caminamos hasta el final de la calle y, al ver que viene mi autobús, salgo corriendo, despidiéndome de ellos con el brazo. Cuando llego a la oficina, Mark viene a entregarme carpetas nuevas con gesto serio. No tienen que ver solo con el caso de Madeleine; también son para mi próximo juicio por violación y uno por fraude que lleva meses retrasándose. Por fin están a punto de fijar la fecha de la vista y cuando examino el archivo veo que una vez comience todo será mucho más fácil: tres meses en Chichester Rents, cerca de Fleet Street, y una jornada casi normal de nueve a cinco. Además, así podré llevar y recoger a Matilda del cole. Me quedo pensándolo durante un momento y llamo a Mark.

—¿Podemos pedir más casos de fraude para mí? ¿O una investigación? Estaría bien tener un poco más de previsibilidad.

Me dice que verá lo que puede hacer. Sonríe de solo pensarlo. Esa es la respuesta. De hecho, debería mirar la posibilidad de cambiarme al Servicio de Fiscalía de la Corona. Si mi trabajo fuese más sencillo, tal vez estaría más tranquila. Y si estuviese más tranquila y mi trabajo más controlado, podría concentrarme plenamente en Matilda y Carl, y él también dejaría de estar tan enfadado conmigo.

Patrick llama sobre la hora de comer. Me quedo mirando la pantalla unos segundos antes de cogerlo.

—¿Patrick? —digo—. He estado intentando localizarte.

—Lo sé —responde—. Perdona. Ha sido... difícil. ¿Podemos vernos?

Tardo mucho en contestar. Parte de mí quiere verle, cerciorarme de que no es el monstruo que alegan. Pero otra parte de mí desearía salir corriendo. Aunque después de todo lo que hemos pasado...

—Vale, ¿dónde?

Propone una cafetería en Waterloo, en el Cut, y yo accedo, tratando de ocultar mi alivio por que no sea cerca de Fleet Street. Bajo hasta el río y lo cruzo, notando cómo mis pies se mueven cada vez más despacio a medida que me acerco.

Está sentado en la parte de atrás de la cafetería, agarrando la taza con ambas manos. Al verme, asiente con la cabeza y cuando llego a la mesa se levanta y se acerca hacia mí. Me quedo parada una milésima de segundo y dejo que me abrace. El contacto me recuerda que es él, Patrick, mi amigo, mi compañero, mi amante, y le rodeo con ambos brazos, estrechándole fuerte. Respira hondo y deja salir un par de lágrimas; me noto el cuello húmedo. Le doy una palmadita suave, sintiendo la tensión de su cuerpo vibrando contra el mío. Finalmente se suelta y nos sentamos uno enfrente del otro. Vuelve a coger la taza, pero no bebe de ella, solo se queda mirándola. El silencio se alarga más allá de lo soportable.

—Patrick, cuéntamelo —digo, justo en el momento en el que él empieza a hablar.

—Escucha, quiero explicártelo. No es lo que parece: está incriminándome para librarse —dice.

Abro la boca para contestar, pero no me sale nada.

—En serio, Alison. Tienes que entenderlo. —Hay una pizca de pánico en su voz.

—¿Por qué tengo que entenderlo? —Las palabras me salen con esfuerzo.

—Porque me importa lo que pienses. El resto me da igual, pero tú sí me importas.

Me quedo en silencio unos instantes tratando de armarme de resolución. Tengo que empezar a encajar las piezas.

—Estás en libertad condicional —digo.

—Sí.

—¿Aún no han presentado cargos? —continúo.

—Tengo que volver a comisaría dentro de una semana. El lunes. Supongo que estarán revisando las pruebas. Dijeron que lo acelerarían.

—¿Por qué van a acelerarlo? —Las piezas empiezan a moverse sobre la mesa: no lo estoy enfocando de forma ordenada y no hago más que repetir como un loro lo que dice.

—Por la persona involucrada.

—¿Qué quieres decir? ¿Quién es?

Hunde la cabeza entre las manos.

—Cuéntame lo que pasó —exijo, con voz más firme.

—Es difícil. Muy difícil. —Levanta la vista, pero no me mira. Veo su palidez y sus ojeras. El alma de la fiesta ha perdido su fuego.

—Patrick, tienes que explicármelo. Me estás asustando.

Respira hondo.

—Vale. A ver, ocurrió el lunes.

—El lunes, ¿cuándo?

—Por la tarde —responde—. Fue entonces cuando me detuvieron.

Intento trazar una línea cronológica. Recuerdo que el lunes por la mañana hablamos por teléfono sobre Madeleine, y por la tarde volvimos a hablar.

—Pero si hablé contigo sobre las tres y media o las cuatro: ¿cómo es posible? —digo—. A esa hora estabas hablando conmigo.

—Sí, lo estaba. Pero había ido a comer con alguien. Estaba borracho. ¿No lo notaste?

Niego con la cabeza, aunque muy sutilmente. A Patrick no le afecta mucho el alcohol.

—Y luego..., bueno, seguimos bebiendo. Más de lo que debíamos.

—¿Con quién fuiste a comer? —pregunto, articulando las palabras despacio a propósito.

No contesta.

—Patrick, ¿con quién fuiste a comer? Supongo que es la misma persona que te ha denunciado.

Se deja caer en el respaldo y, de pronto, le veo como el hombre que será cuando tenga sesenta años. Cansado, canoso. Vacío. Extiende las manos sobre la mesa, dibujando una forma de abanico entre charquitos de té derramado.

—Por favor —insisto.

—Tienes que prometer que no se lo contarás jamás a nadie. Solo se lo he contado a Chloe.

—Sí, te lo prometo. Pero, por favor, dímelo.

—Caroline Napier. Estaba comiendo con ella. Con Caroline Napier. Y sí: ella es quien presentó la denuncia.

Echo la cabeza hacia atrás, sintiendo que me falta el aire. Inspiro una bocanada hondo, la retengo, exhalo. Joder.

—¿La consejera de la reina?

—La consejera de la reina.

—Pero si está casada. Con ese periodista... —empiezo a decir. Caroline Napier es una leyenda, una de las mujeres más jóvenes en ser ascendida a abogada superior criminalista al tiempo que mantenía su matrimonio y educaba a tres hijos.

—La ha dejado por una pasante: está muy mal. Nos emborrachamos, ¿vale? Estábamos en el mismo juzgado. En Luton. Cogimos el tren de vuelta al final de la mañana. Yo sugerí que fuéramos a comer. Aceptó. Bebimos más y más: su matrimonio está a punto de desmoronarse y ella se está soltando. Acabamos yendo a Clerkenwell y trepando una valla para colarnos en una de esas placitas ajardinadas. Tú y yo ya hemos estado, ¿recuerdas? No creía que nadie pudiera vernos.

—¿No creías que nadie pudiera ver qué? —Tengo las manos heladas y rehúyo su invocación a la memoria. «Especial», eso es lo que dijo. Y yo casi le creo.

—A nosotros. Lo que hacíamos.

—¿Y qué estabais haciendo? —pregunto, con voz serena, tan fría como mis manos.

—¿Quieres que te lo diga más claro? —Está a punto de llorar, le tiembla la barbilla.

—Será mejor que lo hagas.

—Parecía bastante apartado. Y era de noche. Nos enrollamos en el restaurante. Luego en el pub. Trepamos la valla y a ella le pareció muy divertido, no había nadie, y yo sabía que le apetecía tanto como a mí...

—¿Que le apetecía qué?

—Vamos, Alison. Estábamos follando. En un banco del parque. ¿Para qué me haces decirlo?

—¿Por qué no quieres decirlo?

—Porque te vas a poner celosa otra vez y eso es lo último que puedo aguantar ahora mismo.

Sus palabras se posan sobre mí como moscas. Soy incapaz de quitármelas

de encima.

—No creo que esa sea la prioridad en estos momentos —murmuro, intentando calmarme.

—Lo siento, no quería decir eso. No pienso con claridad. No era eso lo que quería decir. —Se hunde en el asiento—. Nos detuvieron, Alison. Alguien vio lo que estábamos haciendo y llamó a la policía.

Hace una pausa y me da la impresión de que me toca decir algo, pero las palabras no salen.

—Nos llevaron a la comisaría más cercana y nos metieron en el calabozo para que se nos pasara la mona. El martes por la mañana, nos ofrecieron una amonestación por desorden público. Yo la acepté, pero ella no. Una vez pasado el pedo, les dije que estaba demasiado borracha para consentir tener relaciones sexuales conmigo. Afirma que sabía que me estaba besando, pero que después de colarnos en el parque dejó de ser divertido y no quería seguir adelante, pero yo la obligué. Asegura que intentó decir que no, pero que estaba demasiado borracha. Pase lo que pase, le han garantizado el anonimato. Mi nombre podría salir en todos los medios de comunicación en cualquier momento, pero ella está protegida.

No tengo palabras. Puedo sentirlo todo, el tanteo, los tirones, los torpes agarrones. He estado ahí. Conozco el parque, los rododendros, el banco, el aire que huele a hojas muertas. Yo estaba apoyada sobre el respaldo del banco, notando la madera áspera bajo las manos, y Patrick empujando con fuerza dentro de mí. Apenas duró unos segundos.

—Alison, ¿no vas a decir nada?

—No sé qué pensar. Es una acusación muy seria. ¿Cómo va a inventarse algo así?

—Entonces, ¿soy un mentiroso? Gracias, Alison —replica con un destello de ira. Pasado un segundo, continúa—: Mira, lo entiendo. Sé lo difícil que es esto. Pero simplemente está pensando en sí misma. Si lo miras de manera objetiva, es muy inteligente. Yo creo que no presentarán cargos contra mí, no puede haber pruebas suficientes para ir a juicio con esto. Es posible que incluso retire la denuncia para quedarse con la conciencia tranquila. Pero como demandante en una alegación de este tipo, tiene anonimato de por vida. Esto nunca saldrá a la luz, para ella no. En lo que a ella respecta, tiene todas las de ganar.

Le miro boquiabierta. Recuerdo la noche en mi casa, cuando no quería

parar. Tengo que aceptar que Patrick es capaz de violar a alguien. Pero estoy dudando. Lo que dice parece completamente absurdo, imposible; y, sin embargo, tiene cierta lógica. Una lógica que viene de la desesperación, quizá, pero, aun así, lógica.

—¿En serio crees...? —empiezo a decir.

—En serio, Alison. De verdad —contesta, inclinándose hacia mí. Su cara se muestra más expresiva de lo que lo ha estado en todo el rato que llevamos aquí, de repente vuelve a atisbarse algo de color bajo su palidez—. Tiene mucho sentido. Está pensando en sí misma con mucha claridad, pero no en mí. Simplemente cree que no me van a acusar. Mira las estadísticas. Sería una violación imposible de demostrar ante un tribunal. Estuvo todo el día bebiendo, iba muy ebria, no hay signos de violencia física y los testigos oculares de las relaciones sexuales no han sugerido que hubiera falta de consentimiento...

—Vale, vale, ya he cogido la idea. Sé lo que quieres decir. Pero se está arriesgando: podrían acabar acusándola de malgastar tiempo de la policía. O algo peor.

—¿A Caroline Napier, consejera de la reina? ¿Quién iba a sospechar eso de ella? Nadie pondría en duda su palabra. Lo mejor que me puede suceder es que vean que no hay pruebas suficientes, que ella retire su declaración y todo esto se acabe antes de que pase nada más. Estoy casi seguro de que eso es lo que va a ocurrir. Pero sé que cualquiera que se entere dirá que cuando el río suena agua lleva... —Hace una pausa—. ¿Tú me crees?

La cabeza me da vueltas.

Sé cómo es Patrick. Y he oído hablar de cómo es Caroline Napier.

Ella no diría algo así; no, si no fuera verdad. ¿Por qué iba a exponerse a todo esto? He estado en la defensa de varios juicios por violación en los que ella ejercía de fiscal. Caroline sabe perfectamente lo que ocurre cuando alguien presenta una demanda, la intromisión tras intromisión mientras se espera en la sala para violaciones de comisaría, las pruebas y los exámenes. Siento una ola de compasión, pensando en lo que ha tenido que pasar. Nadie se inventaría algo así.

—Alison, por favor, di algo. Cualquier cosa.

Sin embargo, por otro lado... Es evidente que ahora mismo está hecha un desastre. Y la gente hace cosas verdaderamente estúpidas cuando está mal. Un matrimonio roto, demasiado alcohol, dejarse llevar por el ardor del

momento. Que te pillen...

—Puedo ver que no es un caso claro —digo—. Pero te has metido en una situación terrible. —Ni siquiera pretendo atacarle por tirarse a otra persona; creo que eso ya lo hemos dejado atrás.

—No debería haber pasado —contesta—. Aunque no hubiese ocurrido esto. Sé que no te gusta y no quiero hacerte daño. Odio hacerte daño. Eres lo mejor de mi vida.

Mi corazón da un vuelco y entonces empiezo a asimilar lo que acaba de decir. Estoy casada con otro hombre. Tengo una hija. Patrick y yo no tenemos lo que llamaría una relación seria, a pesar de todo el drama y la confusión. Lo nuestro le encanta, y a mí también, aunque de manera distinta. Yo he encontrado consuelo y refugio, un alivio al sentirme deseada en vez de rechazada. Pero ¿es Patrick lo mejor que tengo? De ninguna manera. Es Matilda, ella únicamente. Le miro. Siento como si se hubiera abierto una inmensa distancia entre nosotros, un abismo insalvable. Ya no parece el mismo: está encogido, sin afeitar, abocado a la posibilidad de que se malogre su reputación. Si esto le sale mal, perderá su libertad y su carrera. Me gustaría sentir lástima por él, pero la idea de lo que Caroline puede haber sufrido es demasiado abrumadora.

—Por favor, Alison, dime que me vas a apoyar. De verdad, necesito una amiga ahora mismo —dice.

Deteniéndome apenas un segundo, estiro la mano y cojo la suya, tratando de no retirarla al sentir sus dedos. Entonces me levanto y me voy.

De camino al bufete compro una cajetilla y me fumo un cigarrillo antes de entrar. Es el estrés, me digo tratando de justificarme. Si en algún momento tengo que comprar tabaco es ahora. Pero entonces me entra el humo por la nariz, los ojos se me llenan de lágrimas y, de pronto, me da asco el olor, el sabor, todo. Cojo el paquete, lo aplasto y lo tiro a la papelera más cercana.

Una vez de vuelta en el despacho, trabajo unas horas en mis casos y a las tres le digo a Mark que me voy a casa. Escribo un mensaje a Carl informándole de que yo recogeré a Matilda, y se alegra, porque así podrá ver a otro paciente. Luego apago el móvil. No quiero ningún mensaje más de ese número anónimo que me ha estado amenazando. Cojo el metro hasta Holloway y entro de nuevo en Waitrose, aunque esta vez soy mucho más

rápida, me muevo como una profesional por los pasillos del supermercado. Nada de bistec o verduras para seducir, esto va a ser pura cocina casera: ingredientes para un pastel de pescado y lasaña, y para una tarta de chocolate que vamos a hacer Matilda y yo, lo más parecida posible a la que hizo con la madre de Carl.

Matilda está feliz al ver que he ido a recogerla. Charlo con otras madres que esperan en la puerta y la conversación es cordial y relajada. Ahora no recuerdo por qué las odiaba tanto, por qué pensaba que eran tan horribles. Son amables, una mujer simpática con gafas y un jersey grande me dice lo mucho que le gusta a su hija Salma jugar con Matilda, y que quizá deberíamos quedar para que jueguen. Hablamos de cómo odiamos los clubes de natación y se ríe cuando me pongo a imitar a la señorita Anderson, la siniestra profesora de las actividades extraescolares.

Me pone una mano sobre el brazo.

—No sé cómo lo haces: trabajar y cuidar de Matilda a la vez. —Me lo dice de forma tan abierta y sin malicia que, por una vez, el topicazo no me hace estremecer.

Noto un nudo en la garganta así que toso un par de veces para deshacerlo, y entonces le respondo.

—No es fácil, pero Carl es genial.

—Es una niña encantadora —dice la madre.

—Gracias —contesto, y lo digo en serio.

Los niños empiezan a salir del colegio y la otra madre y yo nos separamos en busca de nuestras hijas, pero antes de irse añade:

—Por cierto, soy Rania, encantada de hablar contigo.

—Y yo Alison. Lo mismo digo.

—Algunos padres vamos a salir a comer dentro de un par de semanas. ¿Te apetecería venir? —pregunta.

Mi instinto inmediato es decir que no, pero, de repente, siento algo distinto, un brote verde en medio de la escarcha. Hace tanto tiempo...

—Sí, sí que me gustaría. Sé que no vengo mucho... —contesto.

—Razón de más para que te unas. Nos encantaría conocerte mejor —dice—. Creo que tengo tu e-mail, te incluiré en la invitación.

—Gracias, muy amable. —Y la verdad es que lo es. Se lo digo muy en serio. Su franqueza está desheliendo algo en mi interior.

—¿Tienes WhatsApp? Hay un grupo de la clase.

Niego con la cabeza, sonriendo, mientras noto cómo se vuelve a formar la escarcha. Borré la aplicación a los pocos días porque el eterno lamento sobre calcetines desaparecidos y deberes me quitaba las ganas de vivir.

—Te entiendo, es un coñazo —comenta, y la escarcha vuelve a deshacerse.

—Era un poco invasivo, con tantas notificaciones constantemente —me justifico, y ella se ríe.

—Yo he desactivado las notificaciones —dice— pero no se lo cuentes a nadie.

Casi me dan ganas de abrazarla. Me da la impresión de que es la primera conversación normal que tengo desde hace meses. He perdido demasiado tiempo angustiada por hombres estúpidos, estresándome con las intrigas de la puerta del colegio. Se acabó.

Matilda y yo volvemos a casa de la mano y mientras me pongo a preparar un pastel de pescado ella hace dibujos de perros y escribe un cuento sobre un elefante para sus deberes. Cuando termina le dejo jugar con su iPad. He cocido varios huevos para poner en el pastel y estoy pelándolos en el fregadero. Tenía pensado cortarlos en cuartos pero entonces recuerdo el rebanador de huevos que me regaló la madre de Carl hace tres Navidades, cuando Matilda estaba en la guardería y tenía que prepararle tres comidas cada día. Cuando quité el papel de envolver y vi la caja con el rebanador de huevos, el cortador de sándwiches en forma de dinosaurio y las cajitas monas para la fruta, el mensaje me pareció ensordecedor. Puse una sonrisa fingida y hundí la caja sin abrir en el fondo del armario del cuarto de servicio.

Me pongo a mirar en el cuarto de servicio, esperando desesperadamente que siga ahí, metida entre productos de limpieza y bolsas de plástico. Lo saco todo y ahí está: la domesticidad que he estado evitando todo este tiempo. Está cubierta por una capa de polvo pero todos los utensilios en su interior siguen como nuevos. Saco el rebanador, le quito el plástico y me lo llevo a la cocina.

—¿Qué haces, mamá? —dice Matilda, levantando la vista de su iPad.

—Esto un rebanador de huevos —contesto—. Voy a poner láminas de huevo en el pastel de pescado.

—¡Qué rico! Me gusta el huevo. ¿Puedo ayudar?

—¡Claro! Solo tengo que ver cómo funciona.

Nos ponemos una al lado de la otra junto a la tabla de cortar, con el

pequeño artilugio blanco delante. Cojo uno de los huevos duros, lo coloco en la base del rebanador y luego presiono la parte de arriba con sus hilos metálicos sobre el huevo. Por un momento, no parece que haya hecho nada, el huevo sigue teniendo la misma forma, pero, al cogerlo, se deshace en perfectas láminas finas con la yema dorada.

—¡Qué chulo! —exclama Matilda, y asiento con la cabeza. No me puedo creer que me haya resistido a usarlo durante tanto tiempo.

—¿Puedo hacer yo el resto? —pregunta, y vuelvo a asentir, echándome a un lado. Corta tres huevos más y cada vez da la misma impresión de que está intacto para luego deshacerse. Después unimos todos los ingredientes del pastel y lo horneamos hasta que la patata de la parte superior está doradita en picos y valles de puré y salsa blanca, y el aroma a pescado ahumado inunda el aire.

Una vez terminado, lo saco para que se enfríe y en ese momento enciendo el móvil. Quiero ver si Carl volverá pronto. Creo que se va a quedar impresionado al encontrar los deberes hechos y la cena lista. Dejo a Matilda con su iPad en la cocina y voy hacia el salón con los hombros cargados de tensión, preparándome para lo que voy a leer, ya sean amenazas anónimas o mensajes de Patrick. Sin embargo, no hay nada. Me inunda una sensación de alivio que relaja mis hombros. Me siento en el sofá para mirar mi correo electrónico. De nuevo, nada importante. Nada aterrador. Cosas habituales del trabajo, nada más. Cierro los ojos y me reclino en el sofá, feliz de que la tarde no se haya fastidiado. De pronto, el teléfono pita avisándome de un nuevo mensaje de voz y lo escucho, tensándome de nuevo, pero es de Carl. «Volveré sobre las ocho, no me esperéis para cenar. Hasta luego».

Regreso a la cocina para cocer unos guisantes congelados. Matilda y yo cenamos el pastel en la mesa de la cocina y cubro el resto con film transparente para cuando llegue Carl. Matilda habla del juego al que ha estado jugando y de sus amigos, y yo le cuento que me han invitado a comer con otras madres. Parece que le hace ilusión y siento que estoy haciendo un buen trabajo, noto la voz ligera y risueña, sin rastro de sombras. Sin embargo, están ahí, y mientras hablamos no deja de colarse en mi mente la situación de Patrick.

Una vez acostada Matilda, me voy a la cama. Es pronto, pero tengo frío y estoy cansada. Ya se me está pasando el shock, y con él la sensación de irrealidad que me ha acompañado todo el día, a pesar de lo reconfortante y

hogareño de mis actividades. Sé dónde estoy: en mi cama, en mi casa, con mi hija dormida en la habitación de al lado y mi marido a punto de llegar. Al oír su llave en la cerradura siento alivio de que estemos todos aquí, bajo el mismo techo.

—Lo siento, me he retrasado —dice Carl, sentándose junto a mí al borde de la cama—. Ese pastel de pescado huele bien.

Sonrío y mientras baja a por algo de comer yo compruebo mi teléfono de nuevo. Nada. Se sube la cena y silencio mi móvil mientras come.

—¿Quieres ver un poco la tele? —dice—. ¿Una serie nueva?

Me sorprende, pero para bien. La última vez que estuvimos bien fue cuando veíamos *The Wire*.

—Claro, ¿en qué has pensado?

—¿Alguna policiaca escandinava? Voy a buscar el portátil.

Nos sentamos juntos sobre las almohadas, recostados en el halo de luz que irradia su ordenador. La serie es subtitulada así que tengo que concentrarme y al poco tiempo ya estoy enganchada. Acabado el primer episodio pasamos al siguiente sin discusión. Después de ese ya es casi medianoche y estoy demasiado cansada para seguir, pero a él no le importa y nos quedamos tumbados el uno cerca del otro, aparcando cualquier discusión por una noche.

—Me gusta cuando estamos así, de noche tranquila en casa, solos —dice, y, en vez de contestarle, me abrazo a él y con eso sabe que estoy de acuerdo.

Pasa el viernes, con dos solicitudes de libertad condicional y una citación en el Tribunal de la Corona en Belmarsh. Ni me planteo ir a tomar algo, a las cuatro me voy directamente a casa, parando solamente a recoger de la oficina mis documentos para el lunes. Chloe y yo hablamos brevemente por teléfono acerca del caso de Madeleine. A punto estoy de preguntarle cómo está Patrick, pero corto las palabras antes de que salgan de mi boca y ella no parece notar la pausa.

Pasamos otra velada tranquila en casa. Matilda se va a la cama temprano y vemos un par de episodios más. Es posible que se arreglen las cosas. Y aunque en el fondo sé que lo dudo, no me permito creer lo contrario.

Carl tiene que trabajar gran parte del fin de semana, así que el sábado por la mañana llevo a Matilda a natación y la cosa no resulta tan terrible como esperaba. Hay suficiente espacio para sentarse a observar y todo el mundo parece simpático. El domingo amanece soleado, de modo que nos vamos a Hampstead Heath y Matilda se sube a los grandes robles cerca de la entrada a Kenwood mientras yo le hago fotos agarrándose a las ramas bajas como un monito. Las hojas ya han caído y ella se pone a dar patadas a los montones que se han formado bajo los árboles.

—Me gusta trepar a los árboles contigo —comenta—. Papi nunca me deja subir mucho.

Por un instante, me pregunto si debería decirle que pare, pero lo está disfrutando tanto que no quiero fastidiarle la diversión.

—Pues entonces no te caigas —respondo—. No queremos que papi se enfade.

Suelta una risilla y yo reprimo un destello de deslealtad. Subimos la colina hasta el puesto de cafés que hay a la derecha y por una vez está abierto. Me pido un café con leche y Matilda duda entre chocolate caliente o helado.

—Hace demasiado frío para un helado —le digo, y se queda pensándolo un momento.

—Nunca hace demasiado frío para un helado —contesta. La señora detrás del mostrador suelta una carcajada y le sirve dos bolas de helado de chocolate en un cono.

Volvemos hacia los robles y me río de cómo se ha manchado la cara, humedezco un pañuelo de papel y le froto las mejillas para limpiársela un poco. Empieza a correr en círculos, alejándose de mí y volviendo, cogiéndome de las manos y haciéndome girar, y arrojando puñados de hojas al aire. Yo también tiro algunas y ella corre a cogerlas.

—Cierra los ojos —dice.

—¿Para qué?

—Quiero jugar al escondite. Yo me escondo y tú me buscas.

—Vale —respondo, cubriéndome la cara con las manos.

—Prométeme que no vas a mirar. Ahora, cuenta hasta cien.

—Cariño, eso es mucho tiempo. ¿Lo dejamos en cincuenta?

—Eso es lo que papi dice siempre. No es justo. Con cincuenta no me puedo esconder bien —replica. Me quedo dudando, porque no quiero alterar nuestra alianza.

—¿Qué te parece setenta y cinco? —propongo.

—¡Mami, porfa..., cien! —Estira tanto las sílabas que no soy capaz de seguir negándome.

—Vale. Hasta cien. Pero no te alejes mucho —digo.

—Lo prometo. ¿Me prometes que no vas a mirar?

—Prometido. Uno, dos, tres... —Empiezo a contar.

Matilda se ríe y se abraza a mis piernas durante unos segundos. Luego oigo sus pasos alejándose a toda prisa entre las hojas.

Veintitrés, veinticuatro...

—¿Sigues contando, mami? No te escucho. —No para de reír, la puedo oír en algún lugar a mi espalda. No creo que la búsqueda dure mucho.

—Treinta y uno, treinta y dos —digo en voz alta.

Sus pasos se alejan y el crujido de las hojas se va haciendo más y más tenue. Ya no la oigo respirar.

Cuarenta y ocho, cuarenta y nueve. Miro furtivamente a mi alrededor.

—¡Mami! ¡Estás mirando! —La oigo, pero no la veo. Me vuelvo a tapar los ojos con las manos.

Pasa más gente a mi lado, niños, adultos, un perro. También van riéndose.

Cincuenta y seis, cincuenta y siete.

Me estoy aburriendo. Hace años que no cuento hasta cien y se tarda más de lo que creía. No quiero seguir con los ojos cerrados, sin ver el sol, el cielo azul y la cara de Matilda.

Pero se lo he prometido.

Sesenta y siete, sesenta y ocho.

Voces cerca y luego alejándose. Las únicas palabras que entiendo en la conversación son «fútbol» y «pastel de carne». Un poco más lejos, murmullos y más risas. De repente, oigo un grito a lo lejos y ramas crujiendo

sobre mi cabeza con la brisa.

Ochenta y uno, ochenta y dos.

El resto de mis sentidos se aguzan. Estoy rodeada de otoño. El leve olor de una hoguera y la humedad de las hojas pudriéndose, el zumbido de un avión en el cielo, sobrevolando el norte de Londres rumbo a alguno de sus aeropuertos. Seguro que en la cabina huele a rancio, a sudor y a pies, y una pizca al amoníaco de los baños. Los pasajeros estarán mirando por las ventanillas, contando los puntos de referencia: Wembley, Kenwood House, Hampstead Heath, una masa de verde y árboles, demasiado abajo para distinguir las motas de gente moviéndose y perros corriendo por Parliament Hill.

Noventa y nueve, cien.

—¡... y cien! ¡Allá voy! —grito bien alto.

Abro los ojos y miro a mi alrededor. No veo ni rastro de ella. Rodeo los árboles, tratando de recordar el lugar donde estaba contando como referencia para la búsqueda. Me alejo un poco para mirar por detrás de los árboles, buscando algún atisbo de la parka verde y plateada de Matilda. Tampoco está ahí. Voy en diagonal, sin dejar de buscar, riéndome de lo bien que se le da.

—Te has escondido demasiado bien, Matilda. No te encuentro —digo, y el viento responde, soplando con fuerza entre los árboles. El pulso se me empieza a acelerar con la adrenalina del juego. Un árbol, otro, todos empiezan a fundirse en uno solo, estirando sus miembros hacia mí. «Tal vez la tenga yo», dice uno, y el otro responde: «No, está aquí». Es como si una cara me observara desde un tronco mientras otro me mira con lascivia. Respiro hondo y dejo de correr para mirar a mi alrededor. Los árboles no están vivos, no de ese modo. No son una fuerza malévola que se haya tragado a Matilda.

Sin embargo, no la veo.

—Matilda, Matilda —la llamo—. Venga, sal ya. Has ganado.

No contesta. Ninguna niña rubia sale corriendo hacia mí desde detrás de un arbusto. Doy vueltas y más vueltas en círculo, con la respiración cada vez más acelerada y un nudo apretándose en mi garganta.

—Matilda... ¡Matilda!

Un hombre vestido de chándal se acerca a mí.

—¿Está buscando a una perra? Hay una spaniel por ahí —dice señalando—. Puede que esté perdida.

—No, a una perra no. A mi hija. Estábamos jugando al escondite. —Las palabras salen con dificultad. Me empieza a vencer el pánico, siento descargas de miedo recorriéndome.

—¿Cómo es?

—Más o menos así de alta —digo, señalando mi cadera—. Rubia tirando a castaña. Tiene que estar en alguna parte. Solo he contado hasta cien.

El hombre empieza a correr entre los árboles, gritando su nombre. Otro corredor se une. Dos mujeres que estaban paseando a sus perros ven la conmoción y me preguntan qué ocurre. Trato de explicárselo.

—Ha sido menos de dos minutos. He cerrado los ojos menos de dos minutos. Ella insistía en que jugáramos bien... No debería haberle hecho caso.

—No te preocupes, querida. La encontraremos. Yo creo que se habrá metido en Kenwood —dice una de las mujeres—. Era Matilda, ¿verdad?

Entran en Kenwood Estate por la verja de hierro y las oigo llamar a la niña. El corredor sigue gritando a mi izquierda. Se une más gente: corredores, personas que pasean a sus perros, dos monjas y una chica con zapatillas de plataforma y la cara pintarrajeada con raya de ojos negra. Se han desplegado, y buscan entre los arbustos, gritando. Yo estoy clavada en el medio, en el último sitio donde la vi, donde me abrazó antes de salir corriendo. Saco el teléfono del bolsillo y empiezo a escribir a Carl.

«No encuentro a Matilda».

Miro las palabras y trago la bilis que me sube por la garganta. Las borro. Seguro que aparece pronto. No hay por qué preocuparle.

Un vehículo pequeño pasa con dos vigilantes del parque en su interior. Al ver la conmoción se detienen y hablan con una de las personas que estaba buscando, que me señala. Corro hacia ellos, prácticamente llorando ante la imagen tranquilizadora de sus uniformes verdes. Después de escuchar mi explicación, llaman por radio. No dejo de dar vueltas, buscando algún rastro de ella. Uno de los hombres me pone una mano en el brazo para llamar mi atención y casi le pego.

—Tengo que encontrarla. ¡Suélteme!

—Por favor, ¿puede decirnos exactamente qué llevaba puesto? —pregunta, acercándose a mí. Su voz suena reconfortante pero se está poniendo en medio y no me deja ver.

—¡Ya se lo he dicho! Vaqueros azules, zapatillas rosas y un abrigo verde y

plateado.

—¿Pero verde y plateado cómo?

—¿Qué? Ay, perdone, perdone, sé que tiene que preguntármelo. Verde liso en la parte de abajo, y plata liso arriba. La capucha es plateada —contesto, tratando de contener el terror que siento, el puto pavor de reducir a mi hija a una relación de prendas.

Pasan los minutos. No sé si quedarme donde estoy o entrar en Kenwood, abriéndome paso entre los arbustos del perímetro. Agradecería que las ramas me arañasen la piel y que las hojas me dieran latigazos en la cara. Sin embargo, si voy, ella no podrá venir a buscarme. Este es el último sitio donde la vi. Tal vez se haya metido por los caminos en sombra y se haya desorientado, teniendo en cuenta cómo giran sobre sí mismos y cómo, en cuestión de minutos, te ves rodeado de densos matorrales. Yo misma me perdí ahí dentro una vez, intentando encontrar el viejo campo de duelos y la casa de hielo. La casa de hielo...

—¿Es posible que haya ido a la casa de hielo? ¿O que se haya quedado atrapada en algún sitio? —digo al vigilante a mi lado. Está hablando por la radio, pero se vuelve a escucharme.

—Un coche de policía está de camino. Comprobaremos todas las posibilidades.

La palabra «policía» me golpea como un puñetazo en el estómago. Nadie me está diciendo que no me deje llevar por el pánico, que es absurdo preocuparse, que seguro que aparece en cualquier momento. Están llamando a la policía y organizando a la gente para realizar una búsqueda sistemática. La bilis vuelve a subirme por la garganta, ardiendo, agria.

Ha llegado la policía: son tres, dos jóvenes y una mujer algo mayor. Tiene el pelo corto y cano, y una cara redonda enternecedora, aunque el brillo de sus ojos me hace ver que no se le va a escapar ningún detalle.

—Agente Murray, de la policía de Hampstead. Dice que su hija ha desaparecido. ¿Cuántos años tiene? —pregunta, dando un paso al frente flanqueada por los dos jóvenes oficiales.

—Seis. Estábamos jugando al escondite. Yo cerré los ojos —digo.

—¿Durante cuánto tiempo exactamente?

—Conté hasta cien. Ni muy rápido ni muy despacio, menos de dos minutos —contesto.

—¿La perdió de vista durante dos minutos?

—Más o menos.

—¿Sabe hacia dónde fue?

—Estábamos jugando al escondite. Le prometí que no miraría. Ella insistió mucho en que le diera tiempo suficiente para esconderse. Intenté hacer trampas y mirar, pero me pilló. —Trato de mantener el control, pero no puedo evitar que mi voz salga como un gemido. Me gustaría echar la cabeza hacia atrás, aullar y aullar hasta que Matilda vuelva a mis brazos, a salvo.

—¿La niña conoce bien esta zona? —Las palabras de la agente de policía me atraviesan. Me limpio los mocos de la cara con la manga.

—Venimos a veces, aunque no a menudo. O sea, que lo conoce, pero no creo que sepa por dónde ir.

La agente Murray anota lo que digo en su cuaderno.

—¿Y a qué hora vio a su hija por última vez? —pregunta.

—No lo sé. No miré el reloj. Conté hasta cien y entonces me puse a buscarla. Como no la encontraba, empecé a gritar y este hombre se puso a buscarla también, y luego todo esto... —Estoy hablando tan deprisa que las palabras se amontonan; pero esto es una pérdida de tiempo, deberíamos estar en el bosque que hay ahí delante, y por detrás, buscar en cada arbusto y en cada árbol hasta que...

—Tenemos que hacernos una idea de cuánto tiempo lleva desaparecida. ¿No puede precisar un poco más? —dice la agente, con voz amable pero insistente.

—¿Quizá quince minutos? —contesto, aferrándome a números en el aire.

Se echa a un lado con sus compañeros. Van hacia el coche patrulla y uno de ellos se sienta en el asiento del conductor para hablar por la radio. Estoy a punto de ir hacia allí pero entonces terminan, cierran las puertas del coche y uno de los tres entra en Kenwood Estate llamando a Matilda, mientras otro baja por la colina detrás de mí, haciendo lo propio. El grupo de búsqueda ha cobrado impulso y todos los transeúntes se ven atraídos por él como limaduras de hierro a un imán. La urgencia va creciendo en sus voces. Yo sigo inmóvil en medio, paralizada, mientras la locura de la búsqueda gira y gira a mi alrededor, hasta que siento tal mareo que podría desmayarme.

La agente Murray vuelve. Me rodea con el brazo y suavemente hace que me arrodille.

—Está muy pálida. Respire hondo —me indica.

Lo intento, pero no puedo, tengo el pecho demasiado tenso.

—Ya estamos en ello. Seguro que se ha alejado demasiado y ha acabado perdiéndose. Los niños de esa edad suelen hacer esas cosas —dice.

—Ella nunca lo ha hecho —contesto.

—Y apuesto a que no volverá a hacerlo, cuando vea el lío que ha montado.

Sé que lo dice para tranquilizarme, pero sus ojos no dejan de ir de aquí para allá por encima de mi hombro, evaluando la situación.

—¿Con quién vive en casa? —pregunta.

—Conmigo y con su padre. Somos tres.

—¿Y va todo bien? ¿Hay algún problema? —dice.

—No, ninguno. ¿Qué tiene eso que ver?

—Es solo para comprobar si hay algún problema con el padre —contesta, pero su afirmación es una pregunta.

—¿Qué quiere de..., eh, que es posible que él se la llevara? No, ni en broma. —Hago una pausa. Continúo un segundo después—. Pero si acaba de decir que se había perdido...

—Tenemos que considerar todas las posibilidades —explica—. ¿Dónde está el padre?

—Es terapeuta, está con pacientes todo el día.

—Si me dice dónde, podemos mandar a alguien a recogerle —propone, con tono despreocupado. Cuanto más tranquila se muestra, más me asusto. Hay connotaciones profundas en lo que dice que no soy capaz de entender—. ¿Dónde está su consulta?

Le doy la dirección. La fórmula de palabras y números me sale de manera automática. El nombre de Matilda resuena a mi alrededor e intento oír una respuesta, cualquier cosa que pueda darme esperanza. Una niña pequeña pasa por el sendero junto a mí con su madre y tengo que reprimirme para no salir corriendo detrás de ella, agarrarla y comprobar que no es mi hija, aunque ya sé que no lo es; lleva un abrigo rosa y tiene el pelo oscuro y en trenzas de espiga.

De repente, los gritos se oyen más cerca: puede que hayan encontrado alguna cosa. El corazón se me sale por la boca. Veo al agente de policía saliendo de Kenwood Estate a toda prisa llevando algo. Por un instante creo que es ella, Matilda, mi niña, mi amor, que vuelve. Pero no puede ser, lo que lleva es demasiado blando y está retorcido, y entonces siento un alivio inmenso al ver que lo que lleva en brazos es su abrigo, no su cuerpo muerto. Corro hacia él y la sensación de alivio desaparece, en su lugar me invade el

pánico, soy incapaz de respirar y oigo un sonido chirriante en algún sitio, puede que sea yo, cuando el policía me entrega el abrigo vacío, verde y plateado, y al agarrarlo contra mí los agentes se miran con una expresión desalentadora que entiendo demasiado bien.

La agente me coge el abrigo. Trato de aferrarme a él pero ella tira con fuerza y se lo queda.

—Lo necesitamos para buscarla —dice—. Se lo devolveremos pronto.

—No lo entiendo. Lo llevaba puesto. ¿Dónde lo han encontrado? —Miro al agente que lo traía. Duda por un instante, buscando las palabras adecuadas.

—Estaba debajo de un arbusto por allí arriba —dice, señalando en dirección a Kenwood.

—¿Por qué iba a quitárselo? —pregunto—. Si hace frío...

—Puede que tuviera calor al correr buscándola a usted —contesta—. Y es bastante inconfundible.

Estoy helada. El tiempo pasa y sé perfectamente lo que eso significa. He oído todas las leyendas urbanas de niños raptados en grandes almacenes, les rapan las cabezas y les cambian de ropa. Sé que no hay nada más fácil que tirar el abrigo y envolverla en otra cosa para sacarla del parque sin que nadie note que algo pasa. He estado tanto tiempo con los ojos cerrados que básicamente les he dejado en bandeja a Matilda.

Noto la adrenalina por todo mi cuerpo, acelerándome tanto el corazón que se me podría salir del pecho en cualquier momento, mientras mis manos se estiran queriendo aferrar el abrigo de Tilly. Y bajo todo esto, siento un clamor de culpa que crece por momentos. Todo es culpa mía. Culpa mía. He pecado y ella lo está pagando. Soy una mierda de madre y la he perdido, puede que para siempre. Caigo de rodillas, sintiendo náuseas al pensar en todo lo que he hecho, todo lo que podría haber hecho; pero ya es demasiado tarde, nunca podré volver a oír su risa, cepillarle el pelo, llevarla al colegio o acompañarla a natación. ¡Ay, Dios! ¡Natación! El estanque al pie de Kenwood. Casi se me escapa en un grito, pero me contengo: ellos ya lo saben, están buscando por allí. Aunque no suelo rezar y sé que no merezco una intervención divina o del tipo que sea, empiezo a negociar en mi cabeza. «Lo dejaré todo, lo juro, estaré allí para ella. Si tengo otra oportunidad, solo una más, de verla y abrazarla, dejaré de ser tan egoísta. Disfrutaré de cada momento como debería haberlo hecho desde el principio, en vez de estar tan centrada en mí misma».

La búsqueda continúa mientras yo sigo clavada en el sitio donde la vi por última vez. Ya no sé cuánto rato lleva desaparecida: mi sentido temporal se ha vuelto loco, despacio y deprisa se funden en una espiral en mi mente.

—¡Alison! ¡Alison! ¿Qué está pasando?

Carl ya está aquí, le han recogido de la consulta y le han traído.

—Matilda ha desaparecido. Estábamos jugando al escondite y de repente ya no estaba. —Rompo a llorar y voy a abrazarle, a que me abrace y me diga que todo va a ir bien y que aparecerá en cualquier momento.

Sin embargo, me empuja por los hombros.

—¡Te dije que tuvieras cuidado, no se puede confiar en ti para nada! — Está furioso, ahora lo veo—. ¿Les has contado en qué trabajas? Puede que sea alguno de tus clientes.

La agente Murray se vuelve rápidamente hacia mí.

—¿A qué se dedica? —pregunta.

—Soy abogada criminalista. Normalmente en la defensa. Pero no creo que... —respondo.

—Y usted es terapeuta —dice la policía, volviéndose a Carl—. ¿Es posible que alguno de sus pacientes...?

—Ninguno de mis pacientes haría algo así —zanja, mirándome con desprecio.

La agente Murray me observa atentamente, y de nuevo a Carl. Uno de los otros policías se acerca, le hace un gesto y se apartan para hablar un momento. Luego él va al coche patrulla y se pone a hablar por la radio otra vez.

—Vamos a llamar a un helicóptero —dice ella—. A veces ayuda.

Si antes estaba asustada, ahora me empieza a ahogar el pánico más absoluto.

—¿Sabe si puede haber hecho algo últimamente que haya molestado a alguno de sus clientes? —pregunta Murray.

—No creo. No de este modo —contesto.

—¿Y usted? —le dice a Carl.

—Claro que no. No puedo creer que estén perdiendo el tiempo en esto. Deberían estar buscándola, no lanzándonos pullas —responde, rebotando de ira. Inspiro, espiro. No me atrevo a ponerme de pie, por miedo a desmayarme.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —replica la agente Murray,

tratando de calmar los ánimos.

—Alison, ¡cómo coño has podido perder a nuestra hija! —Se agacha y me grita a la cara. Hundo la cabeza entre las manos y empiezo a oscilar hacia delante y hacia atrás—. ¡Esto es todo culpa tuya, puta estúpida! Primero jodes nuestro matrimonio y ahora pierdes a nuestra hija. ¡Joder! —Se levanta y se aleja con paso furioso, pero luego regresa—. ¿Dónde está mi hija? —dice a la agente Murray. Entonces se inclina hacia delante y le grita directamente a la cara—. ¡¿Dónde coño está?!

—Caballero, voy a tener que pedirle que se tranquilice —contesta ella sin retroceder ni un paso, sino irguiéndose ante su ira—. Comprendo que es un momento de muchas emociones, pero...

—¿Muchas emociones? ¿Mi esposa es tan inútil que ha perdido a nuestra hija y usted cree que esto es solo emoción? —Se planta ante ella como si fuera a pegarle un puñetazo. Le miro conteniendo la respiración. Si digo cualquier cosa o si nota mi presencia, seguro que lo hará, y le encerrarán por agredir a una agente de policía para culminar todo lo demás.

Murray se mantiene firme y por un instante se quedan con la mirada clavada el uno en el otro. Carl baja las manos y su cara se arruga.

—Lo siento, lo siento —se disculpa. Se aleja unos pasos, pero luego vuelve hacia mí e intenta darme una patada—. ¡Putá! —grita.

Me aparto y no me da. Casi pierde el equilibrio y se tambalea para mantenerse en pie. Estoy paralizada contemplando la furia en su rostro teñido de morado por la ira. Sé que debería tener miedo, pero no lo tengo. No me cabe. Merezco que me den una patada. De hecho, me haría sentir mejor. Pero ahora mismo da igual. Lo único que importa es Matilda y este agujero que ha dejado su ausencia en mi corazón. No entiendo cómo a Carl le puede importar nada más.

—No me mires —dice—. ¡Deja de mirarme, joder! —Se acerca, me agarra por los hombros y empieza a zarandearme, cada vez con más fuerza—. ¡Putá inútil! —quiere gritar, pero las palabras se le atragantan. La agente Murray está junto a él, con gesto muy preocupado, pero, antes de que pueda intervenir, Carl deja de sacudirme, se pone en cuclillas con las manos aún sobre mis hombros y rompe a llorar—. ¿Dónde está, Alison? ¿Dónde está?

—No lo sé —contesto—. No lo sé.

Nos quedamos sentados en el suelo, juntos, compañeros en el miedo. Está llorando, con mocos, lágrimas y sollozos, limpiándose la cara con la mano.

Me gustaría abrazarle, decirle que todo va a ir bien, pero sé que no puedo. Extiendo la mano hacia él y se aparta con tal brusquedad que casi pierde el equilibrio. Trato de pensar en algo que decir que no empeore las cosas, pero no se me ocurre nada.

De pronto, oigo gritos a mi derecha y ruido de gente corriendo. Al principio lo ignoro, pero cada vez se oyen más alto. Cuando me vuelvo, veo que es el mismo agente que encontró su abrigo, pero esta vez el bulto que trae está vivo y pataleando, y es un destello de luz que ilumina mi esperanza.

—¡Mami! —exclama Matilda. Corro hacia ella, la cojo y la aprieto contra mí—. Mami —repite, y nunca he sido tan feliz de oír su voz, de oler su pelo. Se hace un ovillo, hundiendo la cabeza bajo mi barbilla. El dolor en mi pecho empieza a mitigarse y el vacío se llena.

Carl viene corriendo y me la quita, y, aunque no quiero soltarla, sé que debo hacerlo. La abraza durante lo que me parecen horas. Matilda empieza a retorcerse en sus brazos, la deja en el suelo y vuelve corriendo a mí. Me siento y la pongo sobre mi rodilla, con su carita apoyada en la mía.

—Estás helada —digo, notando lo fría que está.

—Me quité el abrigo porque tenía calor cuando te estaba buscando —contesta—. No sé dónde está.

—No te preocupes, cariño, lo tenemos nosotros. —Miro a mi alrededor y veo a la agente Murray con el abrigo en la mano, a unos pasos de nosotras, vigilando atentamente todo lo que pasa. Le hago un gesto y señalo el abrigo. Murray nos lo acerca y se arrodilla en el suelo.

—La han encontrado en Kenwood House —me dice—. Estaba un poco angustiada y parecía tener frío, y un visitante se lo comentó a los empleados. Ellos habían recibido nuestra llamada, claro...

—No puedo creer que esté aquí —respondo—. Gracias.

—Me alegro de que hayamos tenido un final feliz. —Murray se queda en cuclillas—. Matilda, ¿me puedes contar qué ha pasado? ¿Cómo te has perdido?

—Estábamos jugando al escondite. Yo subí por ahí al bosque. Y entonces me perdí. Cuanto más corría más calor tenía, así que me quité el abrigo. Y entonces estaba en la casa grande y vino el policía —dice Matilda, a toda velocidad.

—¿No has hablado con ningún mayor en el bosque?

—No, con nadie. Mami dice que no hable con desconocidos.

—Es muy sensato. Y tú eres una buena chica —observa Murray.

Le he puesto el abrigo, pero sigue temblando, aferrada a mí.

—¿Necesita hablar más con ella? —pregunto—. Porque me gustaría mucho llevármela a casa.

La agente Murray asiente.

—No hay problema. Tenemos sus datos. Es posible que nos pasemos para hablar con ustedes a lo largo de la semana. Si me da su número de contacto, llamaremos antes para avisarles.

Se lo doy y me levanto con Matilda en brazos. Carl nos ronda, evitando mirarme a los ojos.

—Deberíamos irnos a casa —le digo.

Se encoge de hombros pero sigue caminando a mi lado. Volvemos al coche y vamos a casa sin que diga una sola palabra en el asiento del copiloto.

Al llegar a casa, le preparo un baño a Matilda. Son solo las cuatro, pero tengo la sensación de haber estado años fuera. Carl se queda abajo mientras la meto en la bañera. No quiero separarme de ella. Está feliz, sin ningún indicio de estrés. Chapotea y se hace una peluca y una barba con la espuma que he añadido al agua. No veo ninguna marca en su cuerpo, ningún indicio que me haga dudar de lo que nos ha contado que pasó.

—¿Estás segura de que no hablaste con nadie? —pregunto.

—No, mami, ya te lo he dicho. —Desaparece bajo el agua. No quiero presionarla más.

Después del baño, se pone el pijama y una sudadera con capucha. Bajamos juntas. Carl está sentado junto a la mesa de la cocina, mirando a la nada. Matilda se sube a su rodilla, él la abraza brevemente y luego la hace bajar.

—Ve a abrazar a tu madre —le indica.

No lo entiendo. Normalmente no se separa de ella y apenas deja espacio para mí. Sé que sigue en shock, pero esto no tiene ningún sentido. Me siento a su lado.

—Matilda —digo—, papá y yo tenemos que hablar de una cosa. ¿Por qué no vas a ver un poco la tele?

—Vale —responde, y se va al salón. Poco después se oye la tele encendida y una voz aguda balbuceando de fondo.

—Carl, ¿por qué tienes que seguir tan enfadado? Ya está en casa, ¿no es

eso lo que importa?

Me observa con la mirada perdida. Pasado un momento, se aclara la garganta.

—Solo puedo pensar en lo fácilmente que las cosas podrían haber salido de otro modo —responde—. Podría haberse torcido tanto... No ha sido así por un golpecito de suerte. Pero esta es la gota que colma el vaso. —Empuja la silla hacia atrás y se levanta—. He aguantado tus borracheras, tu horario de trabajo, que no te importe una mierda el mío ni quieras apoyarme de ninguna manera. Todo eso lo he sabido aguantar. Incluso lo que pasó en Brighton.

Agacho la cabeza ante la embestida.

—Pero que seas tan negligente, tan inútil como madre para perder a mi hija... Ya no puedo seguir haciendo esto.

No está gritando. Tampoco hace falta. Sus palabras me arrancan la piel como si fueran ácido.

Entonces menea la cabeza.

—¿Y sabes qué es lo peor? Que, cuando volvió, corrió hacia ti. A pesar de que eres un auténtico desastre, te quiere más a ti. Y no puedo soportarlo. La has puesto en mi contra, lo sé. Me jode tanto que ahora mismo no puedo ni mirarla.

—No es culpa suya, Carl. No es justo.

—Nada de esto es justo, Alison. Nada de esto es justo.

Sale hecho una furia de la cocina y sube las escaleras con fuertes pisadas. Le oigo abriendo y cerrando cajones, y vuelve a bajar.

Voy al recibidor y le veo saliendo por la puerta con una bolsa de viaje en una mano y un saco de dormir en la otra.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Voy a dormir a la consulta. Esta noche. No quiero estar en la misma casa que tú. No confío en dejarte a Matilda, pero tampoco me queda elección. Hoy no. Pero juro por Dios que si le pasa algo a la niña, aunque sea un rasguño en el dedo meñique, te mato.

Y dicho eso, se va, cerrando la puerta con cuidado. Me quedo unos segundos en el recibidor, abrumada por su rabia y por la sensación de que algo ha cambiado irremediabilmente entre nosotros. Se ha roto. Y es mi culpa.

Matilda viene del salón.

—¿Dónde está papá? —pregunta, y tengo que tragar con fuerza para

contestar.

—Ha tenido que irse a trabajar, tesoro. Volverá pronto —digo, con la esperanza de que sea verdad. Me siento a su lado en el sofá a ver la televisión. Más tarde, preparo la cena y la pongo a dormir en nuestra habitación, no por ella, sino por mí. Tardo horas en conciliar el sueño, con el miedo que he sentido durante el día dando vueltas y más vueltas en mi cabeza, pero el sonido de su respiración me calma y estiro la mano para ponerla sobre la suya.

Matilda duerme profundamente y sin interrupción. Ni siquiera se despierta con la alarma de coche que siempre salta en nuestra calle, ni con el aullido de los zorros en el jardín trasero que me saca del sueño sobre las cinco de la madrugada. El corazón me late a golpes y tengo el cuello y el pecho cubiertos de sudor. No consigo volver a dormirme.

Cuando suena el despertador me pongo a preparar el desayuno. Por suerte, la vista de esta mañana no empieza hasta las diez y media; voy a tener que hablar con los secretarios sobre mis casos hasta que sepa los planes de Carl. Seguro que vuelve a casa pronto. Seguro... Miro a Matilda mientras come sus huevos revueltos. En su carita veo claramente mi mandíbula y la frente de Carl. Levanta la vista.

—¿Por qué me miras así, mami?

—Perdona, cariño. Solo estaba pensando en lo mucho que te quiero.

Me acerco y la abrazo fuerte.

—¿Va a venir papi esta noche? —dice.

—No estoy segura.

Una vez se ha lavado los dientes y me he puesto el traje, vamos al colegio. Ella entra corriendo feliz, mientras yo saludo con la mano a los padres que conozco antes de irme hacia la estación del metro. Me apoyo contra el lateral del vagón con los ojos cerrados. Me he estado controlando tanto por Matilda que, ahora que está en el colegio, me hundo en la tristeza de la situación. Ya no tengo que mantener el gesto alegre ni la voz animada. Me muevo con el bamboleo del tren, guardando el equilibrio a pesar de las sacudidas, meciéndome al ritmo de las ruedas metálicas sobre la vía.

Mantengo la cabeza agachada hasta que llegamos a Belmarsh, sin mirar a la cara o a los ojos de nadie. Me enfundo la toga rápidamente, evitando entablar conversación con los compañeros. Tengo una solicitud de libertad

condicional sustituyendo a Robert, mi compañero del bufete, y la sentencia de uno de mis juicios que acabó hace meses. El informe presentencia se ha retrasado tres veces, nunca por culpa de mi clienta.

—¿Tardará mucho? Ahora está con mi madre, pero tiene que salir —dice, aferrándose al cigarrillo electrónico barato que intenta aspirar sin atraer la atención de los guardias de seguridad.

La miro con la vista perdida.

—¿Quién está con su madre?

—Mi hijo. ¿De quién cree que estoy hablando? —La irritación en su voz diluye la confusión que nublabla mi mente.

—Sí, claro, perdone. Lo siento, estoy un poco cansada esta mañana.

—¿Y quién no, querida? ¿Y quién no? —dice, ya calmada. Más o menos.

—Espero que no mucho. No hay muchos casos antes que el suyo —le explico—. Al menos, por fin tenemos el informe presentencia.

—¿Cree que irá bien?

—Debería. Es bastante exhaustivo. Ya tiene un trabajo esperándola, ha vuelto a casa de su madre. Debería ir bien.

Afortunadamente, así es. El juez acepta las recomendaciones del informe sin que haga falta que yo diga más que lo básico. Veinticuatro meses de trabajo comunitario: mi clienta ha tenido suerte esta vez, pero su agresión en estado de embriaguez fue impropia. La víctima, una chica del pub que mostraba demasiado interés por el por entonces novio de mi clienta, lucirá las cicatrices del ataque durante más de dos años, pero al menos no está presente para objetar. Yo no podría lidiar con ello, hoy no.

Salgo hacia el centro tan rápido como puedo. Una vez zanjadas las vistas, puedo centrarme en qué hacer ahora. Es posible que Carl se haya tranquilizado desde anoche. Aunque lo dudo. El estómago se me encoge por la incertidumbre. Saco mi teléfono y lo enciendo, con la esperanza de que me haya llamado o enviado un mensaje diciendo: «Vamos a hablarlo». Cualquier cosa para romper este *impasse* y dar marcha atrás en el tiempo hasta antes de ser tan infelices. No hay nada. Le llamo y da señal, pero no contesta. Lo intento de nuevo. Se corta después de dos tonos. Eso significa que está mirando su móvil, lo sé. Escribo un mensaje.

«Lo siento mucho, Carl. Por favor, ¿podemos hablar? Bss».

Veo que el mensaje le ha llegado y mi corazón da un vuelco al ver una burbuja con puntitos en movimiento diciéndome que tal vez esté contestando. Pero no, nada. Ni respuesta, ni pitido. Vuelvo a intentarlo.

«Llámame, por favor. Por favor. Bss».

Esta vez, ni siquiera veo los puntitos. Meto el móvil en el bolso y me reclino en el asiento con los ojos cerrados durante el resto del trayecto, exhausta ante la idea de los cambios que me esperan.

Cuando llego al bufete entrego los documentos a Mark. Por su expresión de empatía, veo que va a hablarme e intento darme la vuelta y huir de la sala de secretarios, pero ya es demasiado tarde.

—¿Ya ha hablado con él, Alison? —pregunta.

—Es una situación muy difícil —respondo, haciendo un gesto con la mano para zanzar el tema.

—Creo que quiere hablar con usted. Ha llamado un par de veces preguntando si había llegado ya.

—¿En serio? —Mi corazón se acelera—. Pero ¿por qué no me ha llamado al móvil?

—Por lo visto, lo ha intentado, señorita, pero no ha dado con usted.

Cojo mi teléfono y llamo a Carl inmediatamente. Vuelve a sonar hasta que salta el contestador.

—No lo coge —digo, al borde de las lágrimas.

—Pues ha dejado tres mensajes para usted aquí. Seguro que no tarda en dar con él.

Me da un montoncito de *post-its*. Los leo: «Mensaje para Alison, ha llamado Patrick a las 10:37. Por favor, llámele». Los hago una bola y los tiro en la papelera junto a la puerta. Patrick, no Carl. Por supuesto, se refería a él. El tenue destello de esperanza que albergaba se esfuma y vuelvo a notar el peso sobre los hombros.

—Sí, seguro que doy con él —contesto, salgo de la sala de secretarios hacia mi despacho y cierro la puerta a la realidad. Anoche, la sensación de alivio por encontrar a Matilda pesó más que la marcha de Carl y por eso he conseguido dormir, pero hoy ya es ineludible. Se ha ido y voy a tener que afrontarlo.

A las dos y media salgo de la oficina. Le he dicho a Mark que necesito trabajar en Londres por ahora, hasta que Carl y yo convengamos quién se queda con Matilda y en qué momento. Mi agenda no está demasiado llena, así que la organizo para tomarme libres los dos días siguientes, a no ser que surja alguna urgencia. El optimismo que sentía esta mañana se ha evaporado y ahora ya solo espero que Carl no siga tan enfadado y esté dispuesto a hablar. Lo único que he sacado en claro de lo que he estado leyendo es que la mediación va a ser clave. Al fin y al cabo, los dos somos padres de Matilda, hemos compartido muchos años juntos: no puedo creer que no esté dispuesto a hablar de todo esto como es debido.

Llego con tiempo a la salida del colegio y me pongo a charlar con el resto de madres y padres que están esperando. Cuando suena la campana los niños empiezan a salir en manada, y cada uno va siendo recogido por su respectivo progenitor. Matilda no viene en la primera tanda, ni en la segunda. Ni siquiera está con el último niño, el que siempre sale tarde, arrastrando el jersey por el suelo y con los libros asomando de la mochila de plástico manchada. Ya se ha ido todo el mundo y el patio está vacío. Es como una repetición de ayer y, por un momento, me atrapa la misma sensación de pavor: alguien ha robado a Matilda y no me la va a devolver. Entonces pienso en la seguridad del colegio y me tranquilizo. Es imposible que se haya perdido. Sin embargo, en lugar de ese miedo sin nombre surge otro, más preciso, más específico.

Voy a recepción y espero a que me vean en el mostrador. Hay una joven archivando documentos en la sala de atrás y digo «Disculpe» un par de veces hasta que me oye.

—¿Puedo ayudarla? —dice.

—He venido a recoger a Matilda. Matilda Bailey, de segundo curso.

—¿No ha salido?

—Todavía no. Solo quería asegurarme de que no sigue en su aula. ¿Puedo pasar? —digo.

—Deje que llame a ver. —Coge una lista de nombres y pasa el dedo sobre ellos, deteniéndose a tres cuartos de página. Marca un número—. Estoy buscando a Matilda Bailey: su madre está aquí. ¿Está con vosotros?

Hay una pausa. Oigo una voz al otro lado del teléfono pero no lo suficientemente clara como para distinguir lo que dice.

—Genial, gracias. Se lo diré a la madre. —Cuelga el auricular y me mira—. Su padre la ha recogido hace un rato. ¿No lo sabía?

—Yo... lo habré olvidado. Disculpe. —Es como si me hubieran dado una patada en el pecho, pero mantengo la voz firme—. Pues nada, me iré para casa. —Sonrío, pero ella ya ha vuelto con sus archivos.

Camino rápido hacia casa, notando el latido del corazón en mis oídos. Seguro que Carl solo está siendo eficiente. No estoy siendo razonable, imaginando que la ha ido a buscar pronto para asegurarse de que la recogía él y no yo. Acelero más el paso, ansiosa por llegar y detener estos pensamientos que dan vueltas en mi cabeza.

Cuando abro la puerta y entro, por un instante me da la sensación de que todo está normal. Matilda viene corriendo a abrazarme, nos sentamos en el escalón inferior mientras me cuenta lo que ha hecho hoy y cómo han flipado sus amigos al decirles que ayer habló con unos policías. Seguimos charlando y voy a levantarme para ir a la cocina a darle un poco de fruta cuando de repente aparece Carl cerniéndose sobre mí.

—Matilda, sube a tu cuarto —dice.

—Mami me iba a dar algo de merendar.

—Ahora te traigo una naranja, y luego, ¿puedes subir a tu cuarto, por favor? —Me quedo esperando en el recibidor mientras va a la cocina y vuelve. Le da a Matilda un plato y ella lo coge.

—¿Qué es esto? —pregunta la niña—. Es raro.

—Es una naranja —contesta él—. ¿Puedes subir? —El sol entra por la ventana a su espalda haciéndole parecer más alto de lo normal, más imponente.

—No parece una naranja. Es roja.

—Es una naranja de sangre, Matilda. Orgánica. Es buena para ti. Ahora, sube a tu cuarto y cómetela —dice señalando el piso de arriba.

Esta vez sí obedece, aunque se baja de mi rodilla con un suspiro malhumorado y golpea cada escalón al subir para dejar clara su reticencia.

—Alison, ¿puedes venir aquí, por favor? Tenemos que hablar de varias cosas.

Me gustaría mandarle a la mierda y decirle que deje de comportarse como un gilipollas pomposo, pero el atrevimiento no me da para tanto. Me levanto

y le sigo, metiéndome las manos en el fondo de los bolsillos del pantalón para ocultar el temblor. Me siento en el sofá esperando a que se ponga junto a mí, pero él va al otro lado de la habitación y se queda de pie delante de la chimenea. Espero a que empiece a hablar, pero no dice nada. El silencio se hace más y más pesado en la habitación. Como el corazón me lata con más fuerza va a poder oírlo.

—Carl, yo... —Ya no aguanto más, pero justo cuando arranco a hablar él también lo hace, sofocando mis palabras vacilantes.

—Alison, llevo toda la noche pensándolo. Y todo el día de hoy. He tenido que aguantar muchas cosas y no puedo más.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, con un balido por voz.

—Por favor, no hables. Ya es bastante difícil, pero tengo que decirte lo que pienso. Esto ha llegado demasiado lejos.

Asiento, muda. Me doy cuenta de que tengo la mano sobre la boca, aunque no recuerdo haberla movido.

—Voy a pedir el divorcio, Alison. Ya no hay vuelta atrás. Hoy he hablado con un abogado y mi caso es aplastante. Puedo divorciarme de ti por comportamiento inaceptable. Sabes lo mucho que me has hecho sufrir, sobre todo este último año y pico.

—Yo...

—No, déjame terminar. Esto es muy duro para mí. Lo menos que puedes hacer es dejarme hablar.

Voy a explotar en cualquier momento, palabras para defenderme, para acusarle, para disculparme, palabras del puro dolor que se agita en mi interior, girando y retorciéndose de tal modo que si no salen de mi boca me harán estallar la cabeza. Sin embargo, lo único que hago es asentir y seguir callada. Es lo menos que puedo hacer.

—Quiero que te vayas de esta casa. Desde hoy mismo. Evidentemente, más adelante tendrás que recoger el resto de tus cosas, pero por ahora quiero que hagas una maleta y te vayas. Te has comportado de tal forma que no me costará pedir la custodia legal de Matilda y, dado que yo puse el depósito para la casa con mi finiquito, tengo más derecho a estar aquí que tú.

Estoy aturdida. Mis palabras han desaparecido. En mi cabeza solo queda una masa de ruido sibilante y soy incapaz de procesar lo que está diciendo.

—Eso sí, tendrás derecho a parte de la propiedad de la casa, y no te la voy a discutir. Después de todo, en algún sitio tendrás que vivir. Pero dado que es

la casa de Matilda y que voy a ser yo quien cuide de ella, es justo que viva aquí. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

La confusión que siento debe de reflejarse en mi cara. Trago saliva, respiro. Me mira como si esperase una contestación.

—¿Quieres que me vaya? —balbuceo por fin.

—Eso es lo que he dicho, sí.

—¿Y te vas a quedar con la custodia de Matilda?

—Evidentemente. No insinuarás que crees que puedes cuidar de ella... Si apenas eres capaz de cuidar de ti misma. —En su voz no hay más que desprecio. Ni siquiera ira.

—Pero..., pero me quiere. Me necesita. —Estoy llorando, las lágrimas caen por mis mejillas.

—Vale, Alison, es evidente que voy a tener que dártelo mascadito. —Se sienta en el borde del sillón, inclinándose sobre la mesa baja. Creí que me ayudaría tenerle a mi misma altura, pero su cercanía me intimida todavía más —. ¿Por dónde empiezo? —Respira hondo y comienza.

La bebida.

Las horas lejos de ella.

El tabaco.

Mi egoísmo, trabajando los fines de semana y por las noches.

Mi egoísmo emocional.

Su lista me abruma. Empiezan a brotar argumentos de defensa en mi cabeza: tuve que volver a trabajar porque él perdió su empleo; el tipo de abogacía que ejerzo implica aceptar trabajo en el último momento y prepararlo a altas horas de la noche; la presión de tratar con los clientes y las constantes cagadas del sistema judicial son tales que a veces es mejor ahogarlas bebiendo con compañeros, gente que lo entiende, que llevártelas a casa con todo el aire viciado de violencia y suciedad. Sin embargo, antes de que pueda empezar a exponerlas, Carl prosigue.

—Y puede que digas que había que hacer todo esto por tu carrera, Alison, pero podrías haberte metido en la Fiscalía de la Corona, o haberte hecho asesora jurídica de cualquier bufete. Podrías haber facilitado las cosas. Pero no, eres adicta a la atención que despiertan la toga y la peluca. Te gusta ocupar el centro del escenario. Fíjate en cómo acaparas las conversaciones, hablándole a la gente de tus casos. Mira cómo fardabas cuando te dieron tu primer asesinato. —Las palabras de Carl salen cada vez más rápidas,

verbalizando por fin los años de resentimiento.

—A ver, Carl...

—¿Te vas a callar? Lo único que haces es hablar. ¡Pues ahora me toca a mí! —grita.

Levanto las manos y vuelvo a encogerme en el sofá, sentándome sobre mis pies, tratando de hacerme más y más pequeña.

—Y nada de esto importaría, ¿sabes? No importaría nada, si no fuera por cómo afecta a Matilda. Eres una madre espantosa. Nunca la priorizas, nunca la llevas a natación ni te aseguras de que tiene todo lo que necesita para el colegio. Ni siquiera puedo confiar en que la recojas a tiempo. ¡Ayer casi la pierdes, joder!

—Pero la quiero —digo, aunque mi voz es un susurro—. Yo la quiero. ¿Eso no cuenta?

—No, cuando la cuidas tan mal; así no. Le estás haciendo daño de manera activa, estoy seguro de ello. Y no voy a permitirlo más. Debí saber desde el principio que no valías para ser madre. Al menos evité que tuviéramos otro, cuando vi cómo eras.

Me quedo en silencio unos segundos mientras sus palabras me pasan por encima. Y entonces reacciono.

—¿Cómo que «al menos evité que tuviéramos otro»? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que me hice una vasectomía, evidentemente. No podía arriesgarme otra vez. Y, desde luego, tú tampoco eres lo bastante fiable como para estar seguro de que te tomabas la píldora. —Me mira como si estuviera loca por pensar lo contrario.

—¿Te hiciste una vasectomía? ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo dijiste? Dejaste que creyera... —exclamo, tropezándome con las palabras.

—Al poco tiempo de tener a Matilda —responde—, y lo volvería a hacer, Alison. No tardé en comprobar lo inútil que eras con ella. Con dos, no te las habrías arreglado ni por asomo. En fin, ahora vas a hacer lo correcto y te vas a marchar sin discusión. Podrás quedártela los fines de semana, pero me voy a asegurar de que esté bien cuidada.

—No puedes hacer eso, Carl. No te dejaré —replico, encontrando por fin algo de fuerza para contestar, aturrida por lo que acaba de decir.

—No te estoy dando a elegir, Alison. Te estoy exponiendo lo que va a pasar. Los actos tienen consecuencias, ¿sabes? Los actos tienen

consecuencias. —Nunca le había visto así, tan sereno y a la vez tan furioso. Su cabeza asiente bruscamente al ritmo de sus palabras. Es evidente que ahora mismo no vamos a llegar a entendernos.

—¿Y qué es lo que quieres que haga? —pregunto.

Asiente, satisfecho, y se reclina en el sillón.

—Voy a llevarme a Matilda a cenar. Mientras estemos fuera, tú haces una maleta y te vas. Le diré que has tenido que irte a trabajar.

—¿Puedo despedirme de ella?

—No creo que sea buena idea, ahora no. Estás demasiado emotiva y no quiero que se altere. Podrás verla el fin de semana que viene, en un par de días lo planeamos.

—¿Y qué hay de todas mis cosas? —digo, aunque la verdad es que mis cosas me dan igual.

—Ya lo arreglaremos a su tiempo. Siempre puedes llevarte algo más el fin de semana que viene. Los actos tienen consecuencias, recuérdalo. Todo esto es culpa tuya.

Lo tiene todo pensado. Subo al piso de arriba y lleno una maleta de ropa, metiendo cosas al azar. Trato de concentrarme en qué voy a necesitar para el trabajo, cojo unos cuellos de bandas limpios y camisas blancas. Al menos tengo las togas en el despacho y no tendré que cargar con ellas. Oigo que la puerta de entrada se abre y se cierra, y la voz de Matilda se va perdiendo según se alejan de casa. Miro a mi alrededor, consciente de pronto de que es la última vez que estoy aquí mientras aún es nuestro dormitorio. A Carl siempre le gusta empujarme hacia el borde de la cama para dormir despatarrado en el centro. Ahora podrá hacerlo con toda impunidad: es suya. Por un instante, me golpea la magnitud de la situación, como una fuerza de gravedad tan intensa que tengo que sentarme en el borde de la cama, sin apenas respiración. No volveré a dormir aquí, ni a sentir el calor de Carl. Finalmente me recompongo y sigo haciendo la maleta.

Pido un taxi y espero abajo con la maleta. Hay un Travelodge cerca de Covent Garden, iré allí. Hubo un tiempo en que tuve amigos, antes de intentar meter a Matilda, el trabajo, Carl y Patrick en el mismo espacio reducido. Sin embargo, no he hablado con nadie más allá de la puerta del colegio o el bufete en lo que me parecen meses. Por un momento, se me ocurre llamar a Rania, pero es demasiado pronto, apenas hemos charlado un par de veces. No puedo presentarme en su puerta con mi maleta y un

matrimonio roto.

El taxi llega y me subo. Al arrancar miro por la ventana. Se me ha escurrido todo entre los dedos de las manos: la casa, la hija y el marido. También el amante, aunque eso apenas parece importante ahora mismo. Llegamos al Travelodge, pido una habitación y subo los tres pisos golpeteando mi maleta sobre cada escalón, ya que el ascensor está averiado. El aire huele ligeramente a fritanga y hay una mancha de algo pegajoso en la cabecera de la cama. Sin parar a desvestirme, me tumbo sobre la cama envuelta en una manta y me quedo contemplando la pared durante lo que parecen horas hasta que me duermo; y, cuando lo hago, Matilda aparece en todos mis sueños, corriendo delante de mí sin que pueda llegar a alcanzarla.

Me despierto a las tres de la madrugada, helada. El aire acondicionado está muy alto y se me ha caído la manta. Voy al cuarto de baño, me quito los pantalones y la camisa, apago el aire y me meto en la cama. No consigo volver a dormirme, tengo demasiados pensamientos dando vueltas en la cabeza. Saco el móvil del bolso y lo enciendo, deseando no haber sido tan radical contra las redes sociales. A lo mejor, este sería un buen momento para tener Facebook. Podría actualizar mi estado diciendo algo vago sobre mi infelicidad y, de repente, empezaría a recibir carantoñas de amigos por todo el mundo. Entro en la página y estoy a punto de registrarme, pero al final me detiene una sensación de que es todo inútil. Rebuscar en el pasado resulta poco atractivo cuando mi presente está tan vacío.

Me han llegado varios mensajes mientras miraba Facebook. Conteniendo el deseo repentino de borrarlos todos, me meto en la bandeja de entrada, en parte esperando que Carl me haya escrito diciendo que todo ha sido un terrible error: «Por favor, vuelve a casa, cariño. Te echamos de menos».

Pero sé que es demasiado tarde. No va a pasar. Todo se ha ido a la mierda y en gran medida es por mi culpa. Me tumbo recta sobre la cama, mirando al techo. La luz roja del detector de humo brilla en el rincón y veo el reflejo de la señal de salida de emergencia al otro lado de la puerta. Ya es hora de sincerarme conmigo misma. Quiero a Matilda, siempre la he querido, pero al principio me costó mucho la maternidad. Volví al trabajo a toda prisa, tal vez debería haberle dedicado más tiempo. Sí, vale: Carl había perdido su empleo y necesitábamos mi sueldo, pero podríamos haber salido adelante, ¿no? Además, si hubiera estado más en casa, tal vez le habría prestado más atención, no se habría apartado de mí ni me habría hecho sentir tan rechazada y despreciada que, cuando Patrick entró con paso airado en mi vida, estaba tan sedienta de afecto y contacto humano que le dejé entrar en mi cama e

incluso a veces en mi corazón... Si, si, si... Hay tantas variables, y todas conducen a la misma conclusión. Si hubiera sido menos egoísta, si me hubiera centrado menos en mí misma y más en mi hija, todo esto se podría haber evitado.

Ya no tengo frío en los pies, aunque hay algo helado atenazando mi estómago, una sensación de que el caos que me rodea no va a hacer más que empeorar. Me hago un ovillo abrazada a una almohada, deseando que todo esto desaparezca, y me acabo quedando dormida, soñando aún más claramente con Matilda.

Me despierta el teléfono. Por fin había conseguido dormirme profundamente y al principio estoy aturdida; pensando que estoy en casa estiro el brazo para coger el auricular, pero no está donde debería. Deja de sonar y vuelve a empezar, hasta que finalmente encuentro mi móvil debajo de la almohada y me incorporo para ver la pantalla.

Es Patrick.

—Alison. Estás ahí —dice.

Por un momento, no soy capaz de hablar.

—¿Alison? ¿Estás ahí? ¿Me oyes?

—Estoy. Sí, te oigo.

Se hace una larga pausa. Entonces continúa.

—Ha pasado algo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?

—Han presentado cargos contra mí. Anoche me detuvieron y me trajeron a comisaría. Estoy acusado de violación. He salido en libertad bajo fianza, pero había un fotógrafo esperando a la puerta de mi casa. Va a salir en los periódicos.

—Joder, Patrick. Creí que dijiste que esto no ocurriría. —Tengo la mandíbula rígida de la tensión.

—Es que no creía que fuera a pasar. ¿Podemos vernos? Por favor. Me vendría bien un poco de apoyo, ver una cara amiga.

Quiero decirle que no. Debería. Tendría que salirme de todo esto lo antes posible.

—Sí —contesto—. Vale, nos vemos. ¿Dónde estás?

—En el pub a la vuelta de la esquina de tu casa —dice—. He venido

pensando que a lo mejor podíamos hablar.

De repente, le imagino paseando por las tiendas de Archway, parando a tomarse un café en la cafetería cutre y rondando el Tavern hasta la hora de abrir. Aparto la imagen de mi mente.

—Hay un pequeño problema —digo—. No estoy en casa. Tendrás que venir a Covent Garden. Te veo en Delauney en tres cuartos de hora.

—Allí no, Alison. Es demasiado... Prefiero ir a algún sitio más discreto.

Lo entiendo, aunque no lo digo. No sé por qué lo he sugerido, aparte de que ha sido el primer lugar que se me ha ocurrido.

—Te veo en el Wetherspoon de High Holborn —propone—. ¿Sabes cuál es? Voy hacia el metro.

Sé dónde está. Le digo que sí, y cuelgo. De algún modo, me parece bastante apropiado. Lo nuestro comenzó en el Wetherspoon de Kingsway, así que ¿por qué no acabarlo en la misma cadena de pubs? Hay una circularidad en todo ello que casi resulta agradable. Casi.

Me cepillo el pelo y me pongo unos vaqueros y un jersey amplio que he traído en la maleta. Cojo una bufanda y le doy dos vueltas alrededor del cuello para cubrir la parte inferior de mi cara. Al caminar hacia el pub, las mangas del jersey se deslizan sobre mis manos y las dejo así para mantener el calor. Patrick está junto a la entrada trasera, sin afeitado. Se acerca como si fuera a besarme pero le esquivo, entonces me pone las manos sobre los hombros y al ver que me quedo inmóvil las vuelve a bajar. Nos quedamos cara a cara, pero no le miro a los ojos.

—¿Quieres entrar? Tienen muchas mesas —dice.

Me encojo de hombros y le sigo.

—Sentémonos aquí —indico, dirigiéndome hacia una mesa en el rincón.

—¿Qué quieres beber? —pregunta, de nuevo con demasiada normalidad.

—Me da igual. Agua. Lo que sea. —Espero mientras él va a por la bebida, tirando de las pelotillas de lana de los puños de mi jersey.

—¿Qué condiciones te han puesto para salir? —pregunto en cuanto se vuelve a sentar.

—Nada de contacto con ningún testigo de la acusación, quedarme en casa y presentarme semanalmente. Y he pagado cincuenta mil libras al juzgado.

—¡Caray! No se andan con chiquitas.

—No. No lo hacen. —Ha pedido una pinta y se bebe un tercio de un solo trago.

—¿Tienen alguna prueba nueva? —pregunto.

—No lo sé. A ver, ya te he contado lo que pasó. Pero esta vez han estado distintos conmigo. El hecho de que no esperaran a que yo fuese a comisaría, que vinieran a detenerme anoche... Es todo un poco raro. No sé qué ha pasado. —No deja de mirar su teléfono mientras habla.

—¿Por qué no dejas el móvil?

—Estoy mirando a ver si ha salido la noticia.

—Ya. —Saco mi teléfono del bolso. Tengo un par de mensajes de trabajo y un mensaje de voz de Pauline, del bufete.

Patrick está a punto de decir algo, pero en ese momento levanto mi teléfono.

—Tengo que escuchar esto. No suele llamarme. Puede que sea importante.

—Él se encorva sobre su cerveza.

Sin escuchar el mensaje, la llamo directamente. Contesta.

—Alison, hola. Gracias por llamar...

—No he oído tu mensaje, me ha parecido mejor llamarte. ¿Va todo bien?

—No. A ver, puede que esto sea un golpe duro.

—¡Maldito cabrón de mierda! —Esas son mis siguientes palabras, minutos más tarde, y se las escupo directamente a Patrick.

—¿De qué estás hablando?

—¡Maldito cabrón!

—Alison, tranquilízate. ¿Qué pasa? —Le da otro trago a su pinta. Ya casi se la ha terminado. Necesita todo el coraje que pueda darle el alcohol.

—Ya veo, ya... —digo—. Caroline Napier es una mentirosa y tú, un incomprendido que simplemente se deja llevar por el mal camino con demasiada facilidad. ¿Es esa tu versión de los hechos?

—Sí, claro. Ya te lo conté.

—Entonces, ¿cómo explicas que otra persona haya ido a la policía este fin de semana alegando que la violaste?

Se queda totalmente pálido.

—Alison, puedo explicarlo. Es todo un malentendido.

—Eso no es lo que me acaban de decir. ¿Creías que no me enteraría?

Le tiembla la barbilla y sus ojos se llenan de lágrimas.

—No pensé que acabara presentando cargos.

—¿Cuál de ellas? ¿La consejera de la reina? ¿O la becaria?

Hunde la cabeza entre las manos, sus hombros empiezan a temblar por el

llanto.

—Es un malentendido. Creí que le apetecía. Esa es la impresión que me dio durante toda la noche.

Le miro, asqueada. Ni siquiera intenta negarlo. Le pegaría ahora mismo. Y a mí también. Me invade una sensación de rabia y de arrepentimiento. ¿Cuántas veces he pensado mal de Alexia, de cómo se reía con los chistes de Patrick, o de cómo se sentaba demasiado cerca de él? Los celos me cegaban demasiado como para comprender lo que estaba pasando, que Patrick es demasiado egoísta como para reprimirse y no aprovecharse de ella. No debería haber hecho nada con ella, y menos aún todo lo que la chica le contó a Pauline la semana pasada, al enterarse de que le habían detenido por el otro asunto.

Según le explicó a Pauline, Alexia salió con él hace un par de meses y se emborracharon. Volvieron a casa de ella, un piso compartido mugriento en Holloway Road. Empezaron a enrollarse y ella decidió que no quería ir más allá, pero él no quería parar. Así que no lo hizo. Alexia no se lo contó a nadie porque sabía lo importante que era el trabajo de Patrick para el bufete; a mí me dieron el asesinato la semana siguiente, añade para ilustrar su argumento. Alexia no quería causar problemas y tampoco creía que nadie la fuese a creer. Pero Pauline sí la creyó y, según dice, estuvieron llorando un buen rato antes de que se decidiera a llamar a la policía.

Yo también la creo. Sé lo cerca que Patrick estuvo de violarme cuando vino a casa, aquella noche estuvo a punto de no parar. Y también recuerdo todas esas veces en las que se pasó un poco, pero yo estaba ciega ante lo que estaba ocurriendo. «A ti te gusta violento», ese era su mantra, y yo no se lo discutía, como una cobarde Anastasia ante su elegante príncipe Christian Grey. De repente, me viene una ola de náuseas que me cierra la garganta y necesito estar sola. Corro al cuarto de baño y cierro de golpe la puerta del cubículo. Las ganas de vomitar pasan pero noto un gusto rancio en la boca y lo escupo. Me limpio con papel higiénico y sigo escupiendo hasta que desaparece el sabor y dejo la cabeza apoyada sobre el asiento con los ojos cerrados. Me quedaría aquí para siempre, pero tengo que enfrentarme a él de nuevo. Una vez más, y ya.

Al volver hacia la mesa veo que sigue llorando y no ha intentado enjugarse los mocos que le caen sobre el labio superior.

—Te conozco. —Me quedo de pie junto a él, indignada y rabiosa—. Te

conozco. No puedo seguir haciendo esto.

—Si me conoces, tienes que saber que no soy capaz de hacer eso. Por favor, deja que te lo explique —dice, con el llanto entrecortando sus palabras.

—¿Para qué? —Sigo de pie—. El caso es que sí sé cómo eres, Patrick.

Está sollozando, con más mocos y las lágrimas cayéndole por el cuello. El pub sigue prácticamente vacío pero hemos llamado la atención del barman, un tipo barbudo con camisa de cuadros que está limpiando un vaso con ahínco.

—Será mejor que me vaya —digo.

—Sí, vete. Vuelve con tu adorable familia, tu adorable marido. —Levanta la voz, oscilando entre la ira y el llanto. Por un instante se queda en silencio y le veo derrotado por la tristeza, llevándose las manos a la cabeza, pero entonces alza la vista y lo único que sale de él al mirarme con los ojos inyectados en sangre es cólera—. Lárgate a tu puta casa.

Estoy a punto de marcharme, pero de pronto algo salta dentro de mí. Me inclino sobre la mesa, hacia él.

—Ya no tengo casa, ni puedo ver a mi hija. Mi marido va a pedir el divorcio. Así que ¿sabes? No me importa lo que te pase. Esto es culpa tuya, lo has hecho tú. Nunca debería haberme liado contigo.

Creía que ya estaba pálido, pero se pone aún más lívido.

—Alison, oye. Lo siento. Lo siento mucho. ¿Qué ha pasado?

—Matilda desapareció ayer cuando estaba conmigo, y Carl se puso furioso. Tiene derecho a estarlo: todos estos años he sido una mierda de madre, completamente distraída. Y esto, esta «relación», tampoco ha ayudado. No debería haberme enrollado contigo. Debería haber mirado por mí misma. Debería haber mirado por Alexia. —La indignación hace que mi voz suene cada vez más aguda. Es ira contra Patrick, pero también contra mí misma, por haber estado tan cegada por él como para ignorar cómo era en realidad.

—Lo siento, Alison. Por favor, siéntate. ¿Podemos hablar de esto? —dice.

—No hay nada más que decir. —Ya he tenido bastante—. Me voy. Por favor, no vuelvas a llamarme. Quiero que me dejes en paz.

Se queda mudo un momento, luego se levanta y se pone a mi lado.

—Alison, por favor. Tú y yo estamos bien juntos. Sé que ahora mismo todo es un desastre, pero podríamos hacer que funcionase.

—Estás acusado de violar a dos mujeres.

—No fue así —dice, con voz suplicante.

—Te conozco, Patrick. Lo sé.

Intento contener las lágrimas, pero ya no aguanto más. Patrick está muy cerca, demasiado, y cuando hago gesto de apartarme él se mueve conmigo, tratando de cogerme por el hombro. Estoy atrapada entre una silla y una mesa, él no para de acercarse y no quiero que me toque, pero cada vez está más y más cerca.

—¿Va todo bien? —dice el barman.

Patrick le mira y coge su vaso. Va a darle un trago pero se da cuenta de que está vacío. Lo mira, luego a mí y al barman, lo levanta a la altura de su hombro y lo estampa contra la mesa. El vaso se hace añicos y un trozo me golpea en la mejilla. El barman se acerca como para evitar que Patrick me pegue, pero él ya está otra vez sentado, con la cabeza entre las manos y los hombros temblando.

—Caballero, voy a tener que pedirle que se vaya o llamo a la policía —dice el barman. Patrick le mira y se echa a reír. Quiero irme pero me da miedo que venga detrás de mí. Me mira otra vez y se levanta, acercándose de nuevo. El barman se pone en el medio pero le aparta de un empujón y, poniendo una mano bajo mi barbilla, se inclina a besarme.

—Ahora sí que lo he perdido todo —dice—. Todo.

Cuando voy a soltarme, ya lo ha hecho él, me aparta y sale del pub.

El barman y yo nos quedamos en silencio. De pronto, noto la cara mojada y me enjugo lo que creo que son lágrimas. Él ha ido a la barra, vuelve con un fajo de servilletas de papel y empiezo a frotarme las mejillas, los ojos y a limpiarme su beso de la boca.

—¿Se encuentra bien? —pregunta el barman, y asiento—. Quiero decir, por su cara. Está sangrando.

Bajo la vista hacia las servilletas: tiene razón, están manchadas de sangre. Y a medida que se me pasa el subidón de adrenalina, empiezo a notar el escozor del corte. Me lo tapo con la servilleta.

—No pasa nada —respondo—. Me voy.

—¿Quiere que la acompañe? Puede que la esté esperando —dice el barman. A punto estoy de aceptar su oferta, pero en el fondo sé que Patrick no estará esperándome, se habrá ido. Niego con la cabeza y me voy.

De regreso al Travelodge, paso por delante de la estación de Holborn manteniendo la cabeza baja para no ver a nadie conocido. Enfrente de la estación hay un panel de periódicos, que clama «DESTACADO PROCURADOR ACUSADO DE VIOLACIÓN». Cojo uno, cuya portada muestra una foto granulosa de Patrick, tratando de cubrirse la cara con una mano. Empiezo a leer pero lo tiro en la primera papelera que encuentro. Ya sé suficiente.

Una vez en el hotel, me paso el resto del día intentando contactar con Carl, pero tiene el teléfono apagado. Hacia las cinco suena mi móvil y mi corazón cobra vida otra vez, especialmente cuando oigo que es Matilda con un «Hola» demasiado cerca del auricular y delicioso, pero entonces Carl le quita el teléfono y cuelga, dejando la voz de mi hija resonando en mis oídos.

El miércoles por la mañana, Mark llama temprano para ver si puedo acercarme al Tribunal de la Corona de Inner London para ocuparme de una vista previa de un caso de robo. Lo llevaba Sankar, pero ahora mismo está con un juicio que se ha alargado. Ya estoy cansada de estar en el Travelodge y, aunque Inner London está cerca de la casa de Patrick, le digo que sí. Tampoco puedo seguir rechazando trabajo. Me ducho y me visto, ignorando varias llamadas que me entran hasta que estoy lista para salir. Me meto en el ascensor y, mientras espero a que se ponga en movimiento, miro la pantalla para ver quién era.

Era Chloe, tres veces seguidas. Salgo del ascensor arrastrando el maletín, sintiéndome ya agotada. Esto no acaba nunca. Tengo tantas cosas en la cabeza, entre lo que ha hecho Carl, la ausencia de Matilda, y Patrick. Siento que no me cabe nada más.

—Hola, soy yo —digo, sorteando a la gente para salir del vestíbulo del hotel a la calle. Es bastante pronto, así que iré andando.

—Ha ocurrido algo terrible —me anuncia.

—¿Qué? —Yo sigo pensando en la ruta, y si de verdad me da tiempo a llegar a pie.

—Es Patrick —contesta, con la voz diluyéndose.

Me encrespo.

—No quiero hablar de eso —protesto—. No quiero tener nada que ver con ello.

—Alison, por favor, escucha. Ha muerto. Patrick está muerto. Ayer por la tarde se arrojó al metro en Holborn.

Me quedo clavada. Alguien que viene detrás choca contra mí, maldice y cambia de dirección para esquivarme. Un hombre da una patada a mi maletín. Estoy en shock, en medio de la acera, tratando de asimilar lo que acaba de

comunicarme.

—Patrick ha muerto, Alison. Me envió un mensaje diciendo que lo sentía, y no entendí por qué.

—¿Estás segura?

—Sí. Su hermana le identificó anoche por sus pertenencias, su cartera, su anillo. No quedaba mucho de él. Saldrá en los periódicos pronto. —Sus palabras me llegan como una ráfaga, no soy capaz de asimilarlas—. Alison. ¿Alison? ¿Estás ahí?

Aparto el móvil de mi oreja y cuelgo. No entiendo lo que está pasando. Otra persona me embiste con tanta fuerza que me tambaleo por la acera hasta darme contra la pared junto a una tienda de sándwiches.

—¿Se encuentra bien? —pregunta una señora.

Por un segundo, no puedo contestar, tengo una mezcla de palabras y llanto atragantada. Me toca el hombro y parece que va a cogerme del brazo, pero me aparto antes de que me ayude.

—Estoy bien, gracias. No me pasa nada. —Empiezo a caminar, con el maletín arrastrando junto a mis talones.

—¿Está segura? —dice, pero su voz se esfuma a medida que me alejo, aplastando su preocupación a golpe de tacones. Mis pasos cogen un ritmo, «vamos a juicio, vamos a juicio», me sorbo la pena y la limpio con la manga.

Se ha hecho tarde y no tengo fuerzas para andar: tendré que coger el metro. Doy media vuelta, bajo a la estación de Embankment. Espero en el andén hasta que pasa un metro de la línea Bakerloo y, al llegar el tren, de repente siento que la vía me llama, me acerco más y más al borde, hasta que alguien grita y me agarra del brazo. Me zafo de él y prácticamente corro al otro extremo del andén, con la cabeza plagada de imágenes entrecortadas de Patrick, ruedas, vías y metal seccionando carne. ¿Habrán podido recuperar todo su cuerpo o aún habrá fragmentos de él en la estación de Holborn? Será una comida más apetecible para las ratas que los habituales restos de McDonald's y KFC. Sacudo la cabeza para centrarme pero no me da tiempo a subir al vagón y me aparto al notar que se va.

El siguiente metro llega a los pocos minutos y esta vez sí estoy preparada; he apartado todos los pensamientos de vísceras y de Patrick de mi mente. Me apoyo contra un lateral del vagón y voy hasta Elephant and Castle, mirando el mapa de las estaciones que tengo delante. No voy a pensar en el Puente de Londres, ni en aquella noche hace nada, en la que Patrick me preparó la cena

y nos sentimos tan felices. Recobro la compostura y voy al juzgado.

La sala de togas está llena de gente y juraría que al entrar yo se hace el silencio, aunque tal vez sean solo mis nervios, que no me dejan oír nada más. Robert, mi compañero del bufete, se acerca y me pone las manos sobre los hombros.

—Terrible noticia, Alison. Supongo que te has enterado —murmura.

Asiento.

—Sé que le hacías muchos trabajos...

Estoy rígida, tratando de controlarme. Le miro a los ojos pero no veo nada en su rostro ni en su voz que sugiera que lo dice con segundas. Su expresión solo muestra dolor, tiene los ojos enrojecidos.

—Simplemente no me lo puedo creer —contesto.

—Ya. He hablado con un par de personas, Alison. Sankar y algunos de fuera del bufete, gente del equipo de Patrick: hemos pensado en ir al pub esta noche. Para recordarle. A ver, sé lo de la historia que salió en el *Standard*, pero...

Vuelvo a asentir.

—¿Dónde?

—Hemos pensado en el Dock. ¿Crees que podrás venir?

—Haré lo que pueda —respondo.

Una abogada de otro bufete se nos acerca.

—Siento interrumpir, pero imagino que estáis hablando de lo de Patrick. ¿Patrick Saunders?

Robert se hace a un lado para explicarle el plan de la noche y yo aprovecho la oportunidad para deshacer mi maletín, ponerme la toga y la peluca, y retocarme la cara ante el espejo para parecer un poco más profesional. Al recoger los documentos de la acusación, me doy cuenta de que el caso no está preparado. Lo he revisado, sí, pero los detalles se me han ido de la cabeza. Vuelvo a mirar el nombre y voy hacia el juzgado número 7, tratando de concentrarme.

Por lo menos tengo el expediente de la acusación y se trata de una vista previa, así que, cuando el acusado se declara culpable, logro volver al presente y leo en alto el resumen de los hechos del Servicio de la Fiscalía de la Corona, con la esperanza de que nadie me pida más información. El abogado de la defensa, joven y serio, intenta atenuar los daños incluso después de que el juez acceda a que se elabore un informe presentencia —«si

bien debo señalar, señor Ketteridge, que estoy dispuesto a considerar *todas* las opciones»— y no se sienta ni se calla hasta que el juez dice que casi ha oído suficiente como para dictar sentencia de inmediato.

Anoto la fecha para la sentencia en el expediente y lo refrendo. Robert vuelve a la sala de togas mientras me desvisto, y vamos juntos a coger el autobús. No para de hablar de Patrick y su voz va minando mi aguante hasta el punto de que podría tumbarme en el suelo y ponerme a gritar el resto del día.

—Solo espero que las acusaciones sean verdad —dice—, no porque quiera que ninguna de las dos fuera violada, claro que no; pero si le han hecho suicidarse y estaban mintiendo... —En ese momento comprendo que, si no me bajo del autobús inmediatamente y me alejo de él, acabaré dándole un puñetazo o vomitándole encima. Me levanto, me dirijo hacia la puerta pisándole con el maletín de ruedas mientras murmuro algo sobre necesitar aire y me bajo al final del Puente de Waterloo.

Voy hasta el medio del puente y me quedo contemplando el agua, luego el London Eye y Westminster. Patrick me dijo una vez que esa era la mejor vista de Londres. Me vuelvo a mirar hacia Blackfriars, el Puente de Londres y, un poco más allá, el Puente de la Torre. Ahora mismo Patrick debería estar a la derecha de ese puente, en su piso, pálido y anodino, trabajando en su defensa. No hecho pedazos en una morgue.

Vuelvo a mirar el río, preguntándome por qué no hay una placa de bronce con el número de los Samaritanos[5] atornillada en el borde. La hay en otros puentes. Aunque para Patrick ahora ya es tan inútil como lo he sido yo, negándome a hablar u oír sus explicaciones.

Un hombre se detiene a mi lado y noto que me observa. Me vuelvo y le fulmino con la mirada por un segundo, pero entonces veo que está preocupado. Llevo demasiado tiempo aquí, contemplando el agua con demasiada intensidad.

—No, no es eso —digo, y me alejo con la cabeza gacha. Ese hombre me ha mostrado más atención en una mirada de la que yo le brindé a Patrick, y esa idea me pesa inmensamente mientras vuelvo hacia el bufete.

Al entrar veo a Pauline.

—Le he dicho a Alexia que se tome unos días libres —dice—. Está claro

que no es su culpa, pero se siente fatal. Vamos a tener que cuidar de ella, asegurarnos de que hable con un especialista.

—Es terrible todo. Espero que esté bien. Si lo crees adecuado, dale un abrazo de mi parte y dile que puede contar conmigo para lo que sea.

Pauline asiente.

—Lo haré. Le preocupaba lo que fueras a pensar. Yo le aseguré que te pondrías de su lado, pero ella no lo tenía tan claro. Si te soy sincera, la noto un poco hostil hacia ti, pero ha vivido un momento difícil.

Me sienta como una patada en el estómago. Yo siempre me he considerado una aliada, pero ahora veo lo ignorante que he sido y el daño que ha hecho mi estupidez egoísta. Entonces me viene otro pensamiento.

—Entiendo que lo vea de ese modo, pero en los últimos días he aprendido mucho. Puede contar conmigo para lo que necesite; por favor, díselo. Aunque, ahora que lo pienso, últimamente he estado recibiendo mensajes anónimos. Desagradables. ¿Crees que...?

Tarda mucho en contestar y, por fin, dice:

—No sé. Por algunas cosas que ha estado dejando caer, yo no lo descartaría. Si puedo, hablaré con ella. Pero está bastante tocada.

—Por supuesto. Y tampoco pasa nada, no es urgente. Simplemente me gustaría dejar de recibirlos.

—Entendido.

—Gracias, Pauline. Y por favor, dile que cuente con todo el apoyo que quiera o que necesite de mi parte —insisto.

—Me alegro, Alison. Creo que tenemos que replantearnos el apoyo que ofrecemos a los becarios en el bufete: ¿estarías dispuesta? Puedo organizar una reunión.

—Claro. Podríamos hacerlo mucho mejor.

Después de despedirme de Pauline, me refugio en mi despacho todo el tiempo que puedo, incapaz de enfrentarme a la presión de la gente. Tengo una sensación royéndome la boca del estómago y me tiemblan las manos. Cojo mi teléfono para escuchar los mensajes de voz de Patrick y buscar algo en su tono que me dé una pista de su estado de ánimo. Entonces recuerdo que los he ido borrando de manera automática. Y sus mensajes de texto también, incluso aquellos que rondaban la frontera del amor en esa brevísima ventana de oportunidad que tuvimos entre la lujuria y la muerte. Recuerdo su fuerza, lo dolorida que me dejaba, cómo le seguía sintiendo horas después de haber

follado. La idea de que esté muerto me resulta absurda, pero, cuando reviso mi móvil, no encuentro ningún rastro de su existencia. Ninguna foto juntos, ningún recuerdo compartido. Nunca tuvimos París. Tampoco nos lo merecimos.

Oigo golpes en mi puerta. Es Robert. Sí, voy al pub, sí, ahora bajo. No, no sé nada más, no he hablado con nadie. Me para un momento en la puerta para abrazarme.

—Sé que estabais muy unidos —dice.

Me aparto de él, frunciendo el ceño.

—No, no en ese sentido. No quería decir que... Pero sí te pasó buenos trabajos.

Asiento. Sí que lo hizo. Eso es lo único que queda.

Somos los primeros en llegar al pub; nos sentamos en el rincón del piso de abajo que Robert ha reservado. Es la misma mesa en la que estuvimos la noche en la que me dieron el caso de Madeleine, cuando acabamos follando y rompí el marco con la foto de Matilda. Maldita sea, era solo cristal, no un espejo. Esto no debería estar pasando.

Pido una botella de tinto de la casa y nos la bebemos rápidamente. Robert está muy serio y sé que yo también, los dos tenemos la mandíbula tensa por el peso de la situación. Llega más gente del bufete, secretarios, procuradores, y uno tras otro van pidiendo botellas de vino baratas. No es momento de preocuparse de la cosecha: nos tragamos el vinagre con gusto. Ya llevo una botella pero sigo serena, no me patina la lengua. Algunos se han enterado por el telediario y la noticia se va propagando por el pub como ondas de agua. Pobre conductor de metro. Pobres mujeres. Pobre Patrick...

El pub titila, hay una neblina luminosa bailando entre las cabezas de la gente. Es como cuando se podía fumar dentro y las bombillas de las lámparas brillaban a través del humo. Subo a fumar con Robert uno de sus cigarrillos, pero ninguno de los dos sabe qué decir. Cuando vuelvo, alguien ha pedido una botella de whisky. Famous Grouse, normalita como el vino. Me bebo un chupito y luego otro; todavía no parece haberme afectado. Miro a mi alrededor y veo que la luz se ha posado sobre la cabeza de la gente y palpita en la oscuridad como una medusa. Sankar se vuelve hacia mí para decirme algo muy importante, pero se queda suspendido en la penumbra, con la boca entreabierta. Chloe pasa a su lado y levanto la mano hacia ella; me devuelve el saludo y se sienta al otro extremo de la mesa. Vuelvo a mirar a Sankar,

pero ya ha cerrado la boca y Robert me ha servido otro chupito, así que me lo bebo y dejo de pensar en hablar.

Sigue habiendo un cierto resplandor, como una calma que la ocasión no merece. Los pecados de Patrick han sido temporalmente expiados por su suicidio y empiezan a salir anécdotas de una persona con defectos, a la que sin embargo queríamos. Nos mecemos al ritmo de una emoción compartida, contando historias suyas en los juzgados o lidiando con clientes, cada historia distinta pero todas fundiéndose en una sola.

—... toda esa pandilla tenía su tarjeta de visita: esa era una de las pruebas en su contra...

—¿Y aquella vez que mandó a la mierda a Connor, el juez del distrito de Greenwich? Deberíais haber visto la cara del juez...

—... Uno de sus clientes le amenazó con un cuchillo, ¿os acordáis? Y él se echó a reír hasta que el tipo se dio cuenta de que estaba haciendo el gilipollas y lo guardó...

Alguien más ha contribuido a las provisiones de whisky, pero ahora es Lagavulin, y los vapores con sabor a turba se me agarran a la garganta. Siguen contando anécdotas y los ánimos se vuelven sensibleros a medida que avanza la velada. Me levanto para ir al aseo, convencida todavía de que estoy sobria, pero las piernas están a punto de fallarme y casi me caigo sobre el regazo de Robert. Me sujeta y me ayuda a levantarme, riendo. Voy con cuidado hacia el aseo de señoras, pero lo veo muy lejos, más que nunca, y las paredes dan vueltas a mi alrededor. Una vez he acabado, me quedo un rato sentada con las medias en los tobillos y la cabeza entre las manos, esperando que todo deje de girar si cierro los ojos.

—Alison. ¿Alison? ¿Estás aquí?

Es Chloe. Me incorporo subiéndome las medias mientras contesto.

—Sí, estoy aquí. Voy.

Alejarme de la gente me ha despejado un poco. Me duelen los ojos, así que me quito las lentillas. Se me nubla la vista, pero al menos ya no me escuece.

Chloe espera junto a los lavabos. Me da un abrazo y yo se lo devuelvo, aunque es una sensación extraña. Casi me asfixio con su perfume, dulce y empalagoso. Es fuerte, pero, según me hago a él, empiezo a percibir su olor corporal: huele a sudor rancio, como si no se hubiese duchado en un par de días. Me aparto con delicadeza. Dios sabe cómo debo de oler yo a estas alturas. Rebusco en mi bolso, saco las gafas y me las pongo.

—Terrible. Es terrible —dice.

Asiento.

—Al menos no habrá sufrido —continúa—. Debió de ser rápido. Aunque el pobre conductor...

Intento no visualizarlo otra vez.

—En fin, tenemos que ser fuertes y tirar para adelante. Eso es lo que él hubiera querido.

Eso lo puedo afrontar mejor.

—¿Se lo has dicho a Madeleine? —pregunto, y mis palabras salen con una claridad sorprendente.

—Sí, se ha llevado un disgusto tremendo. —Chloe se mira en el espejo, se pinta los labios y se vuelve hacia mí con lo que se supone que es una sonrisa. Parece más bien un rictus, veo que le está costando esfuerzo. No menciono las manchas de pintalabios que tiene en los dientes—. Quiere hablar con nosotras lo antes posible.

—Muy bien —contesto.

—Le diré que venga a la oficina, quizá podríamos quedar antes para hablar de ello. —Vuelve a empolvase la nariz—. Dios, estoy espantosa. —Se frota los dientes con el dedo.

—Es muy difícil... —Es mi turno con el espejo, me pongo las gafas sobre la cabeza e intento quitarme restos de rímel acumulados bajo los ojos. Los tengo tan rojos como los de Chloe. El color azul del iris se ha difuminado bajo una capa acuosa, y mi pelo se ve ralo sobre la frente. Abro el grifo y me echo agua en la cara, tratando desesperadamente de espabilarme y quitarme este dolor sordo que tengo anidado en la parte delantera de la cabeza.

—Es tan triste... Tenía tanto que dar, tanto por lo que vivir. En fin, si hubiese sabido controlarse más. Un defecto letal. Era un jefe fabuloso: de hecho, le iban a hacer socio en breve.

Me está agotando todo este dolor, la tristeza de Chloe, mi propio sentimiento de culpa. Es pesado y difícil, y lo único que quiero hacer es marcharme a casa, darme una ducha para limpiarme el whisky y el tabaco, sentarme con Matilda sobre mis rodillas y leerle un cuento, beberme su olor limpio y calentito, no corrompido por el dolor, la traición y las mentiras. Sin embargo, eso es lo único que no puedo hacer. Me trago el nudo que noto en la garganta y vuelvo a abrazar con fuerza a Chloe, intentando no inhalar demasiado el hedor de su perfume.

—Todavía no sabemos toda la historia —apunto.

—Vamos, Alison... —contesta, y no le hace falta decir más.

Ya no lo aguanto más.

—Creo que me voy a ir —comento—. Ha sido un día largo.

Me rodea con el brazo y vuelve a estrecharme, haciéndome girar para quedar las dos de cara al espejo.

—La verdad es que estoy espantosa —dice—. Especialmente a tu lado. Incluso con lo que está pasando, estás preciosa.

Me sale una mueca. Es evidente que no vemos el mismo reflejo: parecemos igual de cansadas.

—Estoy acabada —murmuro—. Me sorprende que sigamos en pie.

—No, Alison. Te lo digo en serio. Tienes uno de esos rostros... Patrick siempre decía lo guapa que eres. —Me abraza un poco más fuerte y luego me suelta—. En fin, qué más da ya... Te veo mañana en la oficina.

Salgo de los aseos y recupero mi maletín. El grupo se ha reducido a menos de diez: Robert y Sankar manteniéndose en pie el uno al otro, y a su lado Mark, que parece bastante más sobrio. Me despido con la mano y subo las escaleras lentamente para evitar una posible caída. Al salir del pub me sorprende lo oscuro que está y ver la luz anaranjada de las farolas en la noche, pero cuando miro mi reloj veo que son casi las ocho.

Camino calle arriba, poniendo un pie delante del otro, con el maletín siempre a rastras. Trato de andar en línea recta pero estoy borracha, más de lo que debería. He agotado mis últimas reservas de autocontrol buscando palabras de consuelo para Chloe, la luz de las farolas baila sobre mi cabeza y ante mí veo sus tenues reflejos sobre la acera mojada por la lluvia que ha caído. Al llegar al hotel, me hago un ovillo en la cama sin quitarme el traje y, justo antes de caer inconsciente, recuerdo que no he intentado contactar con Carl en todo el día.

A la mañana siguiente, llego a la oficina a las diez. Chloe me conduce hasta lo que era el despacho de Patrick.

—¿Tú crees que debería declararse culpable? —me pregunta, yendo directamente al grano.

—Creo que sería rendirse demasiado rápido. Yo me conformaría con que se declarase culpable de homicidio, pero no creo que le guste a la fiscalía. Deberíamos mandarles el escrito con la argumentación de la defensa y planteárselo, a ver qué dicen. Sé que Madeleine tiene sus reservas sobre la posibilidad de que su hijo testifique.

—Ya. —Chloe hojea los documentos que tiene delante hasta encontrar una declaración y se para a leerla. Está sentada detrás de la mesa de Patrick. Han arreglado su desorden habitual y también han pasado el polvo. Las persianas de las ventanas y la puerta, que siempre tenía bajadas, ahora están completamente abiertas. El despacho está más luminoso que nunca.

—¿Crees todo lo que dice sobre su marido?

—Es creíble. Tiene cicatrices. Y la declaración del médico lo respalda.

—Imagino que estará muy alterada por lo de Patrick —dice frotándose los ojos con una mano. Tiene ojeras bastante marcadas. Estoy a punto de comentar lo cansada que parece, pero al final cambio de opinión. Sé que no tengo mucho mejor aspecto.

—Al menos, nos dejó un plan —dice.

—¿Un plan?

—Patrick me designó para hacerme cargo de sus pleitos en caso de que ocurriera algo. Lo hizo hace un año o así, para organizarse. Aunque no creo que ninguno de nosotros pudiera imaginar que pasaría esto. —Baja la cabeza y respira hondo, frotándose los ojos de nuevo.

—No. Ha sido todo muy difícil —respondo, consciente de la parquedad de

mis palabras.

—Toda la semana pasada... —Respira hondo otra vez y levanta la vista hacia mí—. ¿Tú crees las alegaciones? ¿Lo que dicen que hizo?

De repente, su mirada se hace penetrante y no sé cuál es la respuesta correcta. Pero al mismo tiempo...

—Esas cosas pasan... Nunca se sabe...

Chloe niega con la cabeza.

—Vamos, Alison. Eres una tía lista. Las dos sabemos cómo era Patrick.

Aún no sé qué quiere de mí. Me encojo de hombros, indefensa.

—Yo no creo que se lo inventaran —continúa—. Anoche quería fingir que todo estaba bien, que simplemente llorábamos la muerte de un amigo. Pero esta mañana, al despertar, sabía que no.

Entiendo lo que dice. La noche tuvo muchos altibajos, entre momentos de risas con mis compañeros y los de Patrick recordándole, y otros en los que me venía el recuerdo de lo que afirman que hizo.

—No sé. Aunque también conoces la reputación de Caroline. No veo por qué iba a inventarse una cosa así —digo—. No creo que haya nada en el mundo por lo que merezca pasar por todo eso.

Hablo con la mirada clavada en mis manos sobre el regazo. No quiero disgustar a Chloe, pero es lo que pienso. Al terminar levanto los ojos y la miro.

—Estoy de acuerdo —responde—. No quiero que sea verdad, pero... Además, el martes por la tarde Patrick me dijo algo.

Ni siquiera se me había ocurrido preguntarle si le vio antes de que se arrojara a la vía del metro.

—Lo siento, he estado completamente dispersa. Debería haberte preguntado si le viste —comento.

—El martes por la mañana no pude contactar con él —explica—. No sé qué estaba haciendo.

No digo nada. Estaba conmigo, le estaba rechazando. Tampoco es algo que quiera verbalizar.

—Me cabréé porque había un par de cosas que quería preguntarle sobre otros casos. Pero, bueno, me las arreglé sola. Y luego vino al final de la mañana. Tuvimos una larga conversación y revisamos sus casos. Me puso al día en todos ellos. —Empieza a llorar y a enjugarse las lágrimas de la cara.

—Lo siento, debe de ser muy difícil —digo. No quiero interrumpir el flujo

de sus palabras.

—No, esto es una tontería. Pero cuando pienso en lo atento que fue, lo organizado...

—¿Organizado?

—No quería que ninguno de sus clientes sufriera. Se aseguró de que yo lo supiese todo, y luego se despidió. Me dio las gracias por mi apoyo, por todo lo que estaba haciendo para ayudarlo, intentó darme un abrazo y se fue. Y, antes de salir por la puerta, se volvió y dijo que toda la culpa era suya. Que siempre había sabido que era un mierda, y que ahora lo sabría el resto del mundo. —Su esfuerzo por acabar la frase sin estallar la ha dejado sobrepasada y empieza a llorar a lágrima viva. Pienso en la última vez que vi a Patrick, lo mal que estaba y cómo le di la espalda.

—¿Sabes qué es lo peor, Alison? ¿Lo peor de todo? —dice, intentando respirar entre llantos.

Niego con la cabeza.

—Que yo no quería creer a Caroline Napier. Por supuesto que no. Llevo años trabajando con Patrick. Siempre ha sido un caballero conmigo. Pero después de la denuncia... cambió mi forma de verle, y él tuvo que notar lo. No quería abrazarlo. Fui la última persona con la que habló, la última amiga, y no quise abrazarlo.

Bajo la cabeza. No puedo darle la absolución que busca. Yo tampoco le quise abrazar, me quedé impasible cuando me besó por última vez. Sin embargo, él solo fue quien se puso en el andén del metro, él solo tomó la decisión de saltar. Y él solito decidió aprovecharse de Alexia, una chica a la que doblaba la edad, y él solito decidió ignorar a Caroline cuando le dijo que no.

—Chloe, todo esto es culpa suya —digo—. Él es quien lo hizo, quien lo tiró todo por la borda. No tú, ni Caroline Napier.

—A no ser que... —replica, pero la interrumpen.

—¿Qué es culpa suya? —Es Madeleine. Chloe y yo saltamos del susto y tratamos de recomponernos rápidamente.

—Hola —digo, levantándome y acercándome a ella. Extiendo la mano para saludarla y ella la estrecha. La llevo hacia la sala de reuniones mientras Chloe va haciendo sonidos de bienvenida de fondo, y le ofrezco un asiento junto a la mesa.

Empiezo a hablar.

—Evidentemente, para nosotros ha sido un auténtico shock que la muerte de Pa...

—¡No lo diga! —interrumpe Madeleine—. No lo soporto. Sé lo que están diciendo de él, pero conmigo era encantador. —Al mirarla ahora, veo que su rostro está más demacrado de lo habitual y tiene los ojos enrojecidos. Los suyos, los míos, los de Chloe: somos el regimiento de mujeres de Patrick llorando su muerte. O algo así.

—Lo sé. Es terrible.

—¿Y de verdad fue un suicidio?

—Eso es lo que están diciendo, pero aún no se ha realizado la autopsia, no hay un informe del forense —contesto.

—Lo vi en el *Evening Standard*, pero esas acusaciones no pueden ser verdad, ¿no? —Le tiembla la voz pero hay un tono de crispación detrás, algo muy sutil que me hace querer dejar de hablar de ello.

—Por ahora no sé nada más —digo.

—Alguna idea debe de tener... —No se rinde.

—De veras que no, Madeleine. Estoy tan consternada como cualquiera —respondo.

Abre la boca pero la vuelve a cerrar. Ya me ha interrogado bastante.

—Tenemos que pensar en el caso —continúo.

—No me importa mi caso. ¿Para qué?

—Ya sabe para qué. Piense en todo el trabajo que le dedicó Patrick; no le gustaría ver que se rinde —contesto. Me noto impaciente. Si el resto somos capaces de seguir adelante, ¿por qué iba a costarle más a Madeleine? Ella le conocía desde hacía menos que cualquiera de nosotros. De hecho, apenas le conocía.

—Supongo que no, pero, sin él allí para apoyarme, no voy a ser capaz de aguantarlo —replica Madeleine. Se retuerce las manos. A decir verdad, parece realmente afectada. Por una vez va desaliñada, ha venido en vaqueros con una camisa de color crema llena de arrugas y manchada en el cuello.

—Yo estaré con usted y Chloe también —señalo.

—Ella no me gusta. No lo entiende. No ha estado ahí desde el principio. Patrick me vio en la cárcel en mi peor momento.

Me inunda una ola de ira. No me pagan suficiente como para lidiar con esto. Sigue teniendo la misma abogada ante los tribunales, y una procuradora perfectamente competente, aunque no sea quien se encargó del caso en un

principio.

—Mire, Madeleine. Comprendo que esto ha sido todo un shock para usted, pero tenemos que ser pragmáticos al respecto. Hay que redactar la argumentación de la defensa para finales de esta semana. Yo soy quien más ha trabajado en su caso. La muerte de Patrick es muy triste, pero en realidad no afecta a lo que le ocurra a usted.

—¿Cómo puede ser tan desalmada? Esperaba que usted, más que nadie, lo entendiera —dice, aparentemente resuelta a expresar al máximo el dramatismo de la situación. Rompe a llorar, en silencio pero con ganas, frunciendo la cara. Mi enfado desaparece y en su lugar siento vergüenza. Debería ser más comprensiva.

—Lo siento. Yo también estoy intentando mantener el tipo. Ha sido un golpe espantoso —me disculpo.

Se yergue en el asiento, como si se recompusiera.

—Yo también lo siento. No estoy ayudando nada. Es que no quiero hacer que todo esto pase por los tribunales, especialmente por James. Haría lo que fuera por protegerle, de verdad.

—Tal vez no sea necesario. Cabe una pequeña posibilidad de que la fiscalía acepte rebajarlo a homicidio. Tendrá que hablar con su psiquiatra, pero si llega a la misma conclusión que la nuestra... Y, aunque no lo haga, la versión de James tampoco es tan controvertida —digo—. No le vamos a exponer a un contrainterrogatorio duro.

—Es que no quiero que se le interrogue —aduce—. Ni nosotros ni nadie. Detesto la idea de que testifique.

Cojo mi cuaderno y lo hojeo, haciendo tiempo mientras pienso qué decir.

—Sé que es un testigo de la acusación pero su testimonio es útil. Respalda nuestra explicación sobre la violencia doméstica que se daba en su familia. Y el hecho de que Edwin le agrediera la última noche es crucial. Así que...

—No me gusta nada —insiste—. Tener que testificar contra su propia madre le destruirá. —Niega con la cabeza—. No puedo hacerlo, no quiero obligarle a hacerlo. No quiero que tenga que mentir.

—Pero está diciendo la verdad, ¿no? —señalo, cambiando de postura. No lo entiendo. La observo atentamente, cruza la mirada conmigo por un instante y la baja. Algo cambia en su expresión—. Madeleine...

Respira hondo.

—No quiero que James tenga que testificar. Debo protegerle —repite—.

Creo que es mejor que me declare culpable.

—Vale. Lo comprendo. Solo quiero que piense una cosa. Quiere proteger a James y lo puedo entender. Participar en un juicio intimida. Especialmente a un chaval. Pero...

—Basta. ¡Basta! ¡Ya he tomado la decisión! —Se levanta bruscamente de la silla y se vuelve hacia la ventana, dándome la espalda. Chloe entra pero Madeleine no parece darse cuenta.

La sala se queda en silencio y empiezo a oír el ruido de las calles, las sirenas, los cláxones, el estruendo de un avión al pasar. Madeleine sigue mirando por la ventana, a través de la mugre que bordea el marco, hacia los tejados y los patios de la calle.

—Siento que esté disgustada —digo—. Pero, teniendo en cuenta que hemos estado trabajando con el objetivo de que se declare no culpable de asesinato, y que hemos preparado la defensa en base a eso, es importante que revisemos al detalle todas las consecuencias posibles. Necesito asegurarme de que lo entiende todo.

Se vuelve hacia mí, alterada. Lo hace tan rápido que me encojo por miedo a que me pegue. Finalmente retrocede y se sienta otra vez. Cuando por fin habla, su voz suena tan despectiva como la de Carl el domingo.

—Lo entiendo todo perfectamente —dice—. Y Patrick también lo entendía. Pero él ya no está.

Miro a Chloe y muestra una expresión tan confundida como la mía.

—Patrick era el único capaz de mantener este caso bajo control. Sin él, no hay esperanza. Así que, explíquemelo paso por paso, cuénteme las consecuencias, y luego me declararé culpable, ¿de acuerdo? —dice Madeleine.

Así pues, le explico que, si se declara culpable de asesinato, no podré alegar atenuantes para reducir su responsabilidad, ni expresar el mismo nivel de arrepentimiento en su nombre, ni contextualizarlo en una relación violenta como queríamos, porque limitará mucho lo que pueda presentar ante el tribunal. Mientras reviso todas estas fórmulas legales, aclarándolas una por una, mi mente está en otro lugar. Las palabras que ha utilizado, su discurso sobre proteger al chico... El papel de Patrick en el juicio y su insistencia en instruirme a mí, para que yo la representara, en vez de un abogado con más experiencia. Sé que estoy a punto de descubrir algo, y gran parte de mí no quiere saberlo, ni preguntar. Lo único que quiero es que me diga que entiende

la explicación que se le ha dado y firme su aprobación del expediente, manifestando que sabe que, si se declara culpable a pesar de conocer la existencia de argumentos en su defensa, estaremos maniatados. La otra defensa posible es de una magnitud inabarcable y verdaderamente aterradora.

Como madre, espero no verme nunca en una situación como esa. Como madre, y de una madre a otra, sé que lo mejor que puedo hacer es dejarlo estar, permitir que Madeleine haga su sacrificio materno. Sin embargo, como abogada... Sé que algo no está bien, falta algo, lo atisbo con el rabillo del ojo. Finalmente, dejo de hablar de la limitación de nuestra capacidad de alegar atenuantes y me armo de valor.

—¿De qué está protegiendo a su hijo exactamente, Madeleine? —Alza la vista, alarmada—. ¿De verdad es que no quiere que testifique, o hay algo más?

Chloe está sentada detrás de ella, igualmente alarmada, y levanta una mano para detenerme. Pero insisto.

—¿Qué papel ha desempeñado Patrick en todo esto? Porque esto no tiene sentido, al menos no de momento, y me gustaría entender qué es lo que estamos haciendo exactamente.

El rostro de Madeleine se queda helado. Sus ojos tienen tanta furia, que en una historia distinta estoy segura de que me convertiría en piedra. La observo, con la mirada clavada en sus ojos, negándome a permitir que su ira me haga retroceder. He capeado temporales peores que este: Carl, Patrick, todo. Mi clienta no me va a derrotar, aunque me hayan engañado hasta ahora.

—Solo le voy a hacer una pregunta más. La respuesta que me dé será la última que le pida. Después de eso, procederemos como desee. Pero quiero que piense detenidamente en ello y en todas sus consecuencias —digo, con tono sereno.

Se queda observándome un momento y baja la mirada, asintiendo.

—¿Mató a Edwin? —pregunto—. ¿O lo hizo James?

El silencio se alarga más que en cualquiera de nuestras conversaciones. Oigo el ruido del tráfico, la respiración de Chloe, el roce de mis pies contra el suelo y mis medias enganchándose al cruzar y descruzar las piernas. Chloe se rasca el brazo y suena tan fuerte como el estruendo de la moto en la calle. Madeleine es la única que sigue completamente quieta, tanto que puedo palpar la ausencia de ruido y movimiento. Giro ligeramente el cuello y el crujido de mis vértebras suena casi como un disparo en mi oído. Cuento los

latidos, uno, dos, tres: sigue muda. Quiero hablar, pero al mismo tiempo me gustaría tragarme las palabras que acabo de decir, recuperarlas y embutírmelas por la garganta. Chloe se balancea de un pie a otro, y oigo la fricción de la tela de su traje como si estuviera rasgando velcro. Contengo la respiración.

Cuando siento que me voy a ahogar en el silencio, Madeleine levanta la vista hacia mí. Me mira a los ojos de tal modo que ahora soy yo la que tiene que apartar la mirada, siento una ola de calor recorriendo mi cuerpo y ganas de salir huyendo y hacer como si no la hubiera visto en toda mi vida. Entonces respira hondo y noto cómo se me acelera el corazón y las uñas se me clavan en la palma de la mano.

—Sí —dice—. Sí, James mató a Edwin. A su padre. Edwin me pegaba demasiado a menudo, e hizo daño a James por última vez. Fue James quien estalló. En fin, como madre, *¿qué sugiere que haga ahora?* —Lo dice siseando, pero corta el aire como si fuera un grito.

Una grieta en el silencio y el edificio se viene abajo. Chloe se acerca a la mesa y se sienta, yo me echo hacia atrás en la silla y respiro hondo. Esto es lo que esperaba oír. Es la única explicación que tiene sentido.

—Se lo dije a Patrick —continúa Madeleine—. Se lo conté cuando vino a comisaría. Él lo sabía. Por eso no hice declaraciones en el interrogatorio. Estábamos intentando decidir qué hacer.

—¿Patrick estaba dispuesto a engañar al tribunal? —pregunta Chloe.

—Él no lo veía así. Sabía que yo necesitaba ayuda.

Chloe y yo nos miramos. Es evidente que Patrick estaba metido en problemas bastante más serios de lo que creíamos.

—Pues es algo que yo no estoy dispuesta a hacer —señalo—. Ahora que lo ha contado, no podemos dar marcha atrás. Así que tendremos que valorar las opciones que hay.

—Adelante, cuénteme. Pero sé que todas son un puto horror —dice. Por un momento me quedo anonadada. Madeleine nunca usa tacos.

Se lo explico, tratando de concentrarme.

—Puede declararse culpable de asesinato, como he dicho antes. Eso limitará mucho la reducción de pena por circunstancias atenuantes y será condenada a cadena perpetua. También puede declararse no culpable y, aunque no puedo presentar otros argumentos de defensa, podríamos obligar al fiscal a probar sus acusaciones. En ese caso, ellos presentarían sus pruebas

intentando que sean suficientes para tener un caso convincente contra usted. Lo único que podré hacer yo será señalar cualquier error de hecho que puedan cometer. No podré sugerir escenarios alternativos, ni proponer ningún argumento de defensa en su nombre. Si la fiscalía no logra armar un caso convincente, tal vez, pero solo tal vez, saldría absuelta. Otra opción es declararla no culpable y seguir adelante con un juicio sobre la base que hemos discutido ya, pero Chloe y yo ya no podríamos representarla. También puede autorizarnos para que se incluya esta nueva prueba, y eso completaría la argumentación de la defensa basada en que fue su hijo, y no usted, quien cometió el crimen. James testificaría a tal efecto. Es posible que el jurado no la crea, pero sería un argumento de defensa.

Se lo expongo todo con serenidad, en orden, aliviada de poder salvar algo de profesionalidad en esta tesitura. Sin embargo, la espantosa situación de Madeleine me abruma, me oprime el corazón.

—¿Qué haría usted, Alison? —dice Madeleine—. ¿Qué haría?

Niego con la cabeza.

—No lo sé. Lo siento, pero no puedo decirle qué hacer. Y no sé lo que haría, la verdad.

—¿Chloe? —dice, pero ella también niega con la cabeza.

Por un momento que se hace eterno, Madeleine se queda en silencio antes de volver a hablar.

—Ha mencionado la posibilidad de declararme culpable de homicidio. ¿Qué implicaría eso?

Otra pausa. Chloe me mira y yo a ella, en la conversación sin palabras más larga que hemos tenido nunca.

—Pues le diría al tribunal lo que ya nos ha contado, lo que contó a la psiquiatra. Pero no podría repetir lo que acaba de decirnos. —Noto cómo se va acumulando sudor en mis axilas; hace demasiado calor en la sala, es sofocante.

—Si hiciera eso, ¿me representaría usted? —pregunta—. A pesar de que...

Sé cuál es la respuesta correcta, conozco mi responsabilidad como profesional. Si le digo que sí, sé que quebrantaría la regla más fundamental del código de conducta de la abogacía. No debería interferir en la justicia de este modo. Pero, cuando pienso en la violencia, el miedo, la ira y la desesperación que han sufrido esta mujer y su hijo, en todos los hombres que se han salido con la suya a lo largo de los años después de hacer algo así, una

y otra vez...

—Podríamos intentarlo —dice Chloe—. Podríamos ver si lo aceptan sin juicio. Si no lo hacen, y no quiere arriesgarse a que James se vea obligado a testificar, tendrá que declararse culpable de asesinato. Y asumir las consecuencias.

Chloe piensa igual que yo, lo sé. Al menos estamos juntas en esto.

—Va a ser muy difícil —digo—. Pero intentaremos sacarlo adelante.

Madeleine se marcha poco después. Parece exhausta, pero se ve menos tensión en sus ojos. Ahora nos ha pasado la presión a Chloe y a mí, confiando en que encontremos la mejor forma de plantearlo todo en tribunales.

—Esto es una pesadilla —le digo a Chloe.

—Sí. Pero tú se lo has preguntado. A veces creo que esa era una de las grandes virtudes de Patrick.

—¿Cuál?

—Saber qué cosas es mejor no preguntar. Hay un dicho que reza: «Nunca preguntes nada cuya respuesta desconozcas».

—O nunca preguntes lo que no quieras saber —digo.

—Exacto.

Guardo el cuaderno y el bolígrafo en mi bolso y me levanto. Yo también estoy agotada, ahora que ya no estoy concentrada en el caso de Madeleine. La realidad de mi propia situación vuelve a cobrar vida a mi alrededor.

Chloe recoge sus papeles, los ata con un lazo rosa y se queda mirando a la nada por un momento. Coge los documentos y los suelta con fuerza en lo alto de una pila en un extremo de la mesa. Entonces echa mano de otro montón y empieza a revisarlo, pero lo acaba apartando con tanta fuerza que ambas pilas caen al suelo.

Toma una foto de la graduación de Patrick que hay en la estantería que tiene detrás y la señala.

—Es que... mírale. Lo tenía todo a su favor: el trabajo, el bufete, pero no, no era suficiente. Tenía que seguir coqueteando, follándoselas, forzándolas demasiado. Podría haberlo tenido todo, pero era un puto violador más. — Arroja la foto contra la pared de enfrente, rebota y golpea contra la mesa antes de caer al suelo encima de los documentos desparramados.

Estoy tan apabullada por sus palabras, tan asombrada de oír esto de sus

labios, que se me escapa una risa sin darme cuenta. Me cubro la boca con la mano, pero lo ha oído.

—No pasa nada. Ríete. Es para reírse. Soy procuradora y tú abogada, las dos estamos alcanzando la cima de nuestra profesión, y ¿ahora estamos atadas a esta mierda? Patrick nos ha puesto en una situación en la que vamos a arriesgarlo todo profesionalmente solo porque él aceptó un caso así. Me cabrea tanto...

Se mueve alrededor de la mesa recogiendo los papeles, los ordena de nuevo en un mismo montón y lo vuelve a dejar sobre la mesa. Entonces coge la fotografía. Creo que la va a tirar a la papelera, pero se queda mirándola un instante, frunciendo los labios, luego abre un cajón y la guarda. Yo sigo inmóvil junto a la puerta, sin saber qué va a pasar.

—Bueno, ¿y ahora qué? —pregunto.

—Pues nos ponemos manos a la obra. Tengo que comunicar a un montón de clientes que su procurador ha fallecido y vamos a tener que pensar en cómo demonios sacar adelante esta defensa ahora que Madeleine se ha ido de la lengua.

—Va a ser complicado —digo—. Ojalá...

Chloe suspira.

—Has hecho lo correcto —señala—. Había claras incoherencias en lo que contaba, y tarde o temprano su historia se iba a derrumbar. Necesitábamos la verdad, independientemente de lo que hagamos con ella. Sobre todo sin Patrick para mantener la nave a flote. Aunque, en realidad, me preocupa el resto de sus casos, y qué habrá estado haciendo a escondidas con todos esos clientes.

—Estaba pensando lo mismo —apunto—. Hay mucho que hacer.

Chloe se encoge de hombros y asiente. Yo hago otro tanto. Sin embargo, a pesar de todo, se palpa una afinidad en el aire, una sensación de que estamos convirtiéndonos en un equipo. Tenemos demasiado en común como para desaprovecharlo, toda una cartera de casos.

—Creo que podemos hacerlo —añado—. Que podemos sacarlo adelante. Pero si esto nos sale bien, si conseguimos engañar tanto al tribunal..., no creo que pueda seguir ejerciendo como abogada.

Chloe se queda pensando en mis palabras.

—Estoy segura de que la gente lo hace constantemente.

Niego con la cabeza.

—Yo no. Nos lo tomamos en serio, ¿sabes? No es el juramento hipocrático, pero sí es importante. Si fuera por algo menos... Pero, si hago esto, no quiero seguir siendo abogada. Es una cosa por otra. ¿Me entiendes?

Parece como si estuviera a punto de echarse a reír.

—Qué moralista eres —replica.

—Ya, ya... Pero lo digo en serio. Estoy harta de romper promesas. No sé qué haré, ya encontraré algo. Pero no puedo mentir ante el tribunal y volver al día siguiente con toda normalidad.

Su sonrisa se esfuma lentamente.

—Entiendo lo que quieres decir. Siempre podrías trabajar conmigo como procuradora.

Me toca a mí reírme.

—Caray, qué práctica eres.

—Sí, pero no me gusta ver talento desperdiciado. Voy a necesitar a alguien que me ayude a sacar adelante todo esto. Y, si no quieres ir al juzgado, lo haré yo. Tengo mis derechos de audiencia en los tribunales, simplemente no los uso mucho. O, qué demonios, siempre podemos instruir en los casos a alguien del bufete.

Por un momento me quedo inmóvil, cautivada por la idea. Considerándola. Horario normal, una oficina en el centro de Londres. Previsibilidad.

—¿Sabes qué? No es mala idea. En absoluto.

Nos damos la mano, ella tira de mí y me abraza.

—Hablamos pronto —digo al marcharme, arrastrando el maletín de ruedas —. Dime qué necesitas que haga.

Voy andando hacia el bufete, y a medio camino de Kingsway las ruedas del maletín se empiezan a atascar y no giran bien por el suelo. Tiro de él, pero está duro y cada vez me resulta más irritante. Me echo a un lado abriéndome paso a empujones entre la gente y me meto en un portal junto a un pub. Una de las ruedas se ha obstruido con un trozo enorme de chicle que se ha colado por el mecanismo. Es una masa gris, viscosa y repugnante, con trozos de pelo y ceniza pegados. Hasta una caca de perro sería más fácil de quitar, al menos podría aclararla con agua. Con esto no sé qué se supone que hay que hacer. Recuerdo algo sobre congelarlo para quitarlo si se pega a la ropa, pero un maletín de ruedas es otra cosa. No es que sea demasiado nuevo, pero, aparte de esto, está en buenas condiciones. Cierro la cremallera maldiciendo entre dientes y, una vez que he desistido de arrastrarlo, cargo con él hasta el bufete.

Cuando llego, entro directa en mi despacho y suelto el maletín en el suelo. Lo vacío, ordenando los documentos como debería haber hecho hace semanas. Es un puro caos. He estado cargando con viejos retales de trabajos e informes legales, cajetillas de tabaco vacías y hasta un envoltorio de sándwich con un pedazo de lechuga marrón pegada. Meto todos los papeles en la trituradora de documentos confidenciales y trato de pinchar el chicle con un destornillador que he encontrado al fondo de un cajón de mi escritorio. No hay manera de quitarlo y, llevada por la impaciencia, empiezo a insertar el destornillador en ángulo para tratar de partir el pegote. Al principio se resiste, y, cuando por fin cede, el destornillador sale volando de mi mano y la rueda se desprende por completo.

Levanto el maletín e intento hacerlo rodar: está descompensado, pero avanza bastante bien. Servirá. No voy a tirarlo solamente por un pequeño defecto. Lo dejo en el suelo y me siento ante mi mesa para hojear los expedientes y mis apuntes del caso de Madeleine. Chloe tiene razón, es un

auténtico desastre. Sus versiones de los hechos han sido contradictorias; las reuniones con ella, difíciles y demasiado emotivas. Ahora bien, ¿qué hubiera hecho yo en su situación? Creo lo que nos dijo sobre el maltrato de Edwin, y comprendo su deseo primitivo de proteger a James. Pero puede que no baste con eso. Pase lo que pase, James tiene un problema, ya sea viendo a su madre ir a la cárcel de por vida por asesinar a su padre, o enfrentándose a juicio él mismo, y lidiando con la policía, los servicios sociales y los tribunales a pesar de tener solo catorce años. Cuando me imagino interrogándole en el estrado, diciéndole que fue él quien apuñaló varias veces a su padre, me entran ganas de vomitar. Y aun en el caso de que Madeleine se declare culpable de homicidio y la jugada nos salga bien, tendrá que ir a la cárcel, aunque sea por menos tiempo. Se mire por donde se mire, las perspectivas no son buenas.

Madeleine ha usado la expresión «como madre». Esa frase nunca lleva a buen puerto; normalmente se emplea para justificar una postura especialmente conservadora o represora. Yo siempre he evitado pensar en mí misma como madre. Sin embargo, ahora tengo que hacer un esfuerzo consciente para ponerme en su lugar. Me gustaría pensar que, si yo fuese Madeleine, me aferraría a mi versión de los hechos, seguiría con la mentira y me arriesgaría a una condena de por vida. Me doy cuenta de que estoy furiosa con ella por no haber hecho más por proteger a su hijo.

Entonces pienso en esa ira. Tal vez crea que Madeleine ha fracasado, pero ¿qué hay de lo que he hecho yo? «Como madre», he fracasado cada día y cada mes de la vida de Matilda, o al menos eso es lo que diría Carl. Y, sinceramente, yo también lo creo. Pero si hay algo de lo que estoy segura es de que siempre la he querido, aunque no se me haya dado siempre bien ejercer de madre. Y puedo cambiar. Ya he empezado a estar más presente, cocinando y recogiénola del colegio, no saliendo de copas para huir de la tristeza que sentía, por la razón que fuera. La he cagado, sí; pero puede que no sea demasiado tarde. Desde luego, Matilda sí parece quererme, y sé lo mucho que la quiero yo: su ausencia es un dolor insoportable que está por encima de todo lo demás.

¿Y qué hay de Carl y su papel como padre? ¿Es tan bueno como cree? Echarme de casa no es mirar por el bien de Matilda: lo ha hecho porque la quiere toda para sí. En vez de apartarlo de mi mente, me obliga a recordar todo lo que me ha dicho, todas las veces que ha intentado sabotear mi relación con Tilly. Hasta me quitó la oportunidad de darle un hermano,

haciéndome sufrir pensando que no podíamos tener más hijos. De solo recordarlo, mi ira entra en ebullición. Entonces recuerdo una de las primeras cosas que nos contó Madeleine sobre los abusos de su marido, cuando le daba la píldora sin ella saberlo. Lo que Carl ha hecho no es muy distinto. Las dos hemos permitido que nuestros maridos nos hagan sentir mal con nosotras mismas, acarreando con toda la culpa por fracasos que también eran suyos.

No voy a permitir que Carl me deje de lado. Hasta la fecha he sido una mierda de madre, pero eso va a cambiar. Me aseguraré de que Tilly tenga todo el cariño y la atención que necesita; se acabaron los conflictos y las silenciosas guerras de desgaste. Le voy a plantar cara y a luchar por el bien de mi hija.

Salgo del bufete y corro a coger el autobús dejando el maletín en el despacho. Carl no suele tener pacientes los miércoles, así que es probable que esté en casa. Con Matilda en el colegio, podremos hablar tranquilamente y resolver todo esto. El autobús topa con un atasco en Angel, por lo que me bajo y voy corriendo a coger el metro. Ahora que he decidido que voy a luchar por ella, me siento viva otra vez, y toda mi indecisión y mi preocupación se empiezan a esfumar.

Al llegar a Archway, corro calle abajo hasta nuestra casa, hasta *mi* casa. Cuando estoy a punto de abrir la puerta con la llave, me detengo. Lo educado, lo correcto, sería hacer saber a Carl que estoy aquí. Voy a llevarlo con calma. Llamo al timbre y espero a que acuda a la puerta. No se oye ningún ruido así que vuelvo a llamar, y entonces oigo pasos pesados bajando las escaleras. Abre y se queda mirándome, en silencio.

—Carl, quiero hablar contigo. ¿Podemos?

Sigue sin decir nada.

—Sé que estás cabreado, pero tiene que haber alguna manera de arreglarlo. No voy a dejar que hagas esto.

Tras una larga pausa, contesta.

—Estás de broma...

—No, no lo estoy. Quizá no responda a tu idea de una madre perfecta, pero puedo ser lo suficientemente buena. Matilda me quiere y lo sabes. —Cada vez alzo más la voz. Carl me hace un gesto para que baje el tono, pero sigo hablando—. No puedes dejarme de lado así. Sé que no he luchado, pero

ahora lo voy a hacer. No voy a permitir que rompas esta familia así: tenemos que hablar, ver si podemos solucionarlo.

Mira a nuestro alrededor. Sé que está pensando en los vecinos, en qué dirán al verme de pie gritándole en la puerta. Hace como si fuera a cerrarla, así que meto el pie rápidamente.

—Si no quieres que discutamos delante de todos, déjame pasar. Porque no me voy a ir a ninguna parte. —Apoyo mi cuerpo sobre la puerta y al golpearla con el hombro Carl se echa hacia atrás, soltándola. Entonces pierdo el equilibrio y caigo al suelo. En lugar de agacharse para ayudarme a levantarme se queda mirándome con auténtico desprecio. No queda nada del Carl de antes. Me pongo de pie, frotándome el hombro, y permanezco en el recibidor. Al menos ya estoy dentro de casa.

Carl me mira.

—Será mejor que entres —dice, señalando hacia el salón como si fuera una desconocida, como si esta no fuera la casa en la que hemos follado y discutido durante todos estos años. Voy detrás de él, rozando las paredes con la mano, recordando el tacto del papel pintado y la escayola, la mella que dejé cuando metimos una cómoda nueva en la casa, la chapuza que hice al pintar las barandillas. Sin articular palabra, señala el sofá delante del televisor y mientras me siento sale de la habitación y vuelve con su ordenador portátil. Lo enchufa a la televisión.

—¿Te apetece un té? —pregunta—. ¿O un vaso de agua antes de empezar?

—No, gracias. Estoy bien.

—¿Segura? Venga, te traeré un poco de agua. —Sale del salón y vuelve con un vaso. Lo cojo y le doy un sorbito. La televisión se enciende.

—¿Qué estás haciendo? —digo—. ¿Qué tiene que ver con esto?

Me mira con cara de pena.

—Alison, no quería hacer esto, pero tampoco me has dejado elección. Igual que con la vasectomía.

—¿Que no querías hacer qué?

—Tú mira —contesta.

Estoy mirando. Pero no entiendo lo que veo. La televisión refleja lo que hay en su ordenador. Es un Mac, tiene varias ventanas abiertas y una foto de Matilda jugando en el jardín como fondo de pantalla. No llego a entender qué es lo que se ve en la ventana en primer plano.

—Carl, ¿qué es esto? —digo. Mi voz rezuma angustia.

—Venga, ¿tú qué crees que es? Lo sabes perfectamente.

Tiene razón. Lo sé. Pero no puedo creerlo. Es un vídeo de nuestro recibidor, el mismo que acabamos de atravesar. Está grabado desde el nivel del suelo, cerca del pie de la escalera.

—Lo voy a rebobinar, por si te has perdido algo.

Le miro y veo que está sonriendo con satisfacción.

—¿Por qué no describes lo que ves? Me encantaría saber lo que piensas del vídeo.

—Yo... no. Ya sabes lo que estamos viendo. —Por fin logro soltarlo.

—Alison, dime lo que estamos viendo. —Hay tanta malicia en su voz que no lo soporto. Pone el vídeo en pausa y se sienta a mi lado en el sofá. Entonces me coge por la mandíbula, apretándome el mentón con los dedos. Vuelve a poner el vídeo unos segundos. Las dos personas en la imagen se acercan, se besan y se apartan.

—¿Quién es, Alison? Dime a quién vemos. —Me está apretando tanto que me cuesta abrir la boca para hablar. Me hace daño.

—Soy yo. Y él es... Patrick.

—¿Quién es Patrick?

—Mi procurador —digo.

—¡Mira qué atento! ¿Es el que acaba de morir?

—Sí, pero ¿cómo lo sabes?

—Ya te enterarás. Qué pena. He oído rumores de que era un violador. ¿Tú sabes algo de eso? —dice.

Intento negar con la cabeza, pero me tiene agarrada con demasiada fuerza. Empieza a hablar de nuevo.

—Curioso, venía bien explicado en el *Evening Standard*. En fin. Sigue contándome lo que ocurre. ¿Por qué no describes qué llevabas puesto?

No quiero mirar más a la pantalla, pero Carl no me deja mover la cabeza. Me observo en la imagen congelada.

—Pantalones de chándal y una camiseta —digo.

—No te esmeraste demasiado, ¿eh? Pero bueno, así estaba todo más accesible, como veremos a continuación. —La crueldad de su voz es asombrosa: nunca le he oído hablar así—. ¿Qué pasa ahora, Alison?

—Patrick, Patrick... me está rompiendo la camiseta.

—Ah, sí, así es. ¿Por qué no me cuentas qué llevas debajo?

Intento apartar la cabeza, pero no me suelta. Entonces pone su otra mano

sobre mi cuello y aprieta. Entre el pánico y la ansiedad, ya me costaba respirar, pero ahora me resulta completamente imposible. Noto cómo me voy poniendo roja y levanto las manos para tirar de las suyas. Durante unos instantes, no se mueve ni un ápice, pero finalmente me suelta el cuello.

—La próxima vez tardaré más en soltarte —sisea—. Dime lo que llevas debajo.

Intento respirar, recobrar la voz.

—Tienes un poco de carraspera —comenta—. Anda, bebe. —Me pasa el agua y le doy un trago—. Venga, vamos a intentarlo otra vez —continúa—. ¿Qué llevas debajo?

Es inútil seguir resistiéndome.

—Nada —contesto—. No llevo nada.

—¡Qué práctico para tu visita! ¿Y qué está haciendo ahora?

—Me está bajando los pantalones.

—No, eso no. Antes. A ver, ¿qué está haciendo con tu parte de arriba?

Quisiera bajar la cabeza hasta hundirme en mi propio cuerpo, meterme debajo del sofá y quedarme allí el resto de la eternidad. Venía a luchar y he acabado dentro de una pesadilla. Carl vuelve a apretarme la garganta.

—Está jugando con mis pechos —digo.

—Eso es —contesta—. Buena chica. De hecho, eso me da una idea. —Me empuja hacia atrás sobre el sofá y, sin quitarme la mano de la mandíbula, mueve la otra mano como si fuera a quitarme la camisa. Le miro, buscando desesperadamente algún rastro del Carl que conozco, pero es como si fuera otra persona. Barba Azul se ha quitado la máscara.

Se aparta.

—Pensándolo bien —dice— no creo que me apetezca. Lo tengo más que visto.

Me obliga a enderezarme para ver el resto del vídeo. Recobrada la postura, sigo describiendo lo que vemos. Aquí Patrick me desviste, aquí me da la vuelta, aquí me está penetrando por detrás. Pero Carl no vuelve a preguntar. Cuando termina, me suelta y se va al sillón. Me froto la mandíbula.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunto.

—Eso no importa —dice—. Pero la grabación no es mala, ¿verdad?

Cierro los ojos, tratando de apartar de mi mente la imagen de mis tetas y mi culo, las manos de Patrick sobre mi cuerpo.

—Solo fue una vez —susurro.

Carl asiente como si hubiera hecho un comentario trivial sobre la situación del gobierno municipal. Aprieta varias veces el panel táctil del ordenador.

—Desde luego, es la única que tengo en vídeo por ahora —dice—. Pero todo esto indica que fue más de una vez.

De repente, la pantalla de la televisión se llena de registros de llamadas y mensajes de texto, de Patrick a mí, de mí a él. Carl entra en uno de ellos y muestra el mensaje completo, en el que quedamos para vernos después de una vista.

—Es bastante concluyente, ¿no crees?

—¿De dónde has sacado todo esto?

—La verdad es que estoy bastante orgulloso. Fue después de que te cogieras tal cogerza que pasaste la noche en tu despacho. ¿Te acuerdas?

Asiento. Sí que lo recuerdo.

—Y rompiste la pantalla de tu móvil...

Vuelvo a asentir.

—El personal de esas tiendas de telefonía es muy atento, especialmente si hay que ayudar a un padre preocupado por su rebelde hija adolescente. Me enseñaron todo lo que tenía que hacer con el teléfono para averiguar qué estabas haciendo. Cada llamada, cada mensaje, cada correo. Todo.

Rebusco en mi bolso y saco el móvil. Parece completamente normal. Igual que Carl parece totalmente normal, con la máscara puesta de nuevo. Le quito la funda y empiezo a toquetear la parte de atrás.

—Es un iPhone —digo—. No se puede *hackear* un iPhone.

—Aparentemente, eso es lo que todo el mundo cree —replica—. Pero sí se puede. Puedes hacerle un *jailbreak* e instalar fácilmente un programa espía.

Le doy la vuelta.

—Es ilegal, Carl. Esto es ilegal. No puedes *hackear* el móvil de alguien así. No es admisible como prueba.

—¿Quién habla de pruebas? No pretendo llevarlo a juicio.

—Entonces, ¿qué pretendes? —Mis manos están tan frías que me cuesta agarrar el teléfono. Lo dejo sobre la mesa baja y me las froto, notando la tensión en mi cara.

—Si no te largas y nos dejas en paz a Matilda y a mí, mandaré este vídeo a todos los contactos que hay en tu lista —dice—. Tus tetas desnudas, tu coño y tu procurador metiéndotela por el culo en cuanto tu marido y tu hija se van de casa. Me da que causaría cierto revuelo, ¿no?

—Pero eso es chantaje. ¡Me estás chantajeando! —exclamo. Voy a coger el portátil pero él lo aparta sosteniéndolo por encima de su cabeza, mientras se ríe.

—Sí, probablemente lo sea. Pero ¿en serio vas a ir a la policía? Los actos tienen consecuencias, ¿sabes? Puedo destruirte, Alison.

Intento coger el ordenador otra vez, pero es inútil. Vuelvo a sentarme en el sofá.

—¿Hace cuánto que lo sabes? —digo, haciéndome un ovillo diminuto en una esquina del sofá.

—Desde que *hackeé* tu móvil —contesta, y esa forma prosaica de hablar de su comportamiento me abre los ojos más que nada de lo que haya hecho—. En ese momento me quedó claro. Pero tenía mis sospechas desde mucho antes. Evidentemente, ahora ya sé cuándo empezó. Hay una conversación especialmente aburrida sobre ello. —Vuelve a revisar el registro de llamadas. Veo cómo desplaza la flecha del ratón sobre la lista en pantalla—. ¡Ajá, aquí está!

Hace doble clic sobre la fecha y el sonido de mi voz y la de Patrick inunda la habitación. Me cubro las orejas con las manos. Carl se ríe.

—Sabía que no soportarías la verdad —dice.

Sigo sacudiendo la cabeza, tratando de huir de todo.

—No eres capaz... Lo sé. Soy su madre, Carl.

—Lo he estado pensando y, la verdad, he llegado a la conclusión de que eso no importa. A ti no te ha importado. Ya superará la vergüenza. Le hará menos daño que tenerte en su vida.

—No sé cómo puedes hacerme esto —protesto—. Nos queríamos...

—Sí, pero ya no. Lo has dejado bien claro. Y creo que eres una persona tóxica y dañina, Alison. Absolutamente egoísta. Casi narcisista. Matilda necesita que estés fuera de su vida, y voy a hacer todo lo posible para asegurarme de ello.

Estoy saliendo del shock. No puedo frotarme los ojos y hacer que todo esto desaparezca. Sabía que le había cabreado, pero no tenía ni idea de lo mucho que me odiaba, hasta ahora. Miro la pantalla con todas mis llamadas a Patrick, todos mis mensajes, y, pasado el horror, por fin empiezo a asimilar lo que está ocurriendo.

—¿Por qué no me dijiste todo esto el domingo? —pregunto—. ¿Por qué te lo guardaste?

—No creí que fuera a necesitarlo. Pensé que habías comprendido lo mala madre que eres. Perdiste a Matilda. Creí que ya habías captado el mensaje.

—Puede que perdiera a la niña —replico, levantándome—. Pero volvió a mí primero. Siempre es a mí a quien quiere. Es posible que no valga mucho, pero me quiere. No puedes separarme de ella.

—Es por su bien, Alison. Por su bien.

Desenchufa el cable que conecta la televisión con el ordenador. Estoy a punto de tirarme a por el portátil, pero lo ve y se echa a reír.

—Tengo copia de seguridad de todo y está listo para enviar. Da igual que te metas en el ordenador, no puedes borrar los archivos. Si pasa cualquier cosa, ¡puf!, los enviaré. A todas las personas que conoces y que has conocido. Y será todo culpa tuya.

—Carl, por favor... —susurro, pero ya es demasiado tarde. Sale del salón con el ordenador bajo el brazo.

—Tengo que ir a recoger a Matilda —dice—. Por favor, vete.

Le miro, pero sus ojos están vacíos, solo reflejan la luz de la ventana sobre la puerta. No hay nada en ellos, ni rastro de amor o afecto, ni de nada de lo que compartíamos. Retrocedo tambaleándome hacia la puerta, la abro y salgo. Hay mucha más luz que dentro de la casa, los ojos me escuecen y se llenan de lágrimas.

Cuando ya he pasado la verja, oigo a Carl gritar algo sobre las llaves, entonces me doy la vuelta y corro, notando mis pies golpeando contra la acera y el aire cargado de gases de escape entrando en mi boca y mi garganta. Pasa un taxi y lo paro, le pido que me lleve a Covent Garden y me acurruco en el asiento de atrás, con la esperanza de que no me siga. Llego al hotel sin problema.

Al entrar en mi habitación, saco el móvil de forma automática, pero la idea de que Carl me esté vigilando me detiene. Lo apago y lo meto debajo de una pila de ropa. El día empieza a pasarme factura y solo puedo pensar en lo cansada, lo agotada que estoy, y que lo único que puedo hacer ahora es meterme bajo la manta y encogerme todo lo posible para que nadie pueda verme. Deteniéndome únicamente a quitarme los zapatos, me meto en la cama, me tapo y el sueño acude rápidamente para liberarme de los horrores del día.

Despierto lentamente, con la cabeza abotargada. Hay luz alrededor de las persianas, las calles ya están en movimiento. Voy a coger el móvil y al ver que mi mano vuelve vacía empiezo a recordar y los pensamientos van aplastándome uno tras otro. A punto estoy de cubrirme la cabeza otra vez con el edredón para volver a dormirme, pero eso no solucionará nada. Miro mi reloj y me sorprende lo tarde que es, casi las nueve. Me levanto y me meto bajo el chorro de la ducha mientras intento dar sentido a lo que pasó ayer.

Jamás hubiera imaginado que Carl sería capaz de tratarme así, pero sé que, ahora que lo ha hecho, llegará hasta el final. Ya he visto esa resolución en sus ojos otras veces: cuando amedrentó al perro que asustó a Matilda en el parque teniendo tres años la niña, o cuando un grupo de chavales me acosó en el metro varios años antes de eso. En esos momentos no cedió, y tampoco lo hará ahora. Pero espiarme... Eso es deshonesto, por mucho que se justifique diciendo que le lleva a hacerlo su devoción por Matilda. Aunque yo estuviese teniendo una aventura. Salgo de la ducha, me seco y me pongo unos vaqueros.

No paro de pensar en el vídeo que me enseñó ayer. Trato de ser más analítica, de pensar cómo lo ha hecho. Debió de colocar una cámara oculta en algún sitio del recibidor. Pienso en el ángulo de la imagen. Estaba grabado desde más abajo, algún punto cerca del pie de la escalera, creo. Miro a mi alrededor en la habitación del hotel. Podría haber una cámara escondida en cualquier lugar. En cualquiera. Incluso más de una. La cabeza me está matando.

En cuanto estoy lista atravieso Covent Garden y entro en la tienda de Apple. Llevo el móvil envuelto en un calcetín, porque no sé si Carl ha metido una cámara también en él. De algún modo ha obtenido la grabación en el recibidor de la casa, aunque ahora mismo no sé cómo. Entro en la tienda,

abriéndome paso a empujones entre la multitud de estudiantes extranjeros, y busco a alguien con una camiseta de Apple. Una chica de veintitantos años se me acerca; lleva tres pendientes en la oreja derecha y cinco en la izquierda. Contarlos me tranquiliza y cuando termina de preguntarme si me puede ayudar ya me siento preparada para hablar, aunque espero no sonar demasiado desquiciada.

—Creo que alguien ha metido un programa espía en mi móvil —digo, mostrándole el calcetín.

—¿Qué le hace pensar eso? ¿Tiene algún problema con el teléfono? —pregunta, sin coger el calcetín. Me doy cuenta de que debe de parecer un poco extraño así que saco el móvil del calcetín. Lo coge y se queda mirándolo.

—¿Hay algún modo de saber si lo han manipulado? —pregunto.

—La verdad es que no —contesta—. Y da la impresión de que el teléfono está bien.

—Dijo algo sobre hacerle un *jailbreak* e instalar un programa espía.

—¿Quién? —contesta, observándonos al móvil y a mí con atención.

—Alguien. En fin, ¿puede hacer algo?

—No es mi especialidad —dice—. Pero, si no le importa esperar, alguien del Genius Bar podría ayudarla. Si quiere, le creo una cita.

—No tengo tiempo para citas.

Vuelve a mirar el móvil.

—A ver, he leído un poco sobre esto. No puedo garantizar que le arregle el problema, pero si hace un restablecimiento de fábrica debería limpiarse.

—¿Podría ayudarme a hacerlo?

Asiente y me señala un taburete. Después de llevar a cabo varios procedimientos, me devuelve el móvil, igual de vacío que cuando lo compré.

—¿Sabe cómo configurarlo? —dice, y yo asiento.

—¿Podría utilizar alguno de sus portátiles, por favor? —pregunto, y desbloquea uno delante de mí.

—Use este. Si yo fuera usted, cambiaría mis contraseñas. Todas. Especialmente las del teléfono.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer. —El código ha sido siempre la fecha de nuestro aniversario de boda. No me extraña que Carl lo averiguara con tanta facilidad.

Mientras se descargan las aplicaciones en el móvil, entro en mi correo

electrónico y cambio la contraseña. A continuación, llamo a mi compañía de telefonía y pregunto si es posible cambiar mi número de teléfono. Mientras espero su respuesta, me llega un mensaje. Lo pongo en altavoz.

«Puedes bloquearme ahora pero eso no cambia nada. Aún tengo el vídeo».

No lo firma, pero tampoco hace falta. Al mirar el mensaje con atención de repente se me ocurre algo que, de no haber estado tan conmocionada y exhausta anoche, ya se me habría pasado por la cabeza.

«¿Eras tú?».

No tarda en responder.

«¿Qué?».

Ya sé la respuesta, pero quiero verla.

«Eras tú quien me mandaba esos mensajes anónimos. ¿Por qué?».

Justo en el momento en que envío el mensaje, me pasan con la operadora para gestionar mi cambio de número de teléfono. Le digo que no se preocupe, que da igual. Ahora ya sé quién es el problema. Carl contesta.

«Te lo merecías».

Doy las gracias a la chica de la tienda Apple y me voy. Me planteo bloquear el número de Carl, pero ¿para qué? Ya está todo el daño hecho.

Camino por Covent Garden, pasando por delante de la discoteca Swish y del callejón donde me manché la mano de mierda hace unas semanas. Atravieso Kingsway. Todo el mundo a mi alrededor va vestido de trabajo, con maletín y vasos de café desechables. Hay una larga cola de coches atascados que llega hasta Aldwych, y paso entre dos autobuses. Ahí está Holborn, donde Patrick decidió poner fin a su vida. ¿Sé realmente cómo se sentía? Espero no averiguarlo nunca. He perdido a Carl, también a Patrick, y mi reputación pende de un hilo, pero pensar en Matilda me hace seguir adelante.

Llego a Lincoln's Inn Fields, y los árboles atenúan el rumor del tráfico. Bajo hacia la cafetería, pido un café y me siento en la terraza. Hace frío, pero el cielo está despejado y necesito silencio y tranquilidad. Observo los tejados de Lincoln's Inn y recuerdo cuando comía allí, las viejas tradiciones del latín, las velas y el oporto, la capilla donde predicaba John Donne. En cuanto Carl me vio, y yo vi sus ojos, nuestros corazones se entregaron plena y sinceramente el uno al otro, o al menos eso creía, pero ahora esos pensamientos están tan deformados como en un espejo de feria. Empiezo a

buscar artículos sobre derecho familiar y acuerdos de custodia en Google, pero acabo dejándolo y pongo el móvil sobre la mesa. Sé que Carl no tiene la razón legalmente, que ningún juez me impediría compartir la custodia de Matilda, pero también sé que cumplirá su amenaza a nada que le discuta. Me froto la cara con la mano; me duele la cabeza de tantos pensamientos encontrados y punzantes.

—Alison.

El sonido de mi nombre capta mi atención. Miro a mi alrededor.

—Alison.

Por un instante, no veo quién es. Hace un poco de viento y el pelo se me viene a los ojos, confundiéndome.

Se acerca y coge mi brazo. Al apartarme el pelo de la cara veo que es Caroline Napier. Por un momento, un abismo se abre a mis pies y estoy a punto de caer en él. Pero entonces recupero el equilibrio. Ella no sabe que lo sé. No pasa nada.

—Caroline. Hola. Perdona, estaba muy lejos de aquí.

—Lo he visto y me iba a marchar, pero necesito hablar contigo.

La miro atentamente. Tiene mal aspecto, el pelo grasiento, la tez llena de manchas y granos en la barbilla. Es como si me estuviera mirando en el espejo.

—¿Va todo bien? —digo, con la esperanza de sonar más profesional e indiferente de lo que me siento.

—Sí —responde, pero entonces se detiene—. No, no va bien. Para nada. ¿Te importa que me siente?

Quisiera decirle que no, pero no me atrevo.

—Claro —contesto—. Solo estaba tomándome un café.

Se sienta enfrente de mí, con la bufanda bien ceñida alrededor del cuello. Lleva mitones y con un dedo sigue un rastro de agua sobre la mesa.

—Supongo que te preguntarás por qué quiero hablar contigo —dice.

—Eh, pues sí. Supongo. —Miro hacia los jardines, centrándome en un niño que lleva un globo, cualquier cosa antes que mirarla a ella.

—Verás, Alison, el caso es... Uf, cómo cuesta decirlo... El caso es que lo sé. Y sé que tú también lo sabes. Estaba claro que iba a contártelo.

El abismo vuelve a abrirse ante mí, pero entonces la miro directamente a los ojos.

—No tengo ni la menor idea de qué me estás hablando. —Se podría

cincelar el hielo de mis palabras.

—Vamos, eso ya ha quedado atrás. Creo que Patrick se cercioró de ello cuando se tiró a la vía del metro.

No puedo evitarlo, pero me estremezco.

—¿Qué te dijo? —pregunto. Para qué negarlo.

—Que teníais una aventura. Que tú eras la relación más importante de su vida. —Niega con la cabeza, aparentemente desconcertada por la idea—. Había algo muy solitario en él, aunque no creo que lo viera en ese momento. Estaba demasiado borracha...

—Dios... —susurro.

—Supongo que te diría que no lo hizo, que no fue así, ¿no es cierto?

No contesto, simplemente inclino la cabeza asintiendo.

—Pero era verdad. Aunque no creí que pudiera afectar tanto a Patrick —dice—. De haberlo sabido...

—¿Le habrías denunciado a la policía de todos modos?

Baja la mirada a sus manos y se tira de un mitón. Lleva una alianza, una banda de plata lisa.

—Sí, lo habría hecho. Creo que sí —responde—. A ver, lo que ocurrió es muy interpretable. Pero me pareció lo correcto contárselo a la policía, y luego lo hablé con mi terapeuta y me dijo claramente que, si yo creía que había sido una violación, lo fue. Los actos tienen consecuencias. Patrick sabía lo vulnerable que estaba por todos los problemas con mi marido.

Señalo su mano.

—Llevas la alianza.

—Mi marido ha sido muy comprensivo. Ve cuánto daño ha causado, que la borrachera y aquel comportamiento tan impropio de mí eran una llamada de socorro. Se siente fatal por lo que me pasó y ha vuelto a casa —explica.

—O sea, que ¿no os vais a separar?

—No lo sé. Pero vamos a ir a terapia juntos.

—Bien, eso está bien —digo. No sé si debería preguntar, pero no puedo evitarlo. Respiro hondo—. ¿Quieres hablar de lo que te pasó con Patrick?

Vuelve a bajar la cabeza.

—Muchas cosas fueron tan culpa mía como de él —contesta—. Me emborraché. Nadie me obligó a beber tanto vino, nadie me hizo entrar en aquel jardín. Quería besarle e ir más lejos. Pero entonces de repente dejó de apetecerme. Y él no quería parar. También iba bebido. Pero yo le dije que no

y no me escuchó; después de eso no me quedó otra elección, le tuve que dejar hacer.

—Extiendo la mano hacia ella y después de un momento la coge. Tiene los dedos fríos. Continúa.

—Y nos detuvieron. Fue el momento más humillante de mi vida, el verme llevada a una comisaría así. Dormí la mona y, cuando desperté, sabía lo que tenía que hacer. Fue entonces cuando presenté la acusación de violación.

Su mano está helando la mía y la aparto con delicadeza.

—Pensé en retractarme prácticamente en cuanto lo hice. Pero entonces fui a ver a mi terapeuta. No estaba segura de haber hecho lo correcto, pero me hizo sentir mucho mejor. Estaba a punto de retirar la denuncia, pero él me hizo ver que tenía razón. Si creía que había sido una violación, lo había sido. Y los actos tienen consecuencias. Sé que no paro de decirlo, pero es una de sus frases preferidas y creo que es muy bueno recordarla.

El frío de las manos se me está extendiendo por los brazos y el resto del cuerpo. Mis pies están clavados en el suelo. Oigo un pitido en mis oídos y tengo la sensación de que se me escapa algo en todo lo que me está contando.

—Suenan horrible —comento. Pienso en lo que Patrick me comentó sobre el anonimato, pero no quiero decirlo. No es justo. Es posible que hubiera algo de eso en su denuncia, pero tengo la sensación de que dice la verdad.

—Lo fue. De veras, lo fue. Y luego, me entero de que Patrick se ha suicidado... Pero, bueno, supongo que aquella otra chica acudió a la policía y entonces salió en todos los periódicos. Su carrera estaba acabada. —Se cubre la boca con una mano y encorva los hombros. Yo sigo sentada, con las manos en los bolsillos, muda—. Ay, Alison, lo siento. No tienes por qué aguantarme esta tabarra. —Me mira entornando los ojos—. Tú tampoco tienes muy buen aspecto. Debe de ser muy duro.

Caroline podría estar mintiendo, pero sé perfectamente cómo era Patrick. Y no creo que Alexia mintiera, ni por asomo. Siempre coqueteaba con el límite de lo aceptable, incluso estando conmigo. Líneas desdibujadas, demasiado. Exhalo.

—Lo es. Estoy de acuerdo con tu terapeuta: hiciste lo correcto. Los actos tienen consecuencias, sí. —Y al decirlo, me doy cuenta de lo que estaba pasando por alto.

Conozco esa frase. La oí ayer mismo. Mi mente empieza a zumbiar mientras Caroline sigue hablando.

—La verdad, si puedo, quiero seguir casada. No estoy preparada para enfrentarme con lo que hay ahí fuera.

—A mí puede que ya no me quede elección —respondo—. Mi matrimonio se acaba de derrumbar.

—Cuánto lo siento... —dice.

Y entonces caigo.

—¿Sabes? Me vendría bien un poco de terapia. Puede que sea exactamente lo que necesito, lo que necesitamos. ¿Cómo se llama tu terapeuta? Tiene pinta de ser bueno.

—Tengo una tarjeta suya —contesta. Coge su bolso y rebusca en su interior hasta encontrar la cartera. Saca una tarjeta y me la da—. Es muy bueno: estoy segura de que conseguirá encaminarte.

—Gracias. —Cojo la tarjeta y me la meto en el bolsillo del abrigo sin mirarla—. Lo pensaré.

Caroline mira su teléfono.

—Debería irme. Tengo que estar en Southwark en poco tiempo —dice—. Tal vez podríamos quedar. ¿Para comer?

Asiento y respondo que sí. Puede que lo hagamos, pero lo dudo. Al pasar me toca el hombro y escucho cómo se va alejando.

Me quedo sentada un rato más en la terraza antes de volver al bufete. Por unos breves momentos, me veo atrapada entre la sospecha y la certidumbre. La respuesta está en un trozo de cartulina en mi bolsillo. Quiero ignorarla, fingir que todo sigue igual, pero no creo poder hacerlo mucho más tiempo. Al llegar a mi despacho, me siento ante la mesa y respiro hondo varias veces.

Voy a perder a mi hija. En muchos sentidos, ya la he perdido. A no ser que saque agallas. Sé que lo que le he hecho a Carl está mal, pero lo que él me ha hecho a mí también es horrible: mentirme, espíarme e insultarme escudándose en el anonimato. ¿Es esa la persona que quiero que críe a mi hija? Tal vez podría ir a buscarla al colegio y huir con ella. Si nos fuéramos al norte de Escocia, a una de las islas, nunca la encontraría. También podríamos irnos a Nueva Zelanda o a Australia: ya lo he pensado alguna vez, tendría licencia para ejercer allí como abogada. Pero Carl no me dejaría. Tiene la mejor amenaza para detenerme.

Respiro hondo una vez más, ha llegado el momento. Saco la tarjeta del

bolsillo y la miro. Vuelvo a leer lo que dice. La dejo sobre la mesa, paralela al borde. Apoyo las palmas de las manos a ambos lados y cierro los puños con tanta fuerza que los nudillos se ponen blancos. Ha llegado la hora de pelear.

Las letras bailan sobre la tarjeta ante mis ojos.

*Carl Bailey — Psicoterapeuta
Terapia de pareja/Adicciones sexuales*

Es el terapeuta de Caroline. Es el terapeuta de Caroline Napier y, según sus propias palabras, él la animó a poner la denuncia. Cuando le contó lo que le había pasado, ya sabía perfectamente quién era Patrick y, en lugar de ser objetivo y rehusar tratarla por haber un conflicto de intereses, la asesoró. La animó a denunciarle por violación sin contar el motivo de peso que tenía para odiarle, y no me cabe ninguna duda de que lo hizo con malicia, no por ayudar a su paciente. Un escalofrío se extiende por mi cuerpo a medida que empiezo a comprender todo lo que sabe, hasta dónde llega su alcance.

Cojo mi maletín roto de un lado de mi despacho y lo coloco en el suelo. Lo abro y examino el forro, buscando agujeros o rajadas, cualquier punto en el que pudiera hacer una abertura. Frenética, le doy la vuelta y miro el exterior. Ahí está. Un agujero en la parte superior, lo suficientemente pequeño para pasar desapercibido, pero lo bastante grande para servir su propósito. Vuelvo a poner el maletín en horizontal y arranco el forro, tirando con ambas manos. Y ahí está, pequeña y negra. Con una luz roja parpadeando. Una cámara. Una cámara en miniatura con la lente asomando por el agujero. La saco del nido que le había hecho y salgo corriendo de mi despacho.

Salgo de la oficina, empujando a Robert al pasar y dando un portazo en las narices a Mark. Corro hacia el autobús apartando peatones a empujones. Alguien me grita pero lo ignoro. El autobús no está, pero sí veo un taxi.

—A Archway, por favor —digo, y el conductor arranca pisando el acelerador.

Aprieto los pies contra el suelo, deseando que el taxi vaya más rápido.

Ya no me importa lo que tenga en mi contra. Algunas fotos guarras, un vídeo. ¿Y qué? ¿Y qué, joder? Patrick era mi procurador, no mi oponente. *Nosotros* éramos adultos teniendo sexo consentido. Hay *millenials* por todo el mundo mostrando sus partes en las redes sociales: podré soportarlo. Pero ni de broma voy a dejar que Carl críe a mi hija. Soy difícil, egocéntrica. He mentido y he sido infiel, he estado bebiendo y fumando cuando tenía que estar con ella, jugando, leyéndole, siendo su madre. Pero no soy retorcida. Es enfermizo que todo este tiempo supiera lo de mi aventura y no dijera nada, que me espicara y aprovechara la oportunidad de ese modo para vengarse del hombre que se estaba follando a su mujer.

Debió de sentir puro júbilo cuando Caroline le contó lo que había pasado. Seguro que se echó hacia delante, con gesto cariñoso y solícito.

«¿Cómo has dicho que se llama?», le diría. «Sí, una situación terrible. Desde luego fue una violación. Sin duda». Se habrá hartado de reír para sus adentros, pensando en todo el daño que podía hacer. Y no estaba equivocado, porque contribuyó a que todo se desarrollase. No podía saber que alguien más le denunciaría, pero tampoco le importaba. No actuó como una máquina de hacer justicia: simplemente estaba jugando, tirando de los hilos de mi vida desde bambalinas.

Encontramos atasco en Highbury Corner e intento controlar mi impaciencia. Carl no sabe que voy. Puede que ni siquiera esté ahí. Si no está, me sentaré a esperarle y, cuando llegue, le diré que envíe ese correo. Que voy a quedarme en esa casa y que no puede echarme, que voy a ser la madre de Matilda y no puede detenerme. Le diré que voy a denunciarle a su colegio profesional por falta de honestidad y por no comunicar un conflicto de intereses, que le voy a denunciar a la policía por chantaje, por instalar ilegalmente programas espía en mi teléfono y por grabarme en mi propia casa sin mi permiso. Puso una cámara oculta en mi maletín. En mi puto maletín, el único objeto que va siempre conmigo. Y Dios sabe cuántas cámaras más habrá escondido por toda la casa.

El taxi se detiene delante de casa, pago rápidamente al conductor a través de la ventanilla, le doy las gracias y salgo corriendo. Él dice algo pero le hago un gesto con la mano mientras me peleo con las llaves de la puerta de entrada. Parece que no se abre. Bueno, no pasa nada: no voy a dejar que esto me detenga, me quedaré aquí delante de la puerta, esperaré a que llegue del

colegio con Matilda y entonces cogeré a la niña en brazos, entraré en casa y me negaré a marcharme jamás. No, ya está: la llave ha entrado y gira, la puerta se abre y ya estoy dentro. La cierro dando un portazo.

Estoy dentro de casa. Oigo un golpe seco y pesado, luego silencio, y noto un fuerte olor a tabaco en el aire. Se oye música en el salón.

Me asomo por la puerta pero no veo a Carl.

Las cortinas están echadas y la habitación a oscuras. La única luz proviene de la pantalla de la televisión, que vuelve a estar conectada al ordenador portátil. Apenas lo distingo sobre la mesa baja. Mis ojos se van adaptando a la oscuridad y a la pantalla. La miro con más atención, tratando de adivinar lo que estoy viendo.

Hay una mujer en la imagen que parece estar muerta. Un hombre la mueve, primero hacia aquí, luego hacia allá, la coloca boca abajo sobre la cama. La cámara hace un zoom desde atrás y su cuerpo llena la pantalla. Está casi desnuda, solo lleva sujetador y ligero. Bragas no. Suena música de fondo, un compás rítmico al que se une él, dándole cachetes en el culo al son de la música, primero suave, luego más fuerte. Se ríe. Yo conozco esa risa. Es Carl.

Su mano aparece delante de la cámara, con los dedos separados. Empieza la penetración, la cámara se va acercando más y más.

Se me tensa la mandíbula. Las imágenes pasan a toda velocidad ante mis ojos, se precipitan como la sangre en mis orejas. Me tapo la cara con las manos, pero luego me obligo a apartarlas. Tengo que ver esto.

Saciado, Carl levanta a la mujer de la cama con los brazos colgando sobre sus hombros. Empieza a bailar una especie de vals mientras su cabeza se columpia de un lado al otro. Está muerta y él canta, bada-bada-bada-ba-bada-bada-bada-bada-bada-bada...

No puedo apartar los ojos de él.

Termina el vals y vuelve a dejarla sobre la cama, con las piernas abiertas y la cabeza colgando del borde. Está muerta. Tiene que estarlo.

Pero no puede estar muerta.

No puede estar muerta porque soy yo, solo que no puedo ser yo porque yo estoy aquí, no allí en la pantalla, y es imposible que estuviera allí porque yo nunca le dejaría hacer eso. Es el hotel de Brighton pero no recuerdo nada de eso y ¿por qué no podía ni siquiera levantar la cabeza? O llorar como estoy llorando ahora, agarrándome la cara y luego envolviéndome el cuerpo con los

brazos y meciéndome, meciéndome hasta que vuelvo a ser yo misma, aquí, a salvo, al menos mi cuerpo, porque mi mente está desbocada.

La música está altísima. Viene del equipo, no del vídeo. Está demasiado alta, no la soporto. Entro en el salón para apagarla, tratando de recomponerme. Y entonces le veo.

Carl.

Está ahí.

Respiro hondo, inspiro, espiro, intentando tranquilizarme. No estoy muerta. Estoy viva. Soy testigo. Testigo de lo que hizo con la mujer de la imagen, que no soy yo, esa muñeca flácida que manipula, esa marioneta.

Enciendo la luz. Y entonces comprendo que algo ha salido mal. Por muchas veces que lo haya hecho antes y le haya salido bien, esta vez ha fallado.

Ahora es él la marioneta, medio desnudo, tirado en el sofá, con la cabeza colgando en un ángulo grotesco, con una soga y una cuerda atada a la estantería que hay detrás. Su boca está retorcida, con algo asomando. Me acerco un paso más. Tiene la cara morada, los ojos desorbitados, y un atisbo de movimiento es el único indicio de que sigue vivo. Estira los brazos contra la mesa baja tratando de apoyarse pero está demasiado lejos para detener la estrangulación.

«No estoy muerta», pienso. «Estoy viva, vuelvo a tener el control. Se acabó el maestro de las marionetas».

Gime, un quejido desesperado. Vuelvo a mirar la pantalla.

Si aparta los ojos de mí, solo por un instante...

Agarro la mesa baja y tiro de ella, alejándola de él. Estira el brazo otra vez, pero cada vez tiene menos fuerzas. Se derrumba en la soga, la gravedad es demasiado para él. Huele a humo de tabaco, hay un cenicero volcado en el suelo, con colillas y ceniza desparramadas sobre la alfombra. Y por encima del humo, hay un aroma cítrico: veo gajos de una naranja de sangre sobre la mesa baja, y el trozo que se había metido en la boca.

El vídeo sigue pasando en bucle, es su trofeo. Me pregunto cuántas veces habrá ocurrido, tantas noches en que creí haber perdido el conocimiento por beber demasiado.

De repente, noto que huele a mierda en la habitación. La cara de Carl ha pasado de morado a azul.

Pasa el tiempo. Me siento sobre los talones y espero. No tardará mucho

más. Y entonces llamaré a una ambulancia y a la policía.

Será cuestión de un momento.

Cinco meses después

A noche soñé con papi —dice Matilda mientras desayuna.

—Ah, ¿sí? —contesto—. ¿Qué tipo de sueño ha sido?

—Uno bueno. Íbamos caminando por la playa y construíamos un castillo de arena. Y luego dijo que tenía que marcharse pero que volvería pronto.

Rodeo la mesa para abrazarla. Se gira y me devuelve el abrazo.

—Le echo de menos —añade, con la voz amortiguada por mi cuerpo.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

Me quedo abrazándola unos segundos y se aparta para seguir con su desayuno. Ya me explicaron que esto es lo que pasaría, brotes de dolor y periodos de rutina normal. Estoy con ella prácticamente siempre que no se encuentra en el colegio, y cada vez está mejor.

Vamos andando hacia el colegio.

—Esta tarde te vas a casa de Salma —digo—. Te recogeré a las seis, ¿vale?

—Me gusta ir a casa de Salma —contesta ella—. Me encantan sus gatos. ¿Podríamos tener un gato?

Casi respondo que no por instinto. Hasta ahora, esa había sido siempre la respuesta. Pero entonces recuerdo que era Carl quien se oponía tajantemente. Dejo de andar y me acuclillo junto a Tilly.

—Eso sería genial. Déjame que investigue un poco, a ver qué puedo averiguar. Quizá podríamos tener dos, así se hacen compañía.

Se sonroja de placer y me abraza.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Creo que daríamos un hogar muy feliz a unos gatitos.

Después de dejar a Tilly, me voy a Holborn. Chloe ya está en la oficina, revisando papeleo.

—¿Estás lista?

—Lo estoy. Y lo digo en serio, es la última vez que abro la boca en un juzgado.

—Sí, sí, lo sé. Ya me lo has dicho.

—Pero va en serio. No volveré a hacerlo —aseguro con firmeza. Nos quedamos mirando hasta que ella desiste y se echa a reír.

—Bueno, de todos modos, solo te quiero por tu papeleo.

Sé que para ella no es un problema. Le gusta ejercer de abogado en tribunales superiores y yo prefiero llevar la oficina y supervisar los casos. Trabajo mucho desde casa: la verdad, ha sido una bendición, porque puedo estar con Tilly y gano casi lo suficiente para mantener la casa.

—Se te cae el traje —dice Chloe.

Estiro de la cintura de mi falda. Es verdad. He perdido casi doce kilos desde que encontré a Carl. Desde que le dejé morir... No ha dejado de rondarme en sueños y me ha quitado el apetito. Noche tras noche me he quedado con Matilda, viéndola dormir, reviviendo los últimos dos años en mi cabeza, preguntándome qué podría haber hecho distinto para cambiar lo que ha ocurrido. Me he preguntado muchas veces si debería haberlo sabido, qué es lo que pasé por alto. Nunca vi ese lado oscuro en él, hasta que ya era demasiado tarde. Lo que nunca sabré es cuánto tiempo estuvo ahí acechando antes de empezar a cobrar forma y salir de él. Durante muchos años creí que me quería y ahora ya no podré preguntarle cuándo desapareció ese amor en él, o si el odio estuvo allí siempre.

Madeleine llega y me saca de mi ensoñación. Le ofrezco un café pero lo declina negando con la cabeza. Se queda junto a la puerta del despacho, con una maleta de ruedas al lado.

—Lo ha traído todo —digo.

Señala la maleta.

—Sí, estoy lista.

Ella y Chloe se abrazan y las dos salimos hacia Old Bailey. Al acercarnos al edificio estiro el cuello para mirar a la Justicia, coronando el tribunal. Algunas estatuas llevan los ojos vendados, pero esta no. Ella evalúa las pruebas con imparcialidad. Y está blandiendo una espada.

—Allá vamos —dice Madeleine al entrar en el edificio.

—¿Se encuentra bien? ¿Le parece bien lo que estamos haciendo?

—Sí. Y Alison, gracias. Por todo lo que ha hecho en este caso y por todo su apoyo.

Nos dirigimos hacia la sala de custodia y se entrega al guardia de seguridad.

—La veo en el juzgado —digo, y levanto la mano para despedirme de ella.

Chloe me llamó hace un mes. Yo estaba en clase de natación, viendo a Tilly practicar el crol. Salí de la piscina para coger la llamada.

—Aceptan la declaración —dijo, rezumando emoción.

—¿Qué declaración?

—La de Madeleine. Van a aceptar su declaración —contesta.

—¡No! ¿En serio?

—En serio. Ese capullo de Flynn, el abogado de la fiscalía: le han suspendido por conducir ebrio. Así que han repartido todos sus casos y este le ha llegado a Alexandra Sisley. ¿La conoces?

—Sí —contesto, notando cómo la sensación de alivio recorre todo mi cuerpo. Menudo cabrón es el karma.

—Es muy sensata. La había instruido en un par de casos. En fin, lo ha revisado todo. Ya te dije que el informe del psiquiatra de la fiscalía era bueno, ¿no?

—Sí —contesto.

—Bueno, pues ya está arreglado. Todo va a ir bien.

Sisley se encarga de abrir la vista. Revisa los hechos tal y como habíamos acordado y luego añade:

—Parece evidente para la fiscalía que la acusada era víctima de una relación de maltrato.

Me vuelvo a mirar a Madeleine. Por el ligero temblor de sus hombros, noto que está llorando, pero no pierde la compostura. A pesar de que se enfrenta a una pena de cárcel, tiene mejor aspecto que nunca, con la cara más rellenita y el cuello menos tenso. Sabe que James está a salvo, eso debe de haberla liberado de la presión.

Es mi turno. En mi mente sigue resonando la voz de Madeleine diciendo «Culpable» al leerle el cargo de homicidio. El juez asiente a todos mis comentarios, y acabo concluyendo:

—Como imagino que sabrá su Señoría, el atenuante por arrebató u

obcecación sigue siendo relativamente nuevo dentro del código legal. Y mi clienta lo agradece enormemente. Ella entiende, igual que yo, que en el pasado su Señoría habría estado maniatado, y que lo más probable habría sido que la condenasen a cadena perpetua por asesinato. Sin embargo, la evolución de la ley permite que haya una disposición más compasiva. Mi clienta sabe que no hay alternativa a una pena de cárcel. Hoy acude al juzgado preparada para ello. Sin embargo, ruego que su Señoría tenga en cuenta todo lo ocurrido antes de producirse este crimen e imponga una condena lo más leve posible, acorde con todo lo sucedido, no solamente con las acciones de mi clienta aquella noche.

Cuando bajo a las celdas después de dictarse la sentencia, encuentro a Madeleine llorando a lágrima viva. Se me abraza al cuello, llenándome el hombro de la toga de mocos. No me importa.

—Cinco años —dice—. ¡Cinco años! Podría haber sido cadena perpetua...

—O sea, que está bien —digo.

—Sí. Vi a James hace un par de días —contesta.

—¿Cómo está?

—Él también está bien. Dice que a veces echa de menos a su padre, pero que otras veces se alegra...

—¿Se quedará en casa de Francine cuando no esté en el colegio?

—Alguna vez. Pero tiene un muy buen amigo en el internado y se han ofrecido a acogerle siempre que quiera ir. Los he conocido: la madre es un encanto. Tienen perros, gatos, caballos, un prado enorme y un bosque alrededor de la casa. El tipo de hogar familiar que podríamos haber tenido nosotros...

—Ya construirán su propio hogar —digo—. Su propia unidad. James y usted. Si evita meterse en problemas, saldrá en menos de tres años.

—Sí. ¿Y qué tal les va a usted y a su hija?

—Bien, también nos va bien.

Madeleine también lo sabe, por supuesto. No hay nadie que me conozca o que me conociera de antes que no lo sepa. La noticia de la muerte de Carl se

propagó como un incendio descontrolado. «OTRO STEPHEN MILLIGAN[6]», gritaban todos los titulares. Ahora bien, la policía no reveló todos los detalles.

He revivido aquel día mil veces, tratando de hablar a Carl sobre ello en mi mente, intentando entender en qué estaba pensando cuando se fabricó esa soga, cortó la naranja y encendió aquel cigarro. Lo he buscado, he leído todos los artículos que he podido encontrar.

Asfixia autoerótica. Un método para aumentar la excitación sexual restringiendo el paso de oxígeno al cerebro. Más habitual de lo que una imaginaría.

Más víctimas mortales de las que creemos.

Puede que parezca estúpido, pero lo que más me remueve es cómo lo preparó, la parafernalia del asunto. Cómo reforzó la estantería y la fijó a la pared. El corte preciso de la cuerda para que, mientras él estuviera en el mismo punto del sofá, tuviese la longitud adecuada, asfixiándole lo suficiente pero no demasiado. Incluso la naranja: debió de leer los mismos artículos que yo en internet. Se documentó. No le gustaba arriesgarse. Al morder la fruta cítrica, el sabor le devolvería el conocimiento antes de que algo pudiera ir mal.

Supongo que funcionaba siempre. Hasta que yo di un portazo, se asustó y cayó.

Ahorcado.

¿Cómo se metió en eso? ¿Cuándo dejó de bastarle el sexo normal? He estado leyendo sobre adicciones sexuales: quizá fuera eso lo que padecía, llevado por una necesidad de ponerse en situaciones cada vez más extremas, porque lo normal era demasiado aburrido para excitarle. Quizá.

Lo que sí sé es que odiaba mi trabajo y depender económicamente de mí. Quería recuperar su poder.

La policía se llevó su ordenador. Me preguntaron si quería ver algún otro vídeo de mí que habían encontrado, pero les dije que no y pedí que los destruyeran. También me dijeron que había más vídeos de otras mujeres. Están investigando su grupo de terapia de hombres. Ha habido más detenciones. Gran parte de mí no quiere saberlo.

Es un triste consuelo, pero el primer vídeo en que me violó es de un año

antes de que empezara a acostarme con Patrick. Lo que hice estaba mal. Lo que hizo él fue mucho peor.

Y estoy haciendo todo lo que puedo para redimirme con Matilda y ser la madre que siempre debí ser.

—¿Se lo encontró exactamente así? —preguntaron cuando les dejé entrar en casa.

—Sí —contesté.

—¿Sabía de la existencia de estas cámaras? —preguntaron días más tarde, señalándome todos los huecos ocultos que habían descubierto en las paredes, los escondites detrás de libros y fotografías. Había una cámara escondida incluso en una taza termo, la que siempre teníamos a un lado en la cocina.

—No, no lo sabía —digo.

Eso sí era cierto.

Y puede que examinaran las grabaciones de todas esas cámaras y vieran el registro de tiempo. Puede que supieran que llegué a casa antes. Un poco antes. Solo un momento. Puede que incluso vieran una marca sobre la alfombra y que la mesa baja no estaba exactamente en su posición original.

Puede.

Pero no me lo han preguntado. Y nunca se lo diré.

—¡Mami! ¡Mami! —Matilda viene corriendo cuando llego a recogerla a casa de Rania.

—¿Te lo has pasado bien?

—¡Sí!

—Gracias por traértela —le digo a Rania—. Le encanta jugar con Salma.

—Es un placer. Dice que vosotras también vais a tener gatos.

—Sí, en cuanto me entere un poco del tema. Con algo de suerte, dentro de

un par de semanas. Ese es el plan. Tendréis que venir a visitarlos.

—Nos encantaría.

Nos dicen adiós con la mano mientras nos alejamos por el camino hacia casa.

—¿Tienes hambre? —pregunto una vez en casa.

—Un poco —contesta—. Pero no demasiada. ¿Quedan naranjas?

—Sí.

Cojo una y la pongo en un plato. Le doy un cuchillo de mesa para pelarla.

Veo cómo corta la piel, va haciendo un círculo cuidadosamente en la parte superior y luego otros dos entrecruzados con él. Sus manos se mueven despacio y con seguridad. Ahora ya sabe cómo hacerlo.

Esta vez no hay sangre.

Agradecimientos

Debo dar las gracias a muchas personas: a mi agente, Veronique Baxter, por su temprana y constante fe en este libro, y a Henry Sutton por su astuta supervisión y su apoyo inquebrantable. Estoy sumamente agradecida a mis excelentes editoras, Kate Stephenson de Wildfire y Lindsay Rose de Grand Central Publishing, y a sus equipos, así como a Alex Clarke y a Ella Gordon. A Georgina Moore, Andy Dodds y Jennifer Leech y a los equipos de publicidad de Headline y Grand Central, muchas gracias por su duro trabajo. Gracias a Jason Bartholomew, Nathaniel Alcaez-Stapleton y al equipo de Hachette Subsidiary Rights, por su fenomenal trabajo vendiendo mi libro en tantos territorios internacionales. Todos me habéis dado la oportunidad de hacer realidad el sueño de toda una vida, y no soy capaz de agradecerlos debidamente.

Gracias al Máster de Escritura Creativa-Ficción Criminal de UEA, a Laura Joyce y a Tom Benn, y a la promoción de 2015, Caroline Jennett, Trevor Wood, Kate Simants, Geoff Smith, Suzanne Mustacich, Merle Nygate, Marie Ogée, Jenny Stone, Steven Collier y Shane Horsell.

Estoy muy agradecida a Dan Brown y a Helen Hawkins por su inspirada sugerencia para el título. Daniel Murray y Richard Job han sido tremendamente tolerantes y generosos con sus respuestas a mis numerosas preguntas sobre procedimientos legales: cualquier error es únicamente mío. Nunca fui una gran abogada...

He contado con un enorme apoyo de mis amigas y primeras lectoras: Sarah Hughes, Pinda Bryars, Louise Hare, Maxine Mei-Fung Chung, Anya Waddington y Petra Nederfors. Katie Grayson, Sandra Labinjoh, Norma Gaunt, Susan Chynoweth-Smith, Russell McLean y Neil Mackay me han hecho seguir adelante a base de vino y ánimos, Amanda Little y Liz Barker con ejercicio y aire fresco regulares, y Jaynee San Juan y Viktoria Sinko con

una enorme cantidad de apoyo práctico. Mi agradecimiento más sentido a todos vosotros, y a Damien Nicol y Matt Martys por hacerme seguir por el buen camino.

Y a mi familia. A mis padres, por regalarme una pasión vitalicia por la lectura y una fascinación pertinaz por la ficción criminal y el derecho penal, a mi hermano por ser una fuente sólida de motivación. A mis suegros, por ser un encanto y nunca cambiar de sitio mis adornos decorativos. Y, sobre todo, a mi marido y a mis hijos, mis *sine qua non*, un respiro esencial de toda la miseria y disfuncionalidad de mi mundo ficticio. Sin vosotros no hubiera podido lograrlo.

Notas de la traductora

[1] En el Reino Unido, la abogacía se divide en dos ramas. Los *solicitors* (que aquí figurarán como *procuradores*) se encargan del trabajo legal fuera de los juzgados, en labores de asesoramiento y redacción y preparación de documentos legales. Pueden representar a su cliente y comparecer ante el juez, pero solo en los tribunales inferiores. Los *barristers* (a los que nos referiremos como *abogados*) se encargan del trabajo jurídico como expertos en áreas legales especializadas y se ocupan de la representación procesal de los clientes, especialmente ante los tribunales de mayor jerarquía.

[2] *Queen's Counsel* (QC) es un título honorífico que distingue a los abogados con una prolongada y brillante carrera profesional.

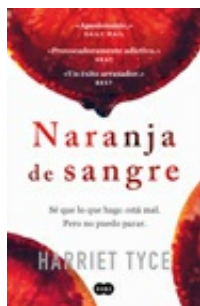
[3] Referencia al tema *Don't Think Twice, It's Alright*.

[4] *The Naked Chef* (El cocinero desnudo) es un popular programa de televisión del chef británico Jamie Oliver.

[5] Servicio benéfico de apoyo emocional extendido en Inglaterra, Gales y Escocia.

[6] Político conservador británico que en 1994 fue encontrado muerto en su casa tras un acto de asfixiofilia.

Un perturbador y absorbente *thriller* que explora el poder del deseo, los celos y la venganza.



Solo una noche más y lo dejo.

Alison tiene un marido entregado, una hija adorable y una carrera en ascenso como abogada: le acaban de confiar su primer caso de homicidio. Pero bebe demasiado. Descuida a su familia. Y mantiene una aventura que raya en lo obsesivo con un colega al que le gusta traspasar los límites.

Lo hice. Yo lo maté. Debería estar encerrada.

Su cliente no niega que apuñaló a su marido. Quiere declararse culpable. Y, sin embargo, hay algo en su historia que no encaja. Salvar a esta mujer podría ser el primer paso para que Alison logre su propia salvación.

Te estoy viendo. Sé lo que estás haciendo.

Pero alguien conoce sus secretos. Alguien que quiere que Alison pague por lo que ha hecho y que no parará hasta que lo haya perdido todo.

El *domestic noir* se hace más visceral, adictivo y oscuro de la mano de Harriet Tyce.

La crítica ha dicho...

«Un *domestic noir* adictivo e inolvidable, que es a la vez sorprendente, ingenioso e increíblemente retorcido.»

Culturefly

«Oscuro y perturbador.»

Closer

«Infunde una nueva vida al género del *domestic noir* y atrapa hasta la última página.»

Daily Express

«Complejo y amenazador, un debut impresionante.»

The Observer

«Una lectura imprescindible para lectores de *La chica del tren* que es igual de impredecible y adictivo. Resulta tan inquietante como apasionante y desde luego no es para los delicados de corazón.»

The Herald

«Esta novela de debut presenta la habilidad para el ritmo narrativo y la prosa fluida de una autora experimentada mientras el suspense se va incrementando hasta un punto de máxima tensión deslumbrante.»

Booklist

«*Naranja de sangre* es un *thriller* resplandeciente, feroz y premeditadamente falto de sentimentalismo.»

The Irish Times

«Incluso mejor que *La chica del tren*.»

Sunday Express

Sobre la autora

Harriet Tyce creció en Edimburgo y estudió Lengua Inglesa en la Universidad de Oxford antes de hacer un curso de adaptación a Derecho en la Universidad de la City. Ejerció como abogada criminalista en Londres durante casi una década. En la actualidad, está haciendo un doctorado en Escritura Creativa en la Universidad de Anglia del Este. Vive en el norte de Londres. *Naranja de sangre* es su primera novela.

Título original: *Blood Orange*

© 2019, Harriet Tyce Harriet Tyce ha hecho valer su derecho a ser identificada como autora de la obra de acuerdo con el Copyright, Designs and Patents Act 1988

Publicado originalmente en inglés por Wildfire, un sello de Headline Publishing Group

© 2019, Ana Momplet Chico, por la traducción

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-302-6

Adaptación de la cubierta original de: 20ten Creative Ltd /Penguin Random House

Fotografías de la cubierta: © David Greitzer / Shutterstock (Naranjas) Y Natali Zakharova / Run4it / Shutterstock (Texturas).

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Naranja de sangre](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Cinco meses después](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas de la traductora](#)

[Sobre este libro](#)
[Sobre la autora](#)
[Créditos](#)